

LA UNIDAD CLANDESTINA TRAS
LOS CRIMINALES DE GUERRA NAZIS



CAZADORES DE NAZIS



DAMIEN LEWIS

CRÍTICA

Damien Lewis

Cazadores de nazis

La unidad clandestina tras los criminales
de guerra nazis

CRÍTICA

Índice

Agradecimientos

Nota del autor

Prefacio

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Palabras finales

Epílogo

Nota Final

Bibliografía

Índice

Acerca del autor

Créditos

Planeta de libros

Para Moussey

Para aquellos que jamás volvieron

Agradecimientos

Durante la investigación de este libro tuve la oportunidad de hablar con una buena cantidad de personas en el Reino Unido, Estados Unidos, Francia y otros lugares, y confiar en sus recuerdos y su ayuda. A todos ellos les extiendo mi gratitud más especial, y mis disculpas para aquellos que inadvertidamente olvidé mencionar. Estoy especialmente agradecido con los veteranos del SAS durante la Segunda Guerra Mundial, quienes me compartieron sus recuerdos, y con los miembros de la Resistencia francesa de los Vosgos, quienes también lo hicieron. Sin ningún orden particular, quiero agradecer a: Jack Mann (RU), Chris Boulton (RU), Michael Jarrett (RU), Philip Eyers (Francia), Tony McKenny (Australia), David Henry (Australia), Tean Roberts (RU), Simon Fowler (RU), Maxene Lemaire (Francia), Sim Smiley (EUA), Paul Sherratt y Anne Sherratt (RU), David Lewis (Francia), Eric Chauffele (Francia), Madeline Fays (Francia).

Mis agradecimientos, como siempre, a mi agente literaria, Annabel Merullo, y a mi agente cinematográfico, Luke Speed, por ayudar a convertir este libro en un éxito, así como a mi estimada editorial, Quercus, por el mismo motivo, incluyendo a Charlotte Fry, Ben Brock y Fiona Murphy. También quisiera darle las gracias a Josh Varney.

Mi editor, Richard Milner, merece una mención muy especial por haber decidido comisionar este libro basándose en un bosquejo de la historia. Esa toma de decisiones enérgica y valiente escasea en el mundo editorial de hoy y espero que sea recompensada con las páginas siguientes.

También debo darle una mención especial a Peter Message, un estudiante extremadamente talentoso e historiador de la Segunda Guerra Mundial en ciernes, quien leyó y comentó este libro con aplomo en una etapa temprana del manuscrito.

Otro sujeto que no puede ser nombrado —un exsoldado del SAS de cierto renombre— merece mi más especial gratitud por haber llamado mi atención sobre esta historia en un principio y por convencerme de la necesidad de contarla. Gracias.

También estoy en deuda con aquellos autores que habían escrito previamente sobre algunos de los temas tratados en las páginas de este libro. En orden alfabético, ellos son: Keith E. Bonn (*When the Odds Were Even*), Colin Burbidge (*Preserving the Flame*), Roger Ford (*Fire from the Forest and Steel from the Sky*), John Hislop (*Anything but a*

Soldier), Tim Jones (*SAS: The First Secret Wars*), Anthony Kemp (*The Secret Hunters*), Paul McCue (*SAS Operation Bullbasket*), Gavin Mortimer (*The SAS in World War Two*), Christopher Sykes (*Four Studies in Loyalty*).

Y, por supuesto, gracias como siempre a Eva, David, Damien hijo y Sianna, por no tomar a mal que su papá pase tanto tiempo encerrado... otra vez..., escribiendo... otra vez.

Damien Lewis, Dorset, 2015

Nota del autor

Hay tristemente pocos sobrevivientes —si acaso alguno— de las operaciones de las Fuerzas Especiales durante la Segunda Guerra Mundial mostradas en estas páginas, de la Resistencia francesa (los maquis) o de los cazadores de nazis que entraron en acción inmediatamente después de la guerra. A lo largo de las etapas de investigación y escritura de este libro me he empeñado en contactar a tantos de ellos como me ha sido posible, además de los parientes de los fallecidos. Si hay más testigos de las historias que aquí se narran que deseen participar, por favor pónganse en contacto conmigo, pues quizás en ediciones futuras tenga la oportunidad de agregar otros recuerdos de las operaciones retratadas en esta obra.

El tiempo que los hombres y mujeres de los ejércitos aliados pasaron como agentes de la Dirección de Operaciones Especiales (SOE, por sus siglas en inglés),* operadores de las Fuerzas Especiales y colaboradores de la Resistencia fue, con frecuencia, profundamente traumático y muchos decidieron llevarse sus historias a la tumba, especialmente aquellos que cayeron presos del enemigo. Los recuerdos tienden a discrepar y, al parecer, ninguno más que aquellos referentes a operaciones detrás de las líneas enemigas. Los pocos informes escritos de tales misiones también tienden a diferir en cuanto a detalle y escala temporal; los lugares y las cronologías frecuentemente se contradicen. Dicho lo anterior, hice lo mejor que pude para escribir la historia con un sentido del tiempo y del espacio capaz de comprenderse.

Donde varios relatos de una misión parecen particularmente confusos, utilicé la metodología de la situación «más probable». Si dos o más testimonios o fuentes apuntan a un momento, lugar o secuencia de eventos, he decidido usar ese relato como el más probable. Además, recreé pequeñas porciones de diálogo donde ha sido necesario para ayudar al flujo de la historia.

A pesar de lo dicho arriba, cualquier error que se halle aquí es completamente mío y me alegrará corregirlo en las próximas ediciones. Asimismo, aunque he tratado de localizar a los propietarios de los derechos de las fotografías, bocetos y otras imágenes usadas en este libro, esto no siempre ha sido sencillo ni fácil. Repito: estaría feliz de corregir cualquier error u omisión en ediciones futuras.

NOTAS

* Special Operations Executive. [*N. del T.*]

Prefacio

La idea de este libro salió de la nada.

Me reuní con un soldado del Servicio Aéreo Especial (SAS, por sus siglas en inglés)* que había escalado en rango e influencia dentro del «Regimiento», como se le conoce. Ese soldado (a quien llamaré «Steve» y quien pidió que no se utilizara su nombre real, como es la costumbre entre los miembros del SAS) y yo nos habíamos hecho amigos a lo largo de la redacción de varios libros.

Yo recién había publicado *Churchill's Secret Warriors*, la historia del salvaje guerrero vikingo Anders Lassen, el único miembro del SAS británico merecedor de la Cruz Victoria, y su banda de forajidos de las Fuerzas Especiales, quienes tomaron el dicho de Churchill sobre «prenderle fuego a Europa» y lo hicieron realidad, diseminando el caos y el terror detrás de las líneas alemanas, rompiendo casi todas las reglas de la guerra.

Le di una copia de *Churchill's Secret Warriors* a Steve y mencioné que tenía la esperanza de que se hiciera una película basada en el libro.

Steve miró a su alrededor —nos habíamos reunido en la Academia Británica de las Artes Cinematográficas y Televisivas (BAFTA, por sus iniciales en inglés),[†] pues parecía un lugar adecuado para nuestra charla del desayuno— y, como acostumbraba, bromeó:

—Entonces, ¿te juntas con los ricos y famosos? ¿Conoces a...? ¿Quién es esa mujer que hace de Lara Croft en *Tomb Raider*...? Sí, Angelina Jolie.

Steve subrayó que *Churchill's Secret Warriors* sería un fantástico punto de partida para una película. Solo dos veteranos del Regimiento son honrados con sendas estatuas en la base del SAS en Hereford. Uno es David Stirling, el fundador del SAS. El otro es Anders Lassen. Steve señaló que una película sobre las aventuras de Lassen y su banda era necesaria desde hacía mucho tiempo. La historia merecía una difusión tan amplia como fuera posible.

Examinó la portada de *Churchill's Secret Warriors* por un momento, girándola sobre sus enormes y nudosas manos. Con 1.90 metros de estatura y ancho como la puerta de un granero, él no era el visitante promedio de la Academia; pude notarlo en las miradas furtivas y extrañadas de las personas que disfrutaban sus huevos benedictinos y sus expresos.

Me echó una mirada con el rostro serio por un segundo.

—¿Sabes?, hay otra historia del SAS de la Segunda Guerra Mundial que debe ser contada. Nunca lo han hecho. Existe el peligro de que nunca lo hagan.

—Continúa —lo alenté—. Te escucho.

—¿Has oído de la operación Loyton? La mayoría no. Pero quienes sí, la conocemos como el Arnhem del SAS. A finales de 1944, una unidad del SAS se lanzó en paracaídas sobre los montes Vosgos para armar y levantar la Resistencia francesa, y difundir el caos tras las líneas enemigas. Desafortunadamente, aterrizaron en medio de una división alemana Panzer. Mala sincronización, mala inteligencia. Se les terminaron los alimentos, las municiones, los explosivos y el armamento, sin mencionar que no tenían a dónde correr. De allí que sea el Arnhem del SAS.

»Finalmente, encontraron refugio en un pueblo francés llamado Moussey. Cuando los alemanes se dieron cuenta de que no eran capaces de matar o capturar a todo el SAS, acorralaron a los habitantes de Moussey y los mandaron a los campos de concentración. Pero ¿quieres saber la parte más impresionante? Ningún lugareño habló. Ningún habitante de Moussey reveló la ubicación de la base del SAS ni los delató jamás.

»El ejército alemán peinó los bosques y montañas aledaños durante semanas y, con el tiempo, capturaron a docenas de los nuestros. Los entregaron a la Gestapo y las SS; en aquel punto se perdieron en la *Nacht und Nebel*, la noche y la niebla. Y es aquí donde la historia se empieza a poner de verdad interesante...

Steve continuó explicándome cómo al final de la guerra más de 30 efectivos de la operación Loyton estaban registrados como desaparecidos en combate. El entonces comandante del 2º SAS, el coronel Brian Franks, se negó a dejar el asunto así. Prometió a las familias de los desaparecidos que averiguaría lo sucedido; también consideró que el Regimiento les debía lo mismo a los aldeanos de Moussey, de donde muchas personas habían sido arrebatadas para nunca más volver.

Moussey se asienta dentro de un valle de bosques densos y laderas altas que llegó a conocerse como «el valle de lágrimas», y con buena razón. Cerca de mil lugareños fueron enviados por la Gestapo a sufrir un destino, en aquel tiempo, desconocido. De acuerdo con el coronel Franks, el SAS les debía a los desaparecidos rastrear su paradero, ubicar a sus opresores y hacerles justicia.

El problema era que el SAS pronto sería disuelto. Luego de la guerra, habían sacado del poder a Winston Churchill a fuerza de votos; la opinión pública británica estaba cansada de la guerra y miraba hacia la paz, y los días del ejército tildado de disidente y transgresor parecían contados. Para octubre de 1945, el Regimiento del SAS había

perdido la batalla por la supervivencia. Fue formalmente disuelto, o eso dice la versión oficial de la historia.

Pero la verdad era algo distinta. En realidad, mientras los veteranos del SAS eran enviados de vuelta a sus unidades para desmovilizarlos, un selecto puñado de oficiales y soldados se desplegó en Alemania para ubicar a los desaparecidos de la operación Loyton y de Moussey, además de cazar a sus asesinos. Estos hombres —quienes llevaban la boina del SAS y el emblema del puñal alado— fueron agrupados en unidades encubiertas de búsqueda que se conocieron como los Cazadores Secretos.

En pocas palabras, los Cazadores Secretos se rehusaron a aceptar el fin de la guerra y libraron su propia batalla por rastrear a algunos de los más brutales criminales de guerra nazis.

Las operaciones de los Cazadores Secretos eran totalmente negadas y se daban fuera de cualquier registro. Sus actividades estaban tan encubiertas que apenas unos cuantos en el interior del SAS sabían de su existencia. Los dirigían desde la Eaton Square en Londres; contaban con comunicación directa de ida y vuelta con el campo de operaciones, y con el apoyo total de Winston Churchill, cuyo poder e influencia aún se hacían sentir, a pesar de su derrota en la elección general de 1945.

Sus operaciones fueron orquestadas por un príncipe ruso que había peleado en las Fuerzas Especiales durante la guerra y que tenía una razón personal para querer traer a los asesinos nazis ante la justicia. El príncipe Yuri *Yurka* Galitzine consiguió sacar, por debajo de la mesa, un presupuesto de la Oficina de Guerra para una unidad que oficialmente nunca existió.

Bajo su dirección y la del coronel Franks, los Cazadores Secretos buscaron a los criminales de guerra nazis de Italia a Noruega, desde la Francia occidental a través de Alemania y dentro de las zonas rusas. Emplearon cualquier medio necesario y tuvieron un amplio éxito cazando a los asesinos, pero, al hacerlo, se ganaron la poderosa oposición de los rígidos militares británicos y del poder establecido aliado.

En cuanto al Regimiento, las pesquisas de los Cazadores Secretos también sirvieron para cumplir otro propósito vital. Al operar hasta bien entrado el año de 1948, se las arreglaron para mantener vivo al Regimiento el tiempo necesario para que el coronel Franks fundara la 21° SAS Artist Rifles, la segunda reserva del ejército que terminaría por sentar las bases del propio SAS cuando fue reconstituido en la década de 1950.

Como Steve señaló, el Regimiento aún conmemora las deportaciones de Moussey a los campos de concentración y a los centenares de personas que jamás volvieron. Los muertos del SAS están enterrados junto a las propias víctimas de Moussey, en el atrio de la iglesia del pueblo, un lugar de homenaje para aquellos que prometieron jamás

olvidar el sacrificio realizado. Steve imaginó que este era un trozo de historia viva y un libro que bien merecía escribirse, además de un episodio cuya narración estaba pendiente desde un buen tiempo atrás.

Yo antes había escuchado algo sobre los cazadores de nazis del SAS. Uno o dos amigos de las Fuerzas Especiales me habían mencionado sus actividades. Durante un largo tiempo estuve fascinado con la historia, pero había un problema: ¿cómo podía contarla? Sus actividades habían sido cobijadas por el secreto a tal grado que, con gran probabilidad, existiría muy escasa documentación al respecto y era dudoso que hubiera algún sobreviviente del pequeño grupo.

* * *

Sin embargo, un par de semanas después, el correo trajo una entrega muy especial. Consistía en el libro más grande y pesado que haya tenido el placer de examinar: una edición especial del diario oficial de guerra del SAS de la Segunda Guerra Mundial. El diario de guerra hace una breve y discreta mención de las labores de los cazadores de nazis del SAS. A pesar de su brevedad, para mí representaba el primer reconocimiento oficial de que la unidad en efecto existió.

El comandante de los Cazadores Secretos era el veterano del SAS, el mayor Eric *Bill* Barkworth, un hombre de férreos principios, espíritu inquebrantable y una resuelta mentalidad opositora sin comparación alguna. Barkworth demostraría ser un fantástico investigador, detective, interrogador... y un extraordinario cazador de hombres.

El diario de guerra del SAS registra: «En mayo de 1945, (el coronel) Franks recibió el reporte de que en Gaggenau, Alemania, se habían hallado los cuerpos de varios soldados británicos y envió a investigar a su oficial de inteligencia, el mayor E. A. Barkworth. La unidad de Barkworth estableció su base... y comenzó su cacería. En octubre de 1945, disolvieron el SAS. Franks llegó a un acuerdo extraoficial con un individuo de la Oficina de Guerra y la unidad continuó. Operó abiertamente, como si fuera oficial. La unidad terminó su cacería en 1948, tres años después de que el SAS fuera disuelto».

Eran solo unas pocas palabras escogidas cuidadosamente, acompañadas por cuatro fotografías del SAS en Moussey haciendo honores en el memorial de guerra de la aldea, pero eran nada menos que el reconocimiento oficial de la existencia de los cazadores de nazis del SAS.

Incluso esto era extraordinario, si consideramos que la versión oficial de la historia decía que el SAS se desmanteló en 1945 para reconstituirse en la década de 1950 con el fin de llevar a cabo operaciones antiinsurgentes en Asia. Por ejemplo, la historia autorizada del SAS de Philip Warner menciona la disolución de 1945 y señala que «eso fue todo» hasta su reintegración en los años cincuenta. Aclamada como «la primera historia oficial completa del SAS», se convirtió en la versión admitida de los hechos.

Una iniciativa como los cazadores de nazis del SAS, que involucraba a decenas de hombres cuidadosamente elegidos —e incluso la orden de jamás hablar sobre su trabajo y mantener los registros escritos al mínimo—, sería, sospechaba yo, muy difícil de investigar. La evidencia fragmentaria tendría que ensamblarse laboriosamente, algo parecido a la forma en la que los Cazadores Secretos debieron construir los expedientes de los más buscados criminales de guerra nazis.

Así comenzó una búsqueda que me llevó a algunos de los lugares más oscuros, y me reveló los horrores que sufrieron los hombres y comandos capturados por un grupo de oficiales nazis que, para entonces, debían saber que la guerra estaba perdida. Pero también la historia del increíble valor y heroísmo que mostraron los efectivos de las Fuerzas Especiales británicas y aliadas, sin mencionar la Resistencia francesa y los aldeanos comunes que pelearon a su lado. No faltó, incluso, el ocasional buen alemán que arriesgó su vida para intentar hacer lo que creía correcto.

Con el tiempo, la historia me llevó al noreste francés, al propio Moussey y a un oscuro y perturbador campo de concentración que se asienta en las profundidades de los bosques montañosos, a unos 15 kilómetros al este del pueblo. Me llevó a los Archivos Nacionales en Kew y a los pocos archivos que sobreviven acerca de las actividades de los cazadores de nazis del SAS, muchos de los cuales habían sido marcados con una fecha de destrucción, pero que milagrosamente se las habían arreglado para sobrevivir a la depredación de quienes pretendían censurar la historia.

Me llevó a los documentos privados, archivados en el Museo Imperial de Guerra, del príncipe Yurka Galitzine y otros —aquellos entre los Cazadores Secretos que nunca creyeron que su trabajo debía permanecer en silencio y fuera de todo registro—, quienes decidieron (en contra de las órdenes y en contra de los contratos asfixiantes que habían firmado) guardar sus papeles en un lugar donde terminarían por descubrirse. Estas personas corrieron riesgos considerables al negarse a permitir que la verdad se ocultara y por eso se merecen nuestra admiración y gratitud.

El rastro me llevó de los archivos del Museo Imperial de Guerra —con el que estoy agradecido por haber hecho posible que tales materiales se conservaran para la posteridad— hasta algunos de los sobrevivientes de las operaciones del SAS en la

Segunda Guerra Mundial, quienes afortunadamente siguen con nosotros. Y, al fin, llegué a las revelaciones más inesperadas, por no decir impactantes, ocultas en una serie de documentos en custodia del Archivo Nacional de Estados Unidos, en Washington, D.C. En septiembre de 2007, la CIA fue forzada, bajo la Ley de Divulgación de los Crímenes de Guerra Nazis, a publicar alrededor de 50 000 páginas de registros que documentaban las relaciones entre la Agencia y nazis prominentes en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial.

Para el final de la guerra, la Alemania de Hitler ya no era el principal enemigo del «mundo libre»; la Rusia de Stalin había tomado ese papel. Poco después de que se hicieron los últimos tiros, los aliados comenzaron a frecuentar a jefes nazis con experiencia en combate o en espiar a los rusos, con el fin de darles asilo y reclutarlos. Los incorporaron a varias organizaciones de inteligencia encubiertas; la más importante de ellas fue la Organización Gehlen, dirigida en un principio por la inteligencia del ejército estadounidense y después por la CIA, de 1948 en adelante.

Los archivos de la CIA recientemente desclasificados revelaron que, en varias instancias donde estuvieron involucrados nazis de alto rango con experiencia contra los rusos, la justicia que con tanta resolución buscaban los cazadores de nazis del SAS en realidad se les pudo haber negado.

Por lo tanto, esta es una historia que se desarrolla en mundos secretos dentro de otros mundos secretos, pelándose como una cebolla en capas de intriga y subterfugio. Alcanzar el núcleo de la verdad indiscutible es muy complicado, pero aprecio mucho el enorme privilegio que ha sido esta oportunidad de narrar la historia de la operación Loyton, las deportaciones y masacres de Moussey, así como las actividades de los Cazadores Secretos que las siguieron.

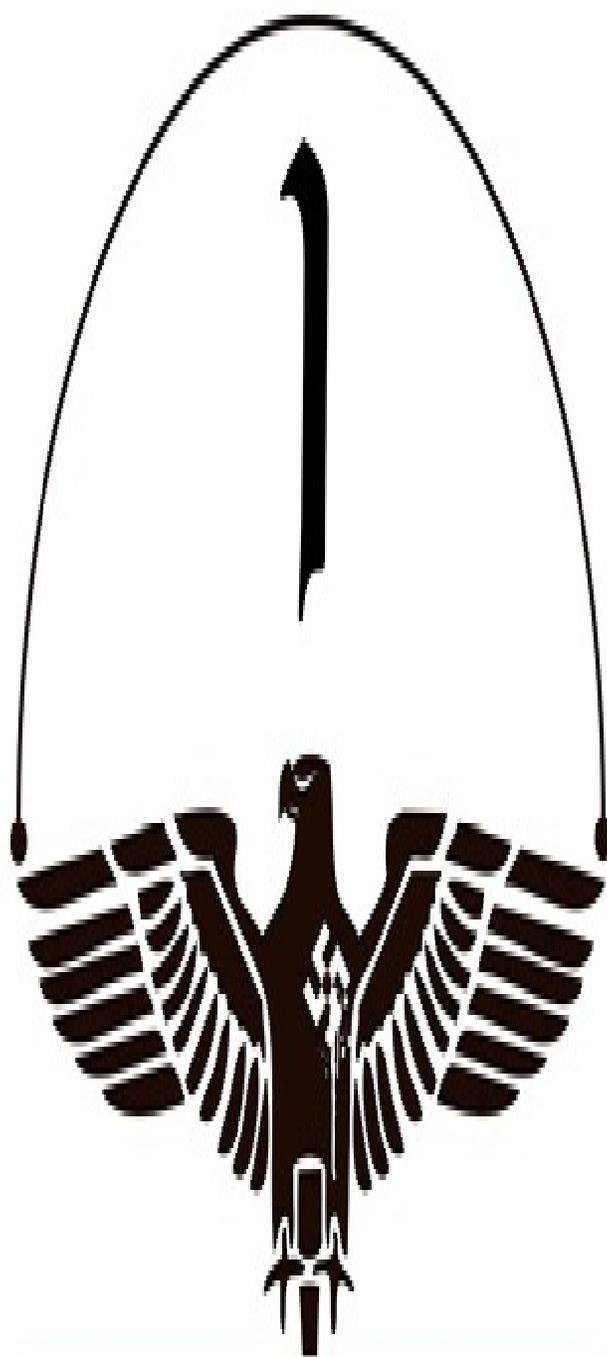
Algunos podrán preguntarse: ¿importa mantener viva la memoria de tales horrores y la caza de los culpables casi 70 años después de que se dieron los hechos? ¿No estamos removiendo el pasado? No lo creo. Es de vital importancia que recordemos el heroísmo y los terribles crímenes de guerra y contra la humanidad, para que esas transgresiones jamás se repitan.

Estoy convencido de que hay más qué decir sobre este capítulo de la historia velado y conmovedor, y estoy emocionado por las revelaciones que pueden surgir a partir de la publicación de este libro.

Pero antes déjenme llevarlos a un solitario avión de guerra británico que vuela hacia el interior de la Francia ocupada, a finales del verano de 1944.

* Special Air Service. *[N. de T.]*

† British Academy of Film and Television Arts. *[N. de T.]*



capítulo

El bombardero Armstrong Whitworth Whitley rugía a través de la nebulosa oscuridad; sus dos hélices arañaban los cielos intempestivos. Era casi la medianoche del 12 de agosto de 1944 sobre el norte de Francia y se esperaba que el verano continental trajera un clima tibio y reconfortante, cielos calmos y transparentes.

Pero las condiciones de vuelo en aquel agosto rasgado por la guerra eran sin duda dificultosas, especialmente para una tripulación de la Real Fuerza Aérea (RAF, por sus siglas en inglés)* con la misión de soltar a un grupo de paracaidistas sobre una remota cadena de montañas densamente boscosas, unos 800 kilómetros atrás de las líneas alemanas. En varias ocasiones se había abortado la misión en el último momento, y para los hombres sentados en el piso frío del fuselaje de la aeronave era un alivio al fin entrar en combate. Pero eso no hacía la atmósfera menos tensa o electrizada, no cuando se enfrentaban a una misión como esta.

El ensordecedor rugido de los motores gemelos Rolls-Royce Merlin hacía la plática imposible y los soldados del SAS estaban perdidos en sus pensamientos. Como con frecuencia fue el caso, a los hombres del Regimiento se les encomendó una misión formidable, pero los dotaron con el equipo más obsoleto que el Ministerio de Guerra podía ofrecer. Bastaba un vistazo al oscuro y reverberante compartimento de carga del Whitley para revelar lo inadecuado que era para llevar a un grupo de paracaidistas.

Diseñado a mediados de la década de 1930, el Whitley ya era obsoleto incluso antes del comienzo de la guerra y, para 1942, se le había retirado de las operaciones en el frente. Bombardero de peso mediano, para este punto la aeronave se usaba en su mayoría para remolcar planeadores hacia el combate y ciertamente jamás tuvo el propósito de plataforma de salto para paracaidistas. Debido a un capricho de diseño, el avión volaba con una actitud de nariz caída, lo que significaba que el suelo del remachado fuselaje de lados planos se inclinaba vertiginosamente hacia la cabina. Aún peor, los hombres del SAS saltarían hacia la noche por un hueco en el piso con forma de ataúd y era este proceso de brincar a través de la tumba abierta del compartimento de bombas del Whitley lo que la convertía en una salida muy peligrosa.

Los hombres del SAS lo habían apodado «tocar la campana». Al acercarse a su zona de descenso, se alinearían junto a la abertura, sentados con las piernas colgando sobre el abismo sombrío. Cuando la luz de salto se tornara verde, se impulsarían hacia delante, dentro de la ruidosa oscuridad. Pero las escotillas para bombas se habían diseñado para

soltar municiones compactas de 3 200 kilogramos, en contraste con esa docena de seres humanos. Al saltar en la estrecha abertura, los hombres se arriesgaban a estrellar su cabeza y provocar un fuerte sonido metálico: de allí el «tocar la campana».

Cualquier paracaidista que tocara la campana se hallaría muy lastimado o, incluso, inconsciente y desplomándose como una piedra; difícilmente era el estado ideal para dirigirse a una zona de aterrizaje señalizada apenas por un puñado de fogatas encendidas por la Resistencia francesa. O al menos se esperaba que fueran ellos. Se sabía que la Gestapo y las SS encendían señalizaciones falsas y se sentaban a esperar, en particular cuando tenían información asegurada acerca del lugar y hora de un inminente lanzamiento en paracaídas de los Aliados.

La solitaria aeronave siguió adelante. La noche sin luna era su manto protector.

Armado con una sola ametralladora en la nariz y cuatro en la torreta del artillero de cola, el Whitworth era vulnerable por abajo y por arriba. Además, con una velocidad máxima de 320 kilómetros por hora era difícil que escapara a los ágiles cazas nocturnos de la Luftwaffe. Los soldados del SAS sabrían del ataque cuando el fuego de artillería hiriera la piel del compartimento: proyectiles trazadores rasgarían los tanques de combustible alojados en las alas y soltarían el aliento mortal de un dragón de un lado a otro del fuselaje en proceso de desintegración.

La tripulación del Whitworth esperaba volar a través de la oscuridad sin ser detectada. Los paracaidistas estaban a punto de lanzarse sobre el último bastión defensivo del Reich: los abruptos montes Vosgos, los cuales se hallan en la frontera franco-alemana. Allí fue donde Hitler ordenó a la Wehrmacht hacer un último esfuerzo de triunfar o morir para evitar a toda costa que los Aliados realizaran lo impensable y avanzaran hacia el este, dentro de Alemania. En consonancia, las apuestas en juego en esta misión —con el nombre en clave de operación Loyton— difícilmente podrían haber sido más altas.

El bombardero* del Whitley se agazapó en la torreta frontal, justo debajo del artillero de la nariz. El piloto y el copiloto/navegador se hallaban más arriba, sentados lado a lado en la cabina. Hoy, por supuesto, el bombardero no dejaría caer la muerte metálica desde el cielo, al menos no una carga explosiva convencional. En su lugar, su misión era —junto al navegador—detectar un claro, pequeño como una caja de cerillos, en medio de las montañas densamente boscosas, sobre el cual soltarían a aquellos hombres cuya reputación en el combate los había hecho los principales adversarios de Hitler y del Reich.

Si el SAS lograba desplegarse a salvo, su misión era levantar y armar un ejército de miles de integrantes de la Resistencia francesa, para luego atacar las líneas de

comunicación y abastecimiento del enemigo, regando el terror y el caos por la retaguardia. Se esperaba que esto convencería a las tropas de la Wehrmacht que peleaban en el frente de que sus defensas se estaban derrumbando y de que los ejércitos 3º y 7º del general estadounidense George Patton estaban superando sus líneas. Si pudieran obligarlos a abandonar sus posiciones a lo largo de la abrupta «ladera oeste» de los Vosgos —una serie de trincheras sumamente fortificadas y formidables emplazamientos de artillería ubicados en las defensas naturales, al pie de las montañas—, se abriría el camino al interior de Alemania.

Al capitán Henry Carey Druce, comandante de esta misión, le vino a la mente la frase «lata de sardinas», mientras observaba el estrecho compartimento del Whitley. Estaba pegado hombro con hombro con los hombres a su mando, cargado con tantas armas y equipo que apenas podía moverse. Los cinco integrantes de la tripulación de la RAF conversaban constantemente por el radio intercomunicador mientras contaban los sitios naturales que los guiaban hacia la zona de salto, pero a Druce le habían quitado todo eso para dejarlo sordo y casi ciego en el oscuro compartimento de carga.

Era un sentimiento muy inquietante.

De hecho, debido a razones mucho más allá del control de Druce, la gestación entera de la misión había sido resueltamente extraña; en efecto, hasta su mismo reclutamiento en el SAS había sido algo accidental.

Hasta hacía poco, Druce había servido en la SOE, una unidad nacida de la férrea voluntad de Winston Churchill y formada por completo en las sombras. En el verano de 1940 el icónico líder británico de los tiempos de guerra abogó por la creación de una fuerza clandestina encargada de prenderle fuego a los territorios de la Europa ocupada por el enemigo.

La SOE se había formado bajo la égida del Ministerio de Economía de Guerra,* de forma independiente al ejército. Llegó a conocerse como el «cuarto brazo armado» y operó bajo diversos nombres encubiertos, incluyendo los de «Oficina de Investigación Interservicios» y, tal vez el más adecuado, «La Estafa».† Oficialmente la SOE no existió, lo que la hacía perfecta para llevar a cabo las misiones que rompían las leyes de guerra y que el gobierno británico podía negar si todo salía mal.

Druce sintió que la comida se le subía a la garganta cuando el Whitley dio con una zona de turbulencia particularmente fea. No era la primera vez que volaba sobre territorio hostil. En una de sus anteriores misiones con la SOE, Druce había sido lanzado sobre la Europa ocupada por el enemigo para recobrar prisioneros de guerra que se habían fugado. Pero lo traicionaron y lo tomaron preso. Cautivo en una prisión de la Gestapo, enfrentó el interrogatorio de un oficial de la policía secreta.

—Recuerda: tú eres mi prisionero —le había advertido el hombre de la Gestapo—, así que debes decírmelo todo.

—De hecho, soy yo quien debería tomarte a ti y a los tuyos —respondió Druce calmado—. Tu ejército está completamente derrotado, así que mejor ríndanse ante mí.

En la confusión momentánea causada por el comentario, Druce aprovechó la oportunidad y saltó por una ventana cercana. Escapó de las garras de la Gestapo y, como hablaba bien el francés, atravesó la Francia ocupada hasta Inglaterra disfrazado de lugareño. En el proceso, viajó a pie a través de la misma región donde ahora debía lanzarse en paracaídas: los montes Vosgos; pero su regreso había llegado como un capricho del destino.

Algún tiempo después de su épico escape, Druce se hallaba en un tren en dirección a una de las escuelas de paracaidismo de guerra de Gran Bretaña. El coronel Brian Franks, comandante del 2º SAS —el Regimiento del SAS en aquel tiempo consistía de las brigadas 1ª y 2ª del SAS, además de varias brigadas «extranjeras» que operaban junto a ellos— resultó ir a bordo del mismo tren. Ambos comenzaron a charlar y Franks le hizo a Druce la pregunta obvia: ¿a qué se dedicaba entonces?

Druce se encogió, de buen humor.

—En realidad estoy en un bache. Nadie quiere darme empleo.

—Pues deberías venir y unirme a nosotros —le dijo Franks.

Así había sido reclutado Druce en el SAS. Se había unido al Escuadrón A, del 2º SAS, que en aquella época consistía de alrededor de 60 hombres. Como el 2º SAS se conformaba por cuatro escuadrones, eran demasiados efectivos para que el capitán Druce llegara a conocerlos a todos, pero logró familiarizarse rápidamente con la docena de hombres de su grupo. El problema era que ahora pocos de ellos iban con él a bordo del avión Armstrong Whitworth Whitley.

Hasta esa misma tarde, los 12 hombres a bordo habían estado bajo las órdenes de otro oficial del SAS, un veterano de las operaciones en el norte de África. Pero apenas hacía unas horas ese hombre visitó al coronel Franks para revelarle que algo casi inconcebible había sucedido.

—De verdad siento que no puedo seguir —confesó—. No puedo encabezar la misión. He perdido el valor.

No era el primero en caer víctima del estrés agudo causado por las repetidas incursiones detrás de las líneas enemigas. Hasta el candidato menos probable podía hallarse en riesgo de aquello que los soldados comenzaron a llamar «cagarse»: no ser capaz de soportarlo más. Era algo temido por todos porque si un hombre se quebraba durante una misión, se volvía una seria responsabilidad para sus compañeros.

En la opinión de Druce, ese hombre había demostrado ser uno de los más valientes. Era infernalmente difícil dar un paso atrás y admitir en el último momento que no podrías llevar a cabo una misión. Aun así, cuando de la nada el coronel Franks le telefoneó para pedirle que tomara el mando, se quedó atónito. Tuvo unos pocos minutos para tomar su equipo, preparar sus armas y correr para alcanzar el tren con dirección a la base aérea desde donde se embarcaría la misión. No tuvo tiempo de familiarizarse con su nuevo comando.

Le había pedido una sola cosa al coronel Franks: quería que lo acompañara su propio sargento, el tremendo escocés David *Jock* Hay; así por lo menos conocería a un hombre de «su» grupo. Pero, en cuanto al resto del grupo, Druce con dificultad podía ponerle nombre a un rostro.

Por supuesto, debió ser doblemente desconcertante para ellos, pues habían hecho el entrenamiento y los preparativos de la misión con el comandante usual de su unidad. No se dio explicación alguna para el súbito abandono de ese hombre. Se juzgó mejor mantener su renuncia en silencio. Pero Druce solo era conocido como un reciente recluta del Regimiento y eso lo convertía en un comodín.

Era aún más extraño porque el capitán Henry Druce sería llamado capitán *Drake* durante la misión. Como antes había sido prisionero del enemigo, la Gestapo conocía su identidad real, lo cual elevaba el riesgo de que volvieran a capturarlo.

Druce (*Drake*) llegó a la base Fairford de la RAF en Gloucestershire apenas unos minutos antes de la hora D (la hora asignada para el despegue). A Fairford la llamaban La Jaula y con buena razón. Eran unas instalaciones restringidas de alta seguridad de las cuales nadie asignado a una misión podía salir nunca. ¡Incluso una visita al sanitario parecía requerir tres escoltas armados!

A su llegada a La Jaula, llevaron a Druce al cuarto de operaciones para que se uniera a los demás que recibirían el *griff*: la última sesión informativa sobre la misión. Dos de los incondicionales del Regimiento, el mayor Eric *Bill* Barkworth y su mano derecha en la Sección de Inteligencia del 2º SAS, el sargento Fred *Dusty* Rhodes, delinearon lo que venía.

Los Aliados habían logrado escapar de su cabeza de playa del Día D y la retirada alemana estaba en marcha. Los comandantes aliados pensaban que su versión del *Blitzkrieg* se mostraría inexorable, cuando la superioridad del poder aéreo y las fuerzas de tierra aliadas replegaran a un enemigo desmoralizado de nuevo hacia Alemania. Incluso se mencionó que para la Navidad la guerra habría terminado. La barrera natural de los montes Vosgos constituiría la defensa final de la Wehrmacht y la

operación Loyton fue diseñada para armar un alboroto sobre el enemigo en esas colinas densamente boscosas.

Habiendo pasado por la zona en un pasado no muy distante, Druce señaló que el terreno era ideal para la guerra de guerrillas. Pero Barkworth —uno de los «viejos lobos» del Regimiento y agente de sangre fría por excelencia— dejó claro lo que se esperaba de él. Su tarea no era ir a volar cosas, al menos *todavía no*. Debía contactar a la Resistencia francesa y establecer una base segura y una zona de descenso para entonces convocar allí al grueso de la operación Loyton.

El coronel Franks estaba presente en La Jaula y dejó clara su intención de colocar dos escuadrones enteros —más o menos 120 hombres— sobre el terreno de los Vosgos. La misión de Druce era abrir camino a esa fuerza mayor. Solo entonces podría empezar a volar todo al carajo.

Para subrayar la importancia de la operación Loyton, Franks declaró su interés por participar; era raro que un comandante de tan alto rango como él, si es que alguna vez lo hubo, se arriesgara a ir así de lejos detrás de las líneas enemigas. Otra persona bailaba al mismo ritmo: el sargento Dusty Rhodes, mano derecha de Barkworth. Rhodes, un duro y flemático hombre de Yorkshire, ansiaba entrar en acción, pero su papel actual se lo impedía. Al formar parte de la célula de inteligencia del 2º SAS, él y Barkworth conocían cada una de las misiones en marcha, así que si eran capturados y los forzaban a hablar, las consecuencias serían desastrosas.

Barkworth y Rhodes no tenían otra opción que, como quien dice, *quedarse quietecitos*. Al entregarle la última información a Druce, poco sospechaban que la próxima encomienda catapultaría a esos dos hombres de inigualable talento hacia la misión de sus vidas, donde habría muchísimo en juego, horror e intriga. Pero todo eso reposaba varios meses en el futuro.

Por ahora, parecía que el coronel Franks había elegido su reemplazo de manera admirable. El capitán Druce era mediano de estatura, pero un auténtico roble. Al avanzar a través de los hondos valles de los Vosgos, mostraría una energía incansable y una intrepidez inusual que rayaba en lo temerario. Druce demostraría su gran espíritu inconformista y astuto, por excelencia.

Con solo 23 años de edad, Druce se había educado primero en Cheam, Surrey, donde compartió clases con el duque de Edimburgo. De allí fue a la Escuela Sherborne, en Dorset, seguida del Real Colegio Militar de Sandhurst. En un inicio se ofreció como voluntario en el Regimiento de Pilotos de Planeadores, pero descubrió en la SOE un hogar más natural para su talento. Fluido hablante del francés, el holandés y el

flamenco, y dotado con una insaciable sed de aventura, Druce era también un candidato natural para el SAS.

Druce ganaría renombre en el SAS como el «guerrero de sombrero de copa». Luciendo un sombrero de seda negra y pantalones de pana durante las operaciones, él manifestaría una cualidad vital entre aquellos asignados a misiones detrás de las líneas enemigas: imperturbabilidad total. Durante un incidente se acercó a un soldado motociclista alemán en plena huida y descubrió un jamón oculto en su alforja. Como el soldado se negaba a dejar su motocicleta con la prontitud conveniente, Druce procedió a golpearlo en el rostro con el jamón y lo tumbó del asiento. Entonces, roló la carne entre sus hombres hambrientos.

Uno de los mapas originales de la operación Loyton —el cual sin duda Druce estudió minuciosamente mientras el avión Whitley zumbaba en dirección a su incierta cita con el destino— ha sido preservado para la posteridad en el diario de guerra oficial de la operación Loyton. El mapa tiene inscrito un pequeño círculo negro, con la leyenda «ZD del destacamento del Capitán Druce 13 de Ago».

La ZD (zona de descenso) está inserta entre La Petite Raon y Vieux-Moulin, dos pequeñas aldeas francesas a poco menos de cuatro kilómetros al suroeste de una villa llamada Moussey. Por lo demás irrelevante, Moussey cobraría una importancia real para el SAS. Pero mientras Druce estudiaba el mapa, debió preguntarse en qué lugar de los bosques y montañas aledaños —incluyendo los bien llamados *Les Bois Sauvages* («los Bosques Salvajes»)— tendrían su base los maquis.

No muchos meses previos a este vuelo, en su escape del enemigo, Druce había andado las ásperas colinas de los Vosgos disfrazado de francés. Él conocía la clase de terreno en el que habrían de lanzarse. Había detectado la oportunidad de librar una guerra de guerrillas, de «entrar y salir» —la especialidad del SAS—, utilizando los remotos bosques elevados como refugio para evadir al enemigo enfurecido, antes de reagruparse, rearmarse y descansar, en espera del próximo ataque relámpago.

Druce saboreó la posibilidad. Había en él pocos desplantes de bravuconería, pero, de algún modo, sus hombres llegaron a sentir que nunca se hallaron en problemas bajo su mando sin importar cuán grave pareciera la situación.

Y mientras el aeroplano retumbaba hacia la distante zona de descenso, las cosas pronto se tornarían muy desventuradas.

NOTAS

* Royal Air Force. [N. de T.]

* Persona encargada de poner en la mira los objetivos de las bombas. [N. del T.]

* Ministry for Economic Warfare. *[N. de T.]*

† The Racket. *[N. de T.]*



capítulo

A eso de las dos de la mañana, el despachador del Whitley levantó a los paracaidistas. Habían despegado cinco horas antes y la mayoría dormitaba durante ese vuelo ruidoso y claustrofóbico. La ruta de la aeronave se había trazado lejos de blancos obvios de bombardeos y había logrado eludir a los cazas nocturnos y el fuego de tierra del enemigo, dejando que los soldados durmieran sin molestias.

«¡Veinte minutos para la ZD!», gritó el despachador sobre el ruido de los motores». «¡Veinte minutos para el salto!»

Mientras el Whitley comenzaba a descender (los hombres saltarían a los 300 metros de altitud), el despachador pasó una botella de ron, por si alguien quería un trago de arrojo de último minuto. Hecho aquello, dio la señal de «levántense-engánchense», y 12 figuras sombrías se pusieron de pie, se ajustaron su áspera bolsa de lona de paracaidista a la pierna derecha y se formaron en una fila en orden de salto.

Cada uno abrochó el cordel del paracaidista de enfrente —su «línea estática»— a una cuerda que corría a lo largo del fuselaje. Cuando brincaran del avión, la línea estática se quedaría fija, lo que desenrollaría la mochila de salto Modelo X y liberaría los aparejos y el paracaídas. El nerviosismo diluyó los últimos vestigios de sueño.

Mientras revisaban la línea del paracaidista de enfrente, no pocas manos se vieron temblar. Para algunos, sin duda, se trataba de la ola de temor que forma un nudo en el estómago, pero para la mayoría, Druce incluido, era el efecto de la adrenalina bombeando en sus venas.

El sistema hidráulico de las escotillas para bombas hizo un chillido agudo al abrirse y entró una ráfaga de aire fresco. Se sintió sorprendentemente frío. El Whitley solo podía perder determinada altitud, pues los Vosgos se elevan a más de 4 600 metros de altura y era bien sabido que, incluso en verano, las condiciones en los picos más altos eran muy desfavorables.

El despachador caminó a lo largo de la fila de hombres haciendo una última revisión. Para su consternación, descubrió que la línea estática de Druce se había ensartado en el arnés de su paracaídas. Si hubiese saltado entonces, hubiera quedado colgando bajo el fuselaje sin poder lanzarse a tierra ni regresar al interior del avión.

Cada miembro del grupo de Druce llevaba un par de botas con suelas de hule — ideal para operaciones silenciosas—, además de una chaqueta Denison especial para paracaidismo, que se abrochaba con una tira entre las piernas para evitar que se inflara

durante el descenso. El «viejo sombrero de hojalata» de bordes anchos del Ejército británico fue reemplazado por cascos abovedados y provistos de barbiquejos. Y cada uno de los soldados llevaba entre las cinchas la boina distintiva del SAS con la insignia del icónico puñal alado.

Desde el verano de 1944, supuestamente el SAS había sido «vetado» del uso su distintiva boina color arena. Con su retorno de las operaciones en el norte de África y del Mediterráneo, el Regimiento fue absorbido por la fuerza aérea regular. Muchos argumentaron que se trataba de un esfuerzo del poder establecido del ejército para ejercer cierto control sobre esa fuerza libre y soberana, aquella que había enfrentado las acusaciones de ser un «ejército privado».

Cualquiera que fuese la verdad, se les ordenó a los soldados del SAS que adoptaran la boina roja brillante del Regimiento de Paracaidistas. Indiscutiblemente distintiva y belicosa, servía bien para las tropas del frente, pero su alta visibilidad la hacía poco adecuada para una fuerza encubierta que se insertaría muy atrás de las líneas enemigas. Varios votaron por adoptar la boina roja una vez que las de color arena se hubiesen desgastado, y estas se mostraban notablemente duraderas. Otros optaron por una gorra de montaña caqui con visera, la cual luego demostraría su utilidad para las operaciones en los Vosgos.

Otros cambios en el equipo fueron más populares. La vieja fiel del SAS, la subametralladora Thompson calibre .45 —la llamada «*tommy gun*», favorita por igual de los gánsteres de la década de 1930 y de los agentes de élite de la de 1940— aún se usaba, pero, en su mayoría, había sido reemplazada por la más liviana Sten de 9 mm, apodada «la lata de frijoles».

La confiable bomba incendiaria Lewes había sido sustituida por la bomba Gammon. La Gammon consistía en cierta cantidad de explosivo plástico (EP) alojado en una bolsa de lona y conectado a un fusible que detonaría al impacto sin importar el ángulo en que la granada improvisada diera con el blanco. El tamaño más común empleaba un kilo de EP y quien la lanzara debía mantener la boca abierta para evitar que le estallaran los tímpanos. La gran ventaja de la Gammon sobre la Lewes era su capacidad para desactivar vehículos pesados, crucial para enfrentar la fuerza del blindaje alemán.

El talismánico cuchillo de combate Fairbairn-Sykes —con su hoja de 18 centímetros, empuñadura pesada para brindar un buen agarre en condiciones húmedas, cruceta para evitar que las manos se resbalen, más dos orillas afiladas como hojas de afeitarse y perfil de estilete— era la herramienta oficial del SAS para el asesinato silencioso. Pero, conforme la guerra progresaba, la mayoría había aprendido lo difícil que era matar a un hombre con un cuchillo. Normalmente, se necesitarían dos soldados para hacerlo bien

(uno para sostener a la víctima y otro para clavar la hoja), además de que era siempre un trabajo sucio y un tanto impredecible.

Recientemente había sido desarrollado el cuchillo de combate Mark II. Conocido de cariño como «hachete»,* parecía una cruz entre un hacha y un machete. Asimismo, estaba disponible una versión en miniatura del cuchillo original Fairbairn-Sykes. También había en oferta una robusta navaja automática para los verdaderos aficionados.

Sin embargo, si se requería matar de cerca, la experiencia había probado que, en general, lo más fácil era dispararle en la cabeza al adversario con una pistola. Para tal fin, la excelente Browning 9 mm GP35 Hi-Power había reemplazado a la Colt .45, pesada e incómoda. De la misma manera, el rifle .303 Lee-Enfield fue suplantado por la magnífica carabina estadounidense Winchester M1-A1 calibre .30, que pesaba la mitad del rifle británico. A pesar de no ser tan preciso a larga distancia, su cadencia de tiro era semiautomática y sus municiones pesaban la mitad de las del .303 británico, lo que significaba que se podía llevar mucho más parque con uno.

La versión plegable de la carabina M1 era perfecta para los paracaidistas. El rifle M1 —diseñado por dos mecánicos aprendices de la Winchester Repeating Arms Company durante su tiempo libre— iba a convertirse en una de las armas más utilizadas por las fuerzas aliadas durante la Segunda Guerra Mundial. También había gran demanda por las armas alemanas capturadas, especialmente por la subametralladora Schmeisser. Una vez que habían confiscado el arma, los agentes del SAS eran renuentes a dejarla ir.

El equipo personal se cargaba en una bolsa de lona Bergen —una mochila militar— con armazón externo de metal. Las raciones británicas «Compo» se habían cambiado por las raciones para 24 horas, que contenían sardinas enlatadas, queso, carne deshebrada, bizcochos de avena, sopa en cubos, té, dulces y chocolates. Se había desarrollado una estufa nueva y supereficiente, la cual quemaba tabletas de hexamina, un combustible sólido similar al de los encendedores.

El equipamiento Bergen de cada paracaidista iba dentro de la bolsa de lona que, para el salto, llevaba atada a la pierna derecha. «La bolsa de pierna» se mantenía en su sitio sujeta por broches y se soltaría una vez que el paracaidista hubiese saltado, para quedar colgando unos cuatro metros y medio debajo de él. De esa manera, la bolsa aterrizaría primero y recibiría el impacto de su propio peso.

O al menos así funcionaba en teoría. En la práctica, la bolsa de pierna era incómoda de usar y con frecuencia más peligrosa que útil para el paracaidista. Solía quedarse enganchada durante la salida, o fallaba al soltarse y descender apropiadamente, con consecuencias desastrosas para el paracaidista.

Al escribir en el diario de guerra de la operación Loyton, el coronel Franks anotó que la bolsa de pierna era «absolutamente inútil. Esto ha sido demostrado y señalado una y otra vez. Las bolsas de pierna actuales NUNCA JAMÁS deben volver a llevarse a una operación».

Desafortunadamente, la avanzada de la operación Loyton iba equipada con las bolsas de pierna. Una de esas personas atadas a este artilugio «absolutamente inútil» era el capitán John Hislop, de hecho el segundo al mando de Druce. Mientras se preparaba para el salto, se recordó a sí mismo el extraño santo y seña que debía intercambiar con la Resistencia, más conocidos como los maquis.

«*Nous sommes les guerriers de Malicoco*» (nosotros somos los guerreros de Malicoco), debían declarar los soldados del SAS, aunque ninguno tenía idea de dónde podría ubicarse «Malicoco».

«*Bamboula vous attend*» (Bamboula los espera) era la respuesta esperada, aunque nadie tenía idea de quién podría ser Bamboula.

Como Hislop bien sabía, algunos de los menos eruditos habían batallado para aprenderse el parlamento. En su mayoría, eran combatientes, no lingüistas; el comandante Druce era la excepción obvia. Hislop no estaba muy contento con el cambio de comandante a último momento y se preguntaba el tipo de hombre que Druce sería en el campo de batalla.

«En ese momento no teníamos idea de la razón de este cambio y nos resultó desconcertante», comentó Hislop. Debido a que Druce se acababa de unir al SAS recientemente, nadie lo conocía bien y tampoco estaban conscientes de sus capacidades.

Hislop no pertenecía por entero al SAS y era un personaje aún más colorido que Druce. Con su memorable rostro de niño, su cabello negro peinado hacia atrás y sus ojos risueños, Hislop era el típico inglés apuesto y se deleitaba en tal imagen. Tenía una figura delgada de jugador de polo, en comparación con la robustez de jugador de *rugby* de Druce, pero en la próxima misión ambos demostrarían tener corazón de león.

Él y Druce se habían conocido solo en una ocasión, en el entonces cuartel del 2º SAS, el cual se hallaba atrás del campo de golf de Prestwick, en Ayrshire, Escocia. Por supuesto, Hislop había oído las historias del épico escape de Druce que lo llevó a pie a través de la mitad de la Europa ocupada en un tiempo «extraordinariamente breve». Al final de la historia, Druce llegó a Londres y se registró en el hotel Berkeley, de Piccadilly, como si solo hubiese salido a caminar en el Green Park.

Mientras la poderosa figura de Druce se apoyaba junto a la incierta salida del Whitley, él se esforzaba por memorizar todos los nombres de sus soldados.

Goodfellow, Dill, Lodge, Crossfield, Hall, Stanley..., repetía los nombres como un mantra. Hislop, por otro lado, se imaginaba a galope, montando un caballo de carreras en el hipódromo; había descubierto que era la mejor manera de endurecerse antes de un salto a lo desconocido como aquel.

Hislop rechazó el trago de ron que había rolado por la aeronave porque consideraba que la mayoría de los jinetes montaban mejor sobrios y que en el paracaidismo las cosas no podían ser muy distintas. Nacido en Quetta, Pakistán, en 1911, a la edad de 33 años Hislop era el «viejo» de la unidad. Su padre, el mayor Arthur Hislop, prestó servicio en India con la 35ª Scinde Horse, pero el interés de su hijo se inclinaba más hacia la fraternidad de las carreras. A lo largo de sus 10 años de oficio en la hípica, John Hislop había demostrado ser uno de los mejores jinetes aficionados de todos los tiempos.

Al estallar la guerra, en sus propias palabras, había intentado amañar su camino a una posición que le permitiese seguir con el negocio del día: la equitación de carreras. Citando una «lamentable falta de aptitudes militares», el comandante de Hislop en el 21º Regimiento Antitanques le había pedido que hallara otro puesto. Inadaptado al constreñido régimen del ejército regular, Hislop confesó que «encaraba las perspectivas del futuro con cierto recelo».

La «logia del *turf*»* vino a rescatarlo. Luego de oír su problema, un amigo jinete lo invitó a unirse a los Phantoms, una unidad poco conocida que sería ideal para él. El Regimiento de Enlace del CG (Cuartel General),[†] como eran más formalmente conocidos los Phantoms, era un pequeño cuerpo secreto encargado de insertarse entre las tropas de avanzada y enviar reportes vitales sobre el estado de las operaciones en la línea del frente al CG vía radio.

Igual que el SAS, los Phantoms permanecían asignados a su unidad madre y usaban la insignia del regimiento. Lo único que los diferenciaba era un distintivo en el hombro: una «P» blanca sobre un cuadro negro. Hislop fue asignado al Escuadrón A de los Phantoms, el cual estaba lleno de amigos de alto perfil de las carreras de caballos, incluyendo a Maurice Macmillan, hijo del futuro primer ministro británico, y John *Jackie* Astor, del adinerado y aristócrata clan angloestadounidense Astor.

Muy adecuadamente, el escuadrón era comandado por el actor David Niven, que se convertía con rapidez en un nombre familiar. Niven se encontraba trabajando en una serie de películas en Estados Unidos cuando estalló la guerra. En aquel punto, EUA estaba a dos años de entrar en el conflicto, pero, a pesar de ello, él regresó a Inglaterra en el acto y se alistó en los Phantoms.

Poco después asistió a una cena con un grupo de personas que incluía a Winston Churchill. Este colocó su mano amigablemente sobre el hombro del famoso actor:

«Todos estamos, estoy seguro, muy complacidos y orgullosos de que este joven se haya deshecho de una carrera brillante y lucrativa en Hollywood para volver a pelear por su país; ¡pero no le hubiésemos reprochado si no lo hacía!».

Para Hislop, su asignación a los Phantoms resultó doblemente afortunada. El escuadrón tenía su «cuartel campestre» en la gloriosa Casa Stourhead, en Mere, Somerset, entonces propiedad de sir Henry Hoare y su esposa. De alguna manera, las privaciones de la guerra parecían haber pasado por alto a Stourhead: pavorrales imperiales vagaban por ahí y ágiles caballos embellecían las caballerizas. Pronto, Hislop andaría montando en la espléndida campiña de Somerset.

Para la primavera de 1942 se halló de vuelta en las carreras, montando a Overseas en una carrera en Cheltenham. Coló a su caballo hasta la punta, solo para caer en uno de los últimos obstáculos. Hislop salió disparado y se fracturó la pierna gravemente. Le siguieron nueve meses con muletas, por lo que salió del ejército con licencia por incapacidad. Pero Hislop se negó a marcharse en silencio. En lugar de eso, peleó por volver a su mejor forma física y regresó a la unidad que comenzaba a ganarse su amor.

Hislop se incorporó al Escuadrón F, comandado por su amigo y compañero de carreras de mucho tiempo, Jackie Astor. Él manejaba un «escuadrón feliz», señaló Hislop, «libre de descontento, desconfianza, depresión o apatía; reinaba un entusiasmo alegre».

Recientemente, los hombres del Escuadrón F habían sido invitados a formar parte del SAS, donde escaseaban los mensajeros experimentados. Ya que sin duda involucraría paracaidismo, para el que se requería ofrecerse como voluntario, se les pidió a los soldados dar un paso al frente.

Al principio de la guerra, Hislop había sido un soldado reacio. Ya no lo era más; se incluyó en la mayor parte del Escuadrón F que sí dio un paso al frente.

Los Phantoms habían demostrado una y otra vez ser excelentes operadores de radio, en especial durante los ejercicios en los remotos páramos escoceses. A diferencia del Real Cuerpo de Señales* (los especialistas en comunicaciones del ejército regular), los Phantoms combinaban un despiadado régimen de entrenamiento con una actitud relajada y un *esprit de corps*[†] que alentaba a los emprendedores y a los de mentalidad independiente.

En la compañía del honorable Jackie Astor había pocos saludos y conciencia del rango. En su lugar, se les daba rienda suelta a los hombres y se les conminaba a experimentar con la longitud de las antenas, las frecuencias, el posicionamiento de los equipos de radio y demás. A nadie le importaba cuán heterodoxos fueran los métodos, mientras los Phantoms lograran llevar el mensaje a su destino.

Y en la próxima misión en los Vosgos, era de suma importancia hacer exactamente eso. Para armar a los maquis, se necesitaba transmitir a Londres detalles de la zona de descenso, fechas y horarios de los saltos, además de las necesidades de armamento a través de la radio. Si no se establecían y mantenían comunicaciones efectivas, la operación Loyton estaba acabada incluso antes de comenzar.

Previo a la misión, Hislop fue invitado a visitar el edificio ordinario y gris del 64 de Baker Street, en Londres, sede del cuartel general de la SOE, para recoger algunos artefactos especializados que la misión venidera pudiera echar en falta. Le presentaron a un hombre delgado, de cabello negro, que bizqueaba detrás de unos gruesos espejuelos.

—Ah, capitán Hislop... ¡Qué gusto verlo! ¿Así que se va de viaje al extranjero? Bueno, veamos si tenemos algo que pueda serle útil...

El hombre de los artefactos de la SOE sacó una pluma fuente que cuando se le raspaba la pintura revelaba la pequeña brújula que tenía incrustada en un extremo. Como alternativa, Hislop podía elegir una brújula disfrazada de botón cosida a su camisa. «Está pegada a ti, así que no la perderás tan fácilmente como una pluma», lo animó el hombre de la SOE.

Luego había un pañuelo que si le orinabas encima —¡eureka!— revelaba un mapa del norte de Francia, u otro de seda blanca estampado con varias frases en clave, como: «Rodeado por el enemigo; no esperen más mensajes».

—Lucen de maravilla con un esmoquin —añadió sin necesidad el hombre de los artefactos.

También le ofrecieron una pluma que usaba tinta invisible, papel que podía comerse «en caso de emergencia», además de un paquete de escape cargado con «dulces hervidos, benzedrina y una o dos comodidades más». La benzedrina es una anfetamina muy potente que, en aquel entonces, estaba de moda en los clubes nocturnos más elegantes de Londres. Su efecto eufórico y estimulante era capaz de mantener a un agente alerta y lleno de energía por largos periodos, una ventaja evidente para las operaciones detrás de las líneas enemigas.

Así, cargado de artilugios de la SOE, Hislop y los tres compañeros Phantoms que comandaba se unieron a la avanzada de la operación Loyton. El cabo Gerald Davis, el segundo al mando de Hislop, se acuclilló en la salida del Whitley. Davis sufría de una ligera limitación del habla y tenía una perspectiva algo cínica de la vida, pero lo compensaba con su carácter sumamente independiente. Era alto, flaco y atlético, de una confiabilidad a prueba de balas y no se intimidaba por nadie, sin importar quién fuera.

En una ocasión, el coche militar de Davis se descompuso durante un ejercicio. Un oficial llegó al lugar y encontró a Davis mirando el vehículo, con las manos en las caderas. «Hola, cabo Davis, ¿por qué está ahí parado sin hacer nada?», le preguntó el oficial. Davis se viró y respondió con toda tranquilidad: «¡Porque no hay nada que hacer!». En pocas palabras, Davis era tranquilo, tenaz y muy confiable. Comenzaba a caerle bien a Hislop y a ganarse su respeto.

Acuclillado junto a Davis, estaba el soldado *Jock* Johnston, un escocés callado y adusto. Johnston hablaba lento, pero tenía la cabeza fresca y clara; era un demonio con el equipo de radio. Uno podía confiar en que él lograría captar la señal sin importar la situación, y Hislop no podía pedir más.

El tercer agente Phantom de Hislop era un poco más impredecible, pero no por culpa suya. Antes de incorporarse a los Phantoms, Sullivan había visto acción importante con los comandos y cumplió poniendo sus nervios en el filo. Nunca faltó de valor, se volvió notablemente tenso y asustadizo en los momentos de peligro real, lo que Hislop consideraba preocupante.

A decir verdad, a Hislop le parecía que la empresa entera de la operación Loyton era más bien desalentadora, en gran medida debido a su actual compañía. La primera impresión que tuvo del SAS fue que se trataba de una «legión extranjera» rabiosa y beligerante. Parecía que habían adquirido soldados de todas las nacionalidades durante sus operaciones en el extranjero, incluyendo a un puñado de alemanes. Al regreso del Regimiento al Reino Unido en 1944, no existía ningún registro oficial de que varios de sus miembros hubieran militado jamás en el Ejército británico.

—En todo el tiempo que serví en el SAS, nunca superé la sensación de que pertenecía a una especie de grupo de bandidos —recordó Hislop—. Las autoridades locales, acostumbradas a los medidos ejercicios de las tropas domésticas, se agitaron ante los ejercicios de los escuadrones del SAS. En una ocasión detuvieron un tren solo para conseguir un aventón.

Después de sus lesiones, las aventuras hípcas de Hislop se habían reducido tristemente. Él optó en su lugar por empezar a criar y entrenar caballos de carreras. Apenas comenzaba a tomárselo en serio con la compra de dos sementales, Orama y Milk Bar, cuando tuvieron lugar los desembarcos del Día D, luego de los cuales fue llamado a la presente misión.

Normalmente, a Hislop le servían esos recuerdos del «*turf*» para endurecer su alma, con una dureza que no terminaba de considerar suya de nacimiento. Mientras se crispaba en el compartimento de bombas del Whitley, alineado junto a los «bandidos» del SAS, las palabras de su poema favorito aparecieron por su mente.

El cobarde se atreverá sobre el galante corcel
a lo que a solas jamás se atrevería,
porque se regocija con fuerza prestada
y una robustez que no le pertenece a él.

Conforme el Whitley comenzaba su aproximación a la ZD, cualquier pensamiento cobarde huía de la cabeza de Hislop. Unos momentos después, apareció a la vista un claro en el bosque, señalado por una serie de fogatas ardientes. Incluso desde esa altura, las hogueras lucían enormes, como si varios grupos de aldeanos franceses hubiesen decidido celebrar a Guy Fawkes.

Hislop se preguntaba si se no se le había pasado la mano a los maquis. Con seguridad, además de ser visibles desde el compartimento de bombas del Whitley, las piras serían notadas por el enemigo, atrayéndolo hacia la ZD. Se reconfortó pensando en la junta en la RAF Fairford, en la cual les habían dicho que en el área había estacionadas solo un puñado de tropas alemanas de bajo calibre.

El timbre de los motores gemelos bajaba a un gruñido gutural a medida que el avión descendía. Se veían las llamas iluminando los rostros blancos, como si allá abajo estuvieran explorando el cielo en busca del aeroplano que sin duda alguna ya podían escuchar. El piloto inició la aproximación final, la luz roja del semáforo de salto parpadeaba. Momentos después cambió a verde y el despachador gritó: «¡VAMOS!, ¡VAMOS!, ¡VAMOS!».

El primer grupo de seis (encabezado por Druce) echó las piernas hacia delante, guiándose con la que llevaba el peso de la bolsa de la pierna y, como si fuesen un solo hombre, se esfumaron a través del piso. El segundo grupo —que incluía a Hislop y sus Phantoms— se alineó junto a la tumba vacía y azotada por el viento mientras la aeronave volvía a elevarse, dando un rodeo para alinearse para la segunda pasada.

Hislop sentía su corazón golpeando como un martillo, mientras su grupo se movía bien compacto. Entre más apretado el grupo al momento del salto, más rápido saldrían y con mayor seguridad no perderían la ZD. La espera parecía durar una eternidad y Hislop sentía la tensión punzante.

Para el instante en que la luz de salto se tornó verde, otra vez estaba temblando de nervios.

NOTAS

* *Smatchet*. [N. de T.]

* «Carreras de caballos». Literalmente, «césped». [N. de T.]

† GHQ Liaison Regiment. *[N. de T.]*

* Royal Corps of Signals. *[N. de T.]*

† En francés en el original: «espíritu de camaradería». *[N. de T.]*



capítulo

Una segunda hilera de figuras espigadas se precipitó dentro de las fauces abiertas del compartimento de bombas y cayeron en el oscuro vacío aullante. Los motores del Whitley habían frenado, pero de todos modos Hislop fue succionado por el remolino de la estela del avión, lo que le quitó el aliento.

Salió escupido por el lado lejano. Hislop se sintió caer por un instante, antes de que la línea estática tirara de su mochila y abriera su paracaídas. Un segundo después, hubo un crujido característico en el cielo sobre él, como si una poderosa ráfaga de viento hubiera golpeado la vela principal de un yate, y un toldo gris-blancuzco floreció en la oscuridad.

Hislop sintió como que una mano gigante lo tomaba por los hombros y lo dejaba suspendido en medio del aire. A medida que las oscilaciones del paracaídas disminuyeron, cayó en cuenta del vasto silencio y la quietud de la noche de los Vosgos. Luego de varias horas encerrado en el sofocante compartimento de la aeronave, sintió que el vacío lo ensordecía, pero al menos parecía que nadie le estaba disparando.

Tiró de la cuerda que se suponía que liberaría y dejaría caer su bolsa de pierna. Quizá sin sorpresa, el mecanismo falló. Un broche se zafó, pero el otro no, lo cual dejó la pesada bolsa colgando de modo extraño, como si un perro rabioso lo hubiera tomado por una pierna del pantalón y no quisiera dejarlo ir. Con más de 22 kilos de equipo desbalanceándolo, había una buena probabilidad de que aterrizara mal y se fracturara una pierna.

El brillo de las fogatas crecía a medida que se acercaba a tierra, así que agarró el cordón de liberación y lo jaló tanto como pudo, intentando torcer el peso muerto hasta una posición vertical. Pero, mientras lo hacía, una ráfaga de tiros cortó la noche. Las municiones trazadoras dibujaban arcos ardientes sobre los cielos oscuros.

Hislop tuvo poco tiempo para preocuparse de si los disparos iban dirigidos a él o si solamente se trataba de unos maquis emocionados de más que liberaban su alegría. Si no ponía bajo control a su molesta bolsa, se rompería la pierna de nuevo y esta vez bien adentro de la Francia ocupada, en contraste con el comparativamente benigno ambiente del hipódromo de Cheltenham.

Hislop estaba tan preocupado por luchar con su mochila que tuvo poco tiempo para girar hacia el claro. Se estrelló contra un grupo de arbolitos que afortunadamente se doblaron y aplastaron, y sirvieron para amortiguar su caída. Cayó a través de las

últimas ramas y quedó de espaldas sobre la maleza cubierta de rocío, con ninguna herida a excepción de su orgullo.

Antes de que lograra ponerse de pie, lo rodearon tres figuras. Por su vestimenta (el extraño uniforme caqui, combinado con las capas de *tweed* comidas por la polilla, y las boinas negras de estilo francés) Hislop dedujo que no se trataba de una bienvenida de la Gestapo. «*Nous sommes les guerriers de Malicoco*» espetó con su mejor francés de colegial de Wellington.

No hubo respuesta de «*Bamboula vous attend*».

En lugar de eso, los maquis trabajaban para desenredar su paracaídas, el cual representaba muchos metros de seda valiosa, mientras intentaban gorronear algunos cigarros. Uno tomó la Bergen de Hislop; otro, su casco, y un tercero, la asesina bolsa de pierna. Juntos se encaminaron hacia el punto de reunión encendido, donde se veían decenas de figuras exaltadas revoloteando entre las sombras.

Sin que Hislop supiera, el comandante de su grupo, Druce, había sufrido una falla similar de su equipo. La bolsa de pierna de Druce cayó hasta su pie derecho y se quedó atorada. Aterrizó fuertemente, y el peso lo forzó a caer de espaldas y recibir un golpe salvaje en la cabeza. A pesar de su casco, Druce sufrió una grave contusión cerebral, y todos podían escucharlo «balbuceando sin sentido».

En el lado contrario de la ZD, uno de los «viejos tipos» del SAS, Ron Crossfield, también se hallaba en problemas. Crossfield se había unido al ejército en 1934 y tenía varios hermanos uniformados. El veterano había aterrizado en un grupo de árboles maduros al intentar evitar una de las furiosas fogatas. Al caer a través de las ramas gruesas, su casco y su bolsa de pierna se arrancaron y él quedó balanceándose como péndulo, sin idea alguna de cuán alta sería la caída debajo de él.

A pesar de ello, Crossfield dio con el pestillo de liberación rápida en el arnés de su paracaídas... y cayó. Eran cuatro metros y medio, pero al menos una gruesa alfombra de agujas de pino acolchonó su aterrizaje. Se puso de pie para ver entre los árboles una silueta sombría acercándose a él. Tomó su pistola, pero el grito de «*¡Très bien, Angleterre!*» (¡Muy bien, Inglaterra!) le puso freno a su mano.

El escuadrón de Druce representaba el primer grupo de paracaidistas aliados en lanzarse sobre los Vosgos, un área de terreno montañoso de casi 4 000 kilómetros cuadrados. Los nombres de los picos más altos atestiguan la herencia mixta franco-germana de la región. Los más altos gozan del muy francés apodo de Gran Ballon, pero los siguientes dos son los enteramente teutónicos Storckenkopf y Hohneck, los cuales demuestran lo cerca del territorio alemán que el salto dejaría a los hombres.

A solo 32 kilómetros al este de la zona de salto se hallaba la frontera, señalizada por

la línea del poderoso río Rin. Pocos pasos navegables atravesaban los Vosgos, pero si los soldados británicos (junto a los maquis) lograban sembrar el caos y la confusión aquí, adquirirían una tarea muy específica: deberían tomar y mantener uno de esos pasos, para así permitir que las fuerzas de Patton golpearan por ahí y alcanzaran el Rin antes de que volaran los puentes que lo cruzaban.

Esos grandes planes estaban muy lejos de las mentes de Hislop, Crossfield y el aturdido Druce mientras hacían inventario. Se hallaron rodeados por una multitud curiosa y exaltada. Por la manera en que los maquis los esculcaban y manoseaban, tomaban y estrechaban sus manos y repetían las mismas felicitaciones entusiastas —«¡*Benvenus!* ¡*Bonne chance!* ¡*Bonne chance!*»—, a Hislop le parecía que bien podrían haber sido marcianos que bajaron de su nave espacial.

Se acercaban las tres de la mañana antes de que cualquier tipo de orden se impusiera sobre el caos. En tanto, los paracaidistas se reunían; algunos otros llegaban heridos. Un hombre del SAS se había quemado la mano peleando con el necio cordel de su bolsa de pierna. Otro más se había torcido la rodilla. Pero ninguno —incluyendo al balbuceante, incoherente Druce— lucía incapaz de caminar, lo que era de máxima importancia.

Tenían que establecer las prioridades y rápido. Otro avión llegaría en cualquier momento, así que las fogatas de señalización tenían que cebarse nuevamente. Una vez que el segundo grupo de paracaidistas estuviese completo, la partida requería equiparse, alejarse y perderse en los montes. Al amanecer, no debía quedar evidencia alguna de que un comando de paracaidistas había aterrizado ahí, lo que significaba arrancar los paracaídas de seda de los árboles, pisotear y disipar las fogatas y limpiar todos los residuos.

La mayoría de la carga del segundo avión no era humana, sino armamento y material de guerra para los maquis. Pero una de las primeras señales de que el lanzamiento venía en camino fue un chillido penetrante salido de la oscuridad.

Una figura apareció bajo su paracaídas. La maldita bolsa de pierna causó que se torciera el tobillo y se rompiera los dedos del pie al aterrizar. El herido era el sargento Kenneth Seymour, quien se dio cuenta de que su dolor era tan agudo que era incapaz de moverse sin quitarse la bota derecha. Necesitaría que lo llevaran en camilla si iba a hacer el viaje hacia los montes.

Era aún más preocupante que Seymour llevaba el radio guardado en su bolsa de pierna, y también se estrelló durante el aterrizaje. Privados de un equipo inalámbrico, la misión específica de Seymour y sus compañeros corría el riesgo de volverse imposible.

Seymour no era del SAS. Él y sus dos colegas —capitán Victor Gough y el teniente francés Guy Boisarrie— constituían un equipo altamente especializado, apenas vinculado con las fuerzas de Druce. Eran agentes de la SOE y parte de una unidad recientemente formada conocida como los Jedburghs. La unidad de 300 integrantes compartía su nombre con el pequeño pueblo escocés de Jedburgh, pero había sido nombrada al azar, para revelar lo menos posible sobre su misión a un enemigo vigilante.

Seymour, Gough y Boisarrie formaron un equipo de Jedburghs con el nombre en clave de «Jacob». Su misión específica era hacer contacto con el liderazgo de los maquis, servir de lo que hoy se conoce como «consejeros militares», formar un ejército de resistencia para pegarle al enemigo desde adentro, incluso mientras las fuerzas aliadas escapaban de sus cabezas de playa. En efecto, la Bergen de Seymour, igual que las de sus dos compañeros «Jeds», estaba llena de cientos de miles de francos franceses, dinero con el cual habrían de financiar una insurrección sangrienta a lo largo de los Vosgos.

La ZD en la cual habían aterrizado era controlada por el coronel Gilbert Grandval, un hombre que gozaba de un gran prestigio local y era un famoso cabecilla de la Resistencia. Grandval (con el nombre en clave de «Máximo») comandaba un grupo de algunos cientos de combatientes, conocidos como los maquis de Alsacia. Él le había asegurado a la SOE que tenía unos 25 000 hombres listos para levantarse contra los odiados Boche.* Lo único que necesitaba era el equipo crudo (armas, municiones, explosivos) con los cuales armar a esa fuerza. La misión de Gough, Boisarrie y Seymour era asegurarse de que lo recibiera; este era el único rol que cumplían los Jedburghs en la SOE.

Pero no sería fácil. Privados como estaban de un equipo de radio, el reto más grande sería comunicar las necesidades de Grandval al cuartel general de la SOE en Londres.

Winston Churchill, quien era asiduo a la guerra heterodoxa, había dado su apoyo para armar a la Resistencia francesa. En la primavera de 1944, ordenó que se aumentaran las entregas aéreas de armamento a los maquis. Envío un cable al presidente Roosevelt para informarle de su interés en levantar guerrillas «à la Tito» (en referencia al entonces líder guerrillero yugoslavo) a lo largo de Francia e invitando a los estadounidenses a que se unieran a la fiesta.

En respuesta al mensaje de Churchill, serían los estadounidenses quienes completarían la más grande de tales entregas aéreas. En las operaciones Zebra, Cadillac, Buick y Grassy, filas masivas de bombarderos de EUA con escoltas de aviones cazas

realizaron una impresionante serie de operaciones a la luz del día. Solo durante la operación Cadillac, más o menos 300 bombarderos Liberator, con Mustangs P51 escoltándolos, soltaron 400 toneladas de armamento para las fuerzas de la Resistencia regadas por la Dordoña.

Cadillac tuvo lugar el 14 de julio, Día de la Bastilla, que conmemora el inicio de la Revolución francesa y la fundación de la República de Francia; los paracaídas llevaban pintada simbólicamente la bandera tricolor francesa. El general brigadier Colin McVean-Gubbins, jefe de la SOE, aclamó la operación Cadillac como una de las «entregas aéreas más importantes de la guerra».

Para 1940 McVean-Gubbins, mejor conocido como «M», había peleado con la retaguardia en Noruega, organizando compañías para librar una guerra de guerrillas, con el fin de detener el avance de los alemanes: volando puentes, sabotando vías férreas y caminos de minería. Churchill y él eran partidarios de esas tácticas y, en sus mentes, la Resistencia francesa constituía una incipiente fuerza guerrillera ideal que los ayudaría a librar una «guerra total» contra el enemigo.

Aquí es donde entran los Jedburghs.

Grassy —la entrega aérea más reciente— había tenido lugar solo cuatro días antes de que la avanzada de la operación Loyton se lanzara en paracaídas. El equipo Jacob de Gough fue enviado con instrucciones precisas de poner en marcha una operación Grassy para los Vosgos. Una fuerza de 800 maquis los recibió en tierra, pero solo 50 de ellos parecían estar armados, la mayoría de ellos con rifles obsoletos franceses que de algún modo habían logrado ocultar de los alemanes durante cuatro años de una ocupación brutal. Claramente había mucho trabajo que hacer.

El equipo Jacob era de la típica hechura de los Jedburghs: una unidad de tres hombres, incluyendo un francoparlante nativo (Boissarie), un operador de radio (Seymour) y un oficial (el capitán Gough). Muchos de los equipos Jed serían angloestadounidenses en su composición, porque los Jedburghs eran, en parte, una innovación estadounidense. Los estadounidenses recientemente habían formado la Oficina de Servicios Estratégicos (OSS por sus siglas en inglés),* la cual se basaba en el modelo de la SOE, y los Jedburghs eran una empresa conjunta de la SOE y la OSS.

Los Jeds —igual que el SAS y los Phantoms— eran un colectivo por completo heterodoxo. Uno de sus reclutas más antiguos era también de los más reconocidos. A los cincuenta y tantos el teniente coronel Jim Hutchinson ya había tenido una guerra llena de incidentes, pues había sido capturado y se había fugado en al menos una ocasión. Temiendo que el enemigo poseyera una foto suya, Hutchinson no solo adoptó un *nom de guerre*,* sino que también llegó a alterar su rostro con cirugía

plástica: se operó la nariz y añadió a su barbilla un pedazo de hueso que sacaron de su cadera para alterar su perfil. Con su apariencia adecuadamente disfrazada, Hutchinson encabezaría una de las primeras unidades Jed que entrarían en combate en Francia.

En esencia, el escuadrón de avanzada de la operación Loyton era una unidad clásica de las Fuerzas Especiales de la época: los Jedburghs, con la tarea de contactar con los maquis; los Phantoms, encargados de establecer la comunicación con Londres, y los miembros del SAS, con la encomienda de combatir al enemigo.

El capitán Gough, de 26 años, era un Jedburgh típico. De cabello y ojos oscuros, con una apariencia hipnótica, Gough pasó la parte temprana de la guerra en una fuerza secreta conocida como la Organización de Resistencia Británica (BRO, por sus siglas en inglés).[†] La BRO fue una creación temprana de McVean-Gubbins y su misión era librar una guerra de resistencia en caso de que (como parecía posible en 1940) los alemanes invadieran tierras británicas.

En esencia, la BRO era una versión muy inglesa de los maquis. Las unidades de combate de la BRO se conformaban por aquellos que conocían el campo íntimamente (guardabosque, cazadores furtivos y campesinos), con escondites de armas y explosivos ocultos en los bosques, los valles y las guaridas de su tierra natal. Había un rudimento de soldados profesionales que servían en puestos de liderazgo y Gough —un tipo nacido y criado en el campo— había sido uno de ellos.

Dado que la amenaza de invasión había disminuido, Gough hizo audiciones para un nuevo papel y encontró su lugar en los Jeds. Había recibido una buena educación: primero en la Cathedral School, de Hereford, y luego en el Temple Technical College, de Bristol, donde estudió para ingeniero mecánico. Como era dibujante aficionado, fue Gough quien diseñó el emblema de los Jedburghs, el cual consistía en un par de alas de paracaídas flanqueando un disco rojo con las letras «FE» (por Fuerzas Especiales) estampadas en plateado.

En su cuestionario de reclutamiento, Gough dijo que sus pasatiempos eran «el radio, montar y tirar». También expresó su interés por aprender lenguas extranjeras, realizar «trabajos al aire libre» y «viajar al extranjero». Al ser reclutado en los Jedburghs y enviado a la operación Loyton, lucía como si, al menos por ahora, todos sus deseos de Navidad hubiesen llegado de una vez.

Durante el riguroso entrenamiento previo a la misión, los Jeds habían adoptado su propio grito de guerra: el muy poco británico «¡Vaya mierda!». Lo había inspirado un puñado de reclutas estadounidenses, quienes pasaban por el brutal proceso de selección en la magnífica finca de 2.5 kilómetros cuadrados de Milton Hall en Cambridgeshire. La selección de los Jeds tenía una alta tasa de abandono, y cualquiera que se saliera de

línea era forzado a llevar a cabo rigurosos ejercicios de acondicionamiento físico. Los estadounidenses respondieron al castigo físico con el comentario de «¡Vaya mierda!», y la frase se quedó.

Pero ahora mismo, cuando la primera luz del amanecer tocaba los cielos sobre los Vosgos, el equipo Jacob de los Jedburghs estaba en metido en algo de su propia «mierda»: sin radio, un mensajero muy lastimado como para caminar y encarando una larga caminata hacia las tierras altas, donde los maquis de Alsacia habían establecido sus bases remotas y más fáciles de defender.

Corriendo de norte a sur y en paralelo al Rin, los Vosgos forman una sólida barrera de granito y arenisca roja que impide cualquier movimiento sencillo de oeste a este, o viceversa. Por eones, estas montañas se han erosionado en una serie de macizos abovedados. A pesar de estar cubiertos por bosque espeso, las condiciones en los puntos más altos son tan duras que el follaje tiende a desaparecer, dejando parches pelones encima de las lanudas melenas. La nieve se asienta en las cimas durante nueve meses al año.

Fue en uno de esos picos inhóspitos donde Gilbert Grandval estableció el cuartel general de los maquis locales. Y allí era a donde se dirigiría la fuerza de Druce, con las pesadas provisiones que aún ahora estaban cayendo alrededor, mientras el avión pasaba repetidamente sobre la ZD, soltando docenas de contenedores con paracaídas.

Esos contenedores estaban diseñados y contruidos para ajustarse a las abrazaderas de liberación rápida, las cuales algún día soltaron bombas. Cada uno tenía un absorbedor de impacto en la punta, diseñado para amortiguar el aterrizaje. El contenedor «Tipo C» era un cilindro con forma de bomba de 1.72 metros de largo por 38 centímetros de ancho y abisagrado a lo largo para ayudar a abrirlo. El «Tipo H» tenía más o menos las mismas dimensiones, pero contaba con compartimentos en su interior y estaba diseñado para transportar cargas más delicadas. Cada uno pesaba unos 226 kilos y venía con una pala para enterrarse y esconderse una vez vacío.

Los contenedores llevaban códigos estampados en el exterior con el fin de identificar sus contenidos. El código «SERA» indicaba una carga de explosivos que comprendía nueve kilogramos de EP, seis bombas Lewes, una selección de temporizadores, fusibles y detonadores, más cerillos y otros elementos necesarios para terminar de volar al enemigo al demonio. El contenedor «JODI» estaba relleno con raciones de 24 horas, más latas de cigarrillos, polvo purificador de agua y estufas de hexamina con todo y tabletas de combustible.

Los artículos que no necesitaban protección —bolsas de dormir, ropa, botas— se empacaban en cestos de cable de acero y acolchados con fibra de coco. Los cestos

resultaron sumamente inefectivos. Lanzados manualmente, en oposición al mecanismo para bombas, inevitablemente se arrojaban al final desde una aeronave que viajaba a alrededor de 100 metros por segundo. Debido a que eran más livianas, tendían a volar con la brisa y con frecuencia terminaban a una buena distancia de la zona de salto.

Como resultado de tales deficiencias, fue al acercarse el amanecer cuando los maquis, junto con sus compañeros de las Fuerzas Especiales, terminaron de juntar las provisiones regadas de la operación Loyton. Esta entrega de «víveres» traía suficiente armamento para 200 maquis, pero se necesitaban mucho más.

Mientras la columna mixta de soldados del SAS, los Phantoms, los Jeds y la Resistencia se echaban sus cargas al hombro y se dirigían hacia los montes, Hislop no pudo evitar un ardiente sentimiento de urgencia por marcharse del espacio abierto de la ZD. Incluso cuando se los tragaba el atrayente bosque, él tuvo la sensación inquietante de que no faltaría mucho para que el enemigo descubriera la ubicación de su aterrizaje y viniera de cacería.

El instinto de Hislop resultaría notablemente profético.

El diario de guerra de la operación Loyton deja claro que el mayor reto que estos hombres enfrentaban no era de su propia creación: era la sincronización. «Se esperaba que esta operación se pusiera en marcha poco antes o inmediatamente después del Día D, en un momento en el que esta área estaría apenas sostenida por el enemigo y mientras existieran... muchas otras áreas de actividad rebelde, las cuales distraerían al enemigo de la presencia de las tropas del SAS en una posición tan sensible».

Pero el Día D fue el 6 de junio de 1944, hacía más de nueve largas semanas. El inicio de la operación Loyton se había aplazado por dos razones principales: una, el clima inclemente, y dos, la necesidad de más horas de oscuridad, las cuales agosto había traído consigo, para ocultar la aeronave y los paracaidistas de los ojos del enemigo.

En el ínterin, las condiciones habían cambiado irrevocablemente en tierra. A los 15 soldados de las Fuerzas Especiales que ahora escalaban las colinas sobre La Petite Raon les habían dicho que esperaran poca resistencia enemiga. Escasamente guarnecidos con tropas de bajo calibre, los Vosgos debieron ofrecerles el ambiente perfecto para golpear la infraestructura de transportes y comunicaciones que unía a las tropas del frente con la tierra alemana.

Ese pudo ser el caso en junio. No lo era ahora. Cada vez más, en tanto que las fuerzas alemanas se replegaban de la cabecera de playa de Normandía y del empuje aliado en el

suave vientre del sur de Europa, eran canalizadas a la principal entrada a Alemania: el cuello de botella de los Vosgos.

En el camino de esta masiva fuerza alemana devastada por el combate se hallaban 15 soldados de las Fuerzas Especiales, más pocos cientos de maquis mal armados.

Y muy pronto, comenzaría la batalla.

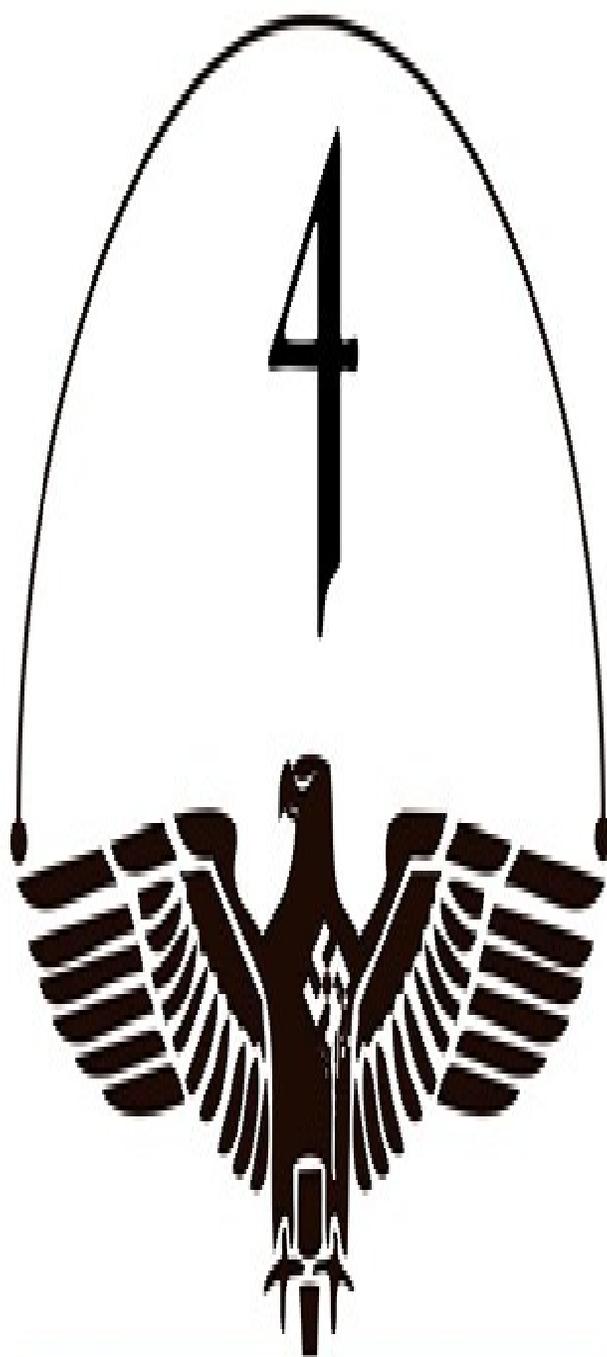
NOTAS

* Nombre de origen francés con el que los Aliados llamaban peyorativamente a los alemanes. *[N. de T.]*

* Office of Strategic Services. *[N. de T.]*

* En francés en el original: «nombre de guerra». *[N. de T.]*

† British Resistance Organization. *[N. de T.]*



capítulo

A primera vista el terreno de los Vosgos lucía ideal para el tipo de operaciones encubiertas y embusterías que Druce tenía en mente. Alfombrado con bosques oscuros e impenetrables, cortados por abismos profundos, lagos en reposo y cascadas precipitándose, los valles eran perfectos para ocultar pequeños escuadrones móviles.

Pero esos mismos barrancos profundos y retorcidos también eran las rutas de los pocos caminos que serpenteaban por la región, al igual que los pueblos que se agarraban a sus márgenes. Lejos de esos escasos asentamientos, solo se hallaban unas cuantas granjas aisladas y la cabaña de algún solitario guardabosque diseminadas en la profundidad de la espesura. Sin embargo, nada garantizaba que todos los habitantes de los Vosgos serían amigables.

Un visitante de paso podría ver las aldeas de los Vosgos como islas de tranquilidad rural. En realidad, bajo la superficie había una hirviente desconfianza. En las laderas occidentales de las montañas la mayoría de los lugareños eran firmemente franceses en toda la extensión de la palabra; ellos conformaban el corazón de la Resistencia. Pero del lado oriental —las laderas alemanas— muchos eran tan teutones como el berlinés promedio y aún le debían lealtad al Reich.

Los Vosgos han estado en disputa durante siglos y son un premio deseado y reclamado por cada bando alternadamente. En 1871 los prusianos (hablando vagamente, el lado «alemán» de la frontera) derrotaron a Napoleón III y tomaron posesión de los Vosgos. Menos de 50 años después, al final de la Primera Guerra Mundial, Francia reclamó de nuevo el territorio.

En mayo de 1940 la poderosa máquina de guerra nazi tronó a través de la frontera y Alemania tomó los Vosgos una vez más. La mayoría repudiaba a los invasores y estaba hambrienta de medios para defenderse y resistir. Pero había algunos, especialmente aquellos que vivían en las pronunciadas colinas orientales, que veían a los alemanes como libertadores.

Era en esas áreas y entre esos habitantes donde el SAS debía tener mayor cuidado. Un hombre de sus filas, Robert Lodge, sentía esta amenaza venenosa más personalmente. El sargento «Lodge» era en realidad Rudolf Friedlaender, un judío alemán que había tenido la visión de abandonar Alemania en la década de 1930, cuando Hitler incrementaba su retórica llena de odio contra la población judía, en preparativos para lanzar su «solución final».

Friedlaender se estableció con su familia al oeste de Londres, pero al comenzar la guerra se sintió obligado a pelear y ya había ganado la medalla al Comportamiento Distinguido* en operaciones previas. Era un miembro comparativamente viejo del grupo de Druce, de 33 años de edad, pero, a pesar de esto y de sus gruesos anteojos de fondo de botella, se había ganado una de las mejores reputaciones en el SAS.

Friedlaender adoptó el nombre de sonido anglosajón «Lodge» con la esperanza de que eclipsara su origen judío si alguna vez era capturado. Pero con sus rasgos gentiles, grandes y pesados, él a todas luces tenía antepasados judíos y no se hacía ilusiones con lo que hubiera podido suceder si lo capturaban en los Vosgos.

La caminata desde la ZD hasta el reducto de los maquis en la cima de los cerros resultó una agotadora travesía de 10 horas, en la que tuvieron que cruzar un terreno más difícil que cualquiera en el que hubieran entrenado antes los soldados de la operación Loyton. Llegaron a la primera cresta de los 600 metros a las horas frescas del amanecer, perdiendo de vista la ZD. Incluso si el enemigo hallaba la ZD, se volvía más difícil rastrear a las fuerzas de Druce con cada paso que daban hacia el interior de los montes.

Los primeros kilómetros del camino fueron casi bienvenidos luego de los apretados y bochornosos confines del compartimento de carga del avión. Pero, conforme el sol escalaba en el horizonte, sus rayos alcanzaban los valles más profundos y alejaban a las sombras; así que el calor comenzó a subir. A pesar de las sombras moteadas que proyectaban las ramas de los árboles que se elevaban a ambos lados, el ambiente se hizo caliente y húmedo, y los hombres sentían que hervían mientras marchaban bajo sus cargas aplastantes.

Los guías maquis andaban con paso seguro de cabra montés. El paso que imponían era severo, incluso para hombres habituados a una actividad física fuerte, especialmente sin la adrenalina que el salto en paracaídas les había exprimido. Para media tarde, habían completado 3 000 metros de extenuantes ascensos y descensos, así que los agentes de las Fuerzas Especiales se hallaron boqueando y sudando riachuelos.

El capitán Henry Druce tuvo que esforzarse para sacar energía de sus extremidades que se sentían como plomo. El comandante de la operación Loyton estaba sufriendo más que la mayoría. Cuando comenzaron la caminata, seguía hablando (primordialmente) sin sentido. Manantiales y arroyos caudalosos se hallaban a la mano a cada rato, y Druce aprovechaba los descansos para mojarse el cuello y el rostro con agua de la montaña en un esfuerzo por aclarar su mente.

El bosque era espeso y verde: siempre presente, apiñándose en todas direcciones. Aquí y allá se alzaban enormes rocas desde la maleza, como si la mano de un gigante las

hubiese lanzado desde una cima distante. En ese terreno podías hallarte a cuatro metros de una posición enemiga y no ser capaz de verla. Era un terreno ideal para las emboscadas.

Para la hora en que el campamento de los maquis se halló a la vista, la fiera excursión parecía haberse llevado la contusión de Druce. La base, ubicada al oeste de Lac de la Maix, un lago alpino a 600 metros de altitud, estaba hecha de madera sólida. Se trataba de una cabaña de troncos rodeada de tramos densos de bosque por cada uno de sus lados, construida de tal manera que fuese invisible a cualquier cosa excepto para un avión volando directamente sobre ella.

Estaba amueblada con mesas, sillas y plataformas para dormir de madera tallada toscamente, y Druce se sorprendió con la pulcritud y la eficiencia que el lugar aparentaba. Hasta una bandera tricolor francesa volaba en un asta adyacente, la bajaban al atardecer con precisión militar y volvían a izarla al amanecer. En las mentes de los maquis de Alsacia, la zona del Lac de la Maix ya era parte de la Francia liberada, y Druce, Hislop, Gough y sus hombres no podían estar más impresionados.

Estrictamente hablando, los maquis no fueron formados como una fuerza militar, al menos no para empezar. Bajo los términos del humillante armisticio firmado entre Francia y Alemania en junio de 1940, 1.6 millones de soldados franceses fueron hechos prisioneros de guerra. Los alemanes ofrecieron liberar a un gran número de ellos si por cada hombre así «liberado» se ofrecían tres franceses para trabajar voluntariamente para el Reich.

En un inicio, este *relève* (relevo) solo aplicaba a hombres jóvenes sanos. Pero, como las fábricas alemanas de armamento, minas y otros proyectos defensivos requerían más y más mano de obra, el *relève* se extendió para incluir a todos los hombres hasta la edad de 50 años, además de las mujeres capaces de trabajar. El *relève* pronto se volvió obligatorio y adquirió el nombre de Service du Travail Obligatoire (STO): Servicio de Trabajo Obligatorio. Para el término de 1943, alrededor de 650 000 hombres y mujeres franceses habían sido enviados como esclavos del Reich.

Aquellos que deseaban evitar el STO huyeron a las remotas extensiones de la campiña francesa y se convirtieron en maquis. El nombre *maquis* aparentemente fue tomado de la palabra que significa «espesura» o «matorral», el tipo de terreno en el que solían esconderse. En un principio, un maquis no era alguien que necesariamente tomara un arma. Muchos solo buscaban evitar que se los tragara la vasta maquinaria de trabajos forzados alemana, de donde pocos volverían. Pero también estaban aquellos desesperados por pelear.

El Reich empleó toda la panoplia de la opresión del Estado en contra del cuerpo

creciente de los maquis. Francia estaba guarnecida por dos tipos de fuerzas: tropas alemanas de combate, con la misión de prevenir una invasión y liberación por parte de los Aliados, y las tropas de ocupación, responsables de mantener un control férreo sobre la población francesa. Aquellos eran algunos de los mejores soldados disponibles; estos últimos usualmente eran exprisioneros de guerra (rusos, ucranianos e incluso indios y norafricanos) que habían preferido cambiar de bando a languidecer en los campos de trabajo de prisioneros de guerra.

En general, las tropas de ocupación eran indisciplinadas y crueles. Comandadas por alemanes, actuaban bajo el control de la RSHA (Oficina Principal de Seguridad del Reich): el servicio de inteligencia y policía secreta nazi, más conocida como *Sicherheitsdienst* (SD) y la Gestapo. Hicieron gran uso de los informantes y traidores, en particular dentro de la Milicia (la milicia francesa pronazi formada durante la ocupación alemana). La Milicia fue entrenada y armada por las SS, las tropas de choque personales de Hitler, y tenía la orden de cazar a los maquis.

Al enfrentarse a ese grupo de poderosos adversarios, los maquis de Alsacia parecían superados en poder de fuego, sin remedio. Pero, si los hombres de Druce lograban que les lanzaran el armamento adecuado por paracaídas, los maquis del coronel Grandval sin lugar a dudas serían una fuerza de consideración. Apoyados por sus consejeros Jedburghs, debían estar listos para incendiar los Vosgos.

Otra cosa era clara como el agua luego de la larga caminata hasta el escondite de los maquis: no podían contar con cubrir mucha extensión en ese terreno escarpado y demandante. Los hombres de Druce habían recorrido solo 16 kilómetros en 10 horas.

Esa tarde compartieron sus raciones con los maquis, cuyas provisiones de comida consistían de un sustituto de café hecho de bellotas tostadas, un grueso pan marrón, carne y una variedad de vegetales preparados. Los anfitriones prepararon la comida y, una vez que hubieron comido los recién llegados, se acomodaron para descansar, seguros y con la certeza de que los maquis harían guardia esa noche.

En el diario de guerra de la operación Loyton, Druce describió la base de Lac de la Maix como «bien organizada y bien manejada», y emplazada «en una buena posición defensiva» en la cima del cerro. Anotó que le sirvieron una «excelente comida» y que «durmió toda la noche». Al menos por ahora, él y sus hombres se sentían seguros.

Druce se despertó temprano la mañana siguiente con la delicada luz del sol que penetraba entre las ramas y el canto de los pájaros que arrullaban el alba. Era una escena tan pacífica y vigorizante (el aire fresco y estimulante de las montañas a tal altitud) que era difícil creer que el mundo estuviera en guerra. Druce se dio cuenta de que la escalada, seguida de un buen sueño, había curado por completo cualquier

residuo de confusión en su cabeza y pensó que era hora de dedicarse al asunto serio de pelear la guerra.

En la apresurada junta informativa previa a su partida, el coronel Franks había dejado claro que el tiempo era la esencia de la operación Loyton. Druce necesitaba introducir la fuerza principal lo antes posible. Pero, al mismo tiempo, no quería enviar la señal de vía libre sin antes asegurarse de la posición del terreno y especialmente de las capacidades de los maquis.

El comandante local del coronel Grandval era el teniente Félix LeFranc. Había alrededor de 80 maquis bajo su mando, con otros grupos localizados en reductos alpinos aún más lejanos. Su disciplina parecía razonablemente buena, pero, antes del lanzamiento en paracaídas, habían armado a los hombres del teniente LeFranc con apenas una docena de rifles anticuados y poseían una cantidad de munición muy limitada.

La prioridad número uno tenía que ser instruir a los maquis en el uso del nuevo armamento. La segunda prioridad era transmitir por radio un reporte de situación a Londres, informando la localización y el estatus de la misión. Y tan pronto como fuese posible, Druce necesitaba arreglar una reunión con el coronel Grandval para sopesar las necesidades de los maquis en su totalidad, luego dejaría que Gough y sus Jedburghs pidieran la carga de armas, mientras él hacía que volara hacia ese lugar el cuerpo principal del SAS.

—Entonces, ¿cuándo podré ver al coronel Máximo? —preguntó Druce al teniente LeFranc durante el desayuno de pan marrón sopeado en café amargo de bellotas—. ¿Cuándo podremos empezar a hacer planes?

El entusiasmo de Druce, emparejado con su habilidad de hablar el francés como un nativo, le ganó el afecto del comandante de los maquis.

—El coronel vendrá —le aseguró el teniente LeFranc—. Me han dicho que se encuentra en el Salón de la Mesa Redonda atendiendo algunos asuntos de importancia. Pero vendrá.

Druce no estaba muy seguro de lo que el Salón de la Mesa Redonda significaba, pero los asuntos importantes de los maquis eran presumiblemente asuntos importantes de los maquis.

—Correcto. Mientras tanto, ¿qué tal si ponemos a tus hombres a entrenar con las nuevas armas? —Druce vio un tramo de árboles que les daría buena cobertura, pero que casi no tenía maleza—. Diles que entren allí y vamos empezando.

—De inmediato, capitán —respondió el teniente LeFranc. Hizo una pausa por un momento—. Pero necesitan enviar un mensaje de radio a Londres, ¿cierto? El coronel

pidió que no utilizaran sus radios a ocho kilómetros del campamento, debido al riesgo de RD. Puedo enviar a uno de mis guías para que lleve a tus mensajeros a un lugar desde donde puedan transmitir con seguridad.

RD significa «radio dirección». Los alemanes tenían unidades móviles de RD excelentes, las cuales eran capaces de detectar una señal de radio a la distancia, triangular el punto desde donde se estaba transmitiendo y así determinar su ubicación.

—Suenan como una precaución sensata —concordó Druce—. Enviaré un equipo con tu hombre esta mañana.

Con el mensajero de los Jedburghs, Seymour, fuera de combate debido a sus heridas, Hislop y sus Phantoms serían los encargados de establecer las primeras comunicaciones. Solo unas pocas semanas antes se le había facilitado a las Fuerzas Especiales un nuevo modelo de radio, apodado el «Jed Set». Era relativamente ligero y se encendía girando una manivela, lo que significaba cargar menos baterías voluminosas.

El Jed Set era simple de usar: la longitud de onda se fijaba con un «cristal», un pequeño pedazo de mineral cristalino, como la galena, inserto en el aparato. Esto aseguraba que no habría necesidad de sintonizar el aparato previo a la transmisión o la recepción. Los Jed Sets no funcionaban sin sus cristales, así que era crucial deshacerse de ellos si un aparato corría peligro de caer en manos del enemigo.

Las señales del SAS y los Phantoms se enrutaban vía el Cuartel General de la Brigada Táctica en Moor Park, donde un contingente del Real Cuerpo de Señales manejaba cinco aparatos transmisores-receptores 24/7. Cada equipo debía transmitir dos itinerarios al día desde el campo: el primero entre las 8:30 y las 9:00 horas, y el segundo entre las 13:00 y las 14:00 horas. Si uno o más itinerarios faltaban, el Cuartel General de las Fuerzas Especiales (SFHQ, por sus siglas en inglés)* consideraría que el equipo estaba comprometido y en fuga, posiblemente capturado o muerto.

Luego del desayuno, Hislop cargó su Jed Set y se dirigió al bosque, con el lugareño de 17 años Roger Souchal como guía. Souchal era uno de los que llegaron a los maquis para pelear. A pesar de ser un estudiante con aspiraciones de abogado, Souchal se vio forzado a crecer rápidamente una vez que los alemanes tomaron posesión de los Vosgos. Él se moría por echar fuera al odiado enemigo y en las semanas por venir probaría ser un aliado seguro.

Durante la escalada del día anterior, Hislop había sufrido casi tanto como el contuso Druce. Después de su accidente hípico, Hislop contrajo ictericia y amigdalitis. Durante la caminata, cada vez le era más difícil levantar su mochila después de cada descanso y prácticamente llegó gateando al campamento de los maquis, chorreando

sudor. Había comenzado a temer que su persistente enfermedad lo hubiera dejado fuera de forma para una misión como esta.

Pero mientras se preparaban aquella mañana, Hislop se sintió como un hombre nuevo. Parecía que había sudado la enfermedad y que el aire purificador de la montaña le había dado un nuevo impulso vital. Souchal establecía un paso doloroso, y Hislop y sus Phantoms se pegaron a su hombro. Souchal los guio a una parcela de fronda madura y caduca que se extendía sobre la escena en una bóveda alta como catedral. Era menos densa y oscura que el bosque de coníferas que predominaba en la zona y estaba llena de aves y sus ruidos.

Debía ser mucho más fácil enviar una señal de radio desde esa cubierta más ligera. El cabo Davis aparejaba el Jed Set y Hislop oteaba los alrededores con el ojo y el oído. Al frente podía escuchar a un par de leñadores trabajando con unos bueyes, acarreando madera fuera del bosque. Sus gritos musicales, entrecortados por el látigo de los bueyes, se levantaban desde la quietud de la floresta, brindando una línea de bajo para el canto matutino de los pájaros.

Para un Phantom, el momento del primer contacto por radio de una misión siempre era de alto dramatismo. Más o menos inmediatamente se escuchaban fuerte y claro las primeras letras de la respuesta del cuartel general. Davis levantó un pulgar en el aire para comunicar el éxito, pero así de rápido el Jed Set se apagó, echando un hilillo de humo por la parte trasera, revelando el hecho de que se había quemado.

Afortunadamente, habían traído un segundo aparato de repuesto y Roger Souchal se ofreció para ir a buscarlo, como si el viaje redondo de 16 kilómetros no fuera nada para el joven guía francés. Mientras Souchal se apresuraba, Hislop reposaba bajo los árboles, observando la bóveda sobre él y sintiendo que todo estaba bien en el mundo. Pero una pequeña parte de él presentía que esta era la calma antes de la tormenta.

Souchal volvió con el Jed Set de repuesto acompañado por Victor Gough. Con un mensajero herido y un radio descompuesto, el comandante Jedburgh iba a tener que depender de las comunicaciones de los Phantoms, al menos por ahora.

El segundo equipo de radio funcionaba a la perfección. «Aterrizamos a salvo. Skye tobillo dañado. Sano en siete días. Contactamos a Máximo... Estamos con grupo de maquis dos kilómetros sur de Vexaincourt en Valle Celles-sur-Plaine».

Vexaincourt era la aldea más cercana de cualquier tamaño, localizada en el valle Celles-sur-Plaine, adyacente a aquel donde aterrizó el equipo de la operación Loyton. «Skye» era el nombre código de Seymour (el Jedburgh herido). Por el tono del mensaje, era claro que se hallaban en calma y sin peligro a la vista.

Pero incluso al mismo tiempo en que Hislop, Gough y Davis hacían contacto con

Londres, Druce se estaba volviendo más aprensivo. Esa mañana un avión alemán Storch de reconocimiento había volado en círculos sobre la base de Lac de la Maix. Por supuesto, Druce no tenía pruebas de que anduviera en busca suya y de sus hombres, ni siquiera de los maquis. Pero en el campo hubo una llegada nueva e inesperada de alguien convencido de que el avión buscaba a los soldados franceses y británicos.

Lou Fiddick era un aviador canadiense. Había sido derribado por un caza nocturno durante un bombardeo en julio de 1944. Aunque iba herido, caminó durante una semana en la misma dirección en la que había llegado en su bombardero. Cruzó la frontera francesa e hizo contacto con aldeanos amigos que lo llevaron con los maquis.

Fiddick no podía estar más feliz de conectarse con las fuerzas de Druce. «¡Finalmente me hallaba entre personas con quienes me entendía! ¡Estaba muy impresionado por el hecho de que se habían lanzado dentro de un área tan llena de alemanes!».

Fiddick había estado en los Vosgos el tiempo suficiente para aprender algo sobre el enemigo estacionado en la región. Había tenido que evadir numerosas partidas de búsqueda, esconderse en bodegas sucias, áticos apretados e, incluso, en un pozo. En un punto se halló en camino para unirse a los maquis, pero terminó cara a cara con una patrulla alemana. Afortunadamente, los locales lo habían disfrazado de lugareño y la columna enemiga siguió de frente.

En resumen, Fiddick sabía que, al contrario de la información que recibieron los hombres del SAS, el área bullía de enemigos.

Druce invitó a Fiddick a sumarse a sus filas, convirtiéndose en el decimosexto hombre, e incluso equipó al canadiense con un uniforme del SAS de sobra. Fiddick era particularmente apto para operar en un escenario como los Vosgos. Habiendo crecido en la boscosa isla de Vancouver, en la costa oeste de Canadá, había trabajado como leñador antes de la guerra, y los Vosgos se sentían casi como un hogar lejos del hogar. Como Druce comentó, Fiddick «sería uno de nuestros mejores soldados».

Como era un piloto aviador experimentado (Fiddick volaba un bombardero Lancaster cuando lo derribaron) entendía los roles que jugaban las diversas aeronaves de guerra. Temía que el avión de reconocimiento Storch solo podía estar haciendo una cosa: buscando las bases de los maquis dentro del bosque. Y, tomando en cuenta lo rápido que los alemanes habían venido a buscarlo, Fiddick temía que el enemigo debía saber al menos algo sobre la llegada de los paracaidistas británicos y de allí su búsqueda aérea.

Pronto los temores de Fiddick probarían su certeza. Cuando Hislop, Gough y Davis regresaron de su excursión de radio, descubrieron una segunda llegada nueva al

campamento. Albert Freine era el *gard-chasse* (guardabosque en jefe) de la región. Como tal, trabajaba de cerca con los comandantes alemanes locales, muchos de los cuales eran aficionados a un lugar de caza de jabalí y a la pesca. Eso hacía el otro papel de Freine (el de jefe de inteligencia de los maquis de Alsacia) doblemente gratificante y desafiante por igual.

Los alemanes veían a Freine como un «buen» francés, leal a la causa nazi. Como tal, con frecuencia le confiaban sus planes, traicionados por comentarios casuales proferidos cuando andaban a la caza. Pero, para mediados de agosto de 1944, la «cubierta» de Freine comenzaba a adelgazarse y el juego mortal de la duplicidad estaba teniendo efecto sobre sus nervios. El jefe de inteligencia de cualquier grupo de maquis sería cazado más activamente, pues si era desenmascarado y forzado a hablar, entonces la red completa podía ser desmantelada.

Freine se presentó ante Druce. Era una figura curiosa: delgado, con cabello castaño y vestido con la boina tradicional y la áspera capa de *tweed* favorita de los campesinos de los Vosgos. Lucía melancólico por naturaleza, pero era ferozmente patriótico y leal, jactancioso y audaz en la misma medida. En resumen, era un puñado de contradicciones, pero lo más importante era que nunca daba información incorrecta ni decía más de lo que sabía.

Ahora mismo, Freine traía noticias alarmantes. Una fuerza de alrededor de 5 000 soldados alemanes estaba llevando a cabo un «barrido» de este a oeste del valle de Celles-sur-Plaine, el cual se encontraba a menos de tres kilómetros del campamento de los maquis. Era demasiado cerca para estar tranquilos y Freine solo pudo concluir que el influjo de tropas enemigas estaba conectado a la llegada de los paracaidistas británicos.

Los soldados alemanes eran de la División 405 de la Wehrmacht, parte del 19º Ejército. Al retirarse del avance aliado al sur de Europa, el 19º fue encargado de defender la frontera oriental alemana en los Vosgos. El 19º Ejército consistía en su mayoría de tropas de «tercera»: veteranos heridos, concriptos y *hiwis* (prisioneros de guerra extranjeros que se habían ofrecido como «voluntarios» para servir a la causa nazi. *Hiwi* es una abreviatura de la palabra alemana *Hilfswilliger*, que significa «los que desean ayudar»).

Aun, a pesar de su calibre, una fuerza de 5 000 hombres era demasiado numerosa como para que la unidad de Druce, junto a los mal armados maquis, entrara en combate abierto con ella. Por otra parte, el 19º Ejército incluía a la 11ª División Panzer, la cual (con su distintivo emblema del fantasma con la espada) había visto acción en el frente oriental, donde peleó con distinción alrededor de Kiev y Moscú.

Equipada con 140 tanques, era una fuerza endurecida por el combate y altamente capaz. Bien le habían recomendado a Druce y sus hombres que la evitaran.

A la luz del reporte de Freine, se redoblaron las guardias alrededor del campamento. Justo a medianoche una nube oscura apareció por el sureste y los relámpagos contrapunteaban el terrible estruendo de los truenos. Para el alba la tormenta se había marchado, la mañana estaba limpia por las lluvias torrenciales. Pero el Storch estaba de vuelta en el aire, los cielos claros como el cristal le daban sin duda alguna una vista perfecta de lo que fuese que anduviera buscando.

Más reportes preocupantes se filtraron esa mañana. La población masculina de Allarmont, la aldea más cercana, había huido al bosque para evitar a los soldados alemanes que entraban a su valle. Preocupantemente, las tropas del 19º Ejército habían descubierto la ZD sobre la que aterrizaron Druce y los suyos. Los reportes decían que más soldados se movían hacia la región, apoyados por sus tanques de guerra.

En el itinerario radial de esa mañana, Druce transmitió un mensaje acosado: «No pudimos hacer contacto por radio ayer. Enviamos mensaje ciego. Esperamos conferencia con Máximum... hoy. Debemos marchar 10 kilómetros desde el campamento para enviar mensajes. Solo podemos enviar un itinerario al día por ahora».

También advirtió al SFHQ que «entre 1 000 y 5 000 soldados enemigos» se desplazaban por la región y que necesitaba establecer una ZD nueva y segura. Por ahora, el despliegue del cuerpo principal de la operación Loyton debía posponerse por la fuerza.

Dentro de sus huesos, el capitán Henry Druce cavilaba que la red se estaba cerrando.

NOTAS

* Distinguished Conduct Medal. [N. de T.]

* Special Forces Headquarters. [N. de T.]



capítulo

El 16 de agosto de 1944 Hitler ordenó a sus fuerzas en el sur de Francia que se retiraran hacia el norte para reforzar la defensa del Reich. Su concentración en el flanco oriental más cercano a Alemania significaba que incluso más soldados y máquinas de guerra se dirigían a los Vosgos. En contraste, el 3^{er} Ejército del general Patton (la fuerza amiga más cercana) aún se encontraba a unos 500 kilómetros al oeste, peleando por asegurar la penetración de las líneas alemanas.

Faltas de un enemigo con quién combatir, las guarniciones que llegaban a los Vosgos tenían la orden de concentrar todo su poder en encontrar y eliminar a los maquis y a los paracaidistas británicos, sus hermanos en armas. El comandante en jefe de las fuerzas de seguridad alemanas en la región, el doctor Erich Isselhorst, no era un neófito de las operaciones guerrilleras.

Isselhorst era un abogado que se unió al Partido Nazi en 1931 y ascendió de rango rápidamente. Llamó la atención de Hitler al defender en la corte a varios nazis importantes, lo que lo convirtió en protegido del *führer*. Poco después del inicio de la guerra, fue nombrado oficial de las SS y jefe de la Gestapo en Múnich, un reflejo de su meteórico ascenso al poder. Tres años después fue enviado al frente oriental para que usara sus talentos cazando a los muy activos guerrilleros rusos.

Isselhorst ganaría varias condecoraciones por su supuesta valentía mientras comandaba el *Einsatzgruppe* B, con base en Smolensk, una ciudad rusa a 362 kilómetros al oeste de Moscú. En realidad, el *Einsatzgruppe* de Isselhorst eran los llamados «comandos especiales», que eran básicamente escuadrones de la muerte, encargados de acorralar a los designados para «liquidación»: combatientes de la resistencia rusa, judíos, gitanos y discapacitados.

En Smolensk, parte de la aportación de Isselhorst fue la impía «evacuación» de los guetos judíos. En agosto de 1943 escribió en su diario acerca de esa operación: «Como hubo resistencia: gran matanza; 3 100 J [judíos] muertos. Solo 350 se ofrecieron voluntariamente para la transportación». Esa transportación era, por supuesto, hacia los campos de concentración, y durante su tiempo en el frente oriental Isselhorst se ganaría la reputación de ser un orquestador eficiente de la maquinaria del asesinato en masa.

Isselhorst volvió a Alemania como un *standartenführer* (rango equivalente a coronel en las SS) y se le asignó el puesto de jefe de la Gestapo en los Vosgos, con base en la

ciudad de Estrasburgo, en la frontera este de la región. Luego, a mediados de agosto, las cosas se volvieron más preocupantes. Habían escuchado aeronaves volando bajo y había habido reportes de que «paracaidistas ingleses» se habían unido a los maquis, trayendo armas consigo para comenzar la insurrección.

Al leal nazi Isselhorst esto lo enfurecía. Trabajando de cerca con su triunvirato de lugartenientes, Isselhorst dibujó el plan de la llamada irónicamente operación *Waldfest* (que se traduce como «fiesta en el bosque»). *Waldfest* fue diseñada del mismo modo que las operaciones brutales y sangrientas que había orquestado en Smolensk en contra de los guerrilleros rusos.

El lugarteniente de Isselhorst para la operación *Waldfest* era Wilhelm Schneider, un veterano de la Marina de la Primera Guerra Mundial, afamado matón y borracho. Pequeño de estatura, con cara de comadreja y una barba de chivo cada vez más gris, Schneider era muy poco efectivo sin sus dos compinches (uno de los cuales resultaría ser el verdadero cerebro detrás de *Waldfest*).

Alfonso Uhring, el jefe de inteligencia extranjera de Isselhorst, era un hombre calvo y gordo como un tanque con papada, que sería responsable de interrogar a cualquier agente británico que llegaran a capturar. Uhring contaba con el apoyo de Schneider y puede decirse que era el titiritero que manejaba los hilos. Operacionalmente, *Waldfest* sería su criatura.

La tercera persona en el triunvirato de lugartenientes de Isselhorst era Julius Gehrum, un hombre como un toro con ojos de cerdito y barba partida en tres, de quien se decía que era desmesuradamente aficionado tanto a la bebida como a su uniforme nazi y especialmente a la Cruz de Hierro que adornaba el bolsillo izquierdo sobre su pecho. Gehrum era el jefe de la guardia de la frontera y era reconocido como una figura de una crueldad y una brutalidad extremas.

Bajo la primera fase de la operación *Waldfest*, con la Wehrmacht como punta de lanza, un barrido militar masivo descubriría las armas y municiones entregadas a los maquis, además de que hallaría y eliminaría sus bases en los montes. En la fase dos, con la Gestapo como punta de lanza, los valles aledaños serían purgados de maquis y sus partidarios, para así privar a la Resistencia de cualquier apoyo.

Tal como Isselhorst lo había hecho en Smolensk, se apostarían *einsatzkommandos* a lo largo de los Vosgos. La mayoría estaban bautizados con el nombre de su comandante alemán. El *einsatzkommando* Ernst era comandado por el famoso oficial de las SS *sturmbannführer* (mayor) Hans Dietrich Ernst, quien recientemente había enviado a 800 judíos franceses a sus muertes en Auschwitz. Ernst era un hombre cruel y sádico, un experto en quebrar prisioneros bajo interrogatorio y tortura extremas.

La operación *Waldfest* recibió la bendición personal de Heinrich Himmler, *reichsführer* de las SS, en esos tiempos uno de los hombres más poderosos de la Alemania nazi. Con el bastión de los Vosgos formando la línea defensiva clave del ejército alemán, Himmler ordenó que se defendiera a toda costa. El área debía «limpiarse» de maquis, una demanda que dio a *Waldfest* una urgencia y un ímpetu extras.

Para la tarde del 16 de agosto de 1944 el cerco de *Waldfest* se ceñía cada vez más alrededor de las fuerzas de Druce. Solo tres días después de que los soldados británicos pusieran sus botas sobre el terreno, la inteligencia de Isselhorst ya era notablemente precisa. Él había dividido sus fuerzas entre dos valles (Rabodeau y Celles-sur-Plaine) dejando atrapados a los maquis y sus camaradas británicos en medio, sobre un pico de 4 800 metros.

Druce despertó la mañana del 17 de agosto para enterarse de los horribles hechos que habían ocurrido la noche previa. Un collar de tropas alemanas había sido atado alrededor de la base de la montaña. Se movían constantemente hacia arriba, buscando encerrar a las fuerzas británicas y a los maquis en un abrazo de hierro. Druce decidió moverse de inmediato para tener las mejores posibilidades de escapar. El teniente LeFranc estuvo de acuerdo, a pesar de que sus órdenes eran resistir y solo abandonar el campamento hasta el final.

No había tiempo que perder. Armamento, munición, provisiones y radios, todos fueron cargados en una improvisada caravana de maquis y agentes de las Fuerzas Especiales. Con el crujir del follaje seco por el verano bajo sus botas, las columnas de hombres se movían en un silencio tenso e inquieto. Una partida de avanzada comandada por el teniente David Dill, un hombre de las SAS gallardo y apuesto de no más de 20 años de edad, tomó la delantera, explorando el camino.

El teniente Dill era pequeño y delgado, con cara de niño travieso y aire despreocupado. En los días pasados él también había demostrado ser impresionantemente duro, pero calmado y fresco bajo presión. Druce se imaginó que él sería el hombre perfecto para dar la alarma si se encontraban con fuerzas alemanas. Debería aguantar el fuego a cualquier costo. Druce necesitaba preservar a sus propios soldados y traer al resto de las tropas de la operación Loyton; era necesario evitar una batalla armada potencialmente devastadora.

Hacia las nueve de la mañana, las sombras del bosque se habían tragado al centenar de soldados. Se quedó una pequeña partida en la retaguardia para cubrir la retirada de la partida principal. Incluía al sargento Lodge (el judío alemán, Friedlaender) y a Lou

Fiddick. Druce fijó un punto de reunión (PR) en un número de seis cifras sacado de un mapa: 470 902. Allí debían encontrarse si se perdían durante lo que venía.

Luego de dos horas de paso difícil, la partida de Druce dio con un camino bien definido utilizado para acarrear madera con bueyes desde las zonas más altas de la montaña. El sendero parecía no haber sido usado por los leñadores por algún tiempo y una gruesa alfombra de agujas de pino yacía en el piso. Servía para sofocar el sonido de los pasos de los soldados. Lo único que se oía era el tintineo ocasional de algún metal y el gemido de la cinta de lona o cuero con la tensión de la carga aplastante.

Druce y su partida anduvieron por ese sendero unos 350 metros para hallar al teniente Dill volviendo de prisa en su dirección. Habían visto una patrulla alemana a la orilla de camino. Se habían detenido a desayunar temprano y, afortunadamente, ni Dill ni sus compañeros habían sido detectados. Druce ordenó que el grupo entero se escondiera en el bosque y se mantuviera en silencio total. El plan era dejar que los alemanes pasaran de largo y solo entonces seguir adelante.

En el lado inferior del camino había una profunda oquedad que brindó el escondite perfecto para Druce, Hislop y la mayor parte de la fuerza británica. Los maquis se fundían con los árboles por todos lados. Más abajo, el terreno estaba densamente arbolado y era muy abrupto; el sendero iba cuesta arriba. Había pocas rutas de escape en caso de que una patrulla enemiga se enterara de la presencia británica y francesa.

El bosque cayó en silencio total. El sol de mediodía cortaba una franja de luz cegadora a lo largo del camino, pero, a ambos lados, el bosque estaba sumido en la penumbra. Sería casi imposible para cualquiera que se moviese al descampado ubicar a aquellos que se escondían entre las gruesas sombras del bosque.

Un débil parloteo anunció la llegada del enemigo. Vieron dos columnas de tropas con uniformes grises que marchaban tranquilamente. Sin duda esta era una de las partidas de búsqueda de Waldfest, pero no había nada en el lenguaje corporal o en el comportamiento de los soldados que sugiriera que estuvieran esperando tropezarse pronto con su presa francesa y británica.

La vanguardia se emparejó con las fuerzas escondidas y siguió adelante. Hislop se halló aguantando la respiración mientras la tensión crecía y apenas pudo creer su buena suerte cuando el final de la columna se emparejó con su escondite. Pero fue entonces cuando un maquis desastrosamente curioso decidió levantar su cabeza sobre cubierto para echar un vistazo (y sacar cuentas) del enemigo odiado.

Se escuchó un grito tan áspero y gutural como desagradable: «¡*Achtung!*!».

Le siguió el distintivo tintineo del metal sobre el metal de un arma preparándose. Pero el disparo que le siguió provino del bosque y terminó en un gorgoteo asfijado,

cuando el soldado alemán que lanzó la advertencia moría tiroteado por el maquis que se había dejado ver.

Como la patrulla alemana solo contaba con 30 hombres, Druce ordenó un ataque general, con la esperanza de que pudieran ahuyentar al enemigo. En cuestión de segundos, ráfagas de fuego automático cortaban el aire, mientras las balas rasgaban la vegetación en ambos lados del camino y golpeaban la columna enemiga. Algunos resultaron heridos, pero la mayoría se desperdigó en busca de una zanja junto al camino desde donde pudieran tirar de vuelta. Eran tropas «de tercera», pero ciertamente no estaban huyendo.

Druce mantuvo firmes a sus hombres, tirando ráfagas breves de Stens y carabinas para barrer el sendero sobre ellos. Los dos lados intercambiaron fuego intenso a corta distancia, pero el enemigo tenía la posición más alta (Druce había escogido su posición por su máximo sigilo y encubrimiento, no para tender una emboscada). Aún se sentía seguro de que serían capaces de romper las líneas enemigas y escapar si atacaban agresivamente y con mucha fuerza.

Estaba a punto de ordenar una carga para despejar el camino cuando el enemigo comenzó a gritar pidiendo refuerzos. Druce, quien entendía el alemán, escuchó una respuesta más arriba en el monte, donde un segundo camino de leñadores serpenteaba entre la vegetación. Momentos después, le siguió el sonido de docenas de pares de botas precipitándose hacia el combate.

Segundos más tarde, se redobló la intensidad del fuego enemigo. Los alemanes en su carril elevado empezaron a lanzar una lluvia de tiros de lo que solo podía ser una temible Maschinengewehr 42 Spandau.

La Spandau, una ametralladora montada en un bipié, liberó una larga serie de ráfagas de exploración; las balas rebotaban horriblemente en los árboles por todas partes. La MG42 podía disparar el doble de rápido que cualquier ametralladora aliada. Era tan alta su cadencia de fuego que el oído humano no era capaz de distinguir entre cada bala: debido a ese continuo *brrrrr*, se ganó el apodo de la «sierra eléctrica de Hitler».

—Era aterradora —comentó el de otro modo imperturbable Fiddick—. No teníamos tanto parque. Creo que lo gastamos todo. Yo estaba parado detrás de un árbol con balas pasando alrededor de él... Era algo inusual tener tantas balas volando a tu alrededor. No esperaba una cosa así, a pesar de que hubo muchas balas la noche que me derribaron.

El primero de los maquis se quebró y huyó. Pasaron corriendo a los lados del hueco desde donde la fuerza de Druce aún intentaba combatir, en una desbandada general. La mayoría iba cargada con artículos del SAS y aparatos de los Phantoms muy

preciados. Hislop y Druce escucharon gritos de agonía mientras la Spandau barría la loma, los tiros de la sierra eléctrica guadañando a los cargados maquis, quienes eran incapaces de moverse rápidamente en esa loma empinada y eran blanco fácil.

Una larga ráfaga de la Spandau rebanó la vegetación sobre el hueco. Las balas rasgaban el muñón de un árbol como si abrieran un cierre. Las fuerzas británicas ahora eran superadas en número y armamento. Druce ordenó a sus hombres que dejaran todo su equipo pesado y corrieran. Moverse ligeros y agachados ofrecía la única esperanza de escape, pero antes necesitarían poner trampas de explosivos plásticos en sus Bergens.

Hislop se vio forzado a abandonar su Jed Set, pero, como tenía los cristales y el libro de códigos consigo, la radio sería de poca utilidad al enemigo. Druce optó por dirigir a una mitad de sus fuerzas en una dirección y Hislop avanzaría con la otra hacia el lado contrario, en un esfuerzo por confundir al enemigo. Se reunieron en la orilla de la oquedad donde se escondían; el aire bajo los árboles se llenaba del humo gris de la pólvora.

Salieron de su escondite y arrancaron cuesta abajo, agachándose doblemente para escapar de las gruesas ráfagas de fuego que rasgaban los árboles. Hislop pensó que nunca había montado ningún caballo que corriera tan rápido como él lo hizo entonces, cargando a través de la vegetación espesa.

Llevó a su grupo 350 metros más abajo, hasta un punto donde la fronda dio paso a otro sendero. Ráfagas sostenidas de fuego barrían desde arriba el terreno abierto que se hallaba más adelante. Hislop aguardó a que una de tales ráfagas terminara para encabezar a sus hombres en una carrera loca al otro lado.

—¡Ahora! ¡Vamos, vamos, vamos, vamos, vamos!

Alcanzó a ver la espalda de Davis (su ultraconfiable compañero Phantom) un poco adelante de él, mientras se hundían en la vegetación del lado lejano. Esa sería la última vez que lo vería.

Finalmente, Hislop marcó el alto. Con susurros, reunió a sus hombres bajo la gruesa cubierta de la maleza. Les ordenó que guardaran silencio y se mantuvieran agachados. Cualquier movimiento o ruido atraería los ojos y los oídos del enemigo, seguidos por una salvaje ráfaga de fuego. Su mayor esperanza residía en el secreto y no había mejor escondite que la densa maleza que los rodeaba por todos lados.

Hislop pasó revista. De algún modo, había perdido a Davis. También había ganado a otros tres, todos maquis: un muchacho de 16 años que lucía absolutamente aterrorizado, un viejo que parecía conmocionado, más un joven llamado Marcel —el único de los franceses que aún parecía en control de sus cabales.

Se acostaron a recuperar el aliento: sus cuerpos presionados contra el suave detrito del suelo del bosque, los gritos de sus perseguidores reverberando a través de los árboles. Se lanzaban órdenes en alemán de aquí para allá, seguidas de disparos aislados. Al fin, el ruido de los tiros disminuyó hasta desaparecer. A su alrededor, el bosque cayó en silencio.

Era temprano por la tarde y Hislop sospechaba que el enemigo había dejado atrás una fuerza oculta para vigilar a cualquier sobreviviente. Decidió que se quedarían exactamente donde estaban e intentarían dormir un poco, luego se marcharían al alba. Marcel les ofreció guiarlos a un valle vecino donde los lugareños eran amigables. Allí podrían buscar algo de comida y noticias sobre el paradero del enemigo y el resto de su partida dispersa.

Era un plan de algún tipo, pero sirvió poco para disfrazar el hecho de que sus fortunas habían tomado un giro repentino y dramático para lo peor. Algunos soldados estaban desaparecidos y Hislop no tenía idea de dónde se hallaba Druce ni de la suerte de la retaguardia. Solo podía esperar que hubiesen alcanzado el PR de Druce para encontrarse con el resto de la partida y que pudieran rescatar la misión desde allí.

Durante la caminata bajo el calor del mediodía, Hislop se quitó la ropa hasta quedarse solo con su chaqueta. Había perdido el resto de su equipo durante la loca carrera hacia el escape. Cuando se acomodó entre la maleza y bajó el frío de la noche, se lamentó de haberse deshecho de su ropa abrigadora. Pero se imaginó que su incomodidad era nada comparada con la de los desgraciados que bien podían estar heridos, capturados o muertos.

El grupo de Druce salió un poco mejor librado que el de Hislop. Después de cargar cuesta abajo, se encontraron con un alemán armado con una Schmeisser en un camino inferior. Afortunadamente tenía muy mala puntería y Druce se las había arreglado para llevar a sus hombres al otro lado sin ningún herido. El teniente Dill había vuelto para intentar matar al alemán solitario. A pesar de que intercambiaron disparos, el enemigo se hallaba bien cubierto y Dill no logró atinarle.

Para el momento en que Druce hizo una pausa para pasar revista adecuadamente, tenía consigo a varios maquis (incluyendo al teniente LeFranc), pero Seymour, el Jedburgh que se había lesionado el pie en la ZD, estaba desaparecido. Seymour había necesitado cuatro soldados de la Resistencia para llevarlo en camilla desde la base de los maquis. Nadie estaba dispuesto a bajar esta abrupta ladera con una camilla y parecía sumamente probable que hubieran capturado o matado a Seymour.

Por consejo del teniente LeFranc, las fuerzas de Druce se dirigieron a una finca remota, emplazada en los bosques sobre la aldea de Moussey. Su ruta los llevó en

dirección al sur, pegados a las tierras altas y boscosas y manteniéndose lejos de los valles de Celles y Rabodeau. Marcharon hasta entrada la tarde. Liberados de sus pesadas cargas establecieron un paso demandante, buscando dejar bien atrás al campo de batalla y al enemigo.

Llegaron a la descuidada granja en poco tiempo. Conocido simplemente como Père George (*Père*, que significa «padre», era una referencia respetuosa a su edad avanzada) vivía por su cuenta en un granero, solo con sus gatos, puercos, vacas y un perro como única compañía. Père George trabajaba una hectárea y media de pastizales silvestres ubicados en medio del bosque. Más importante era que se consideraba comunista hasta los huesos, lo que lo convertía en un enemigo natural de los nazis.

El teniente LeFranc había guiado las fuerzas hacia allí, confiando en el viejo dicho de que «el enemigo de mi enemigo es mi amigo». Père George no era muy aficionado a Churchill, pero, como los hombres del SAS habían venido hasta aquí a combatir a los odiados alemanes, estaba contento de ofrecerles un lugar en su granero.

Era un alojamiento áspero; sin embargo, después de la intensidad del combate y de las marchas forzadas del día, Druce y sus hombres hubieran podido dormir en cualquier parte. De forma crucial, la granja de Père George ofrecía el escondite perfecto de las fuerzas del enemigo que merodeaban por allí. Localizada en un pliegue de los cerros y rodeada por densos pinos, nunca había sido visitada por los alemanes.

Contaba con poca comida y lo que había disponible lucía apenas comestible. Cuando su esposa estaba viva, comían caldos finos (sopas espesas y estofados), explicó Père George. Pero desde su muerte no había nadie que cocinara, así que se alimentaba casi igual que su ganado, comiendo de una *pot de chambre** y compartiendo sus comidas con sus animales.

«Como todos los granjeros buenos de verdad, alimento muy bien a mi ganado» declaró, desafiante.

Cuando el comandante Druce, los tenientes Dill y LeFranc y su grupo se acomodaban para dormir, Père George procedió a soltar la lengua en su tema preferido: la política. Se sentó con su duro traje de campesino y sus zuecos de madera, retorciendo su enorme bigote mientras hablaba y animaba sus rasgos profundamente delineados.

«*Churchill, il est bien. De Gaulle, bien.* Pero fue después de que Churchill visitó Moscú cuando la marea de la victoria al fin dio la vuelta... Stalin: él es el bueno. Ah, Stalin es un gran hombre. Es una lástima que Churchill no sea comunista» y así continuó.

La única respuesta de los soldados acostados boca abajo sobre el heno era una serie

de ronquidos apagados.

A unos tres o cuatro kilómetros al noreste del granero de Père George, la retaguardia de Druce se había topado con el peor de los problemas. Habían caído en una feroz emboscada a 800 metros de la base de lac de la Maix. Robert Lodge iba a la cabeza cuando de pronto se petrificó y le hizo señales a los demás para que se echaran pecho a tierra.

Momentos después se hallaron en medio de un salvaje tiroteo. El piloto aviador canadiense Lou Fiddick estaba armado solo con una Colt .45 y enfrentaba ráfagas de Schmeissers, además de rifles y Lugers. El enemigo estaba a no más de 27 metros y les disparaba a través de una gruesa pantalla de matorrales.

—Ningún bando podía ver al otro debido a la maleza —comentó Fiddick—, así que solo disparábamos cuando veíamos movimiento en los arbustos y esperábamos darle a alguien.

La batalla resultó claustrofóbica y confusa, pues ambos lados intercambiaron tiros a corta distancia. Uno de los camaradas de Fiddick mejor armados detectó movimiento y barrió el matorral con su Sten. Los gritos de agonía revelaron dónde había herido a un enemigo. Pero después el soldado de las SAS Wally *Ginger* Hall, un guardia de granaderos con una chispa de cabello rojo brillante, recibió un tiro en el pecho.

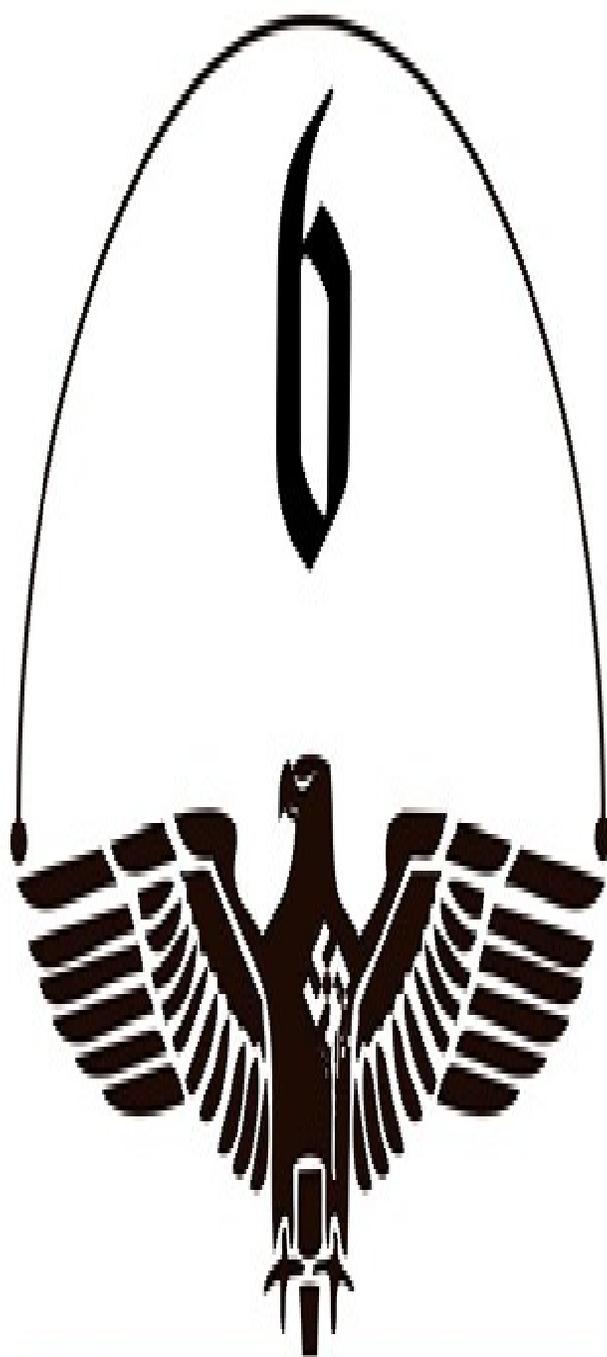
Hall cayó. Todavía estaba consciente, pero le pidió a sus compañeros que lo dejaran. Para el instante en que Fiddick y los pocos sobrevivientes se las arreglaron para huir en una retirada peleada ferozmente, el sargento Robert Lodge, el reconocido veterano de las SAS y judío alemán, también estaba desaparecido.

Al anochecer, la partida de Druce estaba dispersa por los cuatro rumbos de los Vosgos. Había muertos, heridos y muy seguramente prisioneros en esos montes boscosos; varios grupos de soldados se hallaban en la huida. El fardo de su armamento y equipo estaba perdido.

Y lo que era todavía peor, en su escape del enemigo habían perdido todos sus radios.

NOTAS

* En francés en el original: «bacinica». [N. de T.]



capítulo

La primera etapa de la operación *Waldfest* de Isselhorst resultó espectacularmente exitosa, con la captura de una buena cantidad de armamento de los maquis, la mayoría del equipo del SAS y la dispersión de sus unidades de combate. Isselhorst no podía pedir un mejor comienzo. La segunda etapa estaba programada para comenzar el 18 de agosto: las SS y la Gestapo habrían de tomar medidas extremas sobre las aldeas que parecían tierra fértil para la Resistencia.

Pero antes, Isselhorst y sus compañeros comandantes habían obtenido un rico botín de equipo y papeles que debían estudiar, además de prisioneros para interrogatorio. Entre los documentos más sensibles se hallaba la llamada «Lista olvidada», un documento de los maquis recuperado en la base de Lac de la Maix, en el cual se nombraba a algunas de las figuras clave de la Resistencia de los Vosgos. Incluía a varios de los que estuvieron presentes el 12 de agosto en la ZD de Raon-l'Étape. Aún peor, identificaba sus lugares de origen. Para Isselhorst, Schneider, Uhrin y Gehrum, esto era dinamita.

Al amanecer del 18 de agosto, los *einsatzkommandos* entraron a las aldeas que se nombraban en la lista, incluyendo a Raon-l'Étape, Allarmont y Moussey, en una misión de búsqueda y captura. Se les advirtió a los civiles que no salieran a la calle mientras las tropas alemanas montaban una búsqueda casa por casa.

El comandante de las SS, teniente Karl Fischer, estableció su cuartel general en el vivero del pueblo de Moussey. Hizo la demanda de que 10 «rehenes», entre ellos Jules Py, el alcalde local, y Achilles Gassman, el sacerdote del pueblo, se entregaran voluntariamente. Una vez que lo hicieron, todos los hombres de entre 17 y 60 años se formaron en la plaza. Aquellos nombrados en la «Lista olvidada» debían dar un paso al frente o los rehenes perderían sus vidas.

La tarde del 18, un total de 88 hombres en edad de pelear fueron arrestados en varias poblaciones. Luego de una noche de interrogatorio y tortura, los subieron en camiones y se los llevaron.

Como a 16 kilómetros al este de Moussey se hallaba la ciudad guarnición de Schirmek, la cual era el centro neurálgico de *Waldfest*. Desde allí observaban las operaciones Schneider, Uhrin y Gehrum, junto a Isselhorst, cuando este no se hallaba trabajando fuera del cuartel general de Estrasburgo. En las afueras de Schirmek se encontraba un *sicherungslager*: un campo de seguridad.

Supuestamente, los *sicherungslager* eran el rostro más «respetable» del sistema de campos de concentración y muerte de los nazis. Schirmek contaba con filas de barracas de madera, celdas subterráneas, perímetros de alambre electrificado y torres de vigilancia. Fue puesto a disposición de Isselhorst para que el flujo anticipado de cautivos fuese «procesado». Pero a aquellos destinados para «terminación» (los maquis, en primer lugar) les esperaba un futuro todavía más oscuro.

A pocos kilómetros al sur de Schirmek se ubicaba un viejo hotel de esquí. Antes de la guerra, Natzweiler había sido un lugar para divertirse y vacacionar. Pero ahora pocos lo visitaban por su propia voluntad o siquiera lo mencionaban. Bajo el domino nazi, Natzweiler se transformó en un lugar de oscuridad y maldad. Era un campo de concentración (el único que se construyó en tierra francesa) y dentro de sus confines decenas de miles serían muertos de hambre, golpeados, torturados y envenenados con gas.

Natzweiler era uno de los llamados campos *Nacht und Nebel* de Hitler. En una escalofriante orden dictada en respuesta al levantamiento de la Resistencia, Hitler decretó que todos esos «terroristas y enemigos del Reich» debían desaparecer en la *Nacht und Nebel*, la noche y la niebla. Era necesario erradicarlos absolutamente sin dejar rastro suyo, para que sus seres queridos jamás supieran de su suerte. Hitler lo veía como el mejor disuasivo para los maquis: que cualquier huella suya fuese borrada de la faz de la Tierra.

Los 88 aldeanos (los prisioneros sospechosos de ser maquis) fueron enviados al *sicherungslager* de Schirmek. Después de ser «procesados» en ese lugar, muchos fueron destinados a pasar por las oscuras puertas de Natzweiler.

Uno de los miembros de las fuerzas de la operación Loyton llegó a Schirmek antes que los aldeanos. El hecho de que Seymour necesitara andar en camilla lo hizo presa fácil. Lo aprisionaron en el bosque y en un inicio se enfrentó a un pelotón de fusilamiento. Pero un oficial alemán de alto rango lo salvó, dejando claro que lo querían vivo para interrogarlo; de allí que fuera Seymour el primero en llegar al *sicherungslager* de Schirmek.

Lo pusieron en manos del famoso comandante del campo, *hauptsturmführer* Karl Buck. Buck, ingeniero civil, supervisó la construcción del campo y este era su criatura. Había peleado en la Primera Guerra Mundial, donde perdió una pierna. Todavía aquejado por sus heridas y una infección gangrenosa que se rehusaba a sanar, Buck utilizaba morfina para aliviar su dolor. Su mal humor era legendario y, con su prístino uniforme blanco y su bigote delgado como un lápiz, era un personaje inconfundible

cuando rengueaba por el campo sobre su pierna falsa, plagado de impredecibles cambios de humor.

A su llegada a los dominios de Karl Buck, le preguntaron a Seymour lo que significaba su emblema alado de las Fuerzas Especiales Jedburgh. Respondió que era parte de un grupo de paracaidistas que estaba formando una «partida de reconocimiento». No tenía idea de lo que había sucedido con sus compañeros agentes de las Fuerzas Especiales y apenas tenía una noción del destino que le aguardaba. Como soldado capturado uniformado, por derecho debía gozar de todas las protecciones garantizadas por la Convención de Génova.

Pero por ahora le presentaron a Seymour una colección de radios capturados, libros de códigos y explosivos, y le pidieron que explicara exactamente lo que significaban. Seymour no tenía duda de lo que sucedería con él si se rehusaba a hablar: la vida para él se volvería muy desagradable. Cuando lo dejaron por un momento para que pensara las cosas, un segundo prisionero británico entró por las puertas del campo.

Herido pero todavía bien vivo, se trataba del cabo Gerald Davis, el confiable agente Phantom a prueba de balas. Habiendo perdido a los demás durante el combate, Davis tuvo la mala fortuna de poner su confianza en uno de los menos confiables del lugar. Se acercó a la iglesia y pidió ayuda. El sacerdote Clement Colin le ofreció contactar a los maquis. En su lugar, volvió con una fuerza de la Gestapo; así Davis se unió a Seymour en el campo de Schirmek.

A ambos hombres les presentaron el mismo ultimátum: «Díganos lo que sabe, o le espera la oscuridad, el dolor y una muerte amarga».

El capitán Victor Gough (el compañero Jedburgh de Seymour) se las arregló para escapar ileso a los combates del 17 de agosto. A través de los maquis de Alsacia, envió un mensaje a Londres en el que reportaba el devastador impacto que había tenido Waldfest hasta el momento y las desesperadas estrecheces en las que se hallaba mientras la cacería de maquis continuaba.

«No tengo set W/T. Contacté equipo Loyton del SAS aquí. Deben arreglar entrega aérea de armas en *Pedal* con ustedes. No pudimos recibir armas (nos atacaron en ZD). Muchas bajas...».

La situación se desarrollaba rápidamente y era horriblemente desconcertante. Solo cinco días después de lanzarse en paracaídas sobre los Vosgos, el capitán Gough andaba huyendo con los maquis y era perseguido sin tregua. Había solicitado una entrega aérea de armas en *Pedal* (nombre código de una de sus aisladas ZD), pero habían sido atacados allí. Y en el escondite de Druce, noticias igual de terribles se filtrarían sobre el paradero de sus hombres desaparecidos.

Frente a la necesidad de compartir la incierta provisión de alimentos de Père George, el teniente LeFranc sugirió que se mudaran con un protector más benéfico. *Madame* Rossi vivía con su hija Odette en una alta casa cerrada en las afueras del pueblo de Moussey, la última antes de los dominios del bosque. La morada de *madame* Rossi contaba con un gigante molino de agua de acero y una bienvenida incondicional para todo aquel que pudiera resistir a los despreciados alemanes.

Madame Rossi y su hija eran generosas de constitución, más grandes que la vida e indomables. No se rehusaron a esconder y alimentar a Druce y sus compañeros, a pesar del hecho de que unas 500 tropas alemanas acampaban en el pueblo aledaño. Tan animosa y llena de vida era *madame* Rossi que Druce sospechaba que ella en realidad disfrutaba el peligro que albergar paracaidistas británicos inevitablemente traía.

Su casa se situaba en la confluencia del valle principal con un barranco angosto con forma de V. A su lado corría un sendero que serpenteaba hacia los confines ocultos del bosque, lo que la convertía en un escondite perfecto para los maquis y los soldados británicos. *Madame* Rossi era incapaz de esconder cuánto aborrecía al enemigo. Alegre y directa, su casa había sido allanada por la Gestapo numerosas veces, y aun así nunca sugirió siquiera que Druce y sus compañeros debían irse de allí.

—¡Oh, la! ¡*Les bonches!* —pregonaría frente a un quiche recién horneado, con sus brazos carnosos cruzados y sus ojos azules centelleando—. ¡Bah! ¡Esas sucias criaturas! Son brutos, eso es lo que son.

Luego se deshacía en una risa estruendosa. Si alguna vez alguien le sugería que fuera un poco más callada por miedo a atraer atención no deseada, ella ponía los ojos en blanco y se estremecía.

—¡*Mon Dieu!* —exclamaría con renovada indignación—. ¡*Les salauds!* ¡*A bas les doryphores!*

«*Les doryphores*» eran un bicho que infesta las papas y uno de los apodos favoritos que tenía para los alemanes. «¡*A bas les doryphores!*», ¡Abajo los bichos de las papas! Y «*Les salauds*», los bastardos.

Madame Rossi era irrepreensible y no sería intimidada. Ahora mismo su casa ofrecía un refugio vital para Druce y la grupa de la fuerza de la operación Loyton. El enemigo registraba los bosques por todas partes, así que no había manera de que Druce y los suyos llegaran al PR acordado. Era tiempo de mantenerse escondidos.

—Los alemanes entraban y salían de allí todo el tiempo —comentó Druce sobre la morada de *madame* Rossi—. Pero ella literalmente nos servía comida caliente tres veces al día. En realidad, a ella los alemanes le importaban un comino y no tenía miedo

en absoluto; no pensaba en su propia seguridad y nos cuidó mejor que a sus propios hijos. Ella era magnífica.

El teniente LeFranc ofreció trasladarse hasta la ubicación del coronel Grandval para intentar enviar un mensaje de radio a Londres. Los papeles de LeFranc estaban en orden, por lo que tenía posibilidades de lograrlo. Druce le pidió que explicara por qué se había retrasado la llamada del cuerpo principal de las fuerzas de la operación Loyton. Nada parecía perturbar a Druce y estaba lejos de darse por vencido. Veía los daños causados por Waldfest como una demora temporal. A su modo de pensar, los Vosgos seguían siendo ideales para ataques de golpear y huir, y con el influjo de tropas enemigas se había vuelto un ambiente rico en objetivos.

En la mayoría de las situaciones de combate, uno de los objetivos clave de cualquier comandante es trastornar las líneas de suministro y comunicación del enemigo, sin las cuales ningún ejército puede funcionar por mucho tiempo. Esos ataques caen dentro de dos categorías: ya sean maniobras de flanqueo por parte de la fuerza principal o penetraciones de largo alcance llevadas a cabo por pequeñas unidades independientes. El SAS fue formado en 1941 para cumplir con el segundo papel, golpeando las líneas de suministro del enemigo en el desierto del norte de África.

Hasta ese momento las noticias habían sido siniestras para los Aliados en todos los frentes, pero el SAS ayudó a darle un giro a esa mala fortuna. Atacaron por sorpresa cuarteles, convoyes de transportes y aeródromos del enemigo. Con la llegada al escenario de batalla del Jeep estadounidense, se redoblaron los esfuerzos, debido a que el Jeep era un excelente vehículo de carga a campo traviesa y plataforma de artillería, perfecto para la especialidad del SAS: el ataque relámpago.

En los Vosgos, las fuerzas de Druce, tan dispersas y marcadas por la batalla como podían estar, se hallaban sobre las pocas rutas de caminos y ferrocarriles que conectaban el frente alemán con el corazón del Reich. Aunque recién reclutado, Druce no era extraño a los métodos de guerra del SAS. Seguía decidido a conseguir que le enviaran por paracaídas a los hombres, las máquinas y las armas necesarias para desatar el caos.

Luego de la partida del teniente LeFranc hacia su misión vital, le llegaron noticias a Druce de que Robert Lodge había muerto. Había cierta confusión respecto a cómo exactamente había perecido el judío alemán vuelto veterano del SAS. Su cuerpo había sido entregado por el enemigo en la casa del sacerdote local, el abate Gassman, a quien le dieron la orden de desechar del cuerpo.

Le llevaron otro cuerpo al padre. Como permanecía sin identificar, el abate Gassman temía que se tratara de un paracaidista británico. Druce decidió que necesitaba ir a ver por sí mismo. Con la ayuda de *madame* Rossi, se vistió a la usanza de los trabajadores locales y partió en un viaje de 400 metros hasta el pueblo.

Druce ya había caminado antes por esos montes. Hablaba francés como nativo y se imaginó que podía salir de casi cualquier problema hablando. Pero lo más importante era que los hombres muertos y desaparecidos eran *sus hombres*. Podía no conocerlos más que de unos días atrás, pero eran soldados de una unidad bajo sus órdenes. Druce sintió un ardiente sentido de responsabilidad, además de que necesitaba saber cuántos soldados vivos le quedaban.

También lo animó a actuar la descripción que hizo *madame* Rossi del rol que jugaba el abate Gassman en el pueblo. Igual que Albert Freine, el guardabosque y jefe de inteligencia maquis, el sacerdote de Moussey jugaba un peligroso juego doble. Ostensiblemente un buen francés y amigo de la Alemania nazi, Gassman en realidad era el eje de la Resistencia de Moussey.

—Sin él —comentó *madame* Rossi— las cosas hubieran sido muy diferentes por aquí.

Druce llegó sin novedad hasta la parte trasera de la casa de del abate Gassman, moviéndose por el bosque bajo el manto de la noche. El sacerdote de Moussey lucía muy despreocupado por la llegada del capitán del SAS a su puerta trasera. Fresco como una lechuga, invitó a pasar a Druce e insistió en invitarlo a cenar. Aunque hablaron casi siempre en francés, Druce se enteró de que Gassman hablaba el inglés casi a la perfección y de inmediato se quedó intrigado por el hombre.

Gassman tenía el aire del clérigo de la antigüedad, cuando el llamado del hombre santo era asociado con mayor frecuencia con el del guerrero. Alto, enjuto y cadavérico, su actitud de monje-guerrero se suavizaba con su piadosa y pronta sonrisa y su humor apacible. Este era un hombre que había visto las cimas y las profundidades del comportamiento de los hombres, que hacían parecer minúsculos los peligros que él corría en su papel presente.

Gassman le ofreció a Druce una abundante comida y después le dio los detalles de la muerte de Lodge. En la tarde del 20 de agosto, habían llevado el cuerpo de Lodge a la iglesia para «desecho». Gassman les ordenó a algunos fieles de la iglesia que cavaran la tumba y ayudaran con el entierro. Comentó que Lodge había muerto menos de 24 horas antes y notó que tenía heridas de bayoneta en el estómago, más una herida de bala en la cabeza, aparentemente infligida a corta distancia.

Al principio, Druce pensó que Lodge, herido y frente a la captura inminente, se

había quitado la vida. «Si estaba a punto de ser capturado, bien pudo haberse suicidado», reflexionó Druce. «El asunto de las heridas de bayoneta y esas cosas... No me sorprendería que Lodge se hubiera volado los sesos. Era judío. Él sabía... y pienso que él habría decidido: ‘Bueno, es hora de volarme los sesos’».

Por la descripción que hizo Gassman del segundo cuerpo, parecía que se trataba de Gerald Davis, el compañero Phantom de Hislop. De acuerdo con el cura, el cuerpo de Davis había sido entregado en el atrio de la iglesia luego de su regreso de Schirmek. Davis tenía un pequeño orificio de bala en la frente y una herida de salida grande en la parte trasera. También lucía como si le hubieran disparado a quemarropa.

Druce comenzaba a sospechar que ambos habían sido ejecutados bajo la sombría y ultrasecreta «Orden Comando», algo que solo en los últimos meses había llamado la atención del SAS.

En la primavera de 1944, el teniente Quentin Hughes del 2º SAS se lanzó en paracaídas en Italia como parte de un equipo cuyo blanco eran aeronaves enemigas en la base aérea de San Egidio, en el centro del país. Mientras colocaba bombas Lewes en un avión, una estalló prematuramente y lo dejó sordo y ciego. Hughes fue tomado prisionero y curaron sus heridas, pero una vez que recuperó la conciencia, le informaron que sería entregado a la Gestapo para que lo ejecutaran por «saboteador».

Uno de los médicos del hospital, con la ayuda de un oficial alemán (con ambos había trabado amistad Hughes), logró colarlo en un tren con dirección al principal campo alemán de exterminio de prisioneros de guerra. Tenían la esperanza de que el largo brazo de la Gestapo no lograría alcanzarlo allí. Pero Hughes, todavía no recuperado por completo, tenía otras ideas. Junto con un prisionero de guerra estadounidense, saltó del tren y encontró el camino de vuelta a las líneas aliadas.

Hughes escribió un reporte sobre sus experiencias, donde alertaba en particular sobre el hecho de que estaban etiquetando a los paracaidistas aliados como «saboteadores» y los entregaban a la Gestapo para que los mataran. Ese reporte había aterrizado en el escritorio de Bill Barkworth, un oficial de inteligencia del 2º SAS, el mismo individuo que le dio a Druce su informe de última hora. Barkworth alertó al coronel Franks y este por su parte advirtió a sus oficiales sobre el destino que podían esperar sus hombres si eran capturados.

Pero el reporte solo daba un atisbo de lo que podría sucederles a aquellos que terminaran en las manos del enemigo. A fines del verano de 1944, los Aliados sabían muy poco sobre la maquinaria de muerte implementada por los nazis a lo largo de la mayor parte de la Europa ocupada. Pocos tenían idea de lo que era un «campo de

concentración», además de que eran los lugares donde Hitler juntaba y encarcelaba a los que se oponían a su régimen.

Esto hacía absolutamente vital que aquellos que se lanzaran detrás de las líneas enemigas utilizaran un uniforme identificable. Hughes se había desplegado en un uniforme de estilo antiguo, con tenis y pasamontañas. Su apariencia «no estándar» permitió que la Gestapo adujera que había entrado en acción sin uniforme y, por lo tanto, no podía dársele el trato que merecería un prisionero de guerra auténtico.

Si atrapaban a Druce vestido de lugareño paseando por las calles de Moussey o cenando en la casa del cura, sabía que se enfrenaría a una muerte casi segura.

—Me di cuenta de que si me atrapaban en ropas de civil me cortarían la cabeza — comentó Druce—. Y francamente a todos nos habían dicho que si nos capturaban espionando nos matarían. Por supuesto, el crimen de que te capturen es... que te capturen.

Le impactó a Druce que los cuerpos de Lodge y Davis fueran dejados en Moussey casi como una advertencia para la posible llegada de cualquier maquis: *pour encourager les autres*. Pero bajo la guía de del abate Gassman, los lugareños no se desviarían de su camino. El sacerdote de Moussey demostró ser fervientemente probritánico y durante la cena la razón de ello se volvió más evidente.

—¿Sabes?, haría cualquier cosa por los ingleses —anunció Gassman—. Verás, solo he estado en Inglaterra una vez y fue allí donde me convertí en tu deudor... Los ingleses son gente formidable. Me di cuenta en un parpadeo de que nosotros debíamos ser formidables también y que era posible, sobre todo que era posible.

Gassman había estado en Dunkirk cuando fungía como sacerdote del Ejército francés. Fue en esas playas azotadas por la guerra donde atestiguó por primera vez y comenzó a admirar el obstinado espíritu de resistencia británico: la «*flegme britannique*» o el rígido labio de arriba, como él lo llamaba.

Él había visto tropas británicas bajo fuego devastador, pero aguardando en calma sobre la línea de playa, y había comenzado a pensar que quizá no todo estaba perdido. Vadeó hacia uno de los botes en espera, mientras los aviones alemanes los deshacían, solo para ver a un soldado frente a él que intentaba encender su pipa con el agua hasta el pecho. Ese fue uno de muchos ejemplos y cada uno de ellos ayudó a Gassman a tomar fuerzas para continuar la lucha.

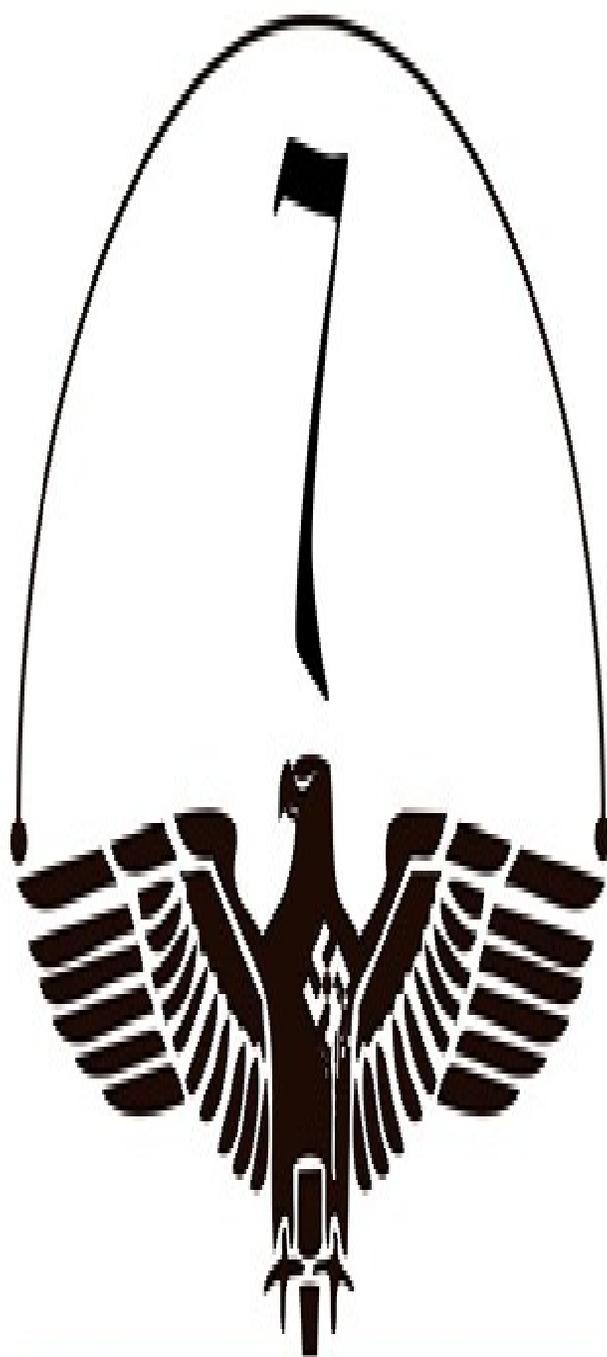
Pero en Gran Bretaña, Gassman se halló arruinado. Por un lado, quería unirse a la lucha para liberar Francia como soldado; por el otro, se sentía atraído por su rebaño: los feligreses de Moussey. Su lealtad hacia el pueblo y la iglesia finalmente había

triunfado y Gassman volvió en silencio a los Vosgos y a su llamado. Fue entonces cuando se abocó a fundar la Resistencia local.

En verdad, Gassman era el eje de los maquis, junto con el alcalde del pueblo, Jules Py. Ambos habían establecido igualmente una línea de soplones: una red por la que los aviadores aliados podían escabullirse de vuelta a Gran Bretaña. Pocos lugareños franceses jugaron un papel más activo en estas dos empresas que los de Moussey.

Pero en lo que respecta a la guerra, pocos extranjeros han oído de Moussey. Oculto de los caminos principales, sus casas trazan el curso de un pequeño arroyo que corre a lo largo del valle. Antes de la guerra vivían allí alrededor de 1 100 aldeanos, que trabajaban en el campo, la silvicultura y la fábrica local de textiles. Había una *mairie* (la oficina del alcalde), unas pocas tiendas y uno o dos cafés alineados en la calle del pueblo y la iglesia del abate Gassman.

En apariencia no existía nada que señalara a este pueblo como la morada de los héroes.



capítulo

No fue sino hasta el 22 de agosto (casi una semana después del inicio de Waldfest) que las cosas comenzaron a mejorar para Druce y sus hombres. Debido a que Moussey era el corazón de la Resistencia, tarde o temprano los remanentes diseminados de la avanzada de la operación Loyton eran atraídos a su abrazo.

Al ocaso, Druce se despidió afectuosamente (y, él sospechaba, temporalmente) de *madame* Rossi, y se dirigió hacia el bosque una vez más. Guiado por el recién llegado teniente LeFranc, fue a una reunión de medianoche en los montes sobre el pueblo durmiente. Acampados en la profundidad del bosque se hallaban los soldados sobrevivientes de la operación, incluyendo al aviador canadiense antes derribado y ahora miembro honorario del SAS Lou Fiddick, el Jedburgh Victor Gough, Hislop y el teniente del SAS con cara de niño pero temerario David Hill.

Tres hombres estaban desaparecidos: Lodge y Davis, sobre quienes Druce sabía con seguridad que estaban muertos y enterrados en el atrio de Moussey, y Hall, a quien había matado una ráfaga de ametralladora directa a su pecho al inicio de los combates. Contando a Fiddick, la partida de Druce se mantuvo en 13 elementos. Pudo haber sido mucho peor. Con miles de tropas alemanas peinando los valles y los bosques, era una maravilla que tantos hubieran escapado de la muerte o la captura.

Lou Fiddick rememora los sentimientos de aquellos reunidos en el bosque: «Luego de que bajamos de los montes después de la emboscada... yo sentía miedo junto a una tremenda desesperación. Estábamos sentados en el bosque, justo a las afueras de Moussey, sin saber realmente a dónde ir. David Dill y yo permanecimos allí durante casi dos días sin saber si seguir avanzando o retroceder. Creo que ese fue uno de los peores momentos».

Comparado con la cabaña de troncos de la base de los maquis en Lac de la Maix, su campamento era un asunto improvisado. Consistía de poco más que unas cuantas ramas entrelazadas a la altura de la cabeza, con una lona encima como protección. La vegetación que yacía en el suelo formaba una cama y mantenía a raya lo peor del frío. En las horas húmedas de la primera mañana y especialmente después de la lluvia, se podía mantener una fogata encendida; el humo se mezclaba con las nubes bajas y la niebla.

Pero hubo pocas oportunidades de encender esas fogatas en los días previos. Desde el primer ataque, Hislop y su equipo habían andado en la huida, mudándose de un

campamento improvisado al siguiente. Se movían solo de noche para evitar a las tropas alemanas, que parecían renuentes a poner pie en el bosque después del anochecer. Un guía maquis los guiaría mientras formaban una cadena humana, cada uno agarrándose al cinturón del de enfrente y arrastrando los pies hacia el interior de las impenetrables sombras de la luna.

Esa sería la costumbre por varios días. Debido a que no contaban con un radio para contactar directamente a Londres, todos los mensajes debían enviarse a través de la Resistencia francesa, quienes tenían un equipo de radio oculto en una ubicación ultrasecreta. Después de su visita al abate Gassman, Druce confiaba en la habilidad de la Resistencia local para mantenerse firme ante la operación *Waldfest*; con bastante seguridad, recibieron por el radio de los maquis la confirmación oportuna de que se planeaba una entrega de suministros vía aérea.

En esta ocasión, Druce escogió una ZD ubicada a unos 16 kilómetros al oeste de Moussey (en Veney, una pequeña aldea al este de la villa de Neufmaisons) con la esperanza de que el enemigo patrullara menos por esta zona. Le dieron la fecha y hora de la entrega, además de los detalles de una serie de mensajes codificados que debían enviar a la aeronave usando antorchas, con el fin de confirmar que la ZD se hallaba en manos amigas.

La partida de Druce aguardó en la espesa tensión y oscuridad de la ZD de Veney durante cinco noches seguidas con las antorchas preparadas, pero la única aeronave que pasó cerca de ellos fue identificada como alemana. Lou Fiddick era capaz de reconocer un avión aliado solo por el ruido de sus motores, e igualmente uno del enemigo. El sentimiento de desilusión y frustración se volvía intolerable para Druce y sus hombres.

La desafortunada verdad (que ignoraba dolorosamente el capitán del SAS) era que esta entrega vital ya había sucedido. El necesitado reabastecimiento, más un nuevo grupo de combatientes del SAS, se había lanzado en paracaídas, pero lo habían soltado sobre una ZD posicionada a 32 kilómetros al oeste de donde Druce los esperaba.

El veterano del SAS mayor Peter Power aterrizó con sus nueve hombres en un claro ubicado en los linderos de la región de Meurthe-et-Moselle, que hace frontera con los Vosgos. El mayor Power era un renombrado agente del SAS con un escuadrón completo de 60 hombres bajo sus órdenes. Había escogido una fuerza de choque que debía ser una misión de reabastecimiento crucial para la operación *Loyton*, pero terminó lanzándose sobre una locación completamente errónea.

De acuerdo con el diario de guerra de la misión, la confusión se debió a una serie de mensajes contradictorios enviados a Londres a través de la Resistencia francesa: «El

capitán Druce pidió refuerzos, pero... su mensaje se confundió con otro recibido ese mismo día... Decidimos actuar con base en el último, pues esta era la ZD mencionada en el último mensaje, a pesar de que se hallaba considerablemente alejada del área donde se creía que estaba el capitán Druce».

Por supuesto, nada de esto serviría de mucho consuelo para Druce, Hislop, Gough, Fiddick y los demás, que esperaban una entrega que nunca se materializaría en la ZD de Veney.

El grupo del mayor Power, más una docena de contenedores llenos de armamento, comida y radios, aterrizó sobre un claro en el bosque y los recibió un sorprendido grupo de maquis. Habían rodeado la ZD con señalizaciones de fuego, en anticipación a un equipo de tres hombres de la SOE que se lanzarían desde la oscuridad del cielo. En su lugar, obtuvieron diez elementos del SAS y varias toneladas de materiales de guerra.

El grupo del mayor Power había sido soltado erróneamente sobre una ZD de los Jedburghs. Esto se confirmó poco después, cuando una segunda aeronave sobrevoló el lugar y tres personas descendieron en paracaídas. Uno de ellos, pesado, gigante y barbudo, resultó ser el mayor Oliver Brown, comandante del equipo Alistair de los Jedburghs y exinstructor en jefe de la unidad.

Después de juntar los contenedores de abastecimiento, el mayor Power se reunió con otro oficial Jedburgh, Arthur *Denny* Denning, cuyo equipo llevaba un buen tiempo junto a los maquis locales. Con la ayuda de los oficiales Jedburghs, el mayor Power se enteró de la situación inesperada en la que ahora estaba metido.

Las fuerzas de Druce se hallaban en terribles aprietos. Tenía una idea razonable de su ubicación: estaban acampados en algún lugar de los bosques aledaños a Veney. Power y sus hombres difícilmente podían acarrear las provisiones a través de las abruptas montañas que se hallaban en medio, pero al menos podían intentar alcanzar a Druce para reforzar su asediado grupo.

Quizá previendo lo difícil que resultaría ese movimiento hacia el este, el coronel Franks envió un mensaje de radio en el que ordenaba al mayor Power que sacara el mejor partido de la situación adversa. Debía quedarse quieto y trabajar con los maquis locales para difundir el caos en la retaguardia del enemigo. Ese mensaje nunca fue recibido. Después de dejar al mayor Denning para clasificar el gran bulto de armamento y provisiones y distribuirlo entre los entusiastas maquis, el mayor Power se preparó para llevar a sus fuerzas hacia los bosques del este.

El nombre completo del mayor Power, de 32 años, era Peter Lancelot John Le Poer Power. Algún día había sido plantador de té en lo que entonces era Ceylán (ahora Sri Lanka), y ya había sido laureado con una Medalla al Servicio por sus operaciones con el

SAS en Italia y una Cruz Militar (CM) durante una misión más reciente en Normandía. Lucía una cicatriz sobre una mejilla, resultado de una herida de bala recibida en el norte de África, que volvía sus rasgos más fuertes e inescrutables. Si alguien era capaz de relevar a Druce, ese era el mayor Power CM, pero en ese empuje hacia el este se dirigiría a las fauces de Waldfest.

Antes de partir, el mayor del SAS decidió dar un primer golpe. Basado en información provista por los maquis, «seleccionó como los dos mejores objetivos para bombardear un cuartel de las SS en Vincey y un vertedero de tres millones de litros de gasolina en Nomexy». Envío sus coordenadas por radio a Londres y cada una fue atacada por un bombardeo de la RAF.

«400 SS muertos mientras marchaban para irse», reportó el mayor Power sobre el primer objetivo en el diario de guerra de la misión. Y del segundo: «La gasolina quedó destruida y el resplandor de los incendios se vio durante dos noches seguidas».

La operación Loyton había cobrado su primera dosis de sangre. El segundo ataque no tardaría en llegar.

Usando los explosivos plásticos y los temporizadores que trajo la entrega mal ubicada, el mayor Denning y sus maquis comenzaron a hacer travesuras. Bajo la cubierta de la oscuridad colocaron pequeñas cargas explosivas en los tanques de gasolina de los camiones de municiones alemanes estacionados cerca de un almacén militar. Ajustadas con un retraso de 12 horas, estallaron a la mañana siguiente y las poderosas explosiones transformaron la base, ahora llena de movimiento, en una hirviente bola de fuego.

En la abrasadora conflagración (la gasolina «cocinó» las municiones en una serie de explosiones enormes) y el combate que le siguió, los alemanes sufrieron unas 80 bajas. A manera de venganza, sus fuerzas rodearon la población vecina de St. Remy-aux-Bois, de la que sospechaban que era un semillero de actividad de los maquis, y le prendieron fuego.

Mientras tanto, el mayor Power y sus nueve hombres del SAS avanzaban hacia el este. Guiado por un ardiente sentido de urgencia, el mayor se las arregló para pedir prestadas a los maquis suficientes bicicletas para permitir a su fuerza acelerar el paso considerablemente, pero al tomar el camino abierto vestidos con uniformes británicos incrementaban el factor de riesgo exponencialmente.

Un guía confiable era lo que necesitaba el mayor Power justo ahora, uno que conociera los atajos y los senderos forestales que le permitieran llevar a su partida a salvo a través de las montañas. Mientras se hallaban acampados en la espesura del bosque, a unos 32 kilómetros al oeste del escondite de Druce en Veney, el mayor

Power se reunió con una joven maquis llamada Simone, cuya reputación entre la Resistencia de los Vosgos rivalizaba con la de la legendaria Juana de Arco.

Con 17 años de edad, cabello dorado y facciones delicadas, Simone combinaba la gracia de un venado con la fortaleza de un buey. Su impactante imagen, su resistencia sobre los montes, más su coraje y sus habilidades como montañesa iban emparejadas con ese gusto innato por el peligro que se halla más comúnmente entre los animales salvajes. Simone se ofreció para guiar al mayor Power a través de los bosques de Baccarat, sobre el vigilado río Meurthe y dentro del corazón de las tierras altas de los Vosgos.

Ya con Simone de guía, las fuerzas del mayor Power avanzaron hacia el este con un sentido del propósito renovado. Pero fue entonces cuando recibieron un mensaje inesperado. Según el diario de guerra, el mensaje le ordenaba a su grupo «volar la vía férrea Lunéville-Saint Dié a cualquier costo». A cualquier costo: una misiva así no podía ignorarse, sin importar cuán urgente pudiera ser la reunión con Druce.

El pueblo de Saint Dié se sitúa a 32 kilómetros al sureste del área de operaciones de Druce y la vía férrea ofrecía al enemigo una ruta importante de reabastecimiento que corría a través de los montes Vosgos. El mayor Power decidió dividir sus fuerzas. Envío un equipo de cuatro, bajo las órdenes de uno de sus mejores soldados, el teniente J. McGregor, a sabotear las vías y bloquearlas con un tren destruido. Seguiría adelante una vez que lo cumplieran. El mayor Power continuaría adentrándose hacia el este para reunirse con Druce.

Para cuando la fuerza de McGregor terminó de colocar múltiples cargas explosivas a lo largo de la línea del ferrocarril de Lunéville-Saint Dié, varias unidades alemanas que contaban con puestos de ametralladoras se habían apostado en cada uno de los puentes que cruzaban el río Meurthe. La ruta al este ahora estaba cerrada para ellos. Así, McGregor acudió al recurso al que naturalmente se acercaba cualquier agente del SAS: causar caos en el enemigo dondequiera que su pequeña banda de guerreros los hallase.

En una ocasión derribaron un pino enorme para bloquear una carretera principal. Los miembros del SAS se entrenaban para cazar oficiales alemanes de alto rango, pues pocas cosas infunden mayor terror y confusión entre las tropas que mirar cómo le vuelan la cabeza a su oficial en jefe. «Las carabinas atinaron un tiro perfecto sobre la cabeza del oficial», reportó McGregor para reflejar la precisión de los disparos.

Pero las provisiones de McGregor andaban desesperadamente bajas. «Nos apretamos los cinturones y tomamos benzedrina», reza la clásica entrada de su diario.

Cazada por un enemigo furioso, provista de pocas municiones y explosivos, y constantemente debilitada por la falta de comida, la minúscula fuerza parecía tropezar

con alemanes a cada rato. McGregor decidió que no tenía más opción que guiar a sus hombres hacia el único lugar relativamente seguro, si llegaban hasta allá: el oeste, hacia las líneas aliadas.

Mientras tanto, bajo la guía de Simone, el mayor Power seguía avanzando hacia el este en un esfuerzo para alcanzar a las mermadas fuerzas de la operación Loyton. En efecto, las cosas se veían negras para Druce y sus hombres en la ZD de Veney.

El reabastecimiento no había sucedido todavía y el enemigo hostigaba constantemente a la fuerza de Druce. Lejos de perseguir a una chusma de soldados retirándose en desorden por la frontera alemana, el SAS descubrió que él era la presa en los Vosgos.

«De verdad estábamos metidos en tratar de salvar nuestros pellejos», comentó Druce. «Los alemanes mandaron una división desde Estrasburgo para dar con nosotros y estábamos muy oprimidos... Yo tenía solo 23 años y a esa edad no piensas mucho lo que estás haciendo. Pero la presión afecta a los hombres de maneras distintas».

El hecho de que las filas de los maquis estuvieran inundadas de rumores locos, muchos terriblemente oscuros, no ayudaba a la causa. «Había reportes fantásticos de muertos, heridos y prisioneros», anotó Druce en el diario de guerra. «También había rumores horribles acerca de que el sargento Seymour (a) se había disparado a sí mismo, (b) había sido fusilado y (c) había muerto por heridas de bayoneta. Estas historias nos ponían en guardia a todos».

Y la presión siguió aumentando. En una reunión del 24 de agosto, el *standartenführer* Isselhorst y sus lugartenientes decidieron «industrializar» Waldfest: las deportaciones del 18 serían extendidas a todos los pueblos de los altos Vosgos, hasta que la Resistencia fuese absolutamente aplastada. Esa política fue establecida por una directiva que Himmler extendió a su Estado Mayor, en la que les ordenaba defender la ladera occidental de los Vosgos hasta el último hombre.

En la noche del 26 al 27 de agosto, Druce estuvo seguro de haber oído una aeronave volando a baja altitud sobre la ZD de Veney. Consultó a Lou Fiddick, quien le aseguró que se trataba de un Stirling, un bombardero de carga pesada que se utilizaba con frecuencia para remolcar planeadores y labores de reabastecimiento. Los hombres corrieron hacia el claro con sus antorchas e hicieron señales, pero ningún paracaídas bajó de los transparentes cielos estrellados.

Luego de noche tras noche sin aparición, la moral alcanzaba su punto más bajo. Incluso afectaba a Druce, un comandante que poseía un dominio de sí mismo y una

serenidad imperturbables. Druce estaba desesperado por devolver el golpe y atacar al enemigo, para convertir al cazador en la presa.

«Sintiéndome muy deprimido y desamparado», anotó Druce en su entrada del 29 de agosto en el diario de guerra, «y con una fuerte tentación de salir y tirarle a cualquier cosa que podamos encontrar».

Druce no estaba solo en sus sentimientos de impotencia. El capitán Jedburgh Gough tenía la tarea de armar y equipar a los maquis para la guerra, pero con los cielos sobre los Vosgos tercamente vacíos de aviones aliados había fallado en su misión. Comprensiblemente, la presión y la decepción lo asediaban, como se refleja en los mensajes cada vez más desesperados que enviaba al cuartel general de la SOE.

«Armas, munición, granadas necesitadas urgentemente para 600 hombres. Podemos llevar máximo 70 contenedores. Manden Jed Set, dos mochilas. El área se calienta a diario».

«No tenemos equipo W/T... No pudimos recibir armas (nos atacaron en la ZD). Muchas bajas. Equipo Loyton tendrá reabastecimiento aquí en unos días. Por favor, contáctenlos y envíenme mochila y otros 100 000 francos. Comida difícil».

«No lanzamiento... esta noche. ZD en manos de Boche».

Las fuerzas de la operación Loyton ya llevaban más de dos semanas en el terreno, y Druce y los suyos comenzaban a morir de hambre. Bajo el puño de hierro de Waldfest, estaba prohibida la libre circulación, lo que significaba que había pocas oportunidades para que los aldeanos les llevaran comida hasta el bosque.

Aun más, los aldeanos tenían poco de sobra y ellos mismos sufrían hambre. «Podías bajar y pedirle un par de papas a una buena mujer vieja», comentó Druce, «pero eso no sirve de mucho cuando intentas alimentar a entre 80 y 100 hombres».

Finalmente, Druce y sus compañeros se las arreglaron para acorralar una vaca muy vieja y flaca. Le dispararon a la desdichada bestia e intentaron destriparla y destazarla, pero ninguno de ellos era buen carnicero. Era la carne más dura que habían masticado jamás, pero al menos era comida.

Sin medios confiables para hacer contacto por radio, Druce no podía estar seguro ni siquiera de cuáles reportes llegaban hasta el Cuartel General de las Fuerzas Especiales. ¿Qué tanto sabía el coronel Franks? ¿Estaba enterado de cuán absolutamente diferentes habían resultado ser las expectativas de la misión a la realidad en el terreno? ¿Se daba cuenta de en qué se meterían sus hombres si más SAS se lanzaran sobre los Vosgos? Druce seguía convencido de que podían cumplir su misión. Pero quería que su comandante en jefe tuviera la imagen completa de la situación antes de comprometer más hombres y material en un escenario de operaciones tan difícil como aquel.

«Lo que estaba sucediendo y lo que él esperaba que sucediera eran dos cosas muy distintas», comentó Druce. En cierto sentido, sintió que había fallado en la tarea que su coronel le había fijado. «Él esperaba llegar a un cuartel general organizado, en algún lugar entre los montes, alejado de los alemanes, el cual podría utilizar, ser abastecido y reabastecido, y desde donde pudiera operar».

La realidad era muy diferente: «Teníamos que movernos todo el tiempo... Si tenías una entrega de armas por paracaídas en el valle, llevarla hasta arriba era en sí una operación importante. Moverlas de nuevo sería totalmente imposible».

En un esfuerzo por mandar un mensaje claro, Druce envió a uno de sus oficiales franceses del SAS, el capitán Lesseps, a pie hacia el este para cruzar a las líneas aliadas. Debía darle al coronel Franks un informe completo sobre el asunto en el que se estaba comprometiendo en los Vosgos, pues Druce sintió que el comandante en jefe del 2º SAS debía ser advertido.

Pero los eventos iban a superar esos esfuerzos de la manera más inesperada.



capítulo

La tarde del 30 de agosto de 1944 Druce y sus hombres vieron a una persona sospechosa. Lo que llamó su atención fue su comportamiento decididamente extraño. Llevaba una canasta y a cada rato se agachaba para inspeccionar la hierba, como si recolectara hongos. Nada inusual había en ello: los bosques de los Vosgos eran ricos en hongos comestibles, si uno sabía identificarlos. Lo que lo hacía tan extraño era lo que le venía pisando los talones: *una patrulla alemana*.

A Druce le pareció que el «recolector de hongos» guiaba al enemigo hacia su campamento. Sobrevino un breve intercambio de fuego, pero, con los SAS cubiertos en el bosque y la llegada de la oscuridad, el enemigo mostró poca inclinación a aventurarse dentro de la maleza incierta. Druce aprovechó la oportunidad para enviar algunos hombres por los flancos para aprisionar al «recolector de hongos» e interrogarlo.

Alegó ser francés y llamarse Fouch, aunque a Druce el nombre le sonó más alemán. Fouch juró que era vecino del pueblo y «honguero» de buena fe, pero antes de que el capitán del SAS pudiera interrogarlo a profundidad, se hicieron presentes unos maquis con noticias urgentes. Llegaron casi sin aliento con un mensaje importante del coronel Grandval (Máximo): con seguridad, esa misma noche tendría lugar una entrega aérea.

Con una patrulla alemana en las cercanías, Druce pensó que habrían de poner mucho cuidado en defender la ZD de Veney. Tendría que levantarse un muro de acero a su alrededor. La ubicación de su campamento estaba claramente comprometida, así que les ordenó a sus hombres que lo abandonaran, que empacaran sus cosas y se marcharan directo a la ZD. Los maquis, quienes tenían un campamento gemelo, los seguirían tan pronto como pudiesen levantar su campamento y ponerse en marcha.

El sospechoso, Fouch, fue puesto bajo guardia y marchó con ellos hacia la ZD. Recientemente, las fuerzas de Druce habían sido reforzadas por un puñado de prisioneros de guerra rusos fugados. Les encomendaron que vigilaran de cerca a Fouch. Druce y Fiddick se adelantaron para reconocer la ZD, un área abierta con césped situada entre dos oscuras franjas de bosque. Gatearon alrededor del pasto en la oscuridad, pero no detectaron evidencias obvias de la presencia del enemigo.

«Me moría de ansias por alejarme del campo lo más rápido posible», comentó Druce. «Estaba peligrosamente cerca de los alemanes, pero era todo lo que teníamos».

A las tres en punto de la mañana del 1 de septiembre se escuchó el zumbido ahogado

de una aeronave aproximándose. Para el oído bien afinado de Fiddick en definitiva era británica. La figura sombría apareció allá arriba como un gran murciélago negro saliendo de la noche. Se apresuraron a hacerle la señal de reconocimiento convenida y desde el compartimento del avión salió otra señal en respuesta. Los soldados mermados se imaginaron, con la emoción creciente, que la entrega aérea que tanto habían esperado al fin estaba en marcha.

La solitaria aeronave dio una vuelta pronunciada y volvió para su aproximación. Druce, Hislop, Gough, Fiddick, Dill y los demás esperaban ansiosos mientras la tensión se elevaba hasta niveles insoportables. Solo se necesitaba que los alemanes atacaran la ZD para que el avión abortara la entrega o capturaran las provisiones. Ningún hombre de las fuerzas de Druce estaba dispuesto a entregar estas preciosas provisiones: pelearían a muerte por ellas.

Cuando el avión sobrevolaba la ZD se escuchó un *crack* en el cielo y el primer paracaídas floreció plateado a la luz de la luna. Varias siluetas oscuras flotaban hacia tierra, pero para sorpresa de los soldados que aguardaban el lanzamiento inicial no consistía en ningún contenedor de reabastecimiento. En su lugar, una de las primeras figuras sombrías resultó tratarse del coronel Franks, a la cabeza de un grupo de refuerzos del SAS.

Franks saltó junto a 23 hombres más. Era un movimiento muy arriesgado por parte del comandante del 2º SAS. Dejó al mayor Sandy Scratchely, un veterano del SAS, a cargo del cuartel general y optó por lanzarse en paracaídas dentro de una región volátil muy atrás de las líneas enemigas, sin transporte y rodeado por el enemigo. Lo había hecho casi a ciegas, pues solo algunos de los mensajes de advertencia de Druce habían llegado a su destino.

El coronel Franks aterrizó en un montículo casi a los pies de Lou Fiddick. Se incorporó, recogió su paracaídas y miró con sospecha al aviador canadiense convertido en soldado del SAS. La suya no era una figura que el coronel Franks pudiera reconocer, a pesar de que parecía portar la insignia del SAS.

—Hola, ¿quién demonios eres? —interrogó Franks a Fiddick.

Fiddick dio una explicación apresurada de cómo había terminado junto a las fuerzas de Druce, y luego Franks lo invitó formalmente a unirse al 2º SAS.

—No te preocupes, aprenderás sobre la marcha —le dijo Franks—. Ahora, ¿dónde están los cargadores?

En cierto sentido era una pregunta sensata: toneladas de provisiones seguían saliendo de la aeronave, mientras hacía otra pasada sobre la ZD. Varias personas se apresuraban a buscar los contenedores como iban cayendo. Druce ordenó a sus

hombres que redoblaran la vigilancia, mientras él se llevaba al coronel Franks hacia la protección de los árboles para darle un informe rápido.

A Druce lo invadió una cierta inquietud. «Sentía que lo habíamos decepcionado», recordó Druce. «Nos enviaron a realizar un trabajo, el cual era introducir una gran cantidad de personas para operar y, tristemente, habíamos fallado. No habíamos alcanzado ninguno de los objetivos... Si era o no culpa nuestra, no tenía importancia».

Druce era demasiado duro consigo mismo y no debió preocuparse por la reacción de su comandante en jefe. Franks era alto, enjuto, atlético, el comandante arquetípicamente imperturbable, y demostraría ser sensato y decisivo; al instante comprendió la situación. Era la medida del hombre.

«Rápidamente se dio cuenta de que nos habían dado información incorrecta desde un principio», observó Druce. «Era imaginativo, entendía con rapidez y estaba listo para hacer cualquier cosa. Él entendía la situación y siempre estaba calmado, siempre listo para escuchar».

La llegada del coronel Franks mejoró mucho la moral y preparó a los soldados para las acciones venideras. Pero por ahora, las cosas estaban a punto de torcerse en serio en la ZD de Veney.

Mientras los contenedores de reabastecimiento retumbaban y golpeaban contra el terreno cubierto de césped, uno explotó de pronto. Llevaba una carga de EP, fusibles y detonadores, así que se cocinó y ardió en una masiva demostración de fuegos artificiales. En el lado opuesto de la ZD, uno de los cestos chocó contra unos árboles y también estalló en llamas.

Si los alemanes no habían notado la entrega antes, casi seguramente ahora sí. Aún peor, entre la confusión causada por las explosiones, Fouch (el «honguero» y sospechoso de ser espía alemán) tomó un arma Sten y se echó a correr. Los guardias rusos gritaron una advertencia en alemán, la única lengua que hablaban además del ruso.

Ante los gritos de «¡*Achtung!* ¡*Achtung!*», los maquis temieron que el enemigo hubiese descubierto la ZD y abrieron fuego. En el alboroto salió herido uno de sus hombres. Fouch intentaba lograr su escape desbocándose hacia el terreno abierto y Druce estaba seguro de que no podían permitir que llegase a las líneas alemanas.

«No podíamos dejarlo escapar», dijo Druce. «Para esos momentos no solo era un presunto traidor, también sabía exactamente lo que había sucedido con este aterrizaje. Claramente debía ser eliminado... No siento escrúpulos por haberle disparado».

Druce lo persiguió y lo mató a tiros. Hecho eso, logró calmar las cosas y restablecer el orden en la ZD. Entonces una serie de terribles gritos rasgaron la oscuridad. Resultó

que uno de los maquis (quienes, igual que los hombres de Druce, estaban hambrientos) confundió un bulto de explosivos plásticos envueltos en papel con algún tipo de queso. Le dio una mordida venenosa y la tragó antes de darse cuenta de su error.

El EP de la guerra contenía arsénico. El maquis estaba en terribles condiciones. Consumió una dosis letal y en su agonía se doblaba y se retorció.

«Fue letal para él», recordó Druce, «y gritaba como nada en el mundo. Fue realmente incómodo...».

Ese maquis fue el segundo hombre que Druce tuvo que matar esa noche. Al primero lo tiroteó por su supuesta traición; al segundo, por piedad.

El amanecer se acercaba con rapidez y era de máxima urgencia que desalojaran la ZD y hallaran otro lugar seguro donde establecer su nueva base. Se deshicieron de los últimos paracaídas y Druce comenzó a reunir a sus ampliadas fuerzas para marcharse. Con el nuevo contingente del SAS, ahora había alrededor de 35 combatientes de las Fuerzas Especiales en el terreno. Era una fuerza considerable.

La comida, las municiones, los explosivos, la ropa caliente y las bolsas de dormir transformarían las vidas de los que habían estado en el terreno durante casi tres semanas. Pero, aún más importante, el coronel Franks había traído consigo varios Jed Sets nuevos, lo que significaba que podrían restablecer una comunicación confiable y directa con Londres.

Los Phantoms del capitán Hislop fueron reforzados por una unidad de tres hombres, comandada por el teniente Peter Johnsen, quien ya había visto acción en la Francia ocupada. En los días siguientes al Día D, Johnsen se había lanzado en paracaídas sobre Normandía para llamar a las aeronaves de ataque terrestre Typhoon, además de golpear camiones y trenes alemanes. Terminó rescatando a 100 prisioneros de guerra aliados, por lo cual mereció una Mención en los Despachos.

A la luz de la pasada pérdida de todos sus radios, Hislop decidió que desarmarían sus Jed Sets y los cargarían consigo, guardados al fondo de sus bolsillos y asegurados en sus arreos. De ese modo, si se veían en la necesidad de huir y dejar atrás sus bultos pesados, no se arriesgarían a abandonar sus preciados radios.

Al amanecer, las fuerzas de Druce se pusieron en movimiento. Cruzaron apresurados el espacio abierto del camino que llevaba a Veney, avanzando hacia el este, hacia la densa y continua floresta del Forêt de Reclos. El terreno a sus espaldas resonó con el estruendo de explosiones poderosas. El enemigo había traído vehículos blindados para bombardear el campamento que el SAS recién había desocupado en las lindes de la ZD de Veney. Las fuerzas habían salido justo a tiempo.

Escalaron y llegaron a las tierras altas sobre el pueblo de Celles-sur-Plaine. Druce

pensó que allí podría establecer una nueva base, donde gozaría de cierta seguridad. Pero los contenedores de provisiones frescas resultaron demasiado pesados para arrastrarlos por las precipitadas pendientes y tuvieron que dejar todo el equipaje no esencial bajo la hierba. Druce les dio prioridad a las necesidades básicas: comida, munición, ropa caliente y radios.

«Teníamos que encontrar un lugar a donde ir e intentar acampar», señaló Druce, «y siempre había alemanes en los caminos principales, por lo que debíamos ser cautelosos. Cuando llegamos a la cima del cerro, eran como ocho kilómetros hasta abajo. Se sentían como 80 por el tiempo que llevaba escalar hasta la cima de ese monte, donde nos considerábamos a salvo de los alemanes».

Su nueva base alpina fue elegida con la ayuda de Roger Souchal, el aspirante a abogado de 17 años que se volvió guía del SAS. Souchal se le había pegado al coronel Franks, aparentemente de forma irrevocable. Franks parecía tener ese efecto sobre la gente: inspiraba lealtad, valentía y devoción desinteresada, principalmente mediante el ejemplo.

El coronel Franks llevaba en el SAS cosa de unos meses, pero había peleado junto a ellos en Italia, cuando prestaba servicio en los comandos, y ganó la Cruz Militar (CM). No era rígido ni se limitaba por las convenciones; también prestó servicio con los Phantoms y era amigo cercano del Phantom y actor David Niven.

Niven y Franks crecieron juntos en la isla de Wight y formaron un club náutico en su adolescencia. Obtuvieron buenas ganancias durante el primer año, las invirtieron en alcohol y luego los encontraron boca abajo sobre un campo de ortigas. Crucialmente, Franks gozaba de una combinación de valentía y arrojo que le sentaba perfecta al Regimiento. Y en su comando del 2º SAS, Franks encapsulaba el lema del Regimiento, acuñado por su fundador, David Stirling, tres años antes: «Quien se atreve gana».

En teoría, Franks pudo haber cancelado la operación Loyton en vista de las condiciones adversas que encontraron en tierra. La Orden de Operación núm. 38 (la orden que definió Loyton) establecía lo siguiente acerca de la fuerza de avanzada de Druce: «Si esta partida fuese exitosa, hubiese objetivos disponibles y el reabastecimiento aéreo resultase fácil, casi con toda seguridad se concedería el permiso para incrementar la partida hasta un escuadrón».

En palabras del propio Druce la partida de avanzada estaba lejos de ser exitosa y, aunque había muchos objetivos en el terreno, el reabastecimiento aéreo había resultado sumamente problemático. Franks tenía cualquier excusa para cancelar la operación Loyton, pero dar un paso atrás no estaba en su naturaleza. Por el contrario,

al tomar el mando por sí mismo, Franks enviaba el mensaje de la enorme apuesta personal que hacía en esta misión.

Armaron un campamento improvisado en las tierras altas sobre Celles-sur-Plaine. El coronel del SAS llamó a una conferencia con los líderes de la Resistencia, donde se acordó que varios maquis se unirían al SAS para actuar como cargadores, cocineros y ayudantes. También convinieron que los maquis actuarían por su cuenta, separados del SAS, pero trabajarían de cerca cuando fuese necesario.

El oficial Jedburgh capitán Victor Gough sería el enlace entre los dos grupos. El coronel Franks también había traído consigo al capitán Chris Sykes, uno de los agentes de inteligencia más experimentados del SAS. Sykes sería el lazo entre Franks y los maquis, trabajando de cerca con el guardabosque-ahora-oficial-de-inteligencia Albert Freine.

El diario de guerra de la operación Loyton deja claro cuán buena era la red de inteligencia del SAS en la región. «Existe un grupo de 20 nativos de esta área que son confiables, inteligentes, y que trabajan recolectando inteligencia bajo la dirección del SAS. Con esta red y otros medios, se cree que es posible obtener cualquier información sobre el enemigo en esta área».

El capitán Sykes era particularmente adecuado para esta misión. Reclutado por la SOE en junio de 1940, Sykes fue asignado a Teherán, bajo la fachada de diplomático. Había trabajado antes de la guerra en la embajada británica en Berlín, así que estaba bien preparado para su papel. En 1942 lo enviaron a El Cairo, donde se vio sin trabajo, por lo que se ofreció como voluntario del SAS.

Estudió en Francia antes de la guerra, pasó un año escribiendo en París (también era novelista en su vida de civil) y hablaba bien el francés. Durante los meses previos al despliegue en los Vosgos trabajó con un grupo de oficiales franceses, ayudando a planear y darle forma a uno de los escuadrones franceses del SAS. También fue laureado con la Mención en los Despachos justo después de los desembarcos de Normandía.

Sykes se consideraba a sí mismo un verdadero amigo de Francia. Como él bien sabía, los franceses anhelaban que se diera un levantamiento de la Resistencia tan amplio que les permitiera jugar un papel principal en la liberación de su país, un acto de rebeldía gala que permitiría a los franceses redescubrir su orgullo y su autoestima.

Sykes esperaba hacerlo realidad aquí en los Vosgos, pero sus primeras impresiones de los maquis no eran muy positivas. «Nos recibieron unos anfitriones jóvenes, sin entrenamiento, desarmados, expectantes y exhaustos físicamente», observó Sykes. Su única idea de estrategia militar era acoplarse en grupos grandes y «disparar las pocas armas que poseían ante el primer ruido de un conejo».

A pesar de esto, Sykes sintió que los maquis eran sorprendentemente efectivos en mantener los bosques libres de tropas alemanas. De hecho, lo lograban principalmente *porque* estaban muy mal entrenados.

«Dado que no tenían ningún concepto de “tácticas de campo” le tiraban a cada conejo o liebre que se aparecía por ahí». Como resultado, el traqueteo de las armas automáticas se escuchaba a diario a lo largo de un gran territorio. «Esto convencía a los alemanes de que los maquis eran una fuerza inmensa y fuertemente armada, y en consecuencia se abstendían de entrar en el bosque».

Sykes se allegó dos bandas de maquis que consideraba las más promisorias. La primera era liderada por un exsoldado profesional de nombre Joubert. Un joven sencillo, modesto y sin pretensiones, Joubert se había hecho de una banda de combatientes que pensaban igual que él. A pesar de su edad, su disciplina era impecable y ponían mucho cuidado al elegir la hora y el lugar de sus ataques. Cuando caía la moral, Joubert optaba por lanzar una emboscada para levantar el espíritu de sus jóvenes gatilleros.

El segundo líder maquis no podría haber sido más diferente. Etienne le doblaba la edad a Joubert y tenía aspecto de villano. Hablaba francés con un horrible acento gutural alemán, caminaba con paso de mono y usaba una gorra de visera bien abajo sobre los ojos. Su banda de maquis estaba hecha a su imagen. Nadie se veía menor de 50 y lucían más como un conjunto de vagos y magos arrugados que los maquis notablemente efectivos que eran.

Los hombres de Etienne eran muy aficionados al trago. Sus acciones a menudo eran inspiradas por la bebida y espontáneas, aunque no menos efectivas debido a eso. Recorrían los montes sin cesar, conocían los bosques como las palmas de sus manos y ningún alemán estaba a salvo de su brazo asesino. En buena medida se debía a las operaciones de Joubert y Etienne que el enemigo creyera que vivía en medio de un levantamiento masivo.

Ya que habían llegado Franks y los refuerzos por paracaídas, era hora de que las fuerzas de la operación Loyton fueran a la ofensiva. Las primeras acciones consistían en misiones tentativas de reconocimiento, pues el coronel del SAS buscaba una probada del enemigo. Los alemanes habían confiscado todos los transportes motorizados a través de los Vosgos, por lo que cualquier cosa que se moviera por las carreteras era tomada por enemigo. Franks envió pequeñas partidas de cuatro a colocar explosivos en las vías clave que cortan por las montañas. El SAS utilizaba artefactos llamados eufemísticamente «ponchallantas»* por sus inventores: la gente de los artilugios en la SOE. Los agentes de la SOE habían recogido muestras de piedras de varios tipos en áreas

donde se planeaba actividad maquis y del SAS. A partir de esas muestras, los científicos de la SOE manufacturaron cargas de explosivos plásticos que imitaban la textura, el color y la forma de las rocas más comunes de cada región. Puestas sobre un camino, no aparentaban ser más que unas cuantas rocas diseminadas, hasta que una llanta o un tanque pasaba sobre ellas y detonaba la poderosa carga.

Renuente a detenerse allí, la SOE incluso produjo ponchallantas que semejaban excremento de perro y de caballo, bajo el entendido de que ningún alemán que se respetara hubiera querido detener su vehículo para quitar un montón de mierda del camino. Pero tal vez el artefacto más famoso era la «rata explosiva», sobre la cual el manual de instrucciones de la SOE es explícito: «Se desuella una rata, la piel se cose y se llena de explosivos plásticos, de tal manera que tome la forma de la rata muerta. Se coloca un primer estándar núm. 8 en el EP...». La rata explosiva fue diseñada para ponerse en las provisiones de carbón de una locomotora de vapor. El fogonero echaría la «rata muerta» dentro del horno con su pala junto al carbón. La rata detonaría y el estallido penetraría en la caldera de alta presión, lo que a su vez crearía una devastadora explosión.

Equipados con sus ponchallantas, las partidas de cuatro hombres salieron a hallar e identificar los vehículos blindados del enemigo, sus depósitos de combustible y los enlaces ferroviarios. Franks conminó a sus comandantes para que lanzaran cualquier ataque oportunista contra «los piojos grises», como apodaba al enemigo, pues eso parecían desde su punto de vista en la cima de la montaña mientras se movían por el fondo del valle.

Los mensajes de radio enviados a Londres durante esa primera semana de septiembre reflejaban cómo se estaban preparando los vigorizados operadores de las Fuerzas Especiales para la acción y cuán amplio era el rango de sus patrullas.

Observamos línea ferroviaria St. Dié-Saales completamente bloqueada con trenes estacionarios. Blanco ideal para la RAF.

Siete trenes de tropas en Jarville, hoja 14G 8709, 11.00 h, 3 sept.

Fuente agente de Alsacia, 2 de septiembre. Contraataque alemán usando GAS planeado para el 10 de septiembre. Las tropas en Colmar hacen ejercicios con MÁSCARAS. 3 500 tropas Mutzig. Mayor información... 700 Gestapo arribaron túnel Ste. Marie-aux-Mines. Juventudes Hitlerianas metiéndose en el área. 50 carros-tanque de gasolina camino Châtenois-Sélestat.

El último mensaje alertaba a Londres de un supuesto ataque con gas venenoso. Durante la guerra, los nazis desarrollaron los temibles agentes nerviosos sarín, tabún y somán. Incluso en otoño de 1944, los Aliados aún no tenían defensas efectivas contra esos agentes, en gran medida porque ni siquiera sabían de su existencia. Estas mortíferas armas químicas eran tan avanzadas que todavía las mantienen de reserva las mayores potencias del mundo, a pesar de que están prohibidas por los tratados internacionales.

En tanto que el avance de los Aliados amenazaba la propia patria alemana, también crecía el temor de que Hitler recurriera a esas armas en una última ofensiva. El mensaje de radio que alertaba sobre el ataque con gas también advertía que la Hitler Jugend (las Juventudes Hitlerianas) estaban cavando defensas en el área, como parte de la iniciativa de Himmler para reforzar la pared occidental de los Vosgos.

John Hislop era uno de los encargados por Franks para ir y asegurarse de franquear las defensas de Himmler.

«Si tú y Peter quieren un poco de variedad, pueden salir esta tarde y minar un camino», sugirió Franks. Por «Peter» se refería al teniente Peter Johnsen, el compañero Phantom de Hislop que recientemente había rescatado a un centenar de prisioneros de guerra aliados.

Por «un poco de variedad», Franks se refería a un descanso del trabajo de comunicaciones. En realidad, Hislop estaba aburrido de estar pegado a su Jed Set y enviar itinerarios de rutina por las mañanas y las tardes. Hislop (acusado hace no mucho de poseer *una lamentable falta de aptitudes militares*) dio un brinco ante la oportunidad de un poco de acción. Franks le mostró a él y al teniente Johnsen el punto exacto donde quería que pusieran las cargas.

Una lección rápida por parte de un zapador del SAS refrescó su conocimiento sobre colocación de explosivos, fusibles y cables. Con las mochilas empacadas salieron hacia la noche clara. Cuando tomaron el camino áspero y tortuoso que llevaba en dirección a Moussey, Hislop se dio cuenta de que estaba muy relajado. Para ahora él ya era un veterano de los Vosgos, comparativamente, y había desarrollado una mente siempre alerta, una vigilancia siempre presente para los que peleaban en ese territorio.

Pasaron por un lugar donde algunos leñadores habían estado trabajando. El aroma del pino recién cortado era agradable a sus narices: picante, limpio, cítrico. Le recordó a Hislop cuando andaba a caballo en los bosques, allá en casa, antes de que Europa fuera consumida por la guerra. Parecía que había pasado un tiempo inimaginable desde entonces y que se trataba de un mundo aparte de donde se hallaban ahora.

Se fueron encaminando hacia abajo de los montes y su ruta los llevó a las cercanías

de la morada de *madame* Rossi. Rodearon cuidadosamente su propiedad y tocaron la puerta trasera con suavidad. *Madame* Rossi abrió cautelosa, pero una vez que cayó en cuenta de quién era abrió bien la puerta.

«Al principio pensamos que eran los alemanes», declaró ella y, sin que se lo pidieran, fue a la estufa a calentar comida. «Estuvieron aquí más temprano, haciendo muchas preguntas y mirando... ¡Pero no volverán ahora que está oscuro!».

La cocina estaba iluminada tenuemente y las ventanas bien cubiertas, para que ningún rayo de luz se escapara: nadie podría espiar a la *madame* y a su hija desde el exterior, ni a cualquier compañía que pudieran albergar. En varias ocasiones las dos formidables francesas habían tenido que apurar a sus huéspedes británicos para que huyeran por la puerta trasera mientras los visitantes alemanes tocaban la puerta del frente.

Con sus Bergens de explosivos preparadas junto a la mesa de la cocina, Hislop y Johnsen esperaban la inevitable cena. Mientras comían su plato de papas (comida sencilla pero deliciosa para los que sobrevivían con base en escuálidas raciones calentadas en una fogata en las montañas), les dieron a Hislop y Johnsen los informes confidenciales sobre la disposición de las tropas alemanas, los puntos de revisión y los lugares de mayor peligro, además de cualquier objetivo obvio.

Una vez que comieron su ración, ambos hombres reunieron sus medios de librar la guerra y salieron callados, con los susurros de *madame* Rossi sonando en sus oídos: «¡*Bon courage!*».

La noche era quieta y silenciosa. Hislop y Johnsen anduvieron como fantasmas por las calles desiertas de Moussey. Se detuvieron a tres kilómetros a las afueras del pueblo. Podían escuchar a su izquierda el tintineo del metal sobre el metal. Había un brillo de lámparas que penetraba a través de un entramado de árboles como esqueletos.

Los dos hombres se acercaron pecho a tierra pegados a los densos tramos de maleza y a la oscuridad más profunda. Cuando se hallaron lo suficientemente cerca para escuchar voces, se pusieron a oír. Pronto reconocieron el idioma alemán. Una unidad de mantenimiento llevaba a cabo reparaciones de tanques. Anotaron debidamente la ubicación y Hislop y Johnsen volvieron al camino.

Siguieron adelante. En cierto punto, solo los sonidos de la naturaleza rompían la noche. Eran las primeras horas de la mañana cuando alcanzaron la ubicación de su objetivo: un entronque de caminos.

Se apresuraron a colocar las cargas explosivas antes de volver a fundirse en la oscuridad.

NOTAS

* *Tyre-bursters. [N. de T.]*



capítulo

A 40 kilómetros al oeste de la base alpina del coronel Franks, el mayor Arthur *Denny* Denning, del equipo Archibald de los Jedburghs, libraba una forma muy exitosa de guerra de guerrillas. Armó a sus maquis con los rifles que aterrizaron con el grupo del SAS del mayor Peter Power. El mayor Jedburgh y los maquis del lugar pelearon una serie de batallas rápidas en las faldas occidentales de los montes Vosgos.

Las fuerzas de Patton estaban presentes en algún lugar del oeste, empantanadas en combates crueles. En cierto punto, Denning y los maquis tomaron el pueblo de Charmes, donde mataron a unos 40 alemanes. Tomaron posesión del puente sobre el río Moselle con la intención de mantenerlo hasta que las fuerzas blindadas de Patton lograran llegar hasta allí y cruzaran ese importante cauce.

Sin embargo, a último minuto, 400 infantes alemanes apoyados por tanques los echaron para atrás. Tuvieron que abandonar a los heridos más graves.

«Uno o dos heridos se quedaron atrás y luego los encontramos con las cabezas aplastadas, probablemente a culatazos», anotó el mayor Denning en el diario de guerra del equipo Archibald. Dejaron a los muertos como escarmiento, para «mostrar lo que sucedía con los terroristas», que es como los alemanes habían etiquetado a los maquis.

Si algún Jedburgh caía en manos enemigas, sin duda también lo clasificarían como «terrorista» y correría la misma suerte. Durante los fieros combates, el mayor Denning fue herido en el muslo, pero, a pesar de ello, siguió adelante, lo que le ganó una reputación temible entre los maquis.

Por supuesto, tuvo la fortuna de operar en un área donde la simpatía de los lugareños tendía principalmente hacia los Aliados. Aun así, en días recientes el mayor Denning y sus maquis habían sido forzados a dar un paso atrás. «Las condiciones se volvieron tan difíciles que cualquier actividad de la Resistencia que no fuesen servicios de información era instantánea y despiadadamente sofocada», escribió Denning en el diario de guerra.

A medida que los alemanes se desesperaban más y más, sus respuestas a las actividades de la Resistencia también se hicieron más brutales. Denning temía en particular que cualquier intento de ir más hacia el este (entrando en territorio de la operación Loyton) resultara desastroso. «Las represalias, las ejecuciones, los incendios y las deportaciones se volvieron demasiado comunes para intentar llevar armas a nadie que se hallase más al este».

Pero en algún lugar en esa dirección, emparedado entre los maquis del mayor Denning y las fuerzas de la operación Loyton, se encontraban el mayor Power del SAS y su unidad, aunque no se había escuchado palabra alguna sobre ellos en las pasadas dos semanas. En las profundidades de los Vosgos el mayor Power y su pequeña banda de hombres del SAS parecían haberse esfumado de la faz de la Tierra.

Las fuerzas de la operación Loyton del coronel Franks en breve provocarían una reacción igual de violenta que la que enfrentaron el mayor Denning y sus combatientes de la Resistencia. Sus actividades minando caminos, sus ataques relámpago a pequeña escala, más los ataques de la RAF que sus hombres habían convocado agitaron poderosamente las aguas de Waldfest. Las unidades de las SS y la Gestapo del *standartenführer* Isselhorst estaban decididas a asegurarse de que cualquier actividad de la Resistencia fuese «instantánea y despiadadamente sofocada».

El 4 de septiembre el coronel Franks y el capitán Druce estaban ocupados preparando una importante entrega de armas para los maquis. Con la ayuda del coronel Grandval calcularon lo necesario para equipar a una fuerza inicial de más de un millar de elementos. Una vez que esa cantidad de maquis estuviesen armados y entrenados para usar sus armas, Franks estaría listo para cambiar a misiones de guerrilla y sabotaje de mayor escala y osadía.

Pero antes de que esa entrega aérea tuviera lugar, los maquis de Alsacia hicieron una movida fatal. Mientras los jóvenes combatientes de Joubert eran demasiado suspicaces como para lanzarse en una empresa tan arrebatada y los borrachos de Etienne eran demasiado sabios y astutos, aún había otros partisanos de gatillo fácil. La tarde del 4 de septiembre varios cientos de elementos de los maquis de Alsacia lanzaron una emboscada que tendría consecuencias devastadoras. Atacaron un solitario camión alemán en el camino que lleva hacia Veney, barriéndolo con fuego y dejando un saldo de ocho soldados muertos.

La emboscada se ejecutó bien, sin contar el hecho de que los maquis ignoraron la «regla de oro» de los ataques de ese tipo: siempre estar seguro de tu ruta de escape y siempre borrar tus rastros. Después de destruir el camión alemán, los maquis volvieron a su base de operaciones: una granja abandonada en Viambois, a las afueras de Forêt de Reclos. Los alemanes los rastrearon hasta allí y su respuesta fue pronta y decisiva.

Tendieron un cordón de acero alrededor de la posición de la Resistencia, encerrando a cientos de ellos, y así comenzó una amarga lucha a muerte. En la batalla por Viambois, tomaron a los maquis absolutamente por sorpresa. Las fuerzas alemanas pusieron ametralladoras en los linderos del bosque y, cuando dispararon sobre la granja

decrépita, destruyeron a los maquis con sus intensas ráfagas de fuego. Aquellos que tenían armas intentaron responder, pero su armamento era deficiente.

Los maquis de Alsacia fueron superados en poder de fuego sin esperanza. Fue solo por un golpe de suerte que no los aniquilaron por completo. Casualmente, la batalla atrajo el vuelo de un avión aliado que pasaba por allí. Al ver a los «piojos grises» en acción descendió para atacar; montones de heridos se quedaron atrás y fueron ejecutados dondequiera que habían caído.

El capitán Gough, comandante del equipo Jacob de los Jedburghs, fue uno de los que logró escapar. Pero su colega Jedburgh, el teniente francés Guy Boisarrie, cayó muerto. Sufrió un solo disparo en la cabeza, lo que sugiere que él también pudo haber sido capturado y ejecutado sumariamente.

El subsecuente mensaje de radio de Gough reflejaba las desesperadas dificultades en las que se halló a sí mismo: era el único miembro del equipo Jacob en libertad, acosado por un enemigo decidido y despiadado.

Syke, capturado 17 de agosto. Reportado muerto como represalia... Por favor, consulten con Cruz Roja. Connaught, muerto. Ahora soy el único miembro del equipo Jacob. 100 maquis muertos. 100 capturados en la misma batalla. El resto se dispersó...

Syke era el nombre en clave del experto en comunicaciones de Gough, Seymour. Por supuesto, Seymour había sido capturado el 17 de agosto, y desde entonces Gough había oído que él había sido ejecutado. *Connaught* era el nombre en clave de Boisarrie. Aproximadamente 200 maquis de Alsacia cayeron muertos o cautivos, y bajo Waldfest «cautivo» era lo mismo que muerto.

En su intento por escapar de la trampa, los maquis tiraron sus armas en la maleza y las abandonaron allí. A los ojos del SAS, los maquis de Alsacia se precipitaron en lanzar su desafortunada emboscada y recibieron el castigo correspondiente. A la manera de ver las cosas de los franceses, sus jóvenes e impetuosos combatientes estaban ansiosos por golpear al enemigo y la emboscada fue el curso natural de las cosas, aunque tal vez no fue muy prudente.

De cualquier forma, los resultados fueron los mismos. El efecto sobre los maquis de Alsacia (el cuerpo principal de la Resistencia en la zona) fue poco menos que desastroso. En el diario de guerra no se ahorró en comentarios al respecto: «Se cree que esta derrota decisiva, debida... al compromiso mal planeado de una fuerza parcialmente armada, quebró su espíritu y los dejó inútiles para esfuerzos venideros».

Los efectos de la batalla por Viambois se propagaron por la región como las ondas que produce una piedra en el agua quieta. Forzaron a hablar a algunos maquis antes de ser ejecutados. Esa misma noche vieron una compañía de «piojos grises» acercándose a la base alpina del coronel Franks. Los más o menos 50 soldados se hallaban a unos 550 metros y avanzaban con mucho cuidado, lo que al menos brindó a los soldados de las Fuerzas Especiales y sus ayudantes maquis el tiempo suficiente para emprender la huida.

El coronel Franks y sus hombres sabían su papel aquí. No era pararse a pelear batallas desiguales con montones de tropas alemanas, como los maquis de Alsacia; era mejor perderse en la penumbra del bosque para vivir y pelear otro día más.

Afortunadamente, esa misma mañana el capitán Druce, de nuevo vestido de civil (se estaba convirtiendo en un hábito suyo), cruzó los montes hacia el norte para visitar el aislado pueblo de Pierre-Percée. Consistía de un puñado de casas al final de un valle sin salida en forma de V y pendientes abruptamente boscosas arremolinándose por todas partes. En su extremo oeste el pueblo se arracimaba a la orilla de un hermoso cuerpo de agua, el Lac de la Pierre-Percée, con un bosque verde abalanzándose hasta la ribera.

En tiempos de paz, Pierre-Percée había sido un destino vacacional muy popular, pero el curso de la guerra había cambiado las cosas. Druce se reunió con el alcalde del pueblo, monsieur Michel, quien confirmó que no había visto alemanes por ahí en un mes o más. El alcalde le dejó claro a Druce que él y su banda de combatientes del SAS serían muy bienvenidos allí.

De camino a la base, Druce intentó robar el coche que pertenecía a Fouch, el supuesto espía alemán que había matado en la ZD de Veney. Para ahora ya se había confirmado que Fouch en efecto trabajaba para el enemigo; eso explicaba por qué todavía poseía un automóvil, cuando los alemanes habían requisado todos los demás vehículos motorizados.

Druce no pudo robarse el coche de Fouch, pero sí logró volver a tiempo donde el coronel Franks para darle la buena nueva sobre Pierre-Percée. Franks partió al frente de sus fuerzas a campo traviesa hacia el norte, rumbo a lo que planeaban sería su nueva base de operaciones. Detrás de ellos, una densa nube de humo se levantó sobre el lugar que recién acababan de desocupar, pues los alemanes le prendieron fuego a lo que quedaba de su campamento.

Caminaron toda la noche. La luz de la luna era brillante y etérea, por lo que no había necesidad de sujetarse del cinturón del hombre de enfrente. La luz proyectaba el bosque en rígidos patrones de plata y ébano; los troncos de los árboles asumían formas grotescas al paso de los hombres y sus sombras parecían retorcerse en la tierra.

Levantaron el nuevo campamento tejiéndolo de la fronda viva sobre el lago de Pierre-Percée. Las fuerzas de Franks tumbaron un par de árboles, los acomodaron a 45 grados atravesados sobre una rama horizontal y echaron algunas lonas encima a manera de techo improvisado. El campamento era pequeño, primitivo y temporal (ni siquiera se molestaron en cavar una letrina), pues en cualquier momento se podían aparecer los «piojos grises» y ellos tendrían que huir una vez más.

Por ahora, Hislop hizo contacto con el cuartel general de Londres y envió la palabra clave que habían acordado previamente: *Wren*, la señal de luz verde para las entregas aéreas de armas. Dos Stirlings volaron esa noche; el primero lanzó docenas de contenedores en un campo abierto sobre Pierre-Percée. Cada aeronave iba cargada con suficiente armamento para equipar a cientos de soldados, pero, con los maquis de Alsacia diezmados por la batalla de Viambois, ¿las armas habían llegado demasiado tarde para ser útiles?

Nadie lo sabía con certeza. Todavía estaba por verse si los maquis de Alsacia se reagruparían y cobrarían nuevos bríos o no. Entre tanto, había muchos objetivos para el SAS.

Para el momento en que la primera aeronave terminó de soltar su carga, hilos de niebla salieron del bosque y tomaron la aislada ZD. La bruma se hizo más densa y oscurecía las luces con las que los hombres de Franks marcaban el punto de reunión. Un grupo de 14 refuerzos del SAS, comandado por quien Franks quería que fuese el segundo al mando en la operación Loyton, el mayor Dennis Reynolds, se lanzaron junto a las provisiones, pero tres hombres debieron desviarse de la ruta debido a la terrible visibilidad. El sargento Fitzpatrick más los soldados John Conway y John Elliot no aparecían por ninguna parte. Era como si se los hubiese tragado la fría y pegajosa niebla.

A la mañana siguiente, hubo reportes de que una patrulla alemana había recuperado algunos paracaídas en los bosques al oeste de la ZD. Se presumía que esos eran de los hombres desaparecidos, pues los demás escombros fueron retirados antes del amanecer. Los tres paracaidistas debieron haberse perdido entre la bruma y las esperanzas estaban puestas en que hallaran el SAS sobre la marcha.

De hecho, el soldado Elliot perdió su curso, aterrizó de mala manera y se fracturó una pierna. Fitzpatrick y Conway lo llevaron hasta lo que lucía como el lugar de asilo más cercano: una granja a las afueras del pueblo de Pexonne. Reposaba en la orilla lejana de Bois de Bon Repos («el bosque del buen reposo») en la ribera opuesta del lago de Pierre-Percée, pero una lugareña francesa los traicionó y fueron capturados por uno de los infames *einsatzkommandos* de Isselhorst.

El coronel Franks y el mayor Reynolds no tenían certeza de lo que había sucedido con ellos, pero había poco tiempo que perder. Había una guerra que pelear y por ahora, con casi 50 elementos del SAS en el terreno, bien provistos de armas, explosivos y municiones, eran una fuerza de cuidado.

El día siguiente de la entrega aérea, Franks envió su primera partida seria a una emboscada. El teniente Ralph *Karl* Marx iba a la cabeza. Él era un individuo notable a quien incluso Druce, el antiguo maestro de la sangre fría, describía como «fresco como una lechuga». A sus tiernos 18 años de edad, Marx (quien había sido capitán de boxeo y tenis en su escuela) rechazó un lugar en la Universidad de Cambridge para enrolarse en el ejército al estallido de la guerra.

Sus cualidades de liderazgo fueron rápidamente reconocidas y lo enviaron a Sandhurst para recibir entrenamiento de oficiales. Asignado a los 9º/12º Lancers, fue despachado al norte de África donde peleó en las batallas por El Alamein y donde escuchó por primera vez sobre las aventuras del SAS. Contando 22 años de edad al momento en que se lanzó en paracaídas sobre los Vosgos, el teniente Marx era el ejemplo perfecto del tipo de quien «menos esperas que sea fresco y calmado, pero resulta ser... fresco, calmado y de buen juicio», comentó Druce.

El teniente Marx dejó la base del SAS en Pierre-Percée con nueve hombres equipados con sus armas personales, más dos Bren (una ametralladora ligera de 7.62 milímetros) y 18 ponchallantas. Se abrieron paso al sur a través del bosque de Pierre-Percée, pasando cerca de su antiguo campamento ahora quemado, y al ocaso bajaron al pueblo de Celles-sur-Plaine.

Debido a que las aeronaves aliadas controlaban los cielos sobre la Europa ocupada, los alemanes comenzaron a moverse por las carreteras por la noche y sin luz alguna, con el objetivo de ocultarse de los aviones que merodeaban por allí. Una de las principales carreteras trans-Vosgos corría a través del valle de Celles y constituía una línea principal de abastecimiento para los alemanes. Al norte de Celles-sur-Plaine, se hallaba un cruce de caminos importante, donde un camino alternativo se ramificaba hacia el noroeste en dirección al pueblo de Badonviller, a unos ocho kilómetros de distancia. Al caer la noche, sembraron seis ponchallantas en todas las ramas del entronque, de tal manera que cada una estuviese cubierta por una carga.

A las 10 en punto de esa noche dos explosiones se escucharon a lo largo del valle de Celles. Un par de transportes de tropas alemanes habían pasado sobre varias rocas de aspecto inocente regadas sobre la carretera solo para ver sus enveses destrozados por las explosiones.

Para entonces Marx y sus hombres se hallaban en el camino, marchando al noroeste

a través de la noche, en dirección a su siguiente objetivo. Se dirigían a La Chapelotte, una diminuta aldea ubicada al norte de Celles-sur-Plaine, en el tortuoso camino a Badonviller. Escenario de una gran batalla durante la Primera Guerra Mundial, el Col de La Chapelotte (el pico boscoso de 450 metros que se eleva sobre la aldea) estaba salpicado de búnkeres fortificados y emplazamientos de artillería. Marx dedujo que sería un punto ideal para encontrar enemigos y emboscarlos.

Hicieron una pausa al amanecer para comer y limpiar sus ametralladoras Bren, y luego se aproximaron a La Chapelotte para llevar a cabo un reconocimiento. Los soldados del SAS caminaban por un sendero junto a la carretera cuando inesperadamente una patrulla alemana emergió del bosque por el otro lado. Marx pensó con rapidez y se echó en una zanja cercana; sus hombres se amontonaron detrás de él.

Los gritos rompieron el aire quieto del amanecer: «*¡Kommen Sie hierher! ¡Kommen Sie hierher! ¡Schnell! ¡Schnell!*».

Marx y su partida se negaron a dejar su refugio. Las tropas alemanas abrieron fuego. Varias rondas rasgaron el muro de árboles en la retaguardia de la zanja, arrancando pedazos de corteza y regándolos sobre los hombres británicos. Mantenían sus cabezas bien abajo y sus armas apuntando hacia el enemigo. Si los alemanes avanzaban hacia el terreno abierto y se colocaban a rango de tiro, Marx y sus hombres se dejarían ir.

Pero por ahora se contenían. En cierto punto los alemanes debieron decidir que la discreción era lo más importante. Los tiros fueron disminuyendo y los «piojos grises» desaparecieron ruidosamente en el bosque, dirigiéndose de vuelta hacia La Chapelotte.

Marx se refugió en los árboles y dividió su patrulla en dos grupos. Siete hombres debían tender una emboscada en las cercanías de La Chapelotte, con las dos Brens cubriendo la carretera. Ordenó que los dos soldados que le quedaban se acercaran a la patrulla alemana, esperando desatar la emboscada con sus ametralladoras Tommy.

Marx y la fuerza principal se colocaron en la trinchera, la cual se ubicaba a unos nueve metros atrás de la carretera. Con sus dos Brens firmemente instaladas sobre sus tripiés a la orilla del camino, tenían una posición de tiro perfecta. La carretera se inclinaba conforme subía hacia Col de La Chapelotte. Cualquier vehículo que pasara por allí sería un blanco fácil, siempre y cuando la maldita patrulla alemana no diera la voz de alarma.

Los soldados aguardaron, agazapados detrás de sus Brens. «Disparen cuando yo dispare», susurró Marx. «Disparen con mi arma».

Hubo una serie de respuestas murmuradas. Pasaron cinco minutos. Los cinco se volvieron 10 y la tensión siguió creciendo. Los hombres del SAS esperaban ver una

fuerza enemiga saliendo de La Chapelotte a la caza de ellos en cualquier momento. Pero entonces Marx y sus hombres escucharon los ahogados esfuerzos de un motor diésel y el poderoso crujido de la palanca de velocidades. Un vehículo se acercaba.

Los hombros se tensaron detrás de las Brens, en tanto la figura de cinco tonos de un camión del ejército alemán dio la vuelta a la curva lentamente, soltando una gruesa humareda de diésel. Marx ajustó la mira de su rifle por encima de la alta nariz del camión y su alta parrilla, apuntando al centro del parabrisas plano. Cuando abriera fuego, las balas se abrirían paso a través del cristal y rasgarían la suave parte trasera del camión, una combinación de entarimado de madera cubierto de lona.

La fuerza de la emboscada esperaba. El camión se acercó más. Los dedos se tensaban en los gatillos. En cualquier momento...

El camión se hallaba a no más de 30 metros cuando Marx abrió fuego. Vaciaron el cargador completo de la Bren (30 balas de 7.62 milímetros) sobre la cabina del vehículo. Pedazos de cristal y más escombros volaban sobre el aire crispado del amanecer. El camión disminuyó su velocidad hasta hacer alto total y quedó con la mitad fuera del camino, pero reposaba detrás de un montículo de tierra.

Marx llevó a sus hombres en una carrera por alcanzar el terreno más alto y traer el vehículo de vuelta a su línea de tiro. Cuando se colocaron en posición, vieron unas cuantas figuras vestidas de gris abalanzándose hacia el bosque en el lado lejano de la carretera. Marx y sus hombres cubrieron el camión con sus Brens, pero no hubo mayor movimiento ni señales de vida.

Como sabía que el ruido de la emboscada había sido escuchado en La Chapelotte, Marx ordenó que sus hombres volvieran a ocultarse en el bosque. Se movieron rápidamente, dirigiéndose hacia un punto de reunión donde habían ocultado sus pesadas mochilas Bergen. Recogieron su equipaje y viraron hacia el sur, avanzando por un sendero abierto en un intento por poner la mayor distancia posible entre ellos y el enemigo.

No habían pasado más de cinco minutos cuando llegó el temido contraataque. Una fuerza de tropas alemanas abrió fuego desde el valle. El rango era demasiado largo para que los tiros fueran precisos, pero un ruido alarmante se podía escuchar resonando entre los árboles. Eran los ladridos de los perros.

«¡A las tierras altas!», ordenó Marx. «¡Vamos a los montes!».

Viraron rumbo al oeste, buscando llegar a la base del SAS con la esperanza de perder a sus perseguidores en la espesura y los abruptos montes. Pero mientras que sus hombres se precipitaban hacia el oscuro abrazo del bosque, tres parecían no haber entendido la orden. Se apresuraron

hacia abajo del sendero que habían estado siguiendo y los gritos no pudieron hacerlos volver atrás.

Una vez que Marx y los hombres que le quedaban cubrieron unos cuantos cientos de metros, dieron con un claro. Marx ordenó un alto. Allá abajo podían ver de vez en cuando a los tres hombres corriendo por su vida a la distancia. La partida que andaba huyendo consistía del sargento Terry-Hall y los soldados Iveson y Crozier. Las tropas alemanas con sus perros jadeaban por su sangre.

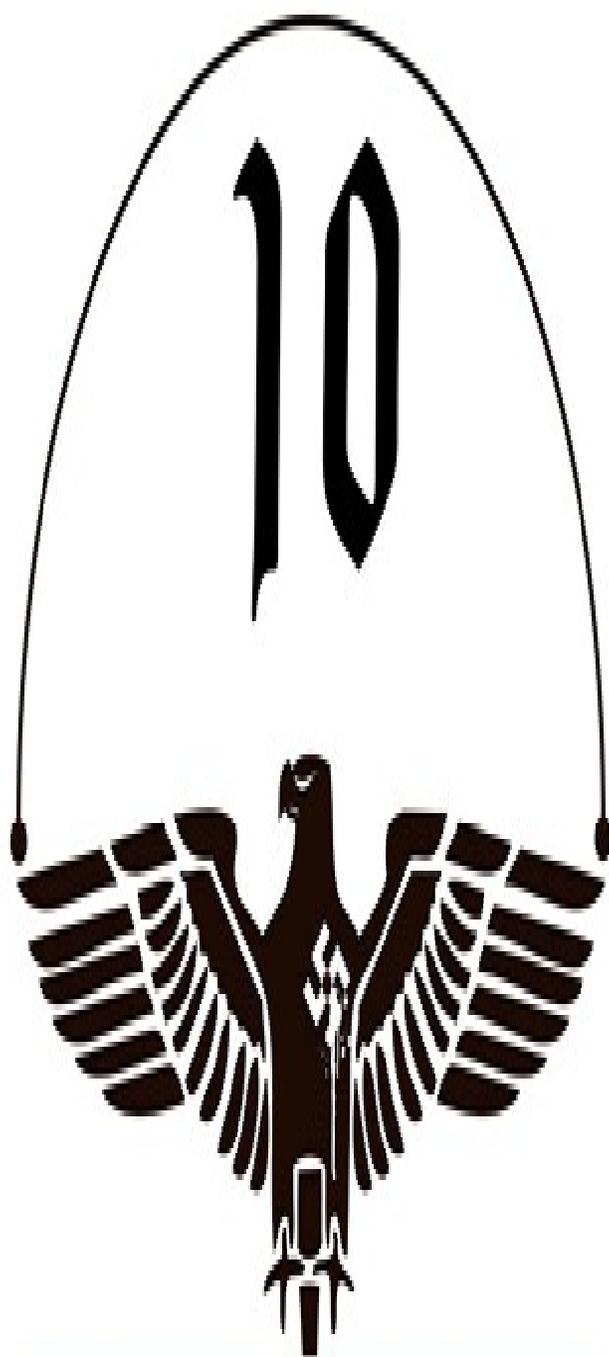
El rango efectivo de la Bren es de 550 metros. Los alemanes estaban mucho más lejos que eso, además de que si Marx abría fuego revelaría su posición. No tenía otra opción más que ajustar su brújula con rumbo a la base del SAS y llevar a sus hombres hacia las tierras altas del oeste.

Al ocaso, Marx hizo un alto. No quería entrar en el campamento del SAS sin antes hacer un reconocimiento y estaría demasiado oscuro para la hora en que llegaran. La pausa fue afortunada. Dos horas más tarde, largas ráfagas de fuego de ametralladora cortaron el aire. El ruido venía de la que solo podía ser la dirección de su base. Una hora después de eso, Marx recibió un mensaje del coronel Franks en su Jed Set.

«No regresen al campamento. Esperen más instrucciones».

Para la mañana siguiente su predicamento estaba claro. Podían escuchar los camiones moviéndose allá abajo a través del valle de Pierre-Percée, y la aldea bullía de enemigos. En el lado opuesto a su posición elevada, en Celles-sur-Plaine había aún más alemanes. El enemigo también era visible en la carretera que llevaba hacia el oeste, a Raon-l'Étape, y en su cuarto flanco se ubicaba La Chapelotte, donde recién habían alborotado un avispero de actividad enemiga.

Marx y su fuerza estaban rodeados.



capítulo

El intenso fuego de ametralladora que escuchó el teniente Marx en efecto se trataba de un asalto a la base del SAS. De nuevo se debió a una extraordinaria pieza de engaño el que las fuerzas de la operación Loyton escaparan de la trampa que les habían tendido, y el capitán Henry Carey Druce otra vez se hallaba al frente de ello.

La mañana del 9 de septiembre Druce se dirigió a Pierre-Percée vestido como lugareño en una misión de reconocimiento. Cuando llegó a las calles de la diminuta aldea, se dio cuenta de que bullían de tropas enemigas. Esto sucedía apenas cinco días después de que entraran a la zona que el alcalde del pueblo había confirmado libre de soldados alemanes durante varias semanas. Era obvio que las tropas vestidas de gris estarían allí.

En cierto punto Druce pidió fuego para encender su cigarrillo y le ofreció uno al soldado alemán que, él temía, estaba a punto de interrogarlo. Su aparente confianza en sí mismo y su conducta amigable le permitieron pasar.

Hecho el reconocimiento, se apresuró a volver al campamento del SAS, después de lo cual Franks ordenó que de inmediato abandonaran la base. Los hombres del SAS apenas acababan de empezar a moverse cuando detectaron tropas alemanas aproximándose por todas partes. La retaguardia de Franks comenzó a recibir fuego pesado y fue solo debido a la advertencia oportuna de Druce que las fuerzas de la operación Loyton se las arreglaron para hallar su escapatoria sin sufrir bajas.

Solo una ruta de escape posible permanecía abierta para ellos: hacia el sur, a través del valle de Celles, rumbo a la ZD donde originalmente habían aterrizado Druce y su unidad de avanzada. De allí, la partida de la operación Loyton fue forzada a moverse repetidamente, mientras serpenteaban en dirección al este por la región de Lac de la Max, el sitio de su primer encuentro con el enemigo el 17 de agosto. Los perseguían en círculos y difícilmente se las arreglaban para ir un paso adelante del enemigo.

Finalmente, el 14 de septiembre llegaron a los montes al este de Moussey, donde establecieron una base firme en una quebrada de paredes altas ubicada al sur de Les Bois Sauvages, «los Bosques Salvajes». Este valle densamente boscoso y de laderas abruptas se llama Basse de Lieumont: «la base del lugar de las montañas». Basse de Lieumont sería lo más cercano a un cuartel general que tendría el SAS en los Vosgos.

En un esfuerzo por buscar otra guarida segura, el coronel Franks mandó a su recién llegado y segundo al mando, el mayor Dennis Reynolds, a echar un vistazo a la zona al

norte de Pierre-Percée. Remota, boscosa y lejana de cualquier camino, esa área parecía ofrecer el terreno perfecto para ocultar una partida del SAS de 50 hombres, más los guías y ayudantes maquis. El recién llegado capitán Anthony *Andy* Whately-Smith, el asistente de Franks, acompañó al mayor Reynolds en esa misión.

Pero mientras rodeaban Pierre-Percée, Reynolds y Whately-Smith se toparon con una patrulla alemana. En el intercambio de fuego que siguió, los dos oficiales del SAS lograron escapar, pero el mayor Reynolds recibió un tiro en el antebrazo. En un increíble acto de valentía, una pareja francesa albergó a los dos oficiales británicos, uno de los cuales se hallaba seriamente debilitado por la pérdida de sangre.

Freddy y Myrhiam Le Rolland eran unos parisinos que se habían retirado a una linda casa en la panorámica Pierre-Percée. Ellos llevaron a Reynolds y Whately-Smith hasta una cueva en el bosque a poca distancia de su hogar. Allí los dos soldados del SAS lograrían esconderse bajo las propias narices de los alemanes. Por un golpe de suerte, Myrhiam había sido enfermera antes. Ella trató la herida del mayor Reynolds y mantuvo a raya la gangrena, que había empezado a expandirse con rapidez.

El coronel Franks envió mensajes de radio a los dos hombres, pero el mayor Reynolds estaba demasiado débil para moverse. En cierto punto, Franks decidió rescatar a sus dos oficiales él mismo, una vez que tuvo establecida la base de Basse de Lieumont y sus hombres se hallaban de nuevo a la ofensiva.

El teniente Karl Marx también buscaba la manera de llegar a la nueva base del coronel Franks en Moussey. Su unidad no reportaba bajas e incluso los tres hombres que se habían visto por última vez huyendo de los alemanes y sus perros de búsqueda habían logrado sacudírselos de encima. Pero durante 48 horas Marx y sus hombres se vieron sin nada que comer más que unas cuantas papas y habían quemado toda la benzedrina en el esfuerzo de mantenerse un paso adelante del enemigo.

Impávido ante tales dificultades, cuando el teniente Marx llegó a la nueva base de Basse de Lieumont se mostró ávido de ser enviado de nuevo a otras operaciones ofensivas. El coronel Franks decidió confiar al joven teniente una de las misiones más audaces de la guerra: una acción diseñada para servir como la mayor provocación al enemigo. Llevando un equipo de demolición muy especial, Marx debía guiar a sus fuerzas hacia el este, al otro lado de la frontera con Alemania para volar un tren en territorio alemán.

Marx eligió a tres hombres probados y confiables de su misión previa para acompañarlo, los soldados de primera clase Garth y Pritchard, más el soldado Ferrandi, junto con el recién acoplado soldado Salthouse. Llevaban 2.2 kilos de explosivos

plásticos por hombre, cuatro interruptores de presión, detonadores, fulminantes, una docena de ponchallantas y dos cajas de las llamadas «señales de niebla», las cuales eran unas piezas en verdad muy especiales.

La experiencia le había enseñado al SAS que no era muy útil simplemente volar una vía férrea. El conductor de un tren bien podría ver la ruptura en las vías y detener su locomotora. Las vías torcidas podrían removerse con relativa facilidad para colocar nuevos rieles. El transporte férreo tal vez solo se perturbaría durante pocas horas. Se necesitaba una interrupción mucho mayor y la «señal de niebla» era la solución.

Para desarrollar este astuto dispositivo, la SOE optó por adaptar a su propósito un aparato de funcionamiento probado que ya tenía medio siglo de existencia. La «señal de niebla» original fue diseñada para advertir a una locomotora cuando una señal de alto estuviese oculta por la niebla, de allí el nombre. Consistía en un bol de metal adherido a una placa de presión, la cual se sujetaba sobre el riel. El bol iba lleno de pólvora y cápsulas de percusión. Cuando la niebla bajaba, el guardavía colocaba tres de ellas en la vía antes de la señal de alto. Una locomotora acercándose detonaría las señales al pasar sobre ellas, cada una explotaría con un fuerte estruendo y advertiría al conductor para que disminuyera su velocidad.

Con un diseño similar, la versión de la SOE tenía un «morro» adicional, que salía del bol de metal, colocado en la orilla exterior de la vía y sujeto a una mecha. Los gases calientes de la pólvora se precipitarían por el morro y encenderían la mecha, la cual estaba conectada a una carga explosiva varias decenas de metros más adelante.

Debido a que la mecha se quema a 7 000 metros por segundo, la señal de niebla y la carga principal estallarían con microsegundos de diferencia, lo que dejaría al conductor del tren sin tiempo de llevar a cabo una acción evasiva. Incapaz de detenerse, el tren se descarrilaría, lo que causaría destrucción masiva y retrasos significativos como resultado.

En un esfuerzo contra la señal de niebla, los alemanes habían añadido a sus trenes unos cepillos de alambre para «barrer» la vía frente a la locomotora. La versión Torpedo A3 de la señal de niebla estándar de la SOE era la respuesta a eso: una versión mejorada de diseño estadounidense que se agarraba a la vía con tanta firmeza que no podía removerse.

Con las señales de niebla preparadas, el teniente Marx y su equipo de cuatro hombres partieron hacia el este, hacia la Alemania de Hitler. Eran unos 24 kilómetros en línea recta hasta su objetivo: la línea ferroviaria que va de norte al este desde el pueblo francés de Saales hasta la Renania alemana, que formaba una arteria vital para llevar material de guerra al frente alemán de los Vosgos.

Su objetivo estaba mucho más allá de Schirmek, el sitio del cuartel general del *standartenführer* Isselhorst y sus lugartenientes. Si Marx y sus hombres lograban alcanzar la vía férrea y destrozarla, ayudarían a obstruir la habilidad de Isselhorst para cumplir las órdenes de Himmler y aplastar las fuerzas de insurrección en los Vosgos. En pocas palabras, atacar dentro de la propia Alemania constituiría por sí mismo un golpe psicológico enorme.

Nadie pensó que la misión sería fácil. La vía estaba vigilada por centinelas apostados por intervalos de 90 metros, en una rotación que le daba la vuelta al reloj. Presumiblemente su vigilancia sería mayor a medida que el teniente Marx empujara dentro del territorio alemán, antes de lanzar su ataque.

En el camino, Marx tomó la oportunidad de sembrar el caos a su paso. Él y su equipo colocaron ponchallantas mejorados con bultos de EP en el primer cruce de caminos importante que hallaron. Volaron un transporte de tropas alemán que perdió una llanta y fue a dar a la zanja a toda velocidad. También instalaron una carga activada a presión con medio kilo de EP en otra carretera. Un vehículo de media cadena (un transporte de tropas blindado, con llantas al frente y cadenas tipo tanque en el eje trasero) activó el artefacto, y la explosión resultante destrozó el vehículo.

En Champanay, justo al sur de Schirmek, el teniente Marx visitó una casa particular, buscando contactar al líder local de la Resistencia. Pero le advirtieron al teniente del SAS que el jefe maquis había sido arrestado junto con varios de sus lugartenientes. Cuanto más avanzaban hacia el este, Marx y sus hombres hallaban que la gente era más renuente a apoyar sus esfuerzos o a darles cualquier tipo de albergue.

Fueron en busca de esa necesidad siempre apremiante: la comida. Marx y Ferrandi se presentaron en una casa que según les habían hecho pensar era amistosa. Escaparon por un pelo. Marx se mostró como un maestro de la sangre fría y la modestia cuando escribió acerca del incidente en el diario de guerra: «Nos marchamos por la puerta de atrás, mientras los alemanes entraban por la del frente. Nos vendió la señora de la casa».

Avanzando hacia el este, él y su equipo se vieron envueltos en un incidente que después de la guerra fue claramente considerado de suficiente controversia como para censurar el diario de guerra de la operación Loyton. Marcado originalmente con la leyenda «CERRADO HASTA 2019» en la portada, una versión del diario de guerra vio la luz en 1994, pero algunas secciones fueron editadas.

Una de ellas se refiere a las acciones del teniente Marx y sus hombres, mientras se preparaban para atacar la vía en las cercanías del pueblo «alemán» de Wildersbach. Necesitados de cruzar la frontera de entonces (luego del comienzo del estallido de la

guerra, gran parte de los Vosgos orientales se habían reincorporado a Alemania, extendiendo la frontera hacia el oeste del Rin), Marx envió al soldado de primera clase Pritchard y dos hombres más a reconocer el camino por delante.

Pritchard volvió con más de lo que Marx le había pedido. La sección censurada del diario de guerra de 1994 reza: «Regresaron a las 1500 horas con comida y un sargento mayor. Los pct. [paracaidistas] Ferrandi y Salthouse lo llevaron al bosque y le dieron un tiro».

Parece que Pritchard tomó a un guardia fronterizo alemán para interrogarlo y obtener información que sirviera a sus planes de cruzar la frontera. Por cualquier razón (y presumiblemente en algún momento durante el interrogatorio) el hombre murió de un balazo. No se brinda mayor explicación en el diario de guerra ni en ningún otro documento disponible.

Quizás intentó escapar; quizás intentó resistirse; quizás intentó entregar a los hombres del SAS, o tal vez lo mataron a sangre fría por venganza. ¿O pudo ser que no podían permitirse llevar un prisionero con ellos, pero tampoco podían liberarlo y así revelar su paradero y su fuerza?

El diario de guerra no ofrece respuesta. Pero lo que está bien claro es que la ausencia del soldado alemán fue notada puntualmente, pues la guardia fronteriza creció de inmediato de 14 a 21 elementos. De cualquier forma, para entonces el teniente Marx y sus hombres se habían escabullido a través de la frontera. Bajo la oscuridad hallaron su camino hasta tierra alemana, avanzando directo a su objetivo.

Eligieron atacar un cruce de vías al oeste de Wildersbach, donde convergían tres vías distintas. En cada una estaba sujeta una señal de niebla conectada a una carga de medio kilo de EP. A las 10:15 de esa noche un tren dio con una de las señales de niebla, activó la carga de EP y se precipitó hacia el tramo de vías destrozadas.

Viajando a esa velocidad, la locomotora siguió arando a través de las secciones rotas del riel, levantando más longitudes de este en tanto se deslizaba sin control, antes de caer por la pronunciada pendiente del terraplén. Se detuvo reposando sobre uno de sus lados hecha un desastre de vapor y resuellos, con montones de carros destruidos y retorcidos concentrados detrás de ella. Marx y sus señales de niebla había hecho su trabajo: el tren estaba destruido, la vía estaba bloqueada y un largo tramo de la vía estaba en ruinas.

Para el alba, Marx y su equipo habían cruzado la frontera de vuelta hacia Francia, y llamaron aviones de ataque terrestre de la RAF. Ellos bombardearon lo que quedaba del tren y el cargamento que podía rescatarse. Era un resultado perfecto para la misión

diseñada por el coronel Franks, si uno ignora el misterioso fusilamiento del guardia fronterizo alemán.

La respuesta del enemigo fue inmediata y extrema. Equipos de tropas alemanas comenzaron a peinar cualquier tramo concebible de bosque en el que los saboteadores pudieran estar escondidos y desataron su venganza sobre los habitantes franceses. En una aldea donde Marx y sus hombres intentaron conseguir comida, se enteraron de que la Gestapo había llegado para llevarse a todos los hombres del pueblo y en su lugar habían enviado seis camiones cargados de tropas alemanas.

En el barrido que hicieron esos soldados, se acercaron mucho a arrinconar a Marx y su fuerza. Pero, fresco como una lechuga, Marx decidió que le faltaba mucho para estar acabado. Él y sus hombres aún tenían EP y detonadores de los cuales deshacerse. Dividieron la unidad en dos y colocaron 5.5 kilos de EP en los caminos aledaños. La primera carga estalló cuando un camión alemán activó uno de los ponchallantas. Las detonaciones simpáticas (el desencadenamiento de más explosiones por parte de la primera) «diseminaron el camión por todas partes», anotó Marx.

En un acto final de sabotaje, usaron sus últimos explosivos para eliminar un pulcro automóvil alemán de personal, que se utilizaba para transportar oficiales hacia sus asuntos. Quizá llevaba a los altos comandantes que habían sido enviados para coordinar la cacería de Marx y sus compañeros saboteadores.

Con las mochilas notablemente más ligeras, Marx guio a sus hombres a marchas forzadas hacia el oeste, dirigiéndose rápidamente hacia la base del SAS en Moussey. Podían escuchar detrás de ellos a las fuerzas alemanas buscándolos en los bosques que recién habían abandonado y las ráfagas ocasionales de tiros de prueba, pero el enemigo disparaba a fantasmas.

Por su mando en esta singular misión, el teniente Marx sería laureado con la Cruz Militar. La mención diría sobre sus acciones: «A lo largo de esta operación el teniente Marx mostró gran determinación de causar daños al enemigo. Sus habilidades y su valor personal durante el periodo completo fueron un ejemplo para todo el personal militar y merecen altos elogios».

Pero por ahora, Marx llevaba a su equipo hacia el este, a través de los Bosques Salvajes, en dirección a la base del SAS ubicada en los montes sobre Moussey. Había noticias preocupantes para recibirlo cuando llegara. Cuando se dirigían a su reunión con el coronel Franks, los tres hombres de su misión anterior, aquellos que fueron vistos por última vez huyendo de los sabuesos de los alemanes, se habían refugiado en un molino, el Scierie de la Turbine, en el valle de Celles.

Se les habían unido otros cinco hombres del SAS, una partida de sabotaje comandada

por el teniente James Black. Tristemente habían sido traicionados. Alguien reportó su presencia a la Gestapo local y las fuerzas del enemigo tenían rodeado el molino. En el tiroteo que siguió, a los ocho hombres del SAS se les terminaron las municiones para pelear. Todos fueron tomados prisioneros y al menos uno, el teniente Black, estaba herido.

Chris Sykes, el oficial del 2º SAS, consiguió tanta información como le fue posible de sus contactos en la Resistencia. Al frente de ellos estaba Albert Freine, el guardabosque convertido en jefe de inteligencia de los maquis, quien era la fuente más confiable de Sykes. Desafortunadamente, Freine se enteró de que los ocho hombres del SAS capturados habían sido llevados al *sicherungslager* de Schirmek, el campo de seguridad donde el cojo y adicto a la heroína de Karl Buck tenía el control. Su fortuna de allí en adelante estaba en manos de los dioses.

Sykes y Freine se reunían a diario bajo cierto árbol. Para mediados de septiembre, el clima de los Vosgos comenzaba a cambiar y los días fragantes del verano daban paso a las condiciones más comunes de esa región: llovizna incesante y lluvias. «Las semanas de miseria compartida nos hicieron amigos de por vida», comentó Sykes sobre su relación con Freine.

El conocimiento que tenía el guardabosque de los movimientos del enemigo era enciclopédico e invaluable; en varias ocasiones salvó vidas. En las condiciones húmedas de principios de otoño, la tierra estaba más mojada y las botas de los SAS dejaban sus huellas en los caminos y senderos lodosos. Los alemanes aprendieron a reconocer las marcas distintivas que dejaba su calzado de suela de hule para rastrear mejor a las fuerzas de la operación Loyton. Freine les advirtió sobre esto así que los hombres del SAS optaron por cortar el patrón de la suela de sus botas, pero los talones seguían siendo igual de conspicuos.

Sykes podía notar que Freine se hallaba bajo presión. Sus nervios se estiraron hasta el punto de quiebre. En las postrimerías del ataque del teniente Marx en tierra alemana, el puño de acero de Waldfest pegaba cada vez más fuerte en los valles de los Vosgos. Los jefes como Freine estaban entre sus objetivos; una confesión suya obtenida bajo tortura redituaría en una bonanza de inteligencia.

En el valle vecino de Celles, a *garde de forêt* (un guardabosque del gobierno) jugaba un papel similar al de Freine. Servía de intermediario entre el coronel Franks y el mayor Reynolds, el oficial del SAS herido que se ocultaba en la cueva de Pierre-Percée junto al capitán Whately-Smith. Fuerte y absolutamente silencioso, el guardabosque poseía un tipo distinto de valor al del Freine de pecho palpitante. Efectivamente, él

exhibió el tipo de *flegme britannique* que había impresionado al sacerdote de Moussey, el abate Gassman, en las playas de Dunkirk.

Sykes acostumbraba ver a este guardabosque con regularidad, buscando noticias sobre los dos oficiales del SAS. En respuesta, el enjuto hombre apaleado por el clima se quitaría su zueco de madera y, sin decir palabra, sacaría una nota escondida entre sus dedos: un mensaje del mayor Reynolds. Sykes garabatearía una respuesta. El guardabosque la metería de nuevo entre sus dedos del pie y, en silencio, se calzaría su zueco otra vez. Su silencio era elocuente: hablaba de una firmeza de piedra frente a la adversidad.

En realidad, estos pilares de la Resistencia local ahora estaban en contra suya. La indomable *madame* Rossi sufrió sus propias depredaciones, pero como era su costumbre permaneció sin abrir la boca y en libertad. Por supuesto, Sykes se presentó ante ella y sorprendentemente su risa y su alegría seguían sin cambiar, igual que su deseo de alimentar, albergar y asistir a los hombres del SAS a cada rato.

Los alemanes sospechaban que la casa de *madame* Rossi yacía a un lado del camino que llevaba a la nueva base del SAS, lo que era verdad. La Gestapo visitaba su hogar cada vez con mayor frecuencia. En una ocasión registraron su casa de arriba abajo, mientras la formidable mujer tenía seis hombres del SAS escondidos allí, algunos de los cuales estaban acostados debajo del molino de agua en la parte trasera. Experiencias como esas pondrían a prueba los nervios más fuertes, pero ella nunca se negó a que los SAS y los maquis usaran su casa como refugio y punto de reunión.

Una segunda mujer magnífica de Moussey servía a la causa de la Resistencia. En muchas maneras *mademoiselle* Bergeron era lo opuesto a *madame* Rossi; ella era una solterona de mediana edad y aspecto severo que vivía en una granja a cierta distancia del pueblo. También era la mensajera en jefe de los maquis. Había poco sobre lo que no hubiese podido informar a los alemanes si hubiesen logrado quebrarla. Pero en este aspecto era exactamente igual a *madame* Rossi: *inquebrantable*.

La Gestapo acumuló en *mademoiselle* Bergeron cada humillación y horror imaginable. La golpearon y torturaron. Convirtieron su adorable casa en un burdel. Esta silenciosa, recatada y propia mujer (quien siempre se vestía de forma pulcra e inmaculada) demostró poseer el valor de una leona. Cuando cayeron en cuenta de que no podrían quebrarla, voltearon hacia su tía octogenaria. Una noche la sacaron de su cama y la forzaron a bailar para ellos. Murió del *shock*.

Aun así, *mademoiselle* Bergeron no hablaría. Si acaso, tales atrocidades la fortalecieron.

Para mediados de septiembre de 1944, las fuerzas de Waldfest se habían centrado en

uno de sus objetivos clave: el guardabosque Albert Freine. Si la Gestapo podía quebrar a Freine, las consecuencias serían absolutamente desastrosas para el SAS. Freine sabía todo lo que había que saber. Mientras las lluvias grises del otoño se posaban sobre los Vosgos, la Gestapo vino por la esposa del guardabosque. Durante 24 horas *mademoiselle* Freine fue torturada, interrogada y abusaron de ella. Sabía casi tanto como su esposo, pero no reveló nada.

La Gestapo la condujo dentro del bosque. A punta de pistola, le exigieron que les mostrara la ubicación de la base de los «paracaidistas británicos». Andaban tan cerca de la ubicación real, que ella conocía muy bien, que Sykes vio pasar al grupo. Pero de alguna manera convenció a la Gestapo de que ella era una mujer sencilla e ignorante y de que su esposo era un inocente *garde-chasse*. La dejaron ir, pero no sin antes destruir la casa de los Freine a manera de advertencia.

Albert Freine continuó libre. Estaba lleno de una abierta rebeldía, igual que siempre. «¡La muerte para mí es poca cosa!», le dijo a Sykes. «¿Yo prisionero? ¡Jamás! ¡Incluso si la muerte atacara tendría que ser por mi propia mano!». Sykes lo creía también. La jactancia de Freine escondía un corazón fuerte como el acero.

El clima sobre los Vosgos resultó demasiado frío ese otoño. Con *Waldfest* mordiendo más profundo y las condiciones meteorológicas empeorando, era difícil para los elementos de la operación Loyton mantenerse positivos y con la moral alta. Una sábana de bruma y niebla descendió sobre los montes, lo que hacía a las misiones de reabastecimiento una pesadilla. Varias tuvieron que cancelarse y las fuerzas de Franks pronto se vieron cortas de municiones, explosivos y comida.

Un reporte del SAS sobre la operación Loyton resume la plétora de problemas a los que se enfrentaban los hombres de Franks: «El mal clima y las condiciones que obstaculizaron el despacho de aeronaves de suministro, junto con la dificultad de seleccionar ZD libres de la vigilancia enemiga en ese terreno inapropiado se sumaron... a las dificultades de la operación».

Cuando llovía, lo que sucedía casi constantemente, los soldados debían envolverse en sus bolsas de dormir y cubrirse de la cabeza a los pies con una capa impermeable, intentando pasar las oscuras horas de la noche. Cuando se mojaban, las bolsas de dormir empapadas se volvían inútiles y casi imposibles de secar. Las chaquetas de paracaidismo de los hombres del SAS (perfectas para saltar y para calentarse en condiciones secas) se empaparon bajo la lluvia interminable.

La partida de avanzada de Druce llevaba casi cinco semanas en el teatro de operaciones en una misión que en un principio estaba programada para durar de dos a

tres semanas máximo. Ese era el tiempo que se suponía que llevaría al 3^{er} Ejército de Patton romper las defensas alemanas y avanzar dentro de los Vosgos. Desafortunadamente había pocos indicios de que eso sucedería pronto y, a medida que el clima empeoraba, lucía cada vez menos probable.

Un reporte de inteligencia de la operación Loyton contrabandeado hasta Londres dejó la situación más clara que el agua: «Los valles están llenos de agua y probablemente no puedan pasar los camiones y los tanques. Hay un dicho local: “Cuando empieza a llover, no deja de llover”. Las precipitaciones a veces duran una semana con solo unas pocas pausas. Los arroyos que producen con frecuencia están llenos».

«No fue un lapso feliz», comentó el capitán Druce, un hombre no acostumbrado a quejarse. «Creo que uno tenía los peores momentos cuando estaba mojado, sucio, cansado, exhausto y sin oportunidad de meterse en una buena cama caliente... Siempre estábamos intentando dormir bajo algún tipo de cubierta, usualmente sin bolsa de dormir ni nada. Y septiembre en esa área puede ser jodidamente frío por las noches. Esos son los momentos cuando tu moral está en su punto más bajo, cuando intentas dormir, pero no puedes... Hace mucho frío, tú estás mojado, no te puedes secar y es muy posible que estés hambriento, porque tuvimos periodos en lo que no teníamos mucho que comer».

Bajo esas circunstancias, recibir «cargas de comodidades» (contenedores aéreos especiales llenos de cartas de casa, cigarrillos y alcohol) adquiriría un nuevo significado para los hombres en tierra. Además del éxito contra el enemigo, estos resultaron el mejor impulso a la moral de todos. Desafortunadamente, el cuartel general del SAS había encontrado algunas dificultades para arreglar esas entregas para sus sufridos combatientes.

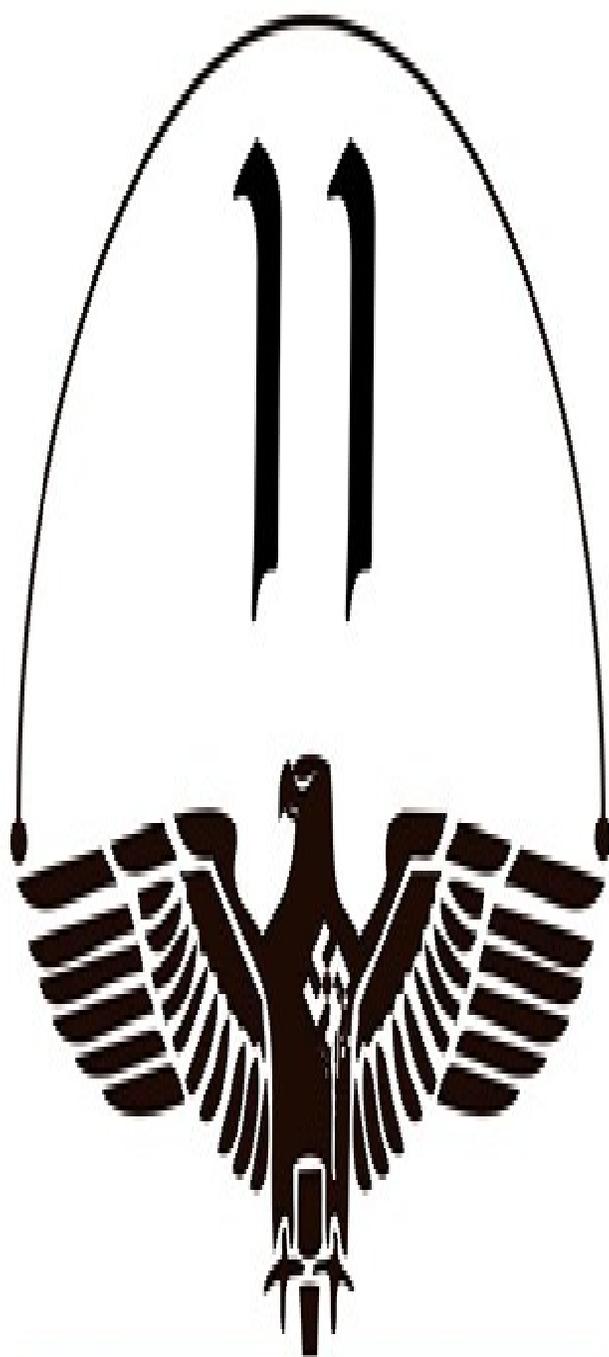
Los comisionados de Aduanas y Hacienda argumentaban desde hacía mucho tiempo que no podían permitir que se entregaran los paquetes de cigarrillos y alcohol a las unidades del SAS bien atrás de las líneas enemigas. Su razonamiento se sostenía en el hecho de que esos hombres recibían tales comodidades a precios «libres de impuestos», cuando no poseían una dirección oficial del Ejército fuera del Reino Unido.

Para mediados de septiembre de 1944, el cuartel general del SAS había ganado la batalla, pero para entonces el mal clima se había cerrado sobre los Vosgos. Tres bombarderos pesados Handley Page Halifax de cuatro motores fueron asignados para labores permanentes de apoyo a la operación Loyton, en un esfuerzo por llevarles las provisiones vitales. Las «comodidades» serían distribuidas en cada carga, así que si los

hombres solo recuperaban algunos contenedores, de todos modos disfrutarían del empujón a sus espíritus apagados.

Estos asuntos parecen nimiedades en un momento en el que los soldados eran cazados por una fuerza tan formidable como la que desplegó la operación Waldfest, pero Franks sabía que si no podían mantener la moral alta estos hombres estarían perdidos. Para su fortuna, estaba a punto de recibir el mayor levantón moral de todos.

Demostraría cambiar el juego en términos de la habilidad de sus hombres para librar la guerra a través de los Vosgos.



capítulo

Nunca se concibió a la operación Loyton como una misión puramente terrestre. En los desiertos del norte de África, el SAS había aprendido la importancia vital de la movilidad, tanto en términos de ser capaces de atacar al enemigo fuerte y rápidamente con el suficiente poder de fuego como de hacer una retirada limpia. Esto era crucial para la práctica del combate relámpago terrestre.

El Jeep estadounidense era la clave. Llamado «camión, todoterreno, 4x4, M38», era un vehículo de propósito general (GP, por sus siglas en inglés), de allí el apodo GP o «Jeep».* Sólido, confiable, relativamente rápido y maniobrable, el M38 parecía hecho a la medida de las operaciones del SAS. Desprovisto de todo lo «no esencial», incluyendo parabrisas, parrilla del radiador y parachoques delantero, el Jeep era capaz de cargar suficiente combustible, agua, armamento y municiones para el tipo de incursiones de larga distancia que se convertirían en el sello del Regimiento.

Con su visibilidad de 360°, el vehículo abierto constituía una excelente plataforma de tiro. La mayoría estaba provista de la ametralladora Vickers «K». La veloz Vickers, una ametralladora ligera de .303 pulgadas, podía brindar un poder de fuego devastador, especialmente cuando se cargaba con una mezcla de balas normales, para perforar blindajes y trazadoras.

Usualmente se instalaban en pares y un Jeep podía llevar hasta cinco Vickers (una montada individualmente). Así equipado, el SAS, con el apoyo del Grupo del Desierto de Largo Alcance (LRDG, por sus siglas en inglés), había penetrado el desierto del norte de África, llevando a cabo misiones de reconocimiento, captura y sabotaje, golpeando las líneas de abastecimiento enemigas, depósitos de combustible, aeródromos y almacenes de municiones. En septiembre de 1942 habían lanzado tal vez su misión más célebre: la operación Caravan.

Así, 17 vehículos que transportaban 47 hombres viajaron 1 870 kilómetros a través del desierto. Al alcanzar su objetivo, Barce, un pueblo libio controlado por los italianos, la patrulla se dividió: una mitad al ataque de las barracas enemigas y la otra al aeródromo. Durante el posterior ataque, alrededor de 30 aeronaves, principalmente bombarderos de la Fuerza Aérea Italiana de tres motores, fueron alcanzados por los proyectiles. En otra misión similar, 12 aviones enemigos resultaron destruidos durante un tiroteo de cinco minutos.

Los Vosgos habían sido elegidos como un área «ideal» para las operaciones del SAS

porque en teoría el escarpado terreno salvaje se ajustaba a esas misiones móviles en Jeep. Si pudiese llevar vehículos Jeep hasta el terreno de operaciones, el coronel Franks creía que revolucionaría la guerra que estaban librando en ese lugar. Como la tercera semana de septiembre entró fría, húmeda y cáustica, el coronel del SAS en varias ocasiones trató de programar una entrega aérea importante. Cada intento fue derrotado por las condiciones cada vez peores.

Un reporte del capitán T. Burt, del SAS en Reino Unido, da un atisbo de los problemas encontrados al intentar reabastecer a la fuerza Loyton: «El clima estaba en nuestra contra y el avión tuvo que ser llamado de nuevo mientras volaba por el Canal, e incluso aquí la bruma era tan mala que la carga tuvo que ser abandonada en los alrededores del aeródromo».

En su base de Basse de Lieumont, Franks se sentía doblemente frustrado. En meses recientes se había desarrollado una técnica para permitir que los Jeep se lanzaran en paracaídas sobre zonas remotas como los altos Vosgos. Al grupo número 38 de la RAF, una unidad acostumbrada a transportar tropas de paracaidistas, lo habían comisionado con la engañosa tarea de desarrollar y perfeccionar este proceso. En una plataforma de metal diseñada especialmente para ello, el Jeep colgaría de la viga principal de soporte del bombardero pesado Halifax, metido a medias en el compartimento de bombas. Al soltarse, caería bajo cuatro paracaídas de 18 metros, instalados en cada una de las esquinas del vehículo.

Al menos esa era la teoría. En la práctica, si el Jeep se tambaleaba al soltarse, los aparejos se enredarían, y si fallaba un solo paracaídas, la entrega estaba arruinada. Las plataformas eran vitales para amortiguar la carga. Las ruedas delanteras y traseras iban protegidas por dos sartenes de choque, diseñados para aplanarse al impacto, y las ametralladoras Vickers habían sido removidas y guardadas a salvo en el interior del vehículo.

Los cuatro paracaídas estaban guardados en dos «valijas» especiales que se colocaban en el asiento trasero. Al soltarse el Jeep, una línea estática sujeta al Halifax liberaría las valijas y los paracaídas se desplegarían. Una pequeña carga explosiva detonaría al aterrizaje para separar los paracaídas del vehículo y facilitar la recuperación del Jeep a la partida de rescate.

La primera vez que se usó en acción (llevando vehículos Jeep a las partidas del SAS en las postrimerías inmediatas al Día D) 50% de los vehículos no sobrevivió al salto. El coronel esperaba tener más éxito sobre los Vosgos y rezaba por una ventana climática. Había seis Jeep programados para entregarse a Franks, lo que permitiría a la mitad de su fuerza salir en operaciones en Jeep con todas las armas flameando.

Entre tanto, las misiones a pie continuaban. El 17 de septiembre, el mayor Peter Lancelot John Le Poer Power finalmente llegó a la base del coronel Franks. Para lograrlo, él y su pequeña banda habían marchado a través de docenas de kilómetros de terreno hostil y montañoso, evadiendo la depredación de Waldfest y rastreando la fuerza principal del coronel desde Pierre-Percée a través de muchas locaciones diferentes, donde siempre parecían llevarles un paso de ventaja.

«A pesar de que se lanzó hacia el este para intentar contactar al capitán Druce, estuvo fuera de contacto por cuatro semanas», se menciona en el diario de guerra sobre el mayor Power y sus hombres. A lo largo de ese lapso, el mayor del SAS no se había dado por vencido, ni había dejado pasar la oportunidad de golpear al enemigo. Y a pesar de las malas condiciones, tampoco lo hicieron el coronel Franks y su fuerza principal.

El día de la llegada del mayor Power al cuartel general del SAS en Moussey, Druce se encontraba fuera en una operación. Descubrió que cuatro trenes cargados de tanques habían quedado inmovilizados en la estación de Saint Dié, 13 kilómetros al sur del campamento de Basse de Lieumont. Envío las coordenadas al SFHQ vía radio, para solicitar un ataque de la RAF.

Al día siguiente, le encargaron capturar a dos agentes de la Milicia (la milicia pro-nazi francesa) de origen «árabe» (probablemente argelinos). En otra sección censurada del diario de guerra de la operación Loyton, Druce reportó: «Nos los arreglamos para rodearlos luego de dificultades considerables y ambos fueron fusilados». De nuevo, la sensibilidad parece haber rodeado la despiadada supresión que hacían Druce y sus compañeros de aquellos que pudiesen traicionar al SAS o, de otro modo, comprometer su misión.

Otra de las partidas de sabotaje de Franks voló un tren en la línea férrea de Celle a Allarmont, el cual llevaba provisiones vitales hacia el frente. La misma partida emboscó un automóvil de oficiales alemán, utilizando una bazuca estadounidense, con los comandantes enemigos en la mira una vez más. El proyectil de bazuca perforó el vehículo sin estallar, pero aun así tuvo éxito para detenerlo.

Pero las misiones como esas se volvían cada vez más tensas; lo que necesitaban los hombres del SAS era velocidad y poder de fuego. Finalmente llegarían la tarde del 19 de septiembre. El coronel Franks contó con la ayuda de una nueva pieza de equipamiento para guiar al avión Halifax hacia la ZD elegida. Se trataba de la baliza aérea Eureka, diseñada para «conducir» aeronaves a ciegas a través de las gruesas nubes y neblina.

Conocida con mayor precisión como el «radar de respuesta Rebecca/Eureka», consistía en un sistema receptor aéreo y de antena (el Rebecca) que era usado por una

aeronave entrante para recoger la señal de radio transmitida por la unidad Eureka de tierra. El Rebecca calculaba el rango y la posición del Eureka basándose en los tiempos y la dirección del regreso de la señal. Era preciso en un rango de hasta 80 kilómetros en buenas condiciones e, incluso bajo las nubes o vegetación densa, era detectable desde ocho kilómetros de distancia.

La noche del 18 al 19 de septiembre, el Eureka del coronel Franks saldría triunfante, al igual que los sufridos habitantes de Moussey.

La única ZD factible que no se hallaba en manos enemigas era un pequeño campo ubicado al norte en las afueras del pueblo de Moussey, el cual estaba rodeado por el bosque. Inmediatamente al norte se encuentra el crestón de 700 metros de altura que domina el paisaje de Moussey, el cual se halla envuelto en niebla gris y lluvia la mayor parte del tiempo. Al sur y al este hay más picos y crestas (Côte du Mont, Côte des Chênes, le Roitelet) de altura similar.

Las tripulaciones de la RAF tendrían que volar hasta un parche de pasto de menos de 150 metros cuadrados, emparedado entre altos picos que miraban desde todos lados. Llevar a los Halifax a salvo hasta allí sería una proeza de vuelo, sin contar las múltiples pasadas a 300 metros, soltando provisiones y vehículos Jeep en paracaídas.

Los lugareños de Moussey sabían que un «*parachutage*» o un «*dropage*» estaba en el horizonte y que el SAS requería voluntarios para ayudar a recuperar las cargas y llevarlas hasta su rocosa fortaleza. A pesar del riesgo, vinieron en multitud. Los lugareños fueron arreados por Etienne y el resto de su banda de guerreros viejos y mañosos.

De acuerdo con el capitán Druce, quien había trabajado de cerca con los maquis de Etienne, «Etienne y sus 30 hombres eran de primera clase. Etienne mismo era un muy buen líder».

Esa noche Etienne parecía haberse superado a sí mismo. La población completa de Moussey parecía fluir por el pasto iluminado por la luz plateada de la luna, obviando el hecho de que había tropas alemanas estacionadas a no más de kilómetro y medio de allí. Esta demostración de la solidaridad de los lugareños sirvió para levantar enormemente los ánimos de los hombres del SAS. Ellos sabían el sufrimiento por el que pasaba la gente de los Vosgos y a muchos de ellos les preocupaba poderosamente.

Como era su costumbre, Etienne y sus hombres trajeron con ellos varias botellas de *eau de vie* (agua de vida), un destilado espirituoso local, para «espantar la humedad y el frío». Gritaron sus bienvenidas a los amigos y familiares a lo largo de la extensión de la ZD, oscura como la noche, mientras las botellas pasaban de mano en mano.

No había nada que las fuerzas británicas pudiesen hacer para calmar los ánimos,

aunque lo deseaban. En cierto punto, Chris Sykes advirtió a Etienne que el ruido de verdad tenía que parar. El cabecilla de los maquis concordó enseguida.

«¡*Silence!*!». Rugió por el campo. «¡*Tais-toi! ;Un peu de discipline, ou je te claque!*!». (¡Silencio! ¡Un poco de disciplina o los abofetearé yo mismo!).

Una ronda de estridente aplauso siguió a su amenaza.

Pero ante la primera señal de los motores de los aviones que se aproximaban, la ZD cayó en calma. Un silencio expectante se instaló mientras los señaladores encendieron sus antorchas en el terreno. El primero de los Halifax respondió y dio la vuelta a una altitud menor. Cuando bajaban los primeros paracaídas, los lugareños comenzaron a comentar: «*Ce sont des hommes*». «*Ce sont des conteneurs*». «*Ce sont... ;un jim!*».

Esperaban hombres (*hommes*) y contenedores, pero el primer *jim* (un Jeep) descendiendo bajo sus cuatro paracaídas era una visión en verdad milagrosa. Mientras las cargas caían con el claro crujir de las ramas y un solitario Jeep planeaba hacia tierra, la gente se dispersó en todas direcciones para recuperar el material de guerra.

Momentos después, la voz de Etienne sonó de nuevo: «¡*Mon colonel! ;Ici il y a un jim suspendu dans les arbres!*» (¡Mi coronel! ¡Aquí hay un Jeep atascado en los árboles!).

Para la segunda y la tercera pasadas que hizo la aeronave, los repetidos lanzamientos habían difundido el caos en el campo. Varias personas iban de aquí para allá en busca de los paracaídas faltantes. Los martillos resonaban al abrir los contenedores y el ruido hacía eco a través del silencioso valle. Hacia el extremo norte de la ZD, podía verse una víbora humana serpenteando hacia el interior del bosque, moviéndose con dirección a la base del SAS. Cada figura, cual hormiga, llevaba encima una carga aplastante.

Al pasar las horas, el cansancio mató la discreción. Los gritos de Etienne y sus compañeros se volvieron más descarados y llamativos, mientras procuraban las cargas que habían caído más allá dentro del bosque. Las figuras exhaustas se tambaleaban cuesta arriba, bajo su cuarta o quinta carga, y, en un extremo de la ZD, cargaban el primero de los preciados Jeep hasta el tope con el equipo más pesado.

Se esperaban seis Jeep, pero la entrega se limitó a tres debido a las condiciones de vuelo adversas. De esos tres, uno aterrizó perfectamente en el mero centro de la ZD. El segundo se desvió levemente hacia un lado del valle. Pero el tercero perforó en las profundidades del bosque. Quedó reposando en un ángulo extraño, enganchado en unas ramas, y se le salió todo el aceite.

Lou Fiddick fue enviado para intentar rescatarlo: «Vaya que teníamos una tarea difícil. Tenía una cantidad de franceses conmigo para ayudarme a salvar este Jeep... Finalmente logramos bajarlo, pero fue un trabajo duro... Aún peor fue deshacernos del

paracaídas para que los alemanes no supieran que habíamos estado allí. Estaba todo enredado en las ramas».

Cuando el primero de los tres vehículos era conducido por el tortuoso camino que se dirigía al reducto del SAS en Basse de Lieumont, la puerta de una casa solitaria se abrió y les ofrecieron una comida caliente a los hambrientos soldados.

Todos los lugareños sabían de los *droppages* y había pocos en Moussey que no estuvieran al tanto del lugar donde el coronel Franks había hecho su nuevo cuartel general. Lo increíble es que nadie en este pueblo había pensado en delatar a las fuerzas británicas.

Una vez que los Jeep fueron instalados a salvo en el denso y abrupto bosque, había mucho por hacer para dejarlos listos. Las armas debían limpiarse y probarse, pues habían sido colocadas y engrasadas en la parte trasera de los vehículos. Los cargadores debían volver a cargarse, pues algunas municiones se habían atascado. El Jeep que aterrizó en los árboles necesitaba una inyección de aceite nuevo y, aun después de esto, había que reparar los frenos.

Con el primer vehículo listo, el coronel Franks estaba ansioso por lanzar ataques relámpago a lo largo de la mayor extensión posible de los Vosgos. Al hacerlo, buscaba dar la impresión de que la vanguardia de las fuerzas estadounidenses había roto las líneas alemanas. Esto regaría el pánico y el miedo entre las filas enemigas y así contribuiría al derrumbe de sus líneas.

Esa, al menos, era la teoría, y la apoyaba un mensaje de radio recién llegado. «Recibimos un mensaje que decía que se esperaba que los estadounidenses alcanzaran nuestra área para el 19», anotó el coronel Franks en el diario de guerra. «Por lo tanto decidí desplegar mis fuerzas de la manera siguiente...».

Dos patrullas de seis hombres fueron enviadas para acosar al enemigo a pie. El resto de su fuerza (excepto un pequeño elemento del cuartel general) tomaría los Jeep bajo las órdenes directas de Franks y conducirían hacia el combate.

El 19 de septiembre fue el día que llegaron los primeros Jeep. Si la inteligencia estaba en lo correcto, entonces las fuerzas estadounidenses se hallarían en el umbral de Moussey. Era el momento de lanzarse en una ofensiva muy visible. Franks advirtió a sus hombres que se prepararan para la llegada estadounidense y que estuvieran alertas de las fuerzas amigas; no querrían dispararle a su propio bando.

Pero, en realidad, había sucedido una falla importante en su inteligencia o sus comunicaciones, probablemente ambas. Luego de un veloz avance en los días previos, las fuerzas del general Patton se encontraban estancadas nuevamente. Ahora mismo, a fines de la tercera semana de septiembre, los tanques, los transportes de personal, los

camiones y la artillería autopropulsada se dirigían a ninguna parte, pues la resistencia que hallaron a lo largo de la pared occidental de los Vosgos resultó mucho más feroz de lo que habían anticipado los comandantes aliados.

«Los alemanes parecían querer prevenir a toda costa el cruce de la cresta de los Vosgos», registró un documento del 7º Ejército de Estados Unidos. «Habían instalado un plan de fortificaciones... Miles de jóvenes pertenecientes las Juventudes Hitlerianas, más jóvenes de Alsacia de 12 a 15 años reclutados a la fuerza, habían sido obligados a trabajar en las primeras trincheras...».

La Organización Todt (una reconocida empresa de «ingeniería civil», nombrada en honor a su fundador, el nazi de alto rango Fritz Todt) había supervisado la construcción de las defensas de los Vosgos. Para septiembre de 1944, la Organización Todt tenía 1.4 millones de trabajadores forzados bajo su control, de los cuales 1% eran alemanes rechazados para el servicio militar; el resto eran prisioneros de guerra y trabajadores obligatorios de los territorios ocupados, incluyendo niños.

«Numerosas piezas de artillería han sido llevadas al frente», continuaba el reporte del 7º Ejército estadounidense. «Han minado todos los puentes que cruzaban el Meurthe. Centinelas cuidan esos puentes día y noche. Todos los caminos que cruzan el Meurthe están... cortados en dos y a veces en tres lugares, por trincheras largas y profundas cubiertas por pesadas planchas, formando así barreras antitanques. Incluso estos últimos puentes estaban minados y vigilados».

«Trajeron a este sector nuevas tropas que suman tres divisiones: una blindada, una motorizada y una de infantería. El tráfico ocurre casi exclusivamente de noche y ha sido abundante en hombres, material y columnas de abastecimiento. La llegada de tanques pesados (Panther y Tiger) indica que los alemanes no se conformarán con permanecer a la defensiva, sino que aprovecharán el momento preciso para lanzarse a la ofensiva».

Para finales de septiembre de 1944, los ejércitos de Patton se habían topado con un segundo enemigo, además de las defensas tendidas a lo largo de los Vosgos. Durante las semanas posteriores al Día D una extraordinaria iniciativa estadounidense había mantenido en movimiento a las filas blindadas bebedoras de gasolina de Patton. El Expreso Bola Roja (nombrado por una expresión ferroviaria; darle «bola roja» a algo era acelerarlo) era un sistema de convoyes de camiones diseñado para mantener las provisiones fluyendo después del Día D, sin importar cómo.

Las rutas prioritarias marcadas con el símbolo de Bola Roja se habían tendido a través de la Francia liberada, cerradas para todos excepto el tráfico militar. Unos 6 000 camiones marcados de manera similar trabajaban con el lema de la Bola Roja

(¡Manténgalos en marcha!)* conduciendo día y noche desde y hacia todas las líneas del frente.

Pero en un día de operaciones promedio las fuerzas de Patton consumían unos tres millones de litros de combustible. Para fines de septiembre de 1944, ya habían superado incluso el alcance de los camioneros de Bola Roja.

En el último esfuerzo por los Vosgos, las fuerzas del general Patton se habían varado debido a la escasez de combustible. Pero por alguna razón, muy probablemente la siempre presente «niebla de guerra», el coronel y sus hombres no habían recibido advertencia alguna al respecto. Muy por el contrario, les habían dicho que esperaran a que la caballería estadounidense apareciera montando sobre los cerros en cualquier momento.

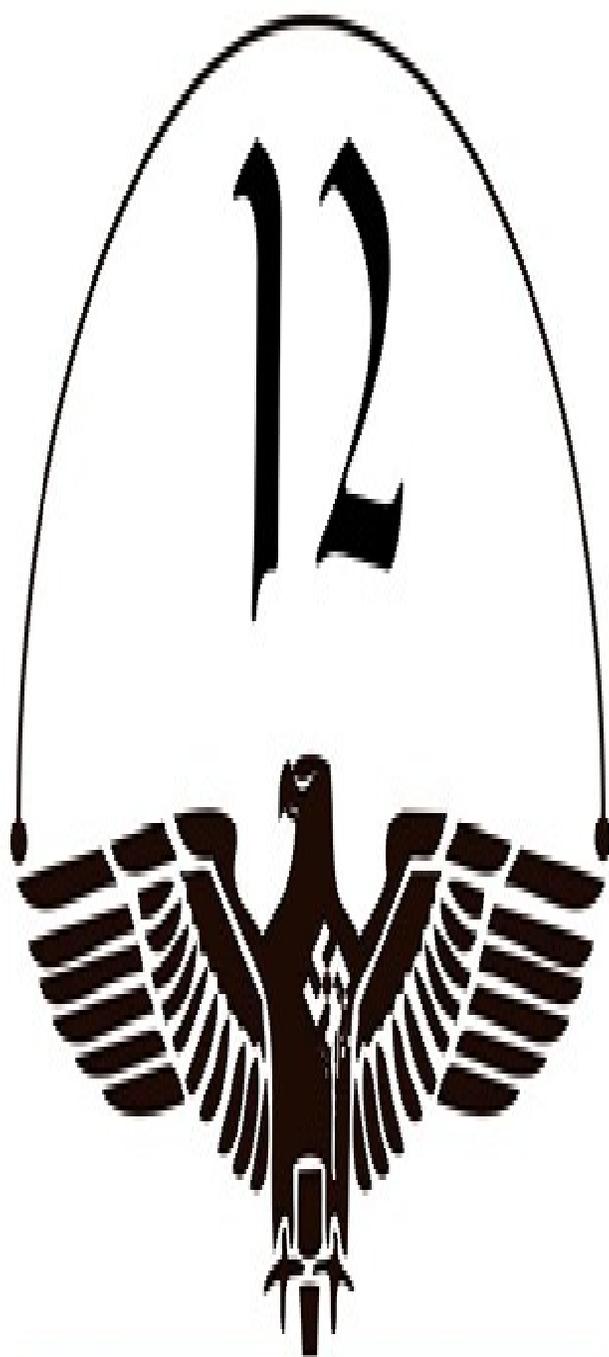
«El nexo entre las ramas de inteligencia era marcadamente imperfecto», comentó Chris Sykes. «En consecuencia, recibimos instrucciones de prepararnos para un avance que, de hecho, había sido cancelado».

En realidad, las fuerzas del general Patton no podrían cruzar los Vosgos en más de un mes. En el ínterin, el coronel Franks y sus hombres conducían hacia una muy solitaria guerra de un solo lado.

NOTAS

* En inglés GP suena «yi pi». [N. de T.]

* «Keep 'em rolling!» [N. de T.]



capítulo

A las seis de la tarde del 21 de septiembre, el coronel Franks salió al frente de la primera misión en Jeep desde la base «bandida» del SAS. El coronel iba detrás del volante del primer vehículo, con el mayor Power como su artillero principal y Roger Souchal de guía. El teniente Dill manejaba el segundo Jeep con tres hombres colocados detrás de las formas amenazantes de las ametralladoras mellizas Vickers.

Mientras caía la oscuridad, se escabulleron a través del pueblo de Moussey; viraron a la izquierda y luego a la derecha, serpenteando tortuosamente por un angosto camino entre cerros afilados. Se dirigían a La Petite Raon y Vieux-Moulin, donde la partida de avanzada se había lanzado originalmente. Habían recibido reportes de que los alemanes tenían una unidad de tanques apostada en el bosque y el coronel Franks estaba decidido a cazar esos valiosos objetivos.

Seguramente, las huellas distintivas de los tanques Tiger se hallaban en la carretera hacia Vieux-Moulin. El Tiger alemán era un gigante de 55 toneladas que hacía gala de un cañón principal de 88 mm, ametralladoras de 7.62 mm. además de un blindaje de 120 mm de grosor. No había nada que llevaran los dos Jeep que pudiese tan siquiera clavarle un diente, a menos que los hombres del SAS se acercaran lo suficiente para arrojar una bomba Gammon en la torreta abierta del tanque o llenarla de granadas.

El coronel Franks se detuvo en Vieux-Moulin para pedir información a los lugareños. Le dijeron que cinco tanques Tiger se hallaban estacionados en las cercanías, escondidos entre el denso follaje. La única manera de atacar un objetivo tan poderoso era lanzar una emboscada mientras los tanques se hallaran apagados y las tripulaciones en descanso. Si lograban matar o dispersar a los suficientes «tanquistas» alemanes, tal vez podrían acercarse lo suficiente para destruir su blindaje.

El coronel Franks y el mayor Power se dirigieron hacia el interior del bosque en un reconocimiento a pie, para averiguar si los Tigers podían atacarlos por la retaguardia. Desde el cubierto de los árboles localizaron lo que parecían centinelas alemanes y la silueta de un tanque Tiger bien camuflado. El sonido ahogado de un martilleo resonaba desde el bosque oscuro. El acero golpeaba contra el acero en tanto las tripulaciones de los tanques llevaban a cabo lo que sonaba como reparaciones a la carrera. Aquí y allá podían ver el brillo de los cigarrillos entre los árboles.

Los dos comandantes del SAS regresaron a sus Jeep. Trabajando a partir de lo que recién habían visto, condujeron sus dos vehículos hacia donde pensaron que se situaba

el primer Tiger. Los Jeep gatearon por un sendero forestal, apenas moviéndose a vuelta de rueda para enmascarar el ruido de su acercamiento. Cuando se hallaron a 90 metros de la posición alemana, se estacionaron con las armas listas y encendieron ambos equipos de faros de niebla a máxima potencia.

Con el resplandor de la iluminación esperaban detectar el movimiento de las tripulaciones de los tanques que reaccionarían ante la intempestiva luz cegadora. Lo más seguro era que creyeran que se trataba de una fuerza amiga, pues la sola idea de que los soldados británicos anduvieran conduciendo un automóvil por los Vosgos les parecería ridícula a los alemanes en este momento.

Los dos equipos de iluminación hirieron la penumbra. Detrás de ellos en la oscuridad, varias figuras se agazaparon expectantes detrás de las Vickers gemelas. La fuerza de Franks repitió esta maniobra en dos ocasiones, pero en ninguna lograron observar movimiento entre los árboles ni respuesta alguna. La unidad de tanques Tiger resultaba notablemente elusiva; simplemente parecía haber desaparecido.

Al fin, el coronel dio la señal de retirada. Eran requeridos en la ZD de Moussey. Una segunda entrega aérea estaba programada para esa noche; esta traería tres Jeep más para sumar los seis que había solicitado el coronel del SAS.

Mientras se retiraban, Franks tomó nota de la posición de los tanques Tiger. La enviaría por radio al SFHQ, pidiendo que un vuelo de bombarderos de la RAF atacara el bosque donde ocultaban el blindaje pesado. Condujeron de vuelta a la ZD de Moussey, y recibieron los otros tres Jeep sin mucho drama o incidentes. El coronel del SAS ahora tenía suficientes vehículos para hacer a su fuerza verdaderamente móvil.

Al atardecer del día siguiente, los hombres de la operación Loyton removieron la pantalla de ramas con la que habían camuflado sus Jeep y salieron en convoy. Seis vehículos tripulados por 21 combatientes partieron de su base escondida, con los motores gruñendo y las velocidades rechinando mientras bajaban por el áspero y lodoso camino. Avanzaron hacia el sur en dirección a Moussey y el humo de diésel colgaba espeso y pesado sobre el aire frío y húmedo.

El coronel Franks iba al volante del vehículo líder, con el cabo Kubiski como artillero frontal, el soldado Mason de mecánico y Chris Sykes como artillero trasero y navegador. El teniente David Dill comandaba el siguiente Jeep en la línea, con el sargento de escuadrón mayor *Chalky* White en la Vickers frontal y el cabo Austin como su artillero trasero. El mayor Peter Power y el capitán Druce iban detrás del volante de los otros dos vehículos, cada uno con su equipo de artilleros y operadores de radio.

«Los seis Jeep salieron juntos a las 17:00 horas, cruzaron el valle vía Moussey y se dirigieron a los bosques de Celles», consignó el coronel Franks en el diario de guerra. «Hicimos puerto para pasar la noche en V 447841».

A la mañana siguiente, el coronel Franks dividió sus fuerzas en tres unidades. Envío dos vehículos bajo las órdenes de Druce a reconocer la carretera que llevaba a Moyennoutier, un pueblo a unos 30 kilómetros al oeste de Moussey. El mayor Power, junto con otros dos Jeep, fue enviado al norte a reconocer la principal ruta de abastecimiento que corría a través del valle de Celles, mientras el coronel Franks se quedó con los últimos dos vehículos.

La fuerza del mayor Power fue la primera en atacar. Alcanzaron el camino que corta a través del valle de Celles y se detuvieron en un cruce importante. Era un lugar de primera para una emboscada, pues el tráfico se vería forzado a detenerse para negociar la intersección.

Se colocaron en un claro donde podían esconder los Jeep debajo de la espesa maleza, pero aún podían sacar las Vickers a relucir y apagaron los motores. Aguardaron con sus siete ametralladoras de .303 pulgadas apuntando a la carretera, además de una Bren solo por precaución.

El mayor Power había pasado la mejor parte de un mes infernal intentando unirse a la partida de la operación Loyton en las profundidades de los Vosgos. Mientras se jorobaba sobre las Vickers gemelas montadas al frente, con su vista puesta en las miras ubicadas sobre los cilindros de municiones encaramados en la parte superior de la ametralladora, sintió que su persistencia rendiría frutos el día de hoy.

Fuera de su vista, un motor gimio. El conductor bajaba las velocidades una a una en tanto que se detenía para la intersección. El mayor Power se puso tenso. El vehículo se aproximaba por el este, dirigiéndose a Raon-l'Étape, que se hallaba a ocho kilómetros de distancia. Solo podía tratarse del enemigo, pues durante los cuatro largos años de ocupación los lugareños solo tenían permitido viajar en carruajes tirados por caballos o bueyes.

Un capó esbelto y elegante dio la vuelta en la esquina más lejana, pulcro y reluciente a la luz de la mañana. Un automóvil de comandantes apareció a la vista, con una cruz negra superpuesta a una blanca que adornaba la puerta: el signo de la Wehrmacht. Los dedos del mayor Power se tensaron en los gatillos gemelos de las Vickers hasta ponerse blancos.

Pronto.

Siguió el acercamiento del vehículo por sus miras. Bajó la velocidad a 15 kilómetros por hora para franquear la intersección, haciéndolo un blanco fácil. Fue entonces

cuando el mayor del SAS escuchó más vehículos aproximándose desde la misma dirección. Su corazón se detuvo por un instante. Increíblemente, un segundo automóvil de comandantes dio la vuelta a la esquina. Claramente viajaba en caravana con el primero.

El mayor Power dejó que el primer vehículo dejara atrás su escondite. Bien ubicados detrás de los árboles y en las sombras, él y sus hombres serían invisibles para los que pasaran por la carretera. En tanto que él amenazaba al primer vehículo con sus ametralladoras gemelas, hizo una señal para que los demás atacaran el auto de atrás. Luego, como por arte de magia, un tercer automóvil dio vuelta a la esquina, gordo, reluciente y pidiendo que lo atacaran.

¿Cuáles eran las probabilidades? Para su primera emboscada a bordo de los Jeep en los Vosgos, tres vehículos repletos de oficiales alemanes habían caído en las fauces del SAS como corderos en el matadero.

El gruñido de un motor diésel más pesado alertó al mayor Power de que se acercaba un cuarto vehículo. La «cola» del convoy resultó ser un camión alemán de tres toneladas; sin duda llevaba las tropas que escoltaban a los oficiales de los otros autos. El mayor del SAS calculó que aún podrían darle al primer auto en el tiempo que le llevaría al camión entrar en rango de tiro.

Aguantó hasta el último momento. Sus hombres sabrían disparar después de él, así que no necesitaba pronunciar orden alguna. Cuando el vehículo líder estaba a punto de dar la vuelta a la esquina más lejana y desaparecer de su vista, el mayor Power inició el tiroteo. Los hocicos mellizos escupieron fuego. A las primeras balas les tomó apenas un quinto de segundo cruzar los 180 metros que separaban su Jeep del automóvil de los oficiales nazis.

Las balas atravesaron la carrocería y los vidrios rotos. El mayor Power mantuvo su dedo apretando el gatillo, mientras que a su alrededor las Vickers rugían y centelleaban de furia. Balanceando las Vickers en su montura giratoria, barrió el vehículo líder desde el capó hasta la cajuela con una devastadora lluvia de fuego. Para cuando hubo vaciado sus dos cargadores de 60 tiros, no se veía ninguna persona moviéndose dentro del vehículo.

En cuestión de segundos, los tres vehículos se habían detenido. Cada uno había sido perforado con hoyos dentados y mellados, como un colador. El mayor Power alcanzó los cargadores vacíos y los reemplazó. A la mitad de su segundo cargador, el auto del frente era un desastre: descansaba sobre la carretera con las llantas ponchadas y llamas saliendo de la parte trasera.

Las municiones trazadoras habían horadado el tanque de combustible. En cualquier

momento el vehículo estallaría en llamas. A los dos automóviles que iban detrás y al camión les fue un poco mejor. Solo se vio salir de los vehículos a una figura que fue reducida de inmediato por la solitaria Bren. El mayor Power hizo la señal de cese al fuego.

Para ahora, casi 2 000 tiros habían dado en los cuatro vehículos, varios a corta distancia, y los automóviles y el camión estaban hechos pedazos. En el silencio ensordecedor que siguió se podía escuchar el gruñido de otros motores más allá de la retaguardia del convoy. El segundo Jeep del SAS estaba ubicado un poco más arriba que el primero, y el artillero trasero levantó la alarma. Detrás de los vehículos atacados podía ver otros cuatro camiones y era muy probable que vinieran otros más detrás de ellos.

El mayor Power pensó que habían hecho su tiroteo de forma admirable, pero la sorpresa se había perdido y era tiempo de largarse de allí. Bajó su arma, encendió el motor del Jeep y pisó el acelerador a fondo, guiando al otro vehículo en una carrera a través de las montañas, de vuelta a su guarida en el bosque. Mientras esto sucedía, un convoy de 25 camiones iba detrás de los automóviles de los oficiales. En efecto, el mayor Power había sido inteligente al sacar sus Jeep cuando lo hizo.

Detrás de ellos, una columna de humo aceitoso se elevó sobre la carretera del valle de Celles, donde ardían los cuatro vehículos acribillados. En camino a su escondite, el mayor Power se reunió con el coronel Franks y le dio las buenas nuevas: tres automóviles de oficiales destruidos. Los dos Jeep del capitán Druce también se reunieron con ellos a salvo. Druce también había visto acción, a pesar de que su blanco dejó mucho que desear.

Además de requisar todo vehículo motorizado, los alemanes habían incautado las bicicletas de los franceses para formar patrullas ciclistas. Por lo tanto, cualquier ciclista en el camino debía ser alemán, igual que cualquier vehículo motorizado estaría definitivamente conducido por el enemigo. O eso habían pensado los hombres del SAS. Pero en Moussey había una excepción.

Quizá porque lo usaba en muy raras ocasiones, lo que significaba que los alemanes nunca se dieron cuenta de que lo tenía, el alcalde de Moussey se las había arreglado para conservar un automóvil... de algún tipo. Era una antigua y diminuta berlina Detroit Electric, parecida a un carruaje con un motor eléctrico en lugar de los cuatro caballos. Diseñado en 1907, fue uno de los primeros automóviles eléctricos que se construyeron; contaba con una batería sellada de plomo y ácido que brindaba un rango de 128 kilómetros a una velocidad de 32 kilómetros por hora.

Cuando se montaban emboscadas, especialmente en los angostos caminos de los

Vosgos, había muy poco tiempo para analizar un vehículo aproximándose. Se tenía que tomar decisiones en un abrir y cerrar de ojos. Druce había hecho eso en la mañana del 23 de septiembre y el vehículo recibió todo el poder de las ocho ametralladoras Vickers. En cuestión de segundos la berlina del mayor dejó de existir, pues fue hecha pedazos por un barrido de municiones antiblindaje y rondas trazadoras.

Por un milagro increíble, el alcalde logró rodar al exterior de la destrucción y clavarse en una zanja a la orilla del camino. Cuando cayó en cuenta de quiénes eran los que lo atacaban, sacó su pañuelo blanco y lo ondeó por encima de la zanja, pero para ese momento Druce había sacado a su fuerza, dándose a la fuga de la escena del ataque.

Era de noche en el escondite del SAS cuando Sykes se enteró de la verdadera naturaleza del objetivo de Druce. Hablaba con Albert Freine y llamó de inmediato al coronel Franks tan pronto como el guardabosque mencionó lo sucedido. Albert repitió la historia a detalle. Los semblantes de Franks y Sykes se tiñeron de preocupación. El alcalde de Moussey era uno de sus aliados más leales; Dios no quisiera que Druce lo hubiese matado.

El discurso de Freine (repleto de advertencias severas) se interrumpió con el silbido de uno de los centinelas. Habían detectado a una persona subiendo laboriosamente hacia su posición. Freine dijo que conocía a ese hombre y bajó para traerlo. Era un mensajero del alcalde, quien, al parecer, estaba vivo y coleando.

Envío dos botellas de su mejor champaña junto a la siguiente nota: «*¡Merci por la salve tirée en mon honneur ce matin!*» (¡Muchas gracias por las salvas disparadas en mi honor esta mañana!). En cuanto al alcalde, no había resentimientos, particularmente porque no tenía ningún rasguño.

Las probabilidades de emboscar la berlina del alcalde eran tan altas como las que tenían las fuerzas del mayor Power de eliminar tres autos de oficiales alemanes en un solo golpe; ambos fueron momentos absolutamente fortuitos, al menos en el caso del alcalde, pues había escapado a salvo y con su buen humor intacto.

Pero el devastador golpe del mayor Power en la carretera al norte de Celles-sur-Plaine agitó el avispero. No puedes destruir tres automóviles llenos de comandantes alemanes sin consecuencias significativas. Hablando prácticamente, la ruta del ataque estaba cerrada para cualquier «jeepero», como lo llamaban los hombres del SAS, al menos hasta que se calmaran las aguas.

Pero el coronel Franks estaba ansioso por más acción. Decidió dirigirse a campo traviesa, utilizando los senderos forestales para rodear el punto de la emboscada del mayor Power, en un esfuerzo por alcanzar Allarmont, el cual se ubica en el extremo

noreste del valle de Celles. De ese modo, podría golpear la principal carretera de abastecimiento por segunda vez, antes de fundirse de vuelta en los montes.

Eligió su ruta a partir del mapa del Club Alpino de Francia, que usaban los elementos del SAS. Esos mapas, producidos por el renombrado club de montañismo francés, habían resultado los más detallados y precisos que se podía hallar. Pero los senderos que eligieron estaban en el límite de lo transitable. Los dos Jeep se arrastraron cuesta abajo después de una difícil travesía por las tierras altas y dieron con el camino principal solo para caer en cuenta de que no había vuelta atrás.

«El camino de bajada por el que veníamos estaba demasiado empinado para regresar», anotó el coronel Franks en el diario de guerra. «El pueblo de Allarmont estaba fuertemente ocupado por el enemigo y mi sendero llevaba al camino principal, a solo tres kilómetros de donde el mayor Power había efectuado su emboscada».

El coronel Franks se halló ahora en la ruta principal de abastecimiento con dos Jeep, incapaz de volver a campo traviesa y emparedado entre una aldea fuertemente guarnecida por un lado y el sitio de la devastadora emboscada del mayor Power por el otro. Su posición era buena para una emboscada, pero antes necesitaban localizar la prioridad más vital en las emboscadas: una ruta de escape viable.

Franks eligió en el mapa un camino que lucía prometedor. Condujeron hacia el oeste por la carretera principal, lo hallaron e hicieron un reconocimiento de un cuarto de kilómetro. El camino parecía bueno y transitable en Jeep. Con la ruta de escape elegida, regresaron a la carretera principal y tomaron sus posiciones de emboscada. Sin embargo, debieron haberlos visto cuando lo hacían, pues varias ráfagas de fuego estallaron desde una casa al otro lado de la carretera.

Ocho ametralladoras Vickers viraron en esa dirección y desataron el infierno. Las municiones antiblindaje cortaron los gruesos muros de piedra del edificio e hicieron huecos del tamaño de un puño en las puertas y los marcos de las ventanas. Cuando los Jeep cesaron el fuego, las armas enemigas se habían silenciado. Pero, en la quietud que siguió, los hombres del SAS escucharon a la infantería alemana bajando de sus vehículos en cada flanco de su posición.

Habían dado su golpe; era tiempo de correr.

Se dirigieron a su ruta de escape a alta velocidad. Los dos Jeep volvieron al camino, pero las ruedas traseras del vehículo de Franks se patinaron en el lodo. Las llantas rugosas se agarraron un momento, antes de que la parte trasera perdiera tracción y girara completamente. Luego el vehículo chocó contra una zanja y se volcó. Momentos después quedó sobre su inexistente techo, con las ruedas girando inútilmente en el aire.

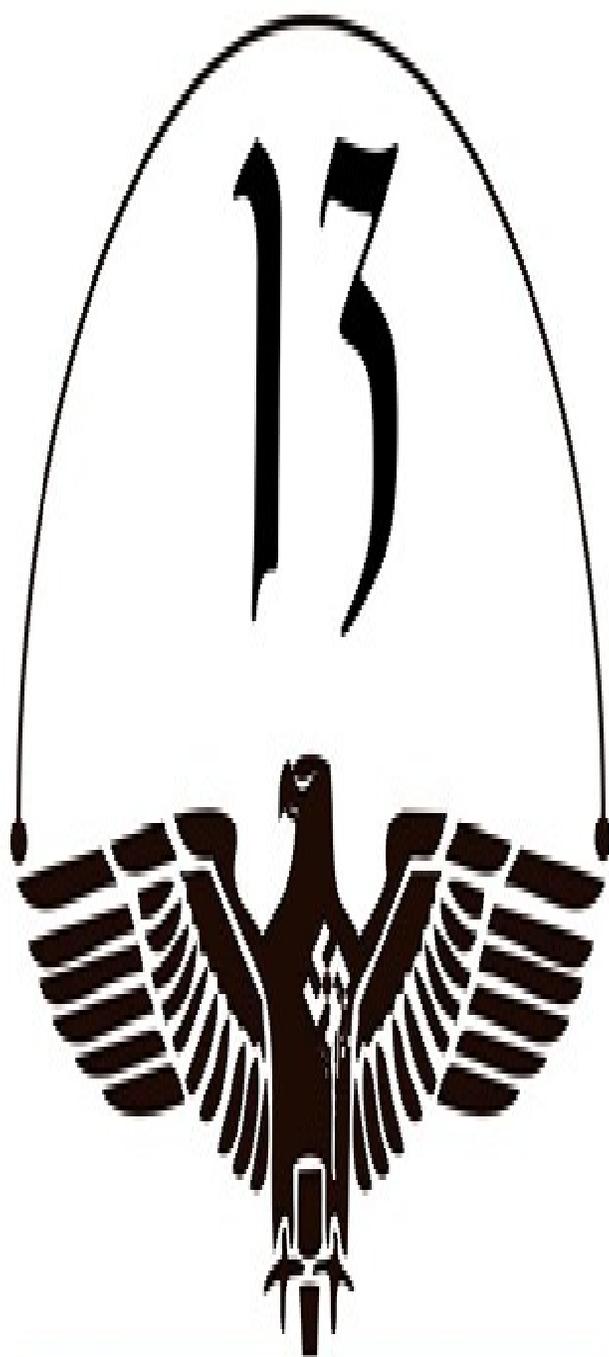
Afortunadamente, Franks y sus hombres salieron indemnes, pero había poco tiempo

para quedarse e intentar enderezar el Jeep. Podían escuchar los gritos de los enemigos persiguiéndolos, así como el timbre de las botas con clavos sobre la carretera.

Franks y sus hombres se treparon al capó de uno de los Jeep buenos y, con el teniente Dill al volante, subieron por el sendero hacia las tierras altas, aferrándose a cualquier cosa que pudiesen hallar. Las llantas fuertemente acanaladas pasaron por la tierra comiéndose el terreno.

A pesar de haber perdido un Jeep, todo iba muy bien, hasta que Dill dio vuelta en una esquina y se vio forzado a pisar el freno hasta el fondo. Adelante, el camino estaba bloqueado con árboles caídos. Atrás, su ruta bullía de enemigos. El coronel Franks, el teniente Dill y sus hombres no tuvieron otra opción más que abandonar el único vehículo que les quedaba.

Partieron a pie con el enemigo pisándoles los talones, corriendo hacia la incierta seguridad de las tierras altas.



capítulo

Mientras el comandante del 2º SAS y su pequeña banda se apresuraban hacia las alturas sobre el valle de Celles, la operación Waldfest estaba a punto de infligir su terrible venganza sobre los lugareños de los Vosgos. Después del ataque del teniente Marx en suelo alemán, el descarado ataque del mayor Power fue lo mismo que un trapo rojo para un toro. Si algo desmentía la efectividad de Waldfest, eso era un puñado de paracaidistas británicos que andaban en Jeep alrededor de los Vosgos volando en pedazos cualquier cosa que eligieran.

Ahora el SAS llevaba seis semanas en el terreno, tiempo suficiente para que las SS y la Gestapo los hubiesen cazado. En eso habían fallado. Pero habían hecho bien su tarea y tenían una buena idea de exactamente a quién se enfrentaban. Los reportes de inteligencia alemanes de ese tiempo muestran que Isselhorst y sus compinches habían llegado a conocer a su enemigo hasta un grado de detalle considerable.

A partir de órdenes y papeles capturados, se ha averiguado que el servicio de inteligencia del enemigo ha tratado de infiltrar agentes individuales y en grupos, y de armar equipos de la Resistencia en la retaguardia del frente alemán actual. En este trabajo las tropas del SAS compartirían el papel principal con agentes especiales de espionaje.

Cuando las tropas saltan, van equipadas con todo lo necesario para esta penetración. Además del equipo y las armas que el paracaidista lleva consigo en su mochila de salto, se lanzan contenedores cargados de las usuales provisiones de comida, armamento extra, municiones, explosivos... La intención es la interrupción de las vías ferroviarias, así como la destrucción de los puentes, intersecciones de tráfico y comunicaciones telefónicas.

Los arquitectos de Waldfest también habían llegado a saber quiénes eran sus adversarios exactamente. «Hasta este momento hay tres regimientos del SAS que pertenecen a la 1ª Brigada del SAS», declaraba el reporte de inteligencia alemán. «El comandante de la Brigada es un tal McLeod. El comandante del 1º Regimiento del SAS es el coronel Kaine. El comandante del 2º Regimiento del SAS es el coronel Franks».

El general brigadier Roderick McLeod era en efecto el comandante de Brigada del SAS. El 1º Regimiento del SAS estaba comandado por el coronel Blair *Paddy* Mayne; no

era el «Kaine» que reportaban los alemanes, pero estaban cerca. Y por supuesto el «coronel Franks» era el comandante del 2º SAS y el hombre en el terreno de los Vosgos que estaba orquestando todo el alboroto.

Con base en documentos capturados e interrogatorios de prisioneros, el *standartenführer* Isselhorst había alcanzado a sopesar qué tan real era la amenaza que encaraba. «La experiencia ganada en las campañas en ITALIA y FRANCIA muestra que los miembros del SAS están entrenados especialmente para este tipo de trabajo. Sus actividades son en extremo peligrosas. La presencia de unidades del SAS debe reportarse inmediatamente a las divisiones pertinentes».

En cierto sentido, Isselhorst y su gente exageraron el peligro representado por el SAS en los Vosgos. Alrededor de 50 Fuerzas Especiales podían causar ese caos y ruina, pero ese mismo miedo y falta de certeza ante el mito de los vengadores de la daga alada tal vez sería su mayor recurso en los Vosgos. Miles de tropas alemanas habían sido reclutadas para la cacería de unas pocas decenas de agentes del SAS y eso los mantenía lejos de reforzar las defensas de los Vosgos y resistir el avance de Patton.

Como consignó Franks en el diario de guerra: «En general los alemanes parecían muy temerosos de nosotros. A juzgar por reportes locales, nuestras cifras habían sido exageradas... Antes de que nos hallaran en el área de Moussey comenzaron a visitar cada una de las granjas del bosque [de Celles] y a alojar soldados en ellas. Si tenían alguna sospecha, asolaban la casa hasta la tierra y mataban a sus ocupantes».

La adopción de las operaciones en Jeep fue un golpe maestro. A los ojos del enemigo, el SAS debía ser una fuerza grande y potente, pues ¿de qué otro modo se arriesgarían a andar lanzando ataques relámpago en el corazón del territorio enemigo? Con seguridad solo una fuerza actuando desde una posición poderosa haría tal cosa. Era tan descarada que hablaba de una potencia militar seria, o eso aparentaba.

Franks anotó en el diario de guerra: «Es bastante seguro que la aparición de los Jeep asombró e irritó a los alemanes y los hizo redoblar sus esfuerzos para destruir nuestra partida».

Para los *orquestadores* de Waldfest era razonable que esos Jeeps necesitarían una base de operaciones y también parecía razonable que algunos de los habitantes de los Vosgos *debían* saber quiénes eran estos atrevidos operadores y desde dónde operaban exactamente.

Como el SAS no había sido hallado por medios «normales» (búsquedas de tropas, sobrevuelos de aeronaves, rastreo de sus señales de radio e interrogatorio de prisioneros), el puño de Waldfest estaba a punto de caer con todo su peso sobre los

sospechosos de «encubrir» a este enemigo «extremadamente peligroso». Así, el pueblo de Moussey se halló en la mira del *standartenführer* Isselhorst.

La primera vez que las fuerzas de la operación Loyton supieron de las salvajes medidas tomadas en Moussey fue cuando el capitán Henry Carey Druce sin querer fue a dar en medio del asunto. Era la tarde del 24 de septiembre de 1944 y Druce volvía en Jeep de La Petite Raon, donde había estado buscando blancos oportunos. En tres puntos (La Petite Raon, Le Puid y Le Vermont) su patrulla Jeep se encontró con el enemigo, abrió fuego desde las Vickers K y mató a algo así como una docena de soldados alemanes.

Hablando de las operaciones en Jeep de Druce, en las cuales Fiddick sirvió como uno de sus tiradores, el aviador canadiense comentó simplemente: «Su trabajo era crear caos, lo cual hizo».

Pero el día menguaba y Druce anhelaba regresar a la base del SAS en Basse de Lieumont. Tenía una razón especial para querer volver allí: en el camino, había logrado obtener un queso francés que lucía muy apetitoso. Era del tamaño y forma de una llanta de carro grande y, sin tener otro lugar dónde ponerlo, Druce lo ató al capó del primer Jeep. Le pareció que le prestaba a su unidad un aire bastante gálico.

«Pagué por él en una dirección que alguien me había dado», anotó Druce acerca del queso, «y era una gran cosa. ¿Dónde demonios pones un queso como ese? Estaba orgulloso de mí mismo, así que lo pusimos sobre el capó del Jeep».

Al acercarse los dos Jeep a Moussey, Druce no tenía el menor atisbo de cuán mal iban las cosas en su pueblo «hogar». Solo para cerciorarse de que podrían pasar sin molestias, detuvo a una mujer en las afueras. Le preguntó si había alemanes en las calles. La mujer le dijo que no había ninguno. O le mintió o estaba equivocada, y Druce jamás lo sabría.

El par de Jeep llegó al centro del pueblo, rodeando una leve curva que lleva a la plaza. De pronto, Druce se dio cuenta de con qué había tropezado. Emparedados entre el atrio del pueblo y el memorial de guerra, había varias decenas de soldados de las SS completamente uniformados. Estaban formados y atentos al oficial de alto rango que se dirigía a ellos.

Lou Fiddick conducía el segundo Jeep e iba justo detrás de Druce. «El comandante alemán estaba organizando a sus hombres cuando aparecimos», comentó. A un lado yacía la escuela del pueblo: estaba abarrotada de civiles que lucían asustados e intimidados. Las SS debían de estar rodeando a los lugareños de Moussey en preparación de otra brutal ronda de represalias.

«No esperaba verlos, pero ellos tampoco esperaban verme», dijo Druce sobre los

soldados de las SS. Al frente de la escuela había dos grandes garitas con un centinela en guardia. Él fue el primero en poner el ojo en los Jeep británicos. Alzó el brazo para saludar a la usanza nazi, claramente pensando que la fuerza Jeep debía ser alemana. Él sería el primero en morir.

Druce iba al volante del primer vehículo. Pisó el acelerador, apuntando a las filas de tropas enemigas. Mientras aceleraba, sus hombres blandieron sus armas y se prepararon para abrir fuego. Su artillero en la parte trasera del Jeep, el cabo Boris King—en realidad un ruso llamado Boris Kasperovitch—, se jorobó sobre sus Vickers mellizas y apuntó. Abrió fuego sobre el centinela en la puerta de la escuela, tumbándolo con una ráfaga salvaje.

Siete Vickers escupieron largas lenguas de fuego. Las municiones de .303 rasgaron la formación de las SS a un rango de unos 36 metros y se acercaban rápidamente. La Vickers K tiene una cadencia de 1 200 tiros por minuto. Desde el Jeep de Druce vaciaron tres cargadores de munición (180 balas) sobre el blanco, barriendo las filas del enemigo de principio a fin. Les llevó pocos segundos hacerlo, y para el momento de los últimos disparos, daban sobre el enemigo casi a quemarropa.

La formación se desintegró. El intenso ataque hizo volar a los soldados SS y los pocos sobrevivientes se aferraban a cualquier cosa que hallaran para cubrirse. En el segundo Jeep, el equipo de Fiddick siguió el ejemplo, barriendo las líneas enemigas a tiros.

Por un breve instante las balas cortaron el aire alrededor del vehículo de Druce, pues alguien había logrado regresar el fuego. Druce ubicó a los tiradores enemigos. La casa del alcalde estaba ubicada bien detrás de la carretera y un par de soldados alemanes se encontraban en el techo.

Los artilleros trasero y del asiento del pasajero del Jeep de Druce estaban ocupados soltando fuego sobre la devastada formación de las SS. Solo el arma de Druce estaba libre. Dio con los frenos para detener su Jeep hasta alcanzar la velocidad de caracol, a la cual era capaz de operar su arma. Tomó la Vickers con una mano, la blandió girando en su montura de pivote, clavó su mira de hierro en los gatilleros del techo del alcalde y abrió fuego.

Ningún soldado en su sano juicio armado con un rifle elige mantenerse firme contra una Vickers K. Druce vio una silueta caer herida mientras la otra buscaba estar a cubierto. Dejó caer su arma, otra vez colocó las dos manos sobre el volante y puso en marcha el Jeep a toda velocidad, buscando la salida. Cuando relampagueaban por la vuelta a mano derecha, en el extremo lejano de la plaza, habían dejado una sangrienta estela de caos y matanza.

Druce dedujo que habían matado o herido a entre 15 y 20 soldados de las SS en el

embate. Solo hubo una baja importante en el bando del SAS: el queso.

«Cuando dimos con este grupo en el centro de Moussey, disparamos a través del queso», comentó Druce. «El arma que atravesó el queso iba del lado del conductor, mi lado..., así que al final de verdad parecía un queso suizo».

Mientras los dos Jeep aceleraban para alejarse, Druce y sus compañeros tenían la esperanza de que, entre todo el caos, el grueso de los aldeanos de Moussey hubiesen sido capaces de escapar. Para cuando sus dos Jeep alcanzaron la base de la operación Loyton, parecían haber llegado los rumores sobre lo que estaba sucediendo en Moussey, pero los detalles eran vagos y poco claros.

«Oímos que mucha gente había sido acorralada», comentó Bruce. «Pero no creo que ni siquiera Brian [Franks] supiera bien lo que sucedía en esa etapa. Pienso que no se nos ocurrió que en efecto los alemanes los estaban acorralando y que se llevarían a toda esta gente». Incluso cuando los hombres del SAS se enteraron de la enorme escala de las deportaciones, «no teníamos idea de a dónde los llevaban o si los tenían como rehenes permanentemente o bajo cuáles circunstancias».

Por supuesto, el *standartenführer* Isselhorst sabía el destino que aguardaba a los 210 lugareños secuestrados ese día en Moussey. A la luz de su fracaso para detener las operaciones del SAS o aquellas de sus aliados en la Resistencia, Isselhorst soltó a sus perros de guerra. Como consignan documentos de Waldfest de la época, el objetivo de esa reunión masiva del domingo 24 de septiembre era «exterminar a esta alarmante banda terrorista» de una vez por todas.

El *einsatzkommando* Ernst (comandado por el *sturmbannführer* Hans-Dietrich Ernst, quien recién había despachado 800 judíos franceses a las cámaras de gas de Auschwitz) fue encomendado para ser la punta de lanza de esta nueva campaña de Waldfest. A lo largo de los pueblos del valle de Rabodeau, los hombres sanos eran acorralados y enviados al temible hoyo infernal que era el *sicherungslager* de Schirmek.

Las acciones comenzaron al alba, cuando el *einsatzkommando* Ernst, junto a unidades de las SS y la Wehrmacht, «golpeó» Moussey. Todos esos lugareños fueron arrancados de sus hogares y pastoreados hacia la escuela del pueblo. Hombres, mujeres y niños fueron amontonados en el patio, frente a la guardería donde la Gestapo tenía su cuartel temporal. Los que presenciaban la misa del abate Gassman fueron arrastrados fuera de la iglesia, hacia la plaza.

En los pueblos vecinos (La Petite Raon, Le Harcholet, Belval, Le Saulcy y Le Vermont) sucedieron redadas similares al amanecer. En Moussey, fue solo debido a los esfuerzos del abate Gassman y su compañero, el alcalde, que persuadieron a los

alemanes de no incendiar el pueblo y perdonar a las mujeres y los niños. El cura y el alcalde ofrecieron sus vidas para salvar a los más vulnerables de su rebaño.

Aun así, todos los varones sanos fueron enviados al cuartel local de las SS, situado en la gris, gótica y siniestra Château de Belval, una casa de campo requisada que se ubicaba más al este, en el mismo valle. Luego de una noche de interrogatorios salvajes supervisados por el comandante Ernst, subieron a todos los hombres de entre 17 y 50 años de edad en camiones y se los llevaron. Además de los 210 capturados en Moussey, habían tomado otros 309 de los pueblos aledaños.

De esos 519 deportados, solo unos pocos estaban destinados a volver. Serían tragados por la *Nacht und Nebel*: «la noche y la niebla».

Durante la redada de Moussey, el jefe de la Gestapo arengó a los lugareños, dejando claro que los alemanes sabían que había paracaidistas británicos operando en la región e incluso transportándose en vehículos Jeep. El castigo más severo sería impuesto sobre los habitantes de Moussey, a manera de advertencia para otros que pudieran estar tentados a apoyar a «terroristas». No habría piedad.

«Pero haremos una excepción», anunció el jefe de la Gestapo. «A cualquier hombre que dé un paso al frente con información sobre estos paracaidistas se le permitirá irse».

Todo el mundo sabía dónde se situaba la base del SAS. El jefe de la Gestapo repitió su oferta. Ni un lugareño de Moussey dio un paso para hablar.

Más tarde, durante los interrogatorios de Château de Belval y Schirmek, se les hizo la misma oferta bajo circunstancias más privadas e indudablemente más persuasivas. Pero incluso bajo tortura los lugareños se mantuvieron firmes. Ninguna fuerza alemana llegó a la base del SAS en las profundidades de la montaña. Efectivamente, los hombres del coronel Franks fueron capaces de mantener su escondite de Basse de Lieumont en funcionamiento y no había el menor indicio de que hubieran sido delatados.

El coronel Franks había llegado a la base por apenas un pelo. Huyendo del enemigo sobre el valle de Celles, Franks, el teniente Dill y su pequeña fuerza se dirigieron al albergue áspero pero preparado de la granja de Père George. Permanecieron discretamente en el granero del incondicional granjero comunista, mientras la cacería seguía su curso a su alrededor. Finalmente se había apagado y el comandante del 2º SAS y sus hombres pudieron regresar a su reducto de Basse de Lieumont.

Contaban con dos Jeep menos, lo que significaba que solo conservaban cuatro, y el valle de Rabodeau, donde habían hecho su base de operaciones, había perdido a 500 de

sus habitantes, pero el coronel Franks seguía impávido. Sin embargo, estaba agobiado por un sentimiento de culpa por el destino que sufrieron los inocentes lugareños y una parte de él sentía que debían redoblar esfuerzos para vengar a la gente de Moussey.

Escribiendo inmediatamente después de la operación Loyton, el coronel Franks puso sus sentimientos en claro. «Todos los habitantes de Moussey eran de primera clase... En Moussey, donde fuimos bienvenidos, obviamente éramos vistos como la punta de lanza de la Fuerza Libertadora. El hecho de que ahora hayamos dejado el área y hayamos traído tanta miseria e infelicidad a los habitantes es un punto que no debe pasarse por alto y siento que ellos se considerarán defraudados por nosotros».

En las postrimerías inmediatas a las deportaciones masivas del 24 de septiembre, el coronel Franks tenía sed de una sola cosa: venganza. De ahora en adelante, los que atacaron a los lugareños franceses tendrían su turno de ser golpeados por el SAS. Cortarían la cabeza de la serpiente. Ningún oficial alemán sería capaz de dormir en paz en su cama o viajar por las carreteras de los Vosgos confortablemente mientras el SAS tuviera balas para pelear.

La sangre vino pronto. El 25 de septiembre, al día siguiente a las deportaciones masivas, llegó a la base una de las patrullas a pie de Franks. Esa fuerza andaba corta de explosivos, especialmente de ponchallantas. Pero un magnífico operador del SAS y experto en demolición llamado teniente Silly se las había arreglado para improvisar algunos ponchallantas hechizos, usando explosivos plásticos combinados con señales de niebla.

Ubicado en una de las principales rutas de abastecimiento que corrían por el valle, el teniente Silly había tenido suerte. Dos vehículos se aproximaron a sus minas caseras; ambos eran autos de oficiales alemanes. Había usado una cantidad generosa de EP. Ambos vehículos volaron en pedazos. Los pocos que escaparon a la muerte en la explosión fueron eliminados por la ametralladora Bren de la patrulla cuando trastabillaban hacia el exterior de los vehículos quemados. Las explosiones también alcanzaron a un camión que iba de escolta y todos sus ocupantes murieron.

Ese mismo día, el mayor Power estaba de nuevo en acción y sus «actividades de jeepe» se anotarían otro golpe directo al alto mando del enemigo. Viajando en dos Jeep dieron con una intersección en la carretera y localizaron a su presa: un automóvil de oficiales que venía de oeste a este. Viajaba a unos 100 kilómetros por hora y estaba a unos 350 o 450 metros de distancia, al extremo lejano del alcance preciso de la Vickers.

Abrieron fuego de todos modos. Varias Vickers batieron el objetivo, mientras el mayor Power miraba las municiones trazadoras centelleando alrededor del vehículo y

cobijándolo con fuego. El vehículo se precipitó por la esquina lejana y desapareció de la vista, pero ya iba destruido y lleno de hoyos.

Ahora la operación Loyton tenía ocho automóviles de oficiales en la bolsa y contando. El mensaje se había enviado: ningún oficial alemán podía viajar a salvo por los caminos de los Vosgos.

El destino pondría otra oportunidad de venganza en las manos del mayor Power. Al volver a un escondite temporal en el bosque, se le acercó un lugareño francés. Se presentó como Marcel, el comandante de los maquis. Marcel sacó un fajo de documentos de las profundidades de su chaqueta. Era la orden de batalla (orbat) de la 21 División Panzer, la cual había llegado a sus manos solo dos días antes.

La 21ª División Panzer se había distinguido en la campaña del norte de África, cuando fungió como punta de lanza de muchos de los asaltos de Rommel. De nuevo bajo las órdenes de Rommel, la 21ª había estado muy metida en la pelea por las playas de Normandía y fue la única división Panzer que trabó combate con los Aliados el primer día del desembarco. Ahora mismo, la 21ª era una de las unidades blindadas clave que reforzaban la desesperada defensa de los Vosgos de Himmler.

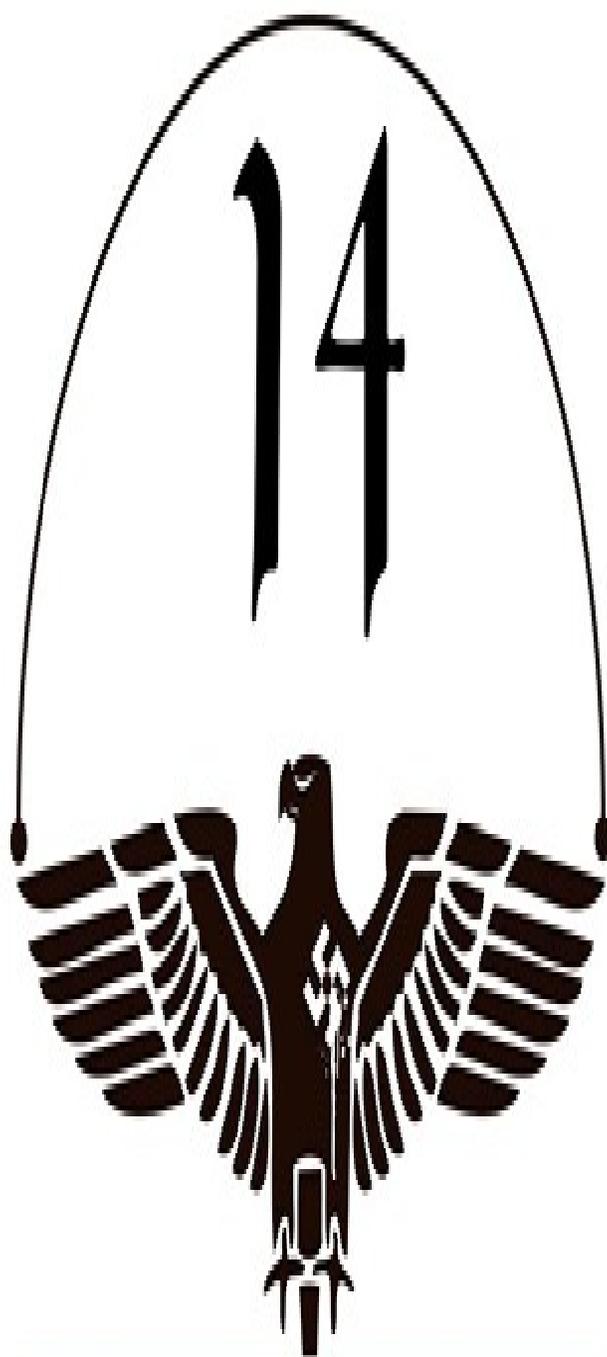
Los papeles detallaban la estructura de mando de la división, su blindaje, sus posiciones, sus principales defensas y la distribución de los elementos de la unidad. Este tipo de información era invaluable. Con los papeles en la mano, el mayor Power le agradeció a Marcel, cargó los Jeep y se encaminó a su base de Basse de Lieumont.

El reporte de radio que envió el coronel Franks a Londres la mañana siguiente refleja la importancia vital de esos documentos: «Tenemos documentos capturados de orden de batalla, estadísticas de munición, etc. ... Dos-uno Panzer. Uno y Dos regimiento Panzer de Granaderos. Documento... manifiesta 112 Brigada Panzer tiene dos Panthers, 17 PZ KW, cuatro esperando cinco Panthers... Alguna esperanza reunión patrulla estadounidense para entrega».

El «PZ KW» era el tanque mediano Panzer IV, el caballo de batalla de las divisiones blindadas alemanas; el Panther era su reemplazo más moderno y potente.

Como dejó claro el mensaje de Franks, un fajo tan gordo de papeles no podía transmitirse vía radio. Pero, si pudieran llevar la orbat hasta las manos del general Patton, resultaría una pieza de inteligencia que cambiaría el juego. Por supuesto, con la avanzada de Patton estancada no había «patrullas estadounidenses» en ningún lugar cercano a la partida de la operación Loyton, así que necesitarían un voluntario que llevase la invaluable inteligencia al otro lado de las líneas.

Solo había un candidato razonable: el capitán Henry Druce, por supuesto.



capítulo

El capitán Druce estaba un poco harto de vagar por los Vosgos burlando alemanes. Comenzó a andar en bicicleta en Moussey y los pueblos aledaños en ropas de civil (con el sombrero abollado incluido) para reconocer posibles objetivos. Druce creía que lo único que necesitaba para pasar por los puntos de control eran el engaño y el disfraz.

En una ocasión se detuvo por una bebida en un bar donde tenía una fuente de inteligencia regular en la forma del barman. Fue a usar el baño solo para escuchar cómo amartillaban un arma al otro lado de la puerta. Temiendo que lo acorralaran, se lanzó por la ventana del baño. El único medio de escape era una bicicleta infantil recargada en una pared. Se subió en ella y pedaleó, mientras los tiros zumbaban alrededor de sus oídos, y así logró huir.

A partir de la nota del coronel Franks en el diario de guerra, un lector casual podría pensar que la nueva misión de Druce de cruzar las líneas enemigas sería una caminata en el parque: «Decidí enviar al capitán Druce a contactar a los estadounidenses, explicarles nuestra posición y entregarles... los documentos capturados que trajo el mayor Power».

Druce eligió a Lou Fiddick (el aviador canadiense convertido en veterano de los Vosgos con el SAS) para que lo acompañara en esta misión especial. Estos dos hombres estaban a punto de intentar escabullirse a través de un terreno donde dos poderosos ejércitos estaban trabados en una confrontación siniestra y brutal, con las fuerzas alemanas agazapadas detrás de fortificaciones masivas, emplazamientos de artillería, puentes y caminos minados. Pero Druce estaba aún menos preocupado por los riesgos de la misión que su coronel.

«Desperté a las 0300 horas... y me preparé para partir en busca de los estadounidenses...», anotó Druce en el diario de guerra. «El O/V [oficial de vuelo] Fiddick vino conmigo y alcanzamos St. Prayel a las 1900 horas. Allí nos topamos con dos milicianos que solo tenían pistolas contra nuestras ametralladoras Tommy, así que huyeron. Luego del anochecer, dimos con una patrulla... que nos escuchó, pero no pudo hallarnos, a pesar de que pasaron a menos de un metro de nosotros. No pudimos dispararles, debido a la proximidad del río Meurthe, el cual estaban a punto de cruzar».

Fiddick fue un poco más expresivo sobre su arrojado intento de escabullirse por las líneas enemigas. «De pronto, nos retó una pareja de centinelas. Estaban armados y

nosotros estábamos armados, así que tuvimos esta especie de confrontación al estilo vaquero donde solo nos miramos los unos a los otros. Después ellos retrocedieron lentamente. Los niveles de tensión eran bastante altos para entonces».

«Nos aferramos a nuestras armas y estábamos listos para disparar y huir», admitió Druce acerca del incidente, el cual ocurrió en las cercanías del puente sobre el río Meurthe, «y estoy contento de que no tuvimos que hacerlo, porque no éramos muy buenos tiradores y no podíamos ver en la oscuridad. De cualquier modo, desaparecieron y siguieron adelante para cruzar el puente».

Los alemanes habían colocado sus defensas más fuertes a lo largo de ambas riberas del río Meurthe. Si Druce y Fiddick eran retados a mitad del cruce, quedarían emparedados entre esas dos líneas defensivas y habría pocas probabilidades de escapar. Cuando se escurrían hacia el puente, se escuchó un grito de alarma en la oscuridad.

«Pasé un muy mal rato (miedo) cuando ese maldito hombre en el río nos enfrentó», admitió Druce. «Pensé que estábamos fritos en ese punto... teníamos esa patrulla caminando de un lado a otro; en verdad, se hallaban a un metro de nosotros y ese fue un mal momento. Pero no nos escucharon; no nos vieron. Había un silencio fúnebre. De cualquier forma, se marcharon y nosotros cruzamos el puente».

Una vez que lograron atravesar el río Meurthe sin salir muertos o capturados, ambos hombres se hallaron entre las principales defensas alemanas en las profundidades de la noche. Solo cayeron en cuenta de que habían alcanzado las posiciones enemigas en la línea del frente cuando tropezaron con una de sus trincheras.

«Tropezar con la trinchera alemana fue un poco desconcertante», admitió Fiddick. Él y Druce se agazaparon allí en la oscuridad cavilando si habían sido detectados, y podían escuchar a las patrullas alemanas moviéndose por todos lados. El laberíntico sistema de trincheras parecía sacado de la Primera Guerra Mundial y de alguna manera Druce y Fiddick debían hallar la forma de pasar.

«Nos retiramos hacia el bosque a poca distancia», recordó Fiddick. Desde allí los dos hombres intentaron elaborar una ruta segura. Más allá de las trincheras era tierra de nadie, en cuyo lado lejano reposaba su segundo mayor reto: aproximarse a las líneas aliadas. Sería una lástima pasar al enemigo solo para salir tiroteados por su propio bando.

«Algo que supongo que siempre recordaré es arrastrarme por ese campo abierto al otro lado de las trincheras», recordó Fiddick. «No estoy seguro de si estaba plantado con papas o lo que fuera, pero más o menos tuvimos que gatear a través de este campo abierto para evitar que nos viesan desde la trinchera».

Una vez que se deslizaron por la oscuridad sin ser detectados, Druce y Fiddick

tropezaron con un segundo sistema de trincheras. Este resultó estar ocupado por el 1^{er} Regimiento Spahis, parte de las fuerzas francesas libres del general Leclerc, conocida como «La División Leclerc». Leclerc fue uno de los primeros que habían llegado a Gran Bretaña bajo el general Charles de Gaulle para levantar un ejército en el exilio, el cual ahora peleaba hombro con hombro junto al 3^{er} Ejército del general Patton.

En contra de toda probabilidad, Druce y Fiddick lo habían logrado.

La permanencia de Lou Fiddick en los Vosgos terminaría con la entrega de los preciados documentos al alto mando estadounidense. Tenía la orden de volver a su regimiento de la Fuerza Aérea Canadiense. No así Henry Carey Druce. Como el último equipo de radio del coronel Franks había empezado a fallar, no tuvo otra opción que pedirle al siempre ingenioso Druce que se escabullera de vuelta a través de las líneas y trajera consigo algunas partes de repuesto para el radio a la base del SAS emplazada en el corazón de los Vosgos.

Incluso en esa base las cosas lucían cada vez más complicadas. En las 48 horas que les tomó a Druce y Fiddick cruzar las líneas, la fuerza de Franks había entrado en acción, pero no había tenido éxito. Una patrulla a pie había regresado a la base después de descarrilar un tren. Atacaron a unos 16 kilómetros al sur de Moussey, al este del pueblo de St. Dié, mostrando cuán grande era el territorio donde el SAS era aún capaz de lanzar esos ataques.

Primer punto para el SAS.

Pero una patrulla Jeep liderada por el coronel Franks había caído en una salvaje emboscada y el coronel y sus hombres tuvieron suerte de escapar con vida. En efecto, apenas lograron escapar de su base antes de que el ataque los golpease. Franks se vio obligado a abandonar su misión, en un intento por alcanzar Pierre-Percée y contactar al mayor Dennis Reynolds y al capitán Whately-Smith. Ambos oficiales del SAS —uno de los cuales todavía estaba convaleciente por sus heridas— habían estado escondidos en su cueva durante varias semanas y cada uno de sus intentos por reunirse con la fuerza principal había sido frustrado.

Segundo punto para el enemigo.

Para ahora, 28 de septiembre, se volvía claro que montar más operaciones en Jeep sería equivalente al suicidio. Cada pueblo a lo largo del valle estaba guarnecido por fuerzas alemanas que sumaban varios miles de tropas.

«Todos los caminos... estaban, por lo tanto, cerrados para los Jeep», consignó en el diario de guerra. «A pesar de que los Jeep podían escapar a los tiros, no podrían volver, pues presumiblemente los alemanes habrían colocado puestos de ametralladoras con anticipación».

Tercer punto para el enemigo.

Con el «jeepeo» imposibilitado, Franks envió múltiples patrullas a pie, lideradas por los tenientes Marx, Dill, Silly y otros. Pero el coronel del SAS podía sentir al enemigo rodeándolos como tiburones alrededor de un sangriento desastre en el mar. El cabo Boris Kasperovitch (el ruso del SAS que había disparado contra las filas de las SS en Moussey) murió de un tiro durante una de esas misiones. El soldado Fred Puttick desapareció en la misma patrulla, ya sea capturado o muerto.

Cuarto punto para el enemigo.

«Gradualmente nos limitamos a emboscar a pie desde el bosque», comentó Chris Sykes, el oficial de inteligencia del 2º SAS. «Teníamos el consuelo de saber que habíamos herido al enemigo y los obligamos a retirar un número considerable de tropas de su línea del frente... para contraatacar a su rival invisible en los Vosgos».

Lo peor estaba por venir. A medida que el clima se volvía más frío y amargo, las provisiones del SAS y de los maquis sobrevivientes disminuyeron casi hasta cero. El comandante Joubert de los maquis, cuyos jóvenes gatilleros habían peleado con mucha valentía, fue arrinconado cuando salió a recolectar comida y municiones de urgencia. Los alemanes no tenían la certeza de que él era el líder de los maquis que tanto habían buscado, pero con todos los hombres sanos en los campos de concentración tenían sus sospechas.

El *standartenführer* Isselhorst deseaba que Joubert confesara rápidamente. Decidió que la tortura era la mejor manera de persuadir al francés para que revelara la ubicación de la base del SAS. La Gestapo comenzó por los pies del prisionero, apaleándolos con un garrote pesado hasta que todos sus huesos estuvieron rotos. Luego trabajaron con el resto de su cuerpo. Joubert nunca se quebró. Él sabía todo y no dijo nada. Pero aún así, con su captura los maquis de Joubert estaban acabados como fuerza de combate.

Un día o dos después, Etienne, el aparentemente indestructible y siempre joven cabecilla de los «viejos borrachos» maquis, fue hallado muerto en el bosque. Ningún enemigo mortal lo había derrotado. Cayó víctima de un infarto fulminante. Pero, igual que con Joubert, su maravillosamente irreverente y heterodoxa banda de maquis murió con él.

En las alturas de los montes sobre Moussey, la Gestapo finalmente hizo una visita a la lejana granja de Père George. El nudoso y bigotón granjero y comunista de hueso colorado fue arrestado puntualmente y despachado a Natzweiler. A pesar de que Père George nunca se quebraría ni hablaría, en dos golpes funestos la fuerza del coronel Franks había sido privada de buena parte de su infraestructura operativa en los Vosgos:

los dos grupos locales de la Resistencia que habían resultado unos aliados muy leales y uno de sus albergues clave.

El diario de guerra de la operación Loyton consigna la situación así: «Área llena de enemigo, poca comida y los franceses demasiado atemorizados para ayudar». Sin duda alguna, la Waldfest de Isselhorst parecía funcionar.

El 30 de septiembre, el capitán Gough se presentó en la base del coronel Franks en Basse de Lieumont. Gough fue forzado a aceptar que los maquis eran una fuerza agotada, lo que significaba que el papel de los Jedburghs se había vuelto innecesario. Él partiría en un viaje similar al que hicieron Fiddick y Druce e intentaría hallar su camino hasta las líneas estadounidenses (y francesas).

Su último mensaje de radio reflejaba el tipo de dificultades a las que se enfrentó en las semanas previas: «Terreno difícil. SAS hará contacto con ustedes. Muy difícil trabajar a solas. Imposible comunicarse en horarios regulares. Llamaré por canal de emergencia cuando pueda...».

Después de despedirse del coronel Franks y sus hombres, Gough partió hacia el oeste. En algún momento de los días siguientes, fue capturado por elementos del *einsatzkommando* Ernst. Luego de los violentos interrogatorios de la Gestapo, Gough fue enviado al *sicherungs-lager* de Schirmek para unirse a los otros cautivos de la operación Loyton que «gozaban» de la hospitalidad del campo del comandante Karl Buck, en sus celdas subterráneas.

Nunca llueve sino en aguaceros, especialmente en los Vosgos. La patrulla del teniente Silly volvió de sus operaciones el 2 de octubre. Había tenido éxito volando dos semiorugas y, aún mejor, un auto de oficiales, lo que elevó la cuenta de la operación Loyton a nueve. Pero se habían visto obligados a atacar tan lejos hacia el este como Belval para adjudicarse ese éxito y, según reportes, el terreno en todos los flancos bullía de enemigos.

Tan espesa era la presencia de los «piojos grises» en el terreno que Franks se vio forzado a enviar un mensaje muy reacio al SFHQ: «Reabastecimiento imposible hasta próximo aviso». Sin la posibilidad de entregas aéreas y los pueblos de Rabodeau privados de sus poblaciones, los hombres del SAS comenzaban a morir de frío y hambre, y se les terminaban las balas.

El estado de los hombres de Franks puede estimarse por el mensaje que enviaron en respuesta a su última entrega aérea: «Envíen lo que les pedimos... En el último reabastecimiento debía ser obvio que la comida era el principal artículo requerido, aun así los primeros dos contenedores que abrimos contenían bazucas y bombas, las cuales NO... pedimos».

Con los ojos huecos, temblando y perdiendo cada vez más peso, Franks podía notar que sus hombres se acercaban a un estado en el que no serían capaces de pelear. Le habían prometido que la caballería estadounidense llegaría montando sobre el horizonte. De hecho, en línea recta debían haber alcanzado Moussey días atrás. Pero no había ninguna señal de ellos, y en tanto el clima empeoraba, las posibilidades de una penetración se desplomaban en los cada vez más nevados Vosgos.

Increíblemente, Isselhorst no había terminado. Septiembre sopló hacia un octubre helado y las nevadas frescas tapizaron las tierras altas. Se puso en marcha una nueva ola de purgas en las aldeas a lo largo del valle de Rabodeau. Decididas a elevar la incidencia de búsquedas, arrestos, deportaciones y ejecuciones, las fuerzas de Waldfest golpearon una y otra vez.

Al final de la primera semana de octubre, unos 1 000 aldeanos habían sido secuestrados en el valle, lo que le ganó el aterrador nombre de «el valle de lágrimas». Enviados a los campos de concentración, 661 nunca regresarían. En algún punto del proceso de acorralarlos, parece que delataron la ubicación de la base del SAS.

El 6 de octubre, lanzaron el que sin duda planeaban que fuese el ataque final contra el cuartel del coronel Franks en Basse de Lieumont. El capitán John Hislop (comandante Phantom, jinete campeón y parte de la avanzada original de Druce) se encontraba en la base esa tarde cuando detectaron al enemigo por primera vez. Por todas partes se filtró el ruido de una fuerza de tropas acercándose a través de la espesa fronda.

Como era un bosque de pinos, los árboles no habían perdido su verdor con la llegada del invierno y las agujas de pino servían para amortiguar el sonido. Sin embargo, aun el tintineo del metal sobre el metal, el crujido de una rama caída bajo la bota y el débil susurro de los cuerpos abriéndose paso a través de la maleza espesa llegaron claramente hasta los hombres reunidos. Y lo que era todavía peor, podían oír el escalofriante chillido de los perros. Completamente rodeados, su única opción era permanecer absolutamente quietos y en silencio, con la esperanza de evadir la búsqueda de algún modo.

Hislop temía que no hubiese forma de evitar ser descubiertos. En ese punto, serían «superados en número más allá de la razonable esperanza de supervivencia... Pensé: “Esto parece el final”, y consideré la mejor manera de enfrentarlo». Si bien no temía mucho a la muerte, Hislop dudaba poder aguantar el interrogatorio de la Gestapo. En su lugar juró caer peleando.

Se agazapó alrededor de una fogata, junto a su compañero Phantom Peter Johnsen y el mayor Power. El humo subía hacia la lluvia y la niebla espesa, así que sería

difícilmente detectable. Johnsen estaba intentando secar sus calcetines en el fuego, pero las manos del joven comenzaron a temblar de nervios. Durante las semanas previas, Johnsen se había distinguido como un operador fresco, centrado y valiente, y Hislop pensó que sería un absoluto desperdicio que un joven tan bueno como él perdiese la vida en una hora y un lugar como este.

Hislop sintió que hasta cierto punto él ya había vivido su vida. Estaba reconciliado con hacer una última resistencia desesperada y encontrarse con un fin sangriento. En cuanto al mayor Peter Power, estaba recargado sobre un árbol, tan inescrutable como siempre. Tenía un cigarrillo pegado en el labio inferior, la punta apenas brillaba, y su rostro era tan inexpresivo como si estuviese examinando una mano particularmente promisoriosa en póquer y esperando la próxima jugada.

Un ruido tan inesperado como desagradable quebrantó el tenso silencio. Alguien dejó caer un bote vacío. Fue traqueteando cuesta abajo estrepitosamente. En el silencio resonante que siguió, todos esperaban que el enemigo se acercara para matarlos. El ruido de la persecución continuó, e incluso a través de la gruesa pantalla de árboles sonaba como si los cazadores se estuvieran acercando más y más.

Los soldados británicos se aferraron a sus armas. Ninguno podía creerlo cuando el sonido de la fuerza acercándose parecía irse apagando gradualmente. El bosque a su alrededor cayó en silencio una vez más. Era inconcebible que las tropas alemanas no hubiesen escuchado la lata tintineando en su caída. Por varios largos minutos los hombres permanecieron quietos y callados, escuchando atentamente. Por más que esforzaban el oído, parecía que la fuerza enemiga se había ido.

El ocaso ahora estaba sobre el bosque y el coronel Franks ordenó a sus hombres que levantaran la base de inmediato. Otra vez andaban en la huida, solo que ahora se vieron forzados a abandonar sus amados Jeep. Necesitaban viajar ligeros y rápidamente, utilizando el terreno más remoto e inaccesible posible. Salieron al anochecer, revoloteando por la oscuridad cada vez más profunda, y al hacerlo escaparon de una muerte segura.

El acercamiento del enemigo había sido un reconocimiento y a la primera luz de la siguiente mañana volvió el cuerpo completo. Atacaron la base con una fuerza sobrecogedora que incluía vehículos blindados y cañones de campaña traídos para la ocasión, pero para entonces el SAS había desaparecido fantasmalmente en los montes. O, mejor dicho, no toda la fuerza del coronel Druce se había marchado. Siete hombres valientes y arrojados, comandados por el temible David Dill (el lozano pero intrépido teniente del SAS del salto original de Druce), se quedaron en la base como retaguardia.

Su misión era esperar allí al capitán Druce, quien llegaría en cualquier momento,

luego de cruzar las líneas de vuelta con las refacciones de radio. En lugar de eso, los rodeó un enorme cuerpo de tropas alemanas. En el feroz tiroteo, Dill y sus hombres aguantaron cuatro horas antes de agotar su última munición.

El oficial alemán que aceptó su rendición estrechó la mano de Dill. «Eres mi prisionero», anunció. «Eres un soldado y yo también lo soy».

Junto a Dill, el sargento Jock Hay (la mano derecha de Druce desde mucho tiempo atrás), los soldados de primera clase George Robinson y Fred Austin y los soldados Jimmy Bennet y Edwin Weaver, más su joven e indomable guía francés, Roger Souchal, fueron capturados. Tristemente, no pasarían mucho tiempo en poder de la Wehrmacht. En su lugar, los entregaron a los hombres del *einsatzkommando* Ernst.

Enviaron a Dill y sus acompañantes al mismo centro de procesamiento que a los otros prisioneros del SAS: el *sicherungslager* de Schirmek. En las celadas subterráneas se reencontraron con el capitán Victor Gough, además de varios elementos del SAS que habían sido capturados. Uno de los hombres de Dill, el soldado Edwin Weaver, habría de distinguirse poderosamente en Schirmek, pues se rehusó a dejar de gritar «¡Jodidos alemanes!» cada vez que uno de ellos entraba en su celda.

Roger Souchal, de 17 años, intentó convencer a sus captores de que era un miembro *bona fide* del Regimiento del SAS, para permanecer en compañía de aquellos con quienes había servido fielmente. Argumentó que era un miembro francocanadiense de la unidad. En efecto, sus datos habían sido enviados por radio al cuartel general del SAS, para que su nombre fuera formalmente registrado en la orden de batalla del 2º SAS, una manera adicional de protección.

Pero pronto lo denunció una lugareña francesa que lo identificó como miembro de los maquis, y en ese momento lo despacharon a un campo de concentración. Souchal sobreviviría a los horrores que lo esperaban y después de la guerra fue laureado con la Medalla del Rey por el Servicio a la Causa de la Libertad, otorgada a civiles extranjeros que brindaron ayuda a los británicos durante la guerra.

La mención declaraba: «*Monsieur* Roger Souchal... sirvió como mensajero y guía a un destacamento del SAS en los Vosgos... Tomó parte en emboscadas contra convoyes alemanes... y la manera en la cual empleó su conocimiento de la localidad fue de vital importancia para los destacamentos del SAS, pues un error en la elección de la ruta pudo haber costado la vida del destacamento».

Hubo varias veces en las que Roger Souchal tuvo las vidas de los hombres del coronel Franks en la palma de su mano y el joven francés no los defraudó. Ahora, privada de su audaz y brava guía, la fuerza principal del SAS tenía que ver por sí misma en los bosques de los Vosgos mientras el enemigo se acercaba.

En algún lugar de esos bosques anochecidos, la solitaria figura del capitán Henry Druce se dirigía a un campamento que había sido tomado por el enemigo.



capítulo

Fiel a su palabra, Druce regresó a los Vosgos. Utilizó la misma ruta por la que Fiddick y él habían cruzado desde las líneas francesas. Si acaso, su entrada en el diario de guerra es todavía más breve que la concerniente a su viaje de ida y subestima las cosas magníficamente: «Decidí volver con el coronel y ponerlo al tanto de la situación para futuras operaciones. También para llevar el necesitado equipo [de radio] y los nuevos cristales del capitán Hislop».

La «situación para futuras operaciones» era en realidad muy sencilla: ninguna fuerza estadounidense estaba a punto de romper pronto a través de los Vosgos. De la misma forma en que el clima sobre las abruptas montañas había hecho imposibles los vuelos de reabastecimiento, también las operaciones militares convencionales se habían vuelto menos factibles.

Acerca del cruce de las líneas, Druce escribió que iba «escortado por una patrulla francesa hasta la orilla del bosque... Había un puesto de ametralladoras alemanas, pero el enemigo debió de estar dormido porque no abrió fuego. Fuimos kilómetro y medio hacia el interior del bosque y aguardamos allí hasta el amanecer».

Consciente de que lo esperaba una partida de retaguardia, se dirigió a la base del SAS en Basse de Lieumont, solo para descubrir que había sido destruida y que el teniente Dill y sus hombres habían sido capturados. Druce cuestionó a los lugareños sobre la granja de Père George, esperando que Franks y sus hombres se hubiesen reunido allí. Le dijeron que las tropas alemanas la habían quemado completamente.

Sin manera de descubrir la ubicación actual de la fuerza de la operación Loyton, Druce solo pudo concebir un plan: el hombre que lo había comenzado todo con ese lanzamiento del 12 de agosto se dio la vuelta y se preparó para cruzar las líneas por tercera vez, de vuelta a las fuerzas del general Leclerc.

Druce tenía otro motivo urgente para dirigirse a las líneas aliadas. Por sus contactos en los alrededores de Moussey había descubierto alguna información vital, que él creía que alteraría radicalmente el plan de ataque del general Patton, y el capitán del SAS sintió una urgencia apremiante para llevarla hasta las manos del comandante aliado.

«El capitán Jean [un líder de los maquis] ha procurado información sobre la llegada de tres divisiones alemanas nuevas a las cercanías de St. Dié, donde yo sabía que los estadounidenses supuestamente comenzarían su ataque», consignó Druce en el diario de guerra. «La información que tenía sobre las tres divisiones era tan importante que

debía transmitirse a los estadounidenses de inmediato... Partí por la mañana en la misma ruta por tercera ocasión...».

Mientras Druce marchaba hacia las líneas de los Aliados, las cosas alcanzaron su punto más bajo para el cuerpo principal de la fuerza de la operación Loyton. Un descanso de pocas horas de comodidad y seguridad, una comida nutritiva, un lugar caliente y seco para dormir, esta era la clase de cosas con las que los hombres solo podían soñar. Las preocupaciones de la vida normal de los civiles ya no tocaban a estos soldados acosados y hastiados de la guerra. El futuro apenas les preocupaba, pues vivían un día a la vez.

El coronel Franks y sus hombres ya no contaban con una base de operaciones. Estaban más o menos permanentemente empapados y ateridos, siempre en movimiento. Aun así, no habían terminado con sus ataques. Un teniente Swayne del SAS y su patrulla habían entrado en acción. Embistieron en la carretera que lleva al sur desde Neufmaisons, la aldea ubicada al este de Veney, donde Druce y sus hombres se vieron forzados a esperar su reabastecimiento por mucho tiempo.

El ataque del teniente Swayne fue la última acción significativa de la operación Loyton y resultó maravillosamente oportuno; golpearon y destruyeron dos coches de oficiales alemanes, lo que significaba que la cifra quedó en 11. En buena medida, la misión del SAS en los Vosgos había elegido como blancos a comandantes enemigos de alto rango: *para decapitar a la serpiente*. Luego de destruir 11 automóviles oficiales y a sus ocupantes, pocos podían argumentar que a la serpiente nazi no le habían mellado la cabeza significativamente.

La fuerza de Swayne se reunió con la unidad nómada del cuartel de Franks el 8 de octubre de 1944. Ese mismo día, el general Eisenhower escribió al cuartel general del SAS una carta de exagerado encomio en referencia a los logros del Regimiento en la Francia ocupada:

Deseo enviar mis felicitaciones a todas las filas de la Brigada del Servicio Especial Aéreo por la contribución que hicieron al éxito de la Fuerza Expedicionaria Aliada.

La crudeza con la cual el enemigo atacó a las tropas del Servicio Especial Aéreo ha sido un indicador de la herida que ustedes fueron capaces de causar a las fuerzas armadas alemanas tanto por sus propios esfuerzos como por la información que dieron de la disposición y los movimientos alemanes.

Muchas tropas del Servicio Especial Aéreo están todavía detrás de las líneas enemigas; otras se están reorganizando para nuevas tareas. A todas ellas les digo: «Bien hecho y buena suerte».

En medio de la niebla helada en los montes, en algún lugar al este de Moussey, Franks y sus hombres necesitaban toda la suerte que pudieran tener.

El 9 de octubre de 1944 el coronel del SAS se inclinó ante lo inevitable. Con pocas municiones, explosivos, comida o refugios disponibles para sus hombres, ordenó que la operación Loyton llegara a un cierre. Una misión originalmente programada para durar entre dos y tres semanas (el tiempo en que se esperaba que las fuerzas de EUA llegaran a los Vosgos) había mutado en una épica de ocho semanas.

«Decidí finalizar la operación», anotó Franks en el diario de guerra, «e instruí a las partidas para que siguieran su camino hasta las líneas estadounidenses lo mejor que pudieran».

Franks dividió a sus elementos en unidades de cuatro y seis hombres. Cada una se iría a horas diferentes y por rutas distintas, para maximizar sus oportunidades de llegar con vida. Franks se quedaría con un elemento de cuartel, que consistía del mayor Power, los capitanes Sykes y Hislop, y otros dos, en un punto de reunión situado en el valle de Celles. Allí permanecerían 48 horas, esperando unirse a la retaguardia de David Dill, el capitán Henry Druce y otros.

Por supuesto, el teniente Dill y sus hombres habían sido hechos prisioneros y Druce se dirigía de vuelta hacia las líneas, pero en la caótica situación en la que Franks se halló a sí mismo no sabía nada al respecto. El coronel del SAS también quería hacer un último intento de traer desde el frío al mayor Dennis Reynolds y al capitán Whately-Smith y llevar a los dos oficiales camino a las líneas amigas.

Deseándose *bonne chance* mutuamente, los soldados que quedaban de la operación Loyton se separaron. Unos 40 hombres viraron al oeste, deslizándose hacia el interior del bosque húmedo y goteante, dirigiéndose hacia el enemigo y, ojalá en el debido curso, hacia líneas amigables. La partida de seis elementos de Franks fue hacia el norte, en dirección al valle de Celles. Había estado lloviendo durante varios días, el aguacero se convertía en escarcha y nieve en las tierras altas. Las condiciones eran las más miserables y destructivas del alma hasta el momento.

Al llegar a su punto de reunión, la partida de Franks se refugió en un aserradero abandonado. Era más seguro hospedarse en el bosque, pero ni siquiera los espíritus más fuertes podían dormir a la intemperie en tales condiciones, no por días consecutivos. Esa noche se sirvieron de algunas manzanas almacenadas en un granero que pertenecía a unos lugareños que habían ayudado al SAS en el pasado.

Sykes fue a hablar con la familia, pero los halló absolutamente aterrorizados. La Gestapo había descubierto sus simpatías y habían venido a arrestar al hombre de la

casa. Como no lo encontraron, dieron un ultimátum: o se entregaba, o volverían y quemarían la casa familiar. Su esposa estaba muy perturbada; con una madre anciana y un bebé, ¿qué podía hacer?

La fuerza de Franks pasó la noche en el aserradero. La siguiente mañana visitaron por última vez al guardabosque que había actuado como su intermediario con los dos oficiales del SAS ocultos en la cueva de Pierre-Percée. El guardabosque se mantenía firme: con el valle de Celles bullendo de alemanes, si el mayor Reynolds y el capitán Whately-Smith salían de su escondite, esa probablemente sería su muerte.

Franks le pidió al guardabosque que les pasara un último mensaje. Debían ocultarse en su cueva y aguardar la llegada de los estadounidenses. No tardarían mucho. El guardabosque entregó la poca comida que pudo a los hombres del SAS, a manera de sustento para el viaje que les esperaba y cada parte dijo sus despedidas. Para el momento en que Franks y sus hombres volvieron al aserradero, la Gestapo había llegado al vecindario.

Era tarde por la mañana y los seis elementos de las Fuerzas Especiales se vieron obligados a observar desde su escondite cómo la Gestapo interrogaba a la familia francesa. Las preguntas trataban acerca de los pormenores del esposo desaparecido y los «paracaidistas británicos». La mujer de la casa respondió, pero claramente no satisfizo a los hombres de Isselhorst. Ellos procedieron a acorralar su ganado y a subirlo a su camión militar; luego destrozaron su hogar y le prendieron fuego.

Franks y sus hombres estaban ansiosos por tirotear a los cinco bravucones de la Gestapo. Pero ¿y luego qué? Difícilmente podrían tomar a una anciana, una madre y un bebé con ellos para cruzar las líneas del frente. Y si las dejaban aquí rodeadas de cadáveres de la Gestapo, el destino de la familia estaría sellado. Parecía que la única forma de por lo menos salvar sus vidas era hacer lo más difícil y no intervenir.

Ardiendo de rabia y furia, Franks ordenó a sus hombres no disparar. Hubiera sido muy fácil para la mujer de la casa susurrar a la Gestapo unas palabras: «Los hombres que buscan están escondidos en el aserradero». Pero no dijo una palabra. En su lugar, miró en silencio mientras su hogar y todas sus posesiones materiales eran destruidas ante sus ojos. Lo último que vieron los hombres del SAS fueron dos figuras llorosas y desamparadas con un bebé, caminando hacia el norte bajo la lluvia.

Como Druce se había marchado y los equipos del SAS se habían diseminado para cruzar las líneas, John Hislop era el último miembro que quedaba de los «originales» que se lanzaron con Druce sobre la ZD el 12 de agosto. Helado hasta los huesos y con el hambre mordiéndole las entrañas, los nervios de Hislop estaban en el filo. Para empeorar el asunto, el único Jed Set sobreviviente estaba fallando.

La mañana del 12 de octubre amaneció alegremente despejada y con las condiciones perfectas para hacer contacto vía radio con Londres. Hislop preguntó al SFHQ si había alguna tarea final para la cola de la operación Loyton, antes de que ellos también se marcharan hacia las líneas. La respuesta fue la que todos deseaban: los últimos hombres sobre el terreno debían regresar en el acto.

Una vez que recibió el mensaje, Hislop destruyó y quemó el Jed Set, así como los libros de códigos. Había un aire de finalidad en ello, uno repleto de promesa y amenaza en igual medida: promesa, porque finalmente se dirigían a casa; amenaza, por lo que se interponía entre estos hombres y la seguridad: varios miles de tropas alemanas recurriendo a medidas cada vez más desesperadas para frenar la marea del avance aliado.

Las partidas del SAS que se marcharon antes que Franks salieron ilesas de esa amenaza. Extraordinariamente, en algunos casos siguieron luchando a solas, rodeados y cortos de todo lo que necesitaban para mantenerse con vida y librar la guerra.

En cierto momento, el teniente Swayne (quien destruyó el decimoprimer automóvil oficial alemán) descubrió que el enemigo estaba transportando provisiones de munición hacia el frente usando «ambulancias» marcadas con una cruz roja. Esto iba en contra de todas las reglas de guerra. Los vehículos marcados con ese símbolo respetado universalmente tenían garantizado el acceso irrestricto al campo de batalla, pues se asumía que llevaban heridos.

Swayne tenía a tres hombres bajo su mando. Dos no sabían nadar, por lo que necesitaban encontrar un puente sin guardias para cruzar el Meurthe. No había ninguno. Atrapados en el lado equivocado del río, se vieron forzados a ir a pie. Pero para cimbrar el engaño de las ambulancias del enemigo, decidieron dar un último golpe y volar una ambulancia-camión de municiones. La enorme explosión deshizo otras dos «ambulancias» que viajaban en convoy, de igual manera llenas de materiales de guerra.

Los hombres de Swayne también se enfrentaron a 30 tanques Tiger y Panzer que pasaban por el bosque, muchos de los cuales también estaban marcados con el símbolo de la Cruz Roja. En esta ocasión, había poco que pudieran hacer los hombres del SAS para detenerlos. De hecho, solo lograrían llegar a la seguridad con la ayuda de los lugareños, quienes los vistieron con ropas de mujer y maquillaje para ocultarlos de las alborotadas tropas enemigas.

Llevado hacia extremos de brutalidad más arrojados, el oficial de las SS de ese lugar ordenó la «evacuación» del pueblo en el cual se escondían los hombres del teniente

Swayne. Una vez que los aldeanos fueron llevados a la carretera, las SS procedieron a ametrallarlos. Decenas de inocentes fueron ejecutados en las calles.

El coronel Franks y su fuerza de seis se dirigían a ese alboroto sangriento. Alcanzaron el Meurthe al caer la noche, solo para encontrar que el puente ferroviario por el que planeaban cruzar era vigilado por centinelas hiperalertas. Una salva de granadas persiguió a Franks, Hislop, Power y sus dos compañeros. La partida de Franks también tenía un hombre que no sabía nadar, el sargento mayor White, y les resultó igual de problemático hallar un puente sin guardia.

Finalmente, el coronel Franks y el mayor Power decidieron que debían arriesgarse a nadar el Meurthe con White agarrado entre los dos. Alcanzaron la ribera opuesta y vieron un bosque notablemente adelgazado. Al romper el alba, los seis hombres se hallaron moviéndose a través de una escasa cubierta, comparada con los densos bosques a los que se habían acostumbrado en los Vosgos.

Tenían que avanzar con precaución extrema, rodeando las posiciones enemigas y tumbándose pecho a tierra en la hierba ante la proximidad de cualquier vehículo. Al ocaso, llegaron a una posición donde se imaginaron que debía ubicarse la línea del frente alemán. Hicieron una pausa en un parche de bosque para revisar el mapa. Aglutinados alrededor de una antorcha con pantalla, intentaron resolver dónde estaban exactamente. De pronto, un brazo emergió de la oscuridad, el dedo señalando un punto del mapa.

«*Du bist hier*»: «Ustedes están aquí».

Sin que los notaran, algunos soldados alemanes se habían acercado a ayudar a la que pensaban era una patrulla amiga insegura de su localización. Franks y sus hombres se quedaron petrificados durante una fracción de segundo antes de salir corriendo. Se precipitaron fuera del bosque hacia un campo arado. El mayor Power de inmediato tropezó con un cable telefónico y salió volando, pero, como era un jugador de *rugby* experimentado, en un abrir y cerrar de ojos se levantó y corrió de nuevo.

Los tiros salían de la oscuridad y animaron a los seis a correr más rápido. Pusieron 450 metros entre ellos y los gatilleros enemigos, y finalmente se detuvieron a tomar aliento. El tiroteo había cesado, pero por todos los flancos podían detectar signos de presencia enemiga, incluyendo lo que sonaba como el camión de comida haciendo la ronda.

Continuaron avanzando a través de la noche helada y pararon antes del amanecer para tomar unas pocas horas de descanso. Para ahora, Chris Sykes alucinaba debido al frío y al hambre, e imaginaba alemanes a cada rato. Al alba, la partida estaba

nuevamente en movimiento, cepillándose la costra de escarcha que se había posado en sus uniformes rasgados y manchados de sangre y lodo.

Pasaba del mediodía cuando el coronel Franks, al frente, se dio la vuelta y comenzó a correr en dirección opuesta a como venía, con sus ojos bien abiertos, las mejillas cadavéricas y la quijada sobresaliendo huesuda de su piel.

El conocido grito resonó a sus espaldas: «¡*Achtung!*».

Le siguió una descarga de tiros, uno de los cuales atravesó la culata de madera de la carabina M1 del sargento mayor White. Los seis hombres corrieron perdiéndose en el caos hendido por las balas. Hislop, el mayor Power y otro más (el elemento del SAS Joe Owens) se dirigieron hacia un lado; el coronel Franks guiando a Chris Sykes y al sargento mayor White, hacia el otro. Hislop, Power y Owens se tiraron al suelo en la maleza, mientras el sonido de las partidas de búsqueda se acercaba aún más.

Yacían tan quietos como muertos, con las pistolas amartilladas, en tanto que las bayonetas penetraban en los arbustos por todos los flancos de su escondite. Justo cuando parecía que el enemigo los descubriría, un enorme bombardeo de fuego entrante pegó contra lo que debían ser las trincheras alemanas del frente. Las fuerzas estadounidenses habían desatado un ataque. Los que formaban la partida de búsqueda se apresuraron a volver a sus puestos, salvando a Hislop y los demás de un descubrimiento casi seguro.

El combate duró hasta el anochecer, lo que brindó a los tres hombres la oportunidad perfecta para escabullirse. La noche era muy oscura, pero el mayor Power puso su brújula en dirección a donde se imaginaba que tenía que hallarse la posición estadounidense más cercana. Los tres hombres partieron, con Hislop agarrado del cinturón del mayor Power, y Owens del de Hislop. Gracias a las genuinas habilidades de navegación del mayor del SAS alcanzaron una carretera que él estaba seguro de que se hallaba en manos amigas, y se ocultaron en unos arbustos.

Al amanecer, vieron una patrulla de tropas de EUA marchando por el camino. Los tres hombres se levantaron de la maleza y, saludando y gritando de alegría, anunciaron su llegada y su salvación de una muerte segura.

Era la mañana del 15 de octubre de 1944. Para el capitán John Hislop, un hombre alguna vez acusado de tener una «lamentable falta de aptitud militar», la operación Loyton se había convertido en una ordalía de dos meses. El coronel Franks, el capitán Chris Sykes y el sargento mayor White también llegaron esa mañana, a pesar de que el coronel fue herido en un brazo cuando los estadounidenses lo confundieron con un enemigo.

Poco a poco fueron llegando otros equipos de la operación Loyton hasta las fuerzas

de EUA, a pesar de que luego de sus repetidos ataques contra el enemigo (incluyendo ese único y dramático ataque en tierra alemana) el teniente Marx estaba tan mal que prácticamente tuvo que gatear a través de las líneas. Se hallaba tan enfermo que como resultado de sus esfuerzos en los Vosgos sería dado de baja del ejército por invalidez.

Hubo otros menos afortunados. La partida de Phantoms del teniente Johnsen fue deshecha a tiros; solo el malherido Johnsen se las arregló para arrastrarse al otro lado de las líneas. Los otros quedaron donde cayeron, abatidos por el enemigo en tierra de nadie.

Y en una cueva en los bosques de Pierre-Percée, dos oficiales del SAS se preparaban para su propia incursión hacia las líneas de los Aliados. El mayor Reynolds se había recuperado de sus heridas y él, igual que el capitán Whately-Smith, estaba impaciente por unirse a la guerra y pelear.

Pero sus esfuerzos por hacerlo terminarían en oscuridad y en sangrienta ruina.



capítulo

Apenas dos semanas después de que lo hirieran mientras cruzaba las líneas, el infatigable coronel Franks promulgó un memorando «SECRETO» acerca del destino de los 82 hombres desplegados en la operación Loyton, Phantoms, Jedburghs y SAS por igual. Solo registraron a un puñado como «muertos en acción». Incluían al sargento Lodge, a los soldados Davis y Hall y al cabo Kasperovitch.

En contraste, anotaron a 31 como «desaparecido, supuesto PG» (PG por «prisionero de guerra») o simplemente «desaparecido». Los «desaparecidos» incluían al capitán Gough, al teniente Dill y su partida de la «retaguardia», así como al mayor Reynolds y al capitán Whately-Smith, los últimos de la operación Loyton en intentar un escape. Ninguno había logrado cruzar a las líneas de los Aliados.

En pocas palabras, se sabía poco o nada acerca de más de un tercio de la fuerza del coronel Franks. El comandante del 2º SAS había fallado en traerlos a casa, pero vivía con la esperanza de que algunos al menos hubiesen sido hechos prisioneros de guerra. Eso levantaba una duda: ¿qué podría ofrecer el futuro para los cautivos?

En contra de las probabilidades, la operación Loyton había cumplido; el caos y la confusión se habían esparcido a lo largo de los Vosgos. El diario de guerra consigna el impacto que tuvieron las largas semanas de ataques sobre las principales rutas de abastecimiento que corrían por los valles: «Los asaltos y demoliciones del SAS han reducido el uso enemigo de este camino por un estimado mayor a 50%... Debido a ellos este camino ya no está disponible para el tráfico enemigo...». Dos vías ferroviarias importantes fueron anotadas como «eliminadas por el SAS; fuera de servicio».

Como comentó el capitán Hislop, fue solo después del final de la misión que pudo sopesarse el verdadero tamaño del impacto que tuvo Loyton, incluyendo el grado de inquietud y alarma que la presencia del SAS diseminó entre los alemanes: «Las tropas en el área se mantenían en un estado de tensión permanente, sin saber cuándo era probable que las emboscaran o cuándo las volaría una mina sembrada en el camino».

Nada metía más miedo en los corazones de los soldados de infantería enemigos que atestiguar cómo acribillaban a su alto mando. Durante la operación Loyton, los planes del SAS de atacar sobre todo automóviles de oficiales rindieron enormes dividendos. Con una división alemana entera desviada hacia la cacería, Loyton también se anotó una victoria importante simplemente por haber inmovilizado miles de tropas alemanas que hubieran preferido desplegarse en los combates del frente.

Visto desde este punto, la *Waldfest* del *standartenführer* Isselhorst resultó más o menos un fracaso. A lo largo de los Vosgos, miles de lugareños fueron acorralados, golpeados, torturados, asesinados o enviados a campos de concentración, pero eso no puso un alto a la operación Loyton. Con la retirada de los hombres de Franks, Isselhorst y sus compinches se quedaron solo con un blanco como retribución: unas decenas de prisioneros de las Fuerzas Especiales.

El coronel Franks y sus compañeros comandantes sospechaban que el futuro para esos hombres bien podría ser desolador, pero no tenían una idea clara del destino de los «desaparecidos». Las primeras pistas sobre las intenciones que tenía el enemigo vendrían de la fuente menos esperada.

En los últimos días de octubre de 1944, los estadounidenses hicieron su muy esperado avance hacia el interior de los Vosgos. Sucedió en contra de todas las expectativas. En las terribles condiciones de ese otoño barrido por las tormentas, el Ejército de Patton no podía depender de que el poder aéreo aliado le brindase la ventaja decisiva. De la misma manera, los vehículos blindados del general estadounidense en su mayoría estaban inutilizados por las heladas y la nieve.

El 7º Ejército de Patton penetró con base en la fuerza bruta de sus combatientes arrojados y valientes, pues la infantería estadounidense peleó una serie de batallas salvajes cuesta arriba, avanzando a través de avalanchas y bosques oscuros y congelados, a menudo acercándose a poca distancia del enemigo. De hecho, la victoria del 7º Ejército representó la primera vez en la historia escrita en la que un atacante vencía exitosamente a un defensor atrincherado en los Vosgos, valiéndose solo de la fuerza de sus brazos.

Un hombre en el interior del 7º Ejército tenía unos planes algo diferentes, que no se limitaban a librar la guerra. El príncipe Yuri *Yurka* Galitzine, un miembro de la realeza rusa de 21 años de edad y de madre inglesa, iba adherido al 7º Ejército como parte de la Oficina de Guerra Política (PWE, por sus siglas en inglés),* una rama de la SOE encargada de operaciones propagandísticas. El objetivo de la PWE era ganar la guerra de la información colocando en la prensa historias positivas sobre los Aliados y negativas sobre los enemigos.

Dos meses antes, el capitán Galitzine había desembarcado en la playa de St. Tropez, entonces un pueblo callado y poco conocido en la costa mediterránea de Francia. Formaba parte de un equipo de la PWE de tres elementos (él, un estadounidense y un francés) asignados por el alto mando aliado para recolectar información sobre cualquier secreto que pudieran dejar atrás las fuerzas alemanas en su retirada.

Nacido en Japón, Galitzine había vivido en Austria y Francia antes de mudarse con su madre a Gran Bretaña. Había llevado una juventud privilegiada, moviéndose en la alta sociedad, y antes de la guerra incluso había coqueteado con el Right Club, un grupo londinense de orientación derechista que incluía simpatizantes nazis. Pero el joven, aristócrata y decididamente apuesto, príncipe ruso-inglés de cabello largo, estaba a punto de enfrentarse cara a cara con la espantosa realidad del nazismo.

En Niza, su equipo fue uno de los primeros en entrar al recientemente abandonado cuartel de la Gestapo en esa ciudad. Mientras exploraba la escena ante él, los profundos ojos cafés de Galitzine estaban llenos de una honesta determinación y empatía instintiva. Lo que atestiguaría en el sótano convertido en cámara de tortura de la Gestapo asquearía y repugnaría a este hombre innatamente humano.

Había 11 cuerpos en el sótano, recordó Galitzine. «Uno de ellos era la hija del alcalde, Eliane Valiano, y yo estaba horrorizado». La joven tenía seis meses de embarazo y la habían violado después de muerta. «No lo podía creer. Simplemente no podía creer que la gente pudiera comportarse de esa manera».

Tristemente, para los estándares de la Alemania nazi el príncipe Galitzine aún no había visto nada. Dado que el 7º Ejército había avanzado hacia el este de los Vosgos y tomado Estrasburgo, los registros completos de la Gestapo local (el mando del *standartenführer* Isselhorst) fueron capturados. Estos a su vez llevaron al príncipe Galitzine a Schirmek y a un descubrimiento que cambiaría su vida para siempre: el campo de concentración de Natzweiler.

«Me dieron instrucciones de ir», recordó Galitzine, «porque me dijeron que había un “campo de concentración”». En ese momento solo unos cuantos entre los Aliados tenían una idea de lo que era, pero mientras Galitzine conducía hacia los montes sobre Schirmek estaba a punto de averiguarlo.

Al principio lo impactó la majestuosa belleza de los montes Vosgos en invierno, los cuales estaban alfombrados con bosques verdes hasta la línea de nieve. Era una larga y tortuosa escalada hasta Natzweiler, que se situaba a 2 700 metros de altitud. Incluso mientras se acercaba, Galitzine seguía imaginando que el campo de concentración sería un asunto de tiendas de campaña.

«La primera impresión verdaderamente fuerte era el olor, el olor más cadavérico, enfermizo y dulzón», comentó. Lo golpeó ominosamente desde una distancia considerable antes de llegar al campo. No se dio cuenta hasta que vio la evidencia con sus propios ojos, pero era el olor de cuerpos, de la carne humana quemada en el crematorio.

En Natzweiler había urnas llenas de cenizas humanas desperdigadas por doquier,

ataúdes amontonados y pilas sobre pilas de ropa sucia y apestosa. Galitzine vio unos «pocos tipos confundidos en trajes a rayas vagando por ahí, no muchos de ellos». Los prisioneros más saludables y activos habían errado hasta los pueblos aledaños en busca de ayuda.

Asqueado y sin lograr comprender —«Por Dios, ¿qué pasó allí?»— el ex *bon vivant* derechista batalló para asimilar con lo que se había topado. Galitzine halló a los sobrevivientes que estaban en su sano juicio y eran capaces de hablar. Ellos le explicaron lo que era un campo de concentración y, mientras lo hacían, las lágrimas caían de los ojos del joven capitán de la SOE.

Lleno de una furia fría, Galitzine estaba decidido a documentar cada horror e inhumanidad. Se dispuso a compilar un reporte sobre el campo intitulado «Reporte especial sobre el campo de concentración alemán (KZ Natzweiler)». Dirigido a su superior, el «jefe de la Sección de Áreas Liberadas, PWD SHAEF»* (la Dirección de Guerra Política del Cuartel General de la Fuerza Expedicionaria Aliada), comenzaba así: «Este reporte se basa en las investigaciones y observaciones personales realizadas durante las operaciones...».

Esto fue lo que descubrió Galitzine. En 1941 alguien (¿Hitler? ¿Himmler?) decidió que los edificios del Partido Nazi en Nuremberg necesitaban recubrirse con el más fino granito rojo de Alsacia. La mejor fuente de la roca era una cantera adyacente a Natzweiler, así que el antiguo hotel de esquí se transformó en un campo de trabajos forzados, donde los internos trabajarían hasta su muerte en la cantera aledaña.

«Este campo estaba destinado a ser un centro de distribución y reabastecimiento de mano de obra esclava», reportó Galitzine, «con la idea de “hacer trabajar a los prisioneros hasta la muerte”».

Para la primavera de 1943, había 15 barracas en tres hileras, construidas en una «terrace» labrada en la ladera de la montaña. El área circundante fue despejada de sus pocos habitantes civiles y convertida en una zona restringida. El campo estaba rodeado por una doble fila de alambre de púas con puestos de guardia ubicados por intervalos. La cerca estaba electrificada con una corriente de alto voltaje, y su propio crematorio (los hornos en los cuales quemarían a los muertos y los moribundos) completaba a Natzweiler.

En la «terrace» también se construyó una fábrica de aeronaves de Junkers a manera de lugar de trabajo alternativo para la fuerza de trabajo esclava. Cuando hubieron sacado suficiente granito rojo de las minas, Natzweiler se convirtió en un campo de detención. Desde allí, los «internos» eran enviados en equipos de trabajo a cualquier empresa que necesitase su mano de obra esclava, incluyendo varias fábricas

subterráneas de armamento y la planta de Mercedes-Benz, la cual manufacturaba camiones para la Wehrmacht. Cuando juzgaban que un contingente estaba demasiado exhausto o enfermo para servir a un «propósito útil», los enviaban de vuelta a Natzweiler para su exterminio.

Los primeros internos eran prisioneros políticos alemanes, en su mayoría comunistas y antinazis. Luego llegaron los enemigos polacos, holandeses, noruegos, checos, griegos, italianos y rusos del Reich. Y, finalmente, los sospechosos de ser miembros de la Resistencia francesa pasaron por las tenebrosas puertas de Natzweiler. Clasificaban a los prisioneros de acuerdo con sus «crímenes»: opositores políticos, homosexuales, evasores de trabajos forzados, judíos.

Sin embargo, la peor calificación estaba reservada para los internos menos afortunados. «Aquellos prisioneros considerados los más peligrosos o que habían intentado escapar eran designados “N.N.”, por *Nacht und Nebel* (noche y niebla)», reportó Galitzine. «Estos prisioneros llevaban un parche amarillo con tres círculos negros sobre el corazón. Podían ser tiroteados por la más mínima falta y no tenían permitido el correo ni comunicación alguna con otras personas».

Los maquis capturados eran invariablemente clasificados como *Nacht und Nebel*.

Los trabajadores laboraban 11 horas diarias, bajo una dieta de corteza de pan tres veces al día y un plato de «sopa» aguada. Los prisioneros recurrían a comer pasto, excremento e incluso desenterraban gusanos del suelo lodoso de la cantera. Abundaba la enfermedad. Además de su crematorio, Natzweiler contaba con una forma altamente experimental de la cámara de gas, quizás el más estremecedor de los hallazgos de Galitzine.

Irónicamente, la cámara de gas se situaba en un ala adaptada del antiguo hotel de esquí «estilo alpino». Su propósito era probar gas nervioso o cualquier otra arma química usando a los prisioneros como conejillos de indias humanos. Una ranura en la puerta de la cámara de 3.5 por 3.5 metros permitía la inserción del cartucho de gas que contenía el agente que estaban probando. Un panel de vidrio podía deslizarse para que los «científicos» observaran los efectos de la fumigación.

«Alimentaban bien a cada prisionero una semana antes de gasearlo», reportó Galitzine. «Algunos incluso salían vivos cuando el gas fallaba, pero siempre morían después de una manera u otra. Los doctores intentaron revivir pacientes mediante inyecciones de antídotos. La mayoría de las víctimas de la cámara de gas eran mujeres...». Las desnudaban y luego las atiborran dentro de la cámara.

Por increíble que parezca, la casa del comandante del campo de Natzweiler (un edificio pintoresco tipo Hansel y Gretel de tres pisos) se ubicaba a escasos metros del

perímetro del campo. Josef Kramer, quien había servido como comandante en Auschwitz y Belsen, había vivido allí con su familia, igual que Heinrich Schwarz, otro excomandante de Auschwitz. La casa contaba con una alberca al aire libre a un lado y por el otro ofrecía una vista, a través del alambre de púas, de las enormes filas de barracas. Una vía corría junto a la casa y la piscina: era la ruta de los condenados a la cámara de gas.

Natzweiler, descubrió Galitzine, era una herramienta para lo que sería conocido como la «Solución Final» de Hitler. Se llevaron a cabo experimentos médicos en internos judíos para «probar» la «inferioridad» de la raza judía, *untermensch* («subhumanos») en términos nazis. «Los prisioneros se usaban como conejillos de indias sin vacilación», escribió Galitzine, con una repulsión apenas disfrazada. «Hallamos cuerpos preservados en frascos de alcohol, algunos ya cortados. Están disponibles los números de prisionero de cada cuerpo, lo que permitirá su identificación».

Tal vez por accidente, cuatro sobrevivientes que lograron hablar con Galitzine eran miembros de la Resistencia. Ellos describirían a Galitzine un incidente horroroso que revelaría el destino de algunos de los que habían desaparecido en las calles de los Vosgos, cuando el SAS estuvo peleando allí.

«Mediante la horca o disparos en la nuca, 92 mujeres y aproximadamente 300 hombres fueron asesinados durante la noche del 1 al 2 de septiembre de 1944», escribió Galitzine. «Los cadáveres estaban amontonados en un almacén en el cual la sangre llegaba a 20 centímetros de altura... Supuestamente era un grupo de guerrilleros que fueron capturados en las cercanías».

Natzweiler se sitúa aproximadamente a 16 kilómetros al este de Moussey. La sincronización de esta matanza colectiva, más la geografía y los números, concuerda con la primera de las deportaciones de Waldfest en el valle de Rabodeau de los supuestos maquis («guerrilleros»).

Pero los últimos descubrimientos de Galitzine eran incluso más relevantes para la operación Loyton. Escuchó rumores de que compañeros soldados (agentes aliados, como él) habían perdido sus vidas en ese lugar infernal. Desenterró la primera evidencia en algunos dibujos a lápiz hechos por internos de Natzweiler que llevaban la firma de «B.J. Stonehouse». Stonehouse era un oficial británico preso en Natzweiler, junto con un supuesto compañero operador de las fuerzas de élite británicas llamado Patrick O'Leary.

Galitzine supuso que ambos, Stonehouse y O'Leary, habían sido «exterminados», y los reportó como muertos. Cuanto más profundo cavaba, más evidencia descubría.

Halló pistas de que varios aviadores estadounidenses habían sido incinerados en Natzweiler. Un testigo visual habló de cuatro mujeres británicas ejecutadas en el campo y había pistas que sugerían que podía haberse tratado de compañeras agentes de la SOE. Además, había reportes de que un oficial del SAS había estado preso en el campo, con suerte desconocida.

El reporte de Galitzine fue enviado de inmediato al SHAEF en París. En el invierno de 1944, el mundo aún estaba lejos de descubrir los horrores de los campos de concentración. Belsen y Auschwitz serían liberados hasta cinco meses después. Las terribles aberraciones que el príncipe Galitzine dolorosamente documentó en Natzweiler eran absolutamente desconocidas para el mundo de entonces.

Galitzine esperaba que su reporte provocara una tormenta de descontento en el SHAEF. Anticipaba que llamarían a una gran conferencia de prensa donde presentarían sus hallazgos a una horrorizada prensa mundial. En su lugar, su reporte fue enterrado callada y eficientemente. La verdad acerca de Natzweiler fue suprimida y Galitzine mismo recibió la orden de guardar silencio sobre lo que fuese que pudiera haber descubierto allí.

Librepensador por naturaleza, Galitzine estaba por su propia parte y muy enojado. «Recibí un grosero mensaje del cuartel general diciendo que no debía yo discutir esto con nadie», recordó Galitzine. Su reporte sobre Natzweiler fue enterrado.

Estaba conmovido y triste. Este era el primer campo de concentración con el que se topaban los Aliados. Su reporte fue el primer documento oficial en catalogar la existencia de tal lugar y en detallar sus terribles excesos. Entonces, ¿por qué había sido suprimido? Típicamente, el príncipe Galitzine exigía respuestas.

La única explicación que le ofrecieron fue que si los verdaderos horrores de los campos de concentración salían a la luz «podían hacer que los alemanes se resistieran aún más y... sentirían que ya no había esperanza». Si los Aliados culpaban a la nación alemana en su totalidad como responsable de tal maldad, quizás el pueblo alemán jamás se rendiría. En pocas palabras, podría prolongar la guerra.

Pero esos argumentos no tenían sentido para Galitzine. De todos modos, Hitler había dispuesto que no habría rendición, así que ¿cómo empeoraría las cosas la exposición de un lugar como Natzweiler? Galitzine se quedó amargamente defraudado y confundido doblemente, puesto que algunos de los prisioneros de Natzweiler parecían haber sido camaradas soldados Aliados.

Galitzine era amigo personal del capitán Henry Carey Druce, pues ambos compartieron el entrenamiento de oficiales. También era cercano al mayor del SAS Dennis Reynolds y al capitán Whately-Smith, dos de los «desaparecidos» de la

operación Loyton. Era natural que Galitzine llevara su reporte (rechazado y silenciado por el alto mando aliado) a un grupo de compañeros disidentes del cuartel general del SAS.

Adjunto al documento de Galitzine, iba un apéndice que contenía una lista de 22 «criminales de guerra alemanes en el asunto STRUTHOF» (Struthof era un nombre alterno para Natzweiler). Detallaba las figuras clave en el campo (en su mayoría SS) que habían brutalizado y exterminado a miles de prisioneros, que incluían muy posiblemente a algunos de los «desaparecidos» de la operación Loyton. Estos también eran los asesinos en masa que habían torturado y ejecutado a muchísimos sospechosos de ser maquis en Moussey y del más amplio valle de Rabodeau.

Galitzine hizo una lista de los asesinos en el Anexo A de su reporte. Tituló las páginas siguientes (el Anexo B) como «Testigos de los crímenes cometidos en el Campo Struthof». El primero en la lista era Ernst Krenzer, un ingeniero civil forzado a trabajar en la cantera y agente de inteligencia de la Resistencia. Le seguía M. Nicole, un albañil y maquis, también forzado a trabajar en la cantera. Más abajo en la lista se hallaba el pastor Herring, un sacerdote local que había ayudado a pasar paquetes de comida a los prisioneros hambrientos.

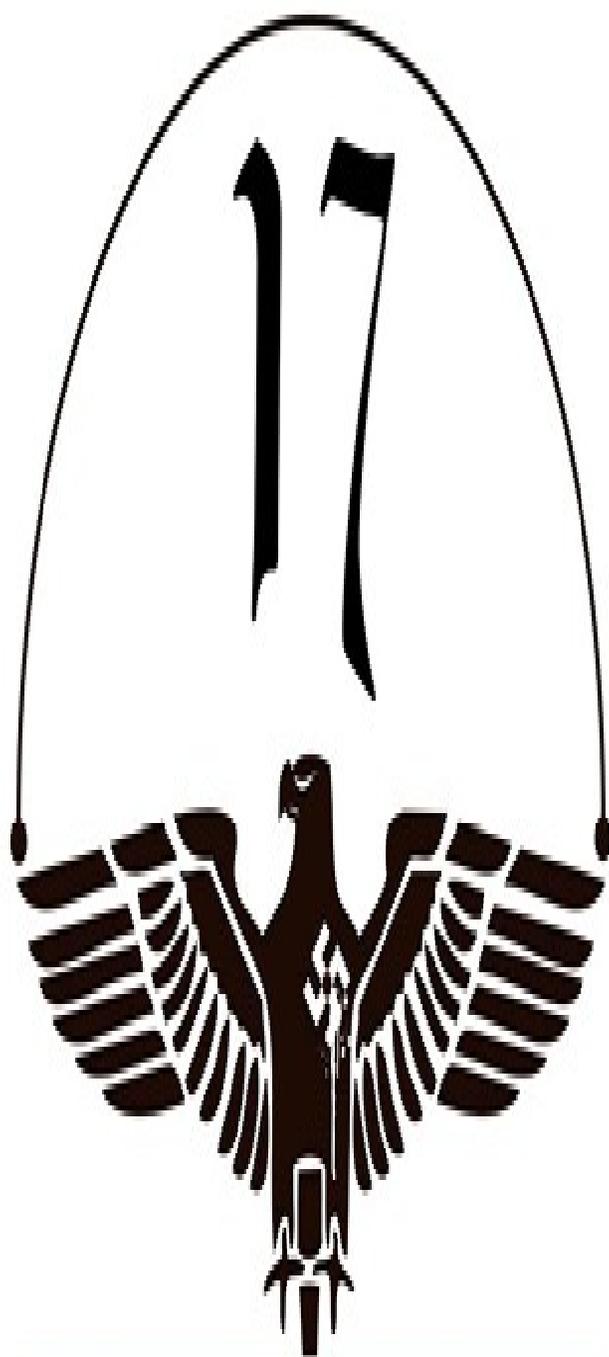
Había 18 testigos en total y las declaraciones que catalogaban los horrores de Natzweiler continuaban durante varias páginas. Claramente, Galitzine esperaba de su reporte algo más que una simple tormenta de cobertura mediática y un aullido de escándalo mundial: él esperaba justicia. Tristemente, las tres cosas parecían haberlo eludido.

Pero mientras el coronel Franks proyectaba su ojo sobre la lista de Galitzine, tuvo el primer sentimiento de que, contra viento y marea, debían cazar a los asesinos.

NOTAS

* Political Warfare Executive.

* Por sus siglas en inglés: Political Warfare Directorate of Supreme Headquarters Allied Expeditionary Force. [*N. de T.*]



capítulo

A finales de noviembre de 1944, el gobierno británico finalmente se vio forzado a tomar acciones contra los crímenes de guerra nazis. El catalizador fue la horrorosa ejecución de los fugados de Stalag Luft; cuya historia fue inmortalizada en *El gran escape*.

En la primavera de 1944, 73 prisioneros de guerra del campo de detención alemán Stalag Luft III escaparon mediante un túnel bajo la cerca. En cuestión de unos días, todos habían sido capturados, a excepción de tres. Decenas de los que intentaron la fuga fueron subsecuentemente ejecutados y como resultado se hizo una declaración en el Parlamento británico, condenando los asesinatos como un «odioso crimen contra las leyes y convenciones de guerra».

La prensa amplificó la historia de estos asesinatos a sangre fría y el público británico horrorizado presionó a su gobierno para actuar. Se establecieron cortes militares para juzgar a los criminales de guerra nazis por «las violaciones a las leyes y los usos de guerra cometidos... a partir del 2 de septiembre de 1939». Pero la Oficina Extranjera (autores y ejecutores de la política extranjera británica) presionó al nivel más alto para intentar acabar con esos juicios antes de que comenzaran.

¿Por qué? La verdad era que en las etapas finales de la Segunda Guerra Mundial, la Alemania nazi ya no era el enemigo principal de Occidente. Los poderes ya estaban virando su atención hacia la Rusia de Stalin, el comunismo y lo que sería conocido como la Guerra Fría. Como un (casi impensable) testimonio de lo serio que era este viraje en la política, consideremos la Operación Impensable de Winston Churchill. Bosquejada en las etapas tardías de la guerra, esta era su plan para que las fuerzas occidentales se escurrieran hacia el este de Berlín y tomaran Rusia.

La Impensable comenzaba el 1 de julio de 1945. Ese día, británicos, polacos, estadounidenses, australianos, canadienses y otras tropas que operaban junto a sus exenemigos, los soldados de la Wehrmacht, invadirían Rusia. Tenía «sentido» pelear junto a la Wehrmacht. Después de todo, el ejército alemán había peleado la guerra contra el Ejército Rojo soviético, y la comunidad de la inteligencia alemana había llevado a cabo espionaje contra los rusos. En el frente oriental habían obtenido un conocimiento que sería esencial para cualquier fuerza que deseara marchar dentro de Moscú y eran el único aparato de inteligencia con esa experiencia.

La Operación Impensable fue vetada por el presidente Roosevelt de EUA, pero

reflejaba la visión que se tenía en el más alto nivel: los rusos eran el nuevo enemigo. Bajo esta luz, quizás es más fácil comprender por qué los descubrimientos del príncipe Galitzine de noviembre de 1944 en Natzweiler fueron tan rápida y comprensivamente suprimidos. Eran «inconvenientes» a la política real prevaleciente, como sería cualquier cacería de los criminales de guerra nazis que habían orquestado y ejecutado ese asesinato en masa.

Pero, afortunadamente, hubo quienes se negaron a permitir que el pragmatismo triunfara sobre lo justo y lo correcto. En primer lugar y al frente de ellos estaba el coronel Brian Franks.

A principios de diciembre de 1944 aterrizó una carta en el escritorio del coronel Franks con noticias concretas sobre los desaparecidos. Por supuesto, el comandante del 2º SAS tenía muchas otras cosas en mente en ese momento además del destino de los desaparecidos de la operación Loyton. Tenía unidades en acción desde Noruega hasta Italia y en todos los puntos intermedios. Pero la carta no era menos electrizante.

Venía de la Cruz Roja estadounidense y alistaba los nombres de algunos de los prisioneros de guerra británicos y estadounidenses que habían estado detenidos en el *sicherungs-lager* de Schirmek, el «campo de seguridad» que servía como centro de procesamiento para los cautivos de Waldfest. Incluía a los siguientes, con sus números de servicio militar:

Teniente Garis P. Jacoby, ASN 0556376 (estadounidense)

Sargento Michael Pipcock, ASN 16176838 (estadounidense)

Capitán Whately-Smith, SAS 113612 (británico)

Mayor Dennis B. Reynolds, 2º SAS Reg 130856 (británico)

Capitán Victor Gough, 148884, Infantería Ligera de Somerset, adherido a las Fuerzas Especiales del Cuartel General (británico)

Teniente David Dill, 2º SAS 265704 (británico)

El autor de la carta, un tal Henry W. Dunning, concluía: «Hasta el 8 de noviembre de 1944 estos soldados seguían vivos. Tuve la oportunidad de hablar con ellos personalmente en varias ocasiones y les prometí informar a sus familiares...».

Como resultado de las sorprendentes revelaciones de Dunning, la Oficina de Guerra escribió a los familiares de los soldados británicos nombrados. A la familia de Gough le manifestaron: «Parece que el oficial fue visto en las manos de la Gestapo el 8 de noviembre de 1944... No podemos aceptarlo como un reporte oficial sobre un

prisionero de guerra, pero juzgamos necesario pasar esta información a sus parientes más cercanos...».

Para el coronel Franks, esta era una evidencia tentadora de que al menos algunos de los desaparecidos de la operación Loyton podían estar vivos. En enero de 1945 el capitán Gough, el teniente Dill, el mayor Reynolds y el capitán Whately-Smith fueron oficialmente registrados como «desaparecido, posible prisionero de guerra». Pero para entonces el coronel Franks había tomado sus propias acciones unilaterales para lanzar una búsqueda de esos operadores que había perdido en los Vosgos.

Los dos individuos que eligió para liderar la búsqueda eran íntimos de la operación Loyton. Uno, Chris Sykes, había sido de los últimos en cruzar las líneas alemanas durante el sangriento final de la misión. El otro, Bill Barkworth, era el jefe de la célula de inteligencia del 2º SAS y el hombre que le dio al capitán Henry Druce su informe de última hora cuando tomó el mando de la incursión original en los Vosgos.

En diciembre de 1944, Sykes y Barkworth volvieron al valle de Rabodeau («el valle de lágrimas») encargados de voltear todas las piedras en la búsqueda de los desaparecidos. Tal vez inconscientemente, el coronel Franks recién había despachado al terreno a un individuo que se ganaría una temible reputación de cazador de hombres sin igual.

En cuestión de días, hallarían los primeros cuerpos.

El mayor Eric *Bill* Barkworth era un brillante individualista de espíritu disidente, un hombre sin tiempo para las leyes o las formalidades burocráticas. Delgado, garrudo y con unos ojos oscuros —que revelaban una inteligencia afilada como una navaja, además de una imperturbable y calmada incorruptibilidad—, la característica que definía a Barkworth era su resoluta falta de respeto al rango o al privilegio.

Un valor central del SAS era estimar «el mérito sobre el rango»; los que lideraron lo hicieron por la fuerza de su habilidad innata y a pesar de su rango. De la misma forma, para Barkworth, el respeto debía ganarse. También tenía pocos miramientos hacia las reglas sin sentido y las leyes, o por las tradiciones basadas en el prejuicio y el privilegio. Él rompía las reglas cuando necesitaban romperse. Eso lo hacía un excelente oficial del SAS y lo volvería un cazador de criminales de guerra sin comparación.

Otra de las cualidades importantes de Barkworth como cazador de nazis era su don para las lenguas: hablaba alemán como nativo y estaba casi tan bien versado en el francés. Luego de haber crecido en el pueblo costero, casi sacado de una postal, de Sidmouth, en Devon, Barkworth sirvió en la Infantería Ligera de Somerset antes de unirse al SAS, igual que el desaparecido operador Jedburgh Victor Gough.

Con el mayor Barkworth a su lado, el capitán Sykes regresó a los Vosgos. Era un

lugar muy distinto al que había abandonado hacía unos dos meses. A medida que las fuerzas de Patton fluyeron a través del Meurthe, los alemanes fueron expulsados de los valles. Durante cuatro largos años habían mantenido a los Vosgos bajo el yugo de los uniformes grises y el metal de las botas. Ahora los montes y su gente eran libres de nuevo, y Sykes halló la experiencia casi sobrecogedora.

«Era maravilloso simplemente pararse en una calle a plena luz del día», escribió Sykes sobre su regreso. «Debo confesar que era un sentimiento algo temible el que yo haya vuelto a nuestro pueblo [Moussey]: tanto se había sufrido y gran parte de ello por culpa nuestra. Pero su lealtad permanecía incólume. Fui aclamado como si hubiese salvado al mundo. Nos habíamos convertido en leyenda».

Al regresar a los Vosgos, Sykes se enfrentó a lo que le habían ocultado a la partida de la operación Loyton, cuando se hallaba inmersa en la lucha por sus vidas: lo exitosa que había resultado su misión.

«No se ha explicado aún por qué los alemanes no siguieron peleando en esos valles fáciles de defender. ¿Es posible que *aún* se sintieran demasiado inseguros de su posición, que *aún* creyeran en un anfitrión oculto aguardando la señal para levantarse con todos sus miles de integrantes?».

Por «anfitrión» Sykes se refería a los maquis de los Vosgos, armados y dirigidos por pocas decenas de combatientes de la operación Loyton. En los Vosgos, el SAS «causó pánico a los enemigos de Francia en toda la provincia..., dislocó las disposiciones militares alemanas en un sector completo de la línea del frente..., levantó a un ejército en defensa de lo que hace honorable y soportable la vida humana e inspiró lealtad y amor...».

Sykes volvió a visitar a los lugareños que habían jugado un rol vital en la fortuna del SAS, incluyendo a la indomable *madame* Rossi. Luego de la retirada de la fuerza de la operación Loyton, ella tuvo su última confrontación con sus opresores.

«Los Boche andaban siempre en los alrededores de la casa», le dijo a Sykes. «Adivinaron bien. Así que un día llamé a su sargento: “¡Hey, tú! ¿Estás buscando hospedaje para tus hombres? Vengan acá. ¡Tengo mucho espacio y mucho heno!».

 Y ellos fueron».

Sykes bien podía imaginar con qué espíritu hizo su oferta *madame* Rossi. Él traía consigo un formulario para completar, para que ella pudiese ser nominada a la Medalla del Rey. *Madame* Rossi interrumpió a Sykes mientras intentaba hacer que llenara el formulario, colocando una mano firme pero delicada sobre su hombro.

«Pero no», le dijo ella. «Mira, esto no es para mí. Es para los soldados, el Ejército».

Sykes se reunió con los muchos con quienes habían forjado amistad en la oscura

adversidad: Albert Freine, el sufrido guardabosque y jefe de la inteligencia maquis; Simone, la legendaria guía como un hada que llevó al mayor Power y a sus hombres a través de las montañas destrozadas por la guerra, además del guardabosque del valle de Celles, quien sirvió como intermediario del coronel Franks.

De ellos y otros más escucharía las primeras historias sobre los horrores en los que habían caído los desaparecidos. Pero sería *el abate Gassman*, el sacerdote del pueblo de Moussey, quien llevaría a Sykes y Barkworth hasta la primera evidencia indiscutible: los restos humanos.

El abate Gassman fue uno de los únicos líderes maquis que permanecieron en libertad. En una de las redadas finales del *standartenführer* Isselhorst, el leal alcalde de Moussey se unió a los cientos de presos que ya se encontraban en los campos de concentración. El alcalde argumentó que si todos los hombres de Moussey estaban siendo enviados a los campos, entonces él debía unírseles. Esa era su responsabilidad como alcalde.

Bajo la guía de Gassman, Sykes y Barkworth se dirigieron a una granja llamada La Fosse, situada a varios kilómetros al noreste de Moussey. Se endurecieron para lo que temían que hallarían allí.

«En el anexo, que había sido demolido y quemado, se encontró una columna vertebral completa», anotó Barkworth. «La destrucción del fuego había sido tan grande que quedaba muy poco, pero era posible rastrear más profundo entre las cenizas las posiciones de al menos dos cuerpos.

»En cada caso, los huesos de las rodillas y la masa pulverizada del hueso que representaba el cráneo eran fácilmente distinguibles. Entre esos restos se hallaron los siguientes artículos..., los cuales eran parte de la vestimenta y del equipo de un paracaidista del SAS...». Barkworth anotó los artefactos identificables descubiertos en las cenizas:

Etiquetas del paracaídas

Hebillas de tirantes (estampadas con «Policía y Bomberos»)

Broche del cierre

Metal del broche de la chaqueta de salto

Gancho y ojal del uniforme de campaña

Parte del suspensorio militar

Dos hebillas de la camisa del uniforme de campaña

Una hebilla de mochila

Nueve partes del arnés del paracaídas.

Eso era todo lo que quedaba de tres elementos del SAS asesinados. El sargento Fitzpatrick y los soldados John Conway y John Elliot desaparecieron durante el lanzamiento en paracaídas de la primera semana de septiembre en los cerros sobre Pierre-Percée. Los paracaidistas se desviaron hacia los árboles cubiertos de niebla. Uno se fracturó la pierna en el aterrizaje, y se escondieron en una granja a las afueras del pueblo de Pexonne.

En su memorando posterior a la operación, el coronel Franks anotó a los tres hombres como «desaparecido, posible PG». Ahora se había revelado la verdad sin lugar a dudas.

Demostrando su temprana inclinación por ese trabajo detectivesco, Barkworth entrevistó a varios testigos locales. Leon Muller era vecino de la granja de La Fosse. Le dijo a Barkworth: «El martes 19 de septiembre de 1944, alrededor de las 10:00 horas, vi un automóvil Sedán y un camión aproximándose desde Pexonne. El carro era azulgris; el camión, color militar. Le preguntaron a mi esposa el camino a La Fosse... Había un hombre en el camión sentado entre dos alemanes».

Barkworth llevaba consigo fotografías de los 31 hombres desaparecidos. Le mostró a *monsieur* Muller una fotografía del sargento Fitzpatrick. Muller confirmó que esa era la persona que había visto en la cabina del camión: «Lo reconozco en la fotografía como el sargento Fitzpatrick. Escuché tres ráfagas de una ametralladora ligera desde La Fosse, en total unos 10 tiros, y luego vi el cobertizo en llamas. Después se fue el camión».

A la luz de ese testimonio, corroborado por varios testigos, Barkworth fue capaz de escribir de manera concluyente sobre Fitzpatrick, Conway y Elliot: «Asesinados por alemanes en una granja, La Fosse, cerca de Pexonne, el 17.9.1944».

Había cosas peores en el horizonte.

En La Harcholet, una diminuta aldea ubicada al sureste de Moussey, habían perecido más SAS. Habían perdido sus vidas de la manera más horrorosa. Tres hombres de uniforme caqui fueron llevados hasta un granero anexo a una casa llamada la Maison Quiren. Los testigos dijeron que dos usaban «boinas rojas» y uno, una gorra de montaña con visera. Esta última persona llevaba las manos esposadas y usaba lentes de armazón metálico; los otros tenían las manos atadas.

Incendiaron el granero. «Colgaron a las víctimas antes de quemarlas, pues podía ver siluetas humanas entre las llamas», relató *madame* Beneit, vecina y testigo de los asesinatos.

Victor Launay, otro vecino de Le Harcholet que albergó a una de las víctimas del SAS, identificó al hombre como el teniente Silly. Antes de marcharse, los soldados

alemanes cerraron el granero y le lanzaron granadas. «Cuando se fueron, iban riéndose», comentó *madame* Beneit.

Poco había sobrevivido al intenso calor de la conflagración, pero Barkworth y Sykes hallaron en las ruinas quemadas del granero lo que parecían ser los anteojos quebrados del oficial Silly del SAS, además de una placa de identificación militar. Esa placa pertenecía al soldado Brown del SAS, un hombre que murió quemado junto al teniente Silly.

El teniente Silly fue uno de los elementos más inventivos que tuvo el coronel Franks. La última vez que lo vio el coronel Franks fue cuando les ordenó a sus hombres que se dividieran e intentaran alcanzar las líneas aliadas. Silly era de la partida de 10 integrantes que intentó cruzar el río Meurthe. Se separaron y Silly fue capturado por el enemigo el 10 de octubre. De alguna forma, el teniente del SAS terminó quemado en un granero en Le Harcholet seis días más tarde.

Como Barkworth y Sykes descubrieron, Silly, Brown y un tercer soldado aún no identificado fueron tomados por la Gestapo para morir donde algún día se habían refugiado. Los hombres del SAS habían dependido de una casa de Le Harcholet durante esos terribles días en los que estuvieron al borde de la inanición. En el hogar de los Feys, Madeline Fey, entonces de solo 17 años, preparaba una olla de sopa diaria para los incursos británicos.

Los hambrientos hombres del SAS venían a comer al atardecer en grupos de tres y cuatro. En la parte trasera del jardín de los Fey, un pequeño puente llevaba a través de un arroyo a un tenue sendero que serpenteaba dentro del denso bosque de las tierras altas. Si era demasiado peligroso para que los soldados vinieran a la casa, Madeline les llevaba la sopa hasta su campamento oculto y allí los alimentaba.

Cierta noche de octubre, los cuatro hombres se encontraban en la cocina de los Feys cuando se escucharon unos ásperos golpes en la puerta. Madeline los sacó en grupo por la parte trasera y los lanzó a la pocilga, un cobertizo de madera y piedra pegado a un extremo de la casa. Mientras su padre, Auguste, hizo un espectáculo abriendo todas las persianas del frente, como averiguando quién lo visitaba a esa hora.

Luego «halló problemas» para hacer que la llave abriera el seguro para permitir la entrada a la Gestapo. Finalmente abrió, declarando: «*Voilà! On ouvre!*» («¡Allí está! ¡Está abierto!»). Para entonces los soldados británicos estaban escondidos en donde nunca serían descubiertos, a pesar de que en la carrera hacia la pocilga uno dejó caer su arma en el pozo de los Feys.

Mientras que los Feys no atestiguaron el asesinato del teniente Silly y sus cuatro compañeros, una vecina cercana, *madame* Renée Haouy, sí. El esposo de *madame*

Haouy fue uno de los secuestrados durante los arrestos masivos del 24 de septiembre en Moussey. Nunca regresaría de los campos de concentración. El día que asesinaron al teniente Silly y a sus compañeros, la Gestapo ordenó a *madame* Haouy que permaneciera dentro de su casa y cerrara todas las persianas.

Ella actuó como si estuviese de acuerdo, pero mantuvo una un poquito abierta para poder mirar lo que sucediera. Vio cómo metieron a los tres hombres en el edificio en llamas y los disparos para acabar con ellos.

Para ahora, Barkworth y Sykes habían descubierto más allá de dudas los destinos de cinco de los desaparecidos, pero lo que más ansiaban eran los nombres de sus verdugos. Un último testigo proveería esa pista crucial.

Un doctor vecindado en la villa cercana de Sennones vio a tres soldados británicos, el teniente Silly entre ellos, en dirección a La Harcholet. Cuando ninguno volvió, le preguntó a un oficial de la Gestapo alojado en el lugar lo que habían hecho con esos hombres.

«Los paracaidistas capturados en batalla reciben un trato normal», le respondió. «Pero los *nachtschirmfalljäger* que se lanzan detrás de las líneas en pequeños grupos son fusilados como espías y saboteadores. *Ils n'existent plus*», continuó. «*Nous leur rendons la politesse*. Ellos hacen lo mismo con nuestros paracaidistas».

La palabra alemana *nachtschirmfalljäger* significa «combatientes paracaidistas nocturnos». El francés se traduce como: «Ya no existen... Les devolvemos la cortesía que nos hacen».

El oficial fue identificado como el *oberscharführer* (sargento mayor de compañía) Max Kessler.

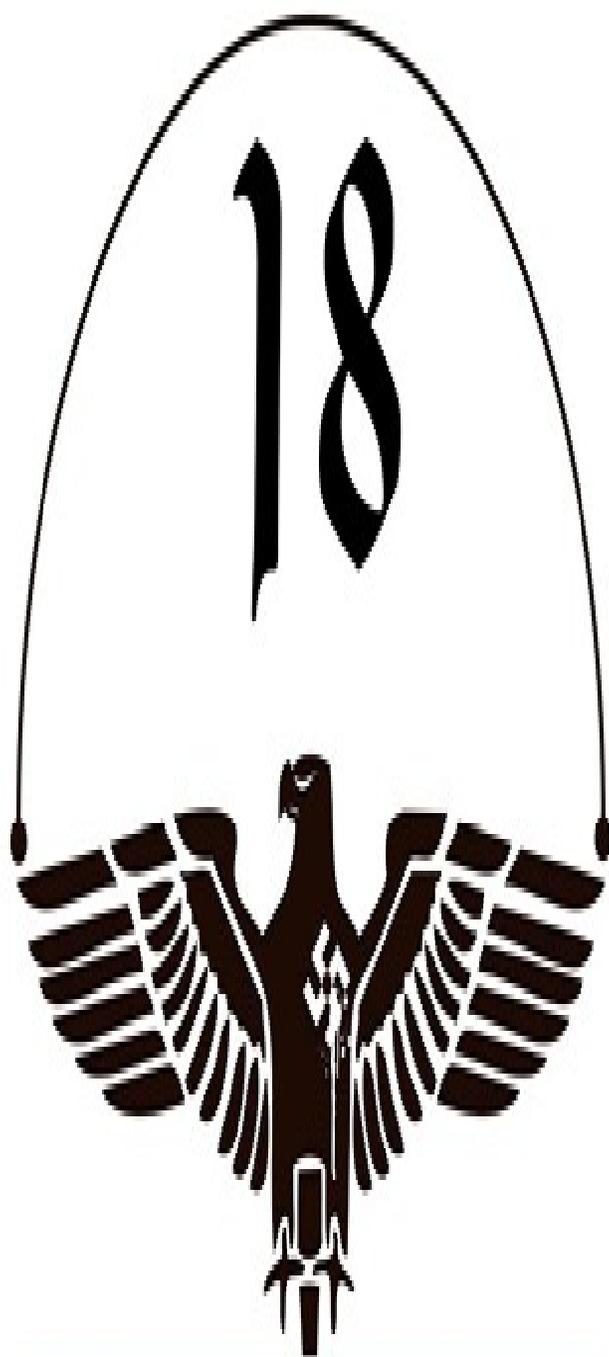
Kessler acababa de saltar al primer puesto en la lista de más buscados del mayor Bill Barkworth.

El reporte de Barkworth y Sykes fue entregado al coronel Franks a principios de enero de 1945. Marcado como «CONFIDENCIAL», contenía algunas conclusiones enormemente perspicaces: «Una política definida reposa detrás del tratamiento alemán hacia los paracaidistas. Ninguna de las atrocidades descubiertas indica asesinatos cometidos al calor del combate».

Sobre los casos concernientes a los grupos del sargento Fitzpatrick y del teniente Silly (donde fueron descubiertos los restos quemados que confirmaban quiénes habían muerto) escribieron: «[Ellos] siguen una técnica similar de asesinato llevada a cabo varios días después de la captura».

Barkworth y Sykes habían logrado otro gran avance en los Vosgos. Todos los testigos oculares hablaban de prisioneros del SAS detenidos e interrogados por la Gestapo. Aún más importante era que algunos papeles pertenecientes al teniente Black del SAS y su grupo fueron descubiertos en un antiguo cuartel de la Gestapo. Lo que fuese que estuviera sucediendo con los cautivos del SAS, la Gestapo estaba en el centro de todo.

En su reporte, Barkworth y Sykes anotaron a 24 hombres de la operación Loyton, ya fuera como «desaparecido», «prisionero de guerra» o «probable prisionero de guerra». Si esas dos docenas de hombres seguían vivos, entonces parecía que aún había una causa real para tener esperanza. Pero la desagradable conclusión de Barkworth y Sykes era que el destino de cada hombre capturado se hallaba en las manos de la Gestapo: «Todos los prisioneros del SAS siguen bajo custodia permanente de la Gestapo y su futuro no se puede ver alentador desde ninguna perspectiva».



capítulo

El 15 de enero de 1945, unos días después de recibir el reporte Barkworth-Sykes, el coronel Franks escribió una carta al general brigadier Roderick McLeod, el comandante de brigada saliente del SAS. En ella señalaba que Sykes y Barkworth habían probado «más allá de cualquier duda que seis hombres fueron asesinados, de quienes cinco han sido identificados..., no puede descartarse la posibilidad de más atrocidades».

Refiriéndose a las palabras del oficial Max Kessler, Franks conjeturó: «En algún momento se ha dado una orden a efecto de que las tropas del SAS deben fusilarse, sin importar si llevan uniforme o no. Esto, creo yo, es contrario a la declaración que hizo el comandante en jefe alemán que en este momento está prisionero en nuestras manos, pero en su situación actual difícilmente dirá que los paracaidistas británicos serían fusilados».

Quién era exactamente ese oficial alemán capturado sigue poco claro. Pero durante meses había habido rumores persistentes sobre una «orden de ejecución» secreta nazi para cualquier elemento del SAS capturado. Esos rumores comenzaron en la primavera de 1944 con el escape del teniente del SAS Quentin Hughes de un tren alemán que avanzaba a través de Italia, después de enterarse de que la Gestapo planeaba ejecutarlo como «saboteador».

El reporte de Hughes representaba la primera evidencia obtenida por el SAS de que quizás existía esa orden. Los seis asesinatos develados por Sykes y Barkworth, más el reporte del testimonio de Max Kessler, les dieron credibilidad a las declaraciones de Hughes. Y, por un golpe de suerte, la prueba absoluta de la orden de matar de Hitler estaba a punto de caer en manos de los Aliados.

El 25 de enero de 1945 cuatro copias de la que sería conocida como la «Orden Comando» de Hitler fueron entregadas en el cuartel general del 2º SAS, bajo el título de «Orden alemana de matar comandos y paracaidistas aliados capturados». Dos copias de esta fueron enviadas directamente al capitán Sykes, una de las cuales debía pasar al mayor Barkworth.

El próximamente famoso documento había sido capturado por los servicios de inteligencia franceses, quienes a su vez lo entregaron al cuartel de la OSS estadounidense, y de allí encontró su camino hasta las manos del SAS. La «Orden

Comando», publicada por el mismo Adolf Hitler, fue supuestamente una reacción a una de las primeras operaciones de las Fuerzas Especiales británicas.

El 3 de octubre de 1942 una pequeña partida de ataque lanzó la operación Basalt, una misión comandada por el capitán Brian Appleyard y el teniente Anders Lassen. Su pequeña fuerza cruzó el Canal de la Mancha en una diminuta lancha motorizada conocida como la «*Little Pisser*»,* escaló los acantilados de la isla de Sark y tomó prisionera a parte de la guarnición alemana.

Pero mientras trataban de sacar a sus prisioneros de la isla en el bote que los esperaba, todos los alemanes huyeron, menos uno. En la consiguiente gresca, uno recibió un disparo. Tenían las manos atadas luego de haber sido hechos cautivos, lo que derivó en encabezados de la prensa controlada por los alemanes de que los prisioneros alemanes habían sido atados y ejecutados: «Ataque británico y tropas alemanas atadas en Sark. Represalias inmediatas por el desgraciado episodio».

Luego de escuchar sobre el ataque, Hitler se puso violentamente rabioso. Dos semanas después del ataque de Sark, su respuesta estaba lista: la «Orden Comando», publicada el 18 de octubre de 1942. Hitler debió saber que estaba decretando que se cometieran crímenes de guerra, pues los esfuerzos por ocultar de los Aliados la existencia de la orden eran extraordinarios. La clasificaron como «ULTRASECRETA», se extendió solamente a oficiales de alto rango y debía aprenderse de memoria, después de lo cual todas las copias impresas debían destruirse.

Esos niveles extremos de secreto parecían haber funcionado; pasaron dos años para que una copia cayera en manos aliadas. Aquellas enviadas a Franks, Sykes y Barkworth incluían un comentario de la OSS: «La primera de las siguientes dos órdenes fue publicada por el cuartel general del *führer* el 18 de octubre de 1942 y reeditada con una orden adicional... luego de la invasión de Francia [el Día D]».

La orden original, citando ataques británicos previos estilo «comando» como el de Sark a manera de justificación, declaraba: «En el futuro, Alemania recurrirá a los mismos métodos con relación a estos grupos de saboteadores británicos y sus cómplices; esto es, las tropas alemanas los exterminarán sin piedad dondequiera que los hallen.

»Por lo tanto, todas las tropas enemigas encontradas por tropas alemanas durante las llamadas operaciones comando..., a pesar de aparentar ser soldados uniformados o grupos de demolición, armados o desarmados, serán exterminados hasta el último hombre, sea en combate o en persecución..., si tales hombres parecen a punto de la rendición, no debe dárseles cuartel, por principio general».

La orden de Hitler termina con una escalofriante advertencia a cualquiera que

podiera tener la temeridad de oponerse a ella: «Presentaré ante el tribunal de guerra a todos los líderes y oficiales que no lleven a cabo estas instrucciones, ya sea por no informar a sus hombres o por desobedecer esta orden en acción».

La orden adicional, publicada luego del desembarco de Normandía, era aún más extrema: «En vista de los desembarcos angloestadounidenses en Francia, la orden del *führer* del 18 de octubre de 1942, referente a la destrucción de los saboteadores y los terroristas, sigue siendo totalmente válida... Todos los miembros de bandas de terroristas y saboteadores, incluyendo (en general) a todos los paracaidistas hallados fuera de la zona de combate inmediata, serán ejecutados».

Los comandantes alemanes recibieron la orden de: «Reportar a diario el número de saboteadores así liquidados... El número de ejecuciones debe aparecer en el comunicado diario de la Wehrmacht para servir como advertencia a terroristas potenciales». Las medidas para mantener el secreto sobre la orden se pusieron en blanco y negro. «Las copias destinadas a los regimientos y al general del Estado Mayor serán destruidas por este último cuando su contenido haya sido memorizado. Debe devolverse un certificado de destrucción a este cuartel general».

Uno puede imaginar los sentimientos de Franks, Sykes y Barkworth después de leer estos documentos capturados. A la luz de la «Orden Comando», los horribles asesinatos que Barkworth y Sykes habían descubierto en los valles de los Vosgos adquirirían todo el sentido. Sin duda, los otros cautivos de la operación Loyton habrían enfrentado un destino similar y todo parecía perdido para los 24 hombres aún anotados como «desaparecido, posible PG». Hombres menores bien podrían haber dejado allí el asunto, pero no estos.

La estela de las revelaciones de la «Orden Comando» continuó. Comunicados ultrasecretos volaron de aquí para allá entre los Cuerpos Aeronáuticos Británicos* (la unidad al mando del SAS) y la Oficina de Guerra, expresando preocupaciones extremas sobre el destino de los operadores de las Fuerzas Especiales capturados. El consenso general parecía ser que la Gestapo los mantenía detenidos para interrogarlos, después de lo cual los mataban.

Los problemas surgieron en legión, de los cuales el menor no era cómo desplegar el SAS a la luz de la orden: «Se podrá apreciar que la política sobre el empleo de tropas del SAS en su totalidad es afectada por el trato de cualquier personal capturado. El enemigo se da cuenta de esto y obviamente, como parte de su propaganda para detener las actividades del SAS, ha publicado las órdenes de que estos paracaidistas son “saboteadores” y serán fusilados».

También estaba el asunto urgente de cuánto informar a los hombres en el terreno. A

finales del invierno de 1944 y 1945 había decenas de unidades del SAS sirviendo como fuerzas de vanguardia penetrando en la Alemania misma. Por ejemplo, el capitán Henry Carey Druce pronto encabezaría una temeraria misión del SAS desde la ciudad holandesa de Arnhem para penetrar las líneas alemanas. Era un encargo que completaría con un «efecto devastador», pero ¿qué pasaría si alguno de sus hombres era hecho cautivo?

Para finales de febrero de 1945, parecía haberse tomado una decisión al respecto. Un memorando «SECRETO Y CONFIDENCIAL» publicado por el alto mando del SFHQ declaraba lo siguiente sobre los miembros franceses del SAS: «Luego de considerar este problema se ha decidido no informar a las tropas». Las razones citadas son: «(a) Ellos ya esperan ser fusilados. (b) Solo proveería una buena excusa para cualquier delincuente que desee retirarse de la lucha».

Todavía había una guerra por pelear y parecía que los soldados del SAS se quedarían a oscuras en lo referente a la famosa orden de Hitler.

Otro aspecto de este asunto era seguido en los más altos niveles: la cacería de los criminales de guerra que estaban llevando a cabo la orden de matar de Hitler. En la primavera de 1945 el brigadier *Mad* Mike Calvert tomó el mando del SAS de las manos de McLeod. Calvert subrayó que «debían hacerse todos los esfuerzos para aprehender a estos criminales, para buscar la evidencia y llevarlos a juicio».

El brigadier Calvert y el coronel Franks pensaban igual. Bajo su influencia, el cabildeo se apoderó de los amigos del Regimiento más influyentes entre la élite política en busca de respaldo para esas acciones. Pero Franks (el comandante del SAS que más tenía invertido personalmente en este asunto) ya podía sentir hacia dónde soplaba el viento, lo mismo que Calvert.

«El SHAEF y la mayoría de las organizaciones de Europa tienen un sentimiento de cierre de ciclo y no quieren que las molesten con nada que les dé trabajo extra», le escribió el brigadier Calvert al coronel Franks. «Esto se acentúa por el hecho de que los británicos no buscan venganza por naturaleza. Es difícil convencer... a la gente de que este no es un caso de venganza, sino de llevar criminales a juicio por ofensas muy serias».

Uno de los miembros de este agrupamiento amorfo, el príncipe Yurka Galitzine, levantó la voz en apoyo a la investigación de los crímenes de guerra. Se volvió particularmente ruidoso luego del «descubrimiento» de los campos de concentración por parte de los Aliados el 15 de abril de 1945. Galitzine había sido forzado a guardar silencio cinco meses antes, cuando documentó Natzweiler e intentó dar la voz de

alarma. Pero con el corte informativo sobre los horrores de Belsen proyectándose en los cines británicos, el muro de silencio finalmente se había derrumbado.

Habían bloqueado a Galitzine con respecto a Natzweiler, pero él sentía que su momento era ahora. Sus propias experiencias personales lo hicieron agudamente consciente del problema de los crímenes de guerra y de la necesidad de perseguir y enjuiciar a los criminales de guerra nazis. Aún le preocupaba qué tanto se haría realmente.

«Sentía que incluso para el Día de la Victoria en Europa el ímpetu comenzaba a... flojear», recordó Galitzine. «Los altos mandos de la Oficina de Guerra parecían querer una vida tranquila, lo mismo que los políticos».

La comprensión que tenía Galitzine sobre los horrores perpetrados por los nazis era extraordinariamente perceptiva y muy adelantada para sus tiempos. Mientras la guerra se acercaba a un cierre, bocetó una propuesta para lo que llamó el Buró Internacional de Información (IBI, por sus siglas en inglés). Apuntaba a combatir el uso de la propaganda y el lavado de cerebros (que había sido utilizada para tal efecto en la Alemania nazi) que permitiera a los déspotas, los dictadores y los asesinos en masa tomar control de naciones enteras.

«Pocas personas se dan cuenta del papel que ha jugado la propaganda en esta guerra», escribió Galitzine. «Bien podría decirse que Alemania le declaró la guerra al mundo en 1933 cuando Hitler lanzó su ofensiva propagandística contra la civilización y es seguro que la medida del éxito que logró se debió principalmente a la influencia sobre la opinión pública, especialmente para minar la unidad de sus víctimas mediante propaganda».

Como era de esperarse, los poderes mundiales no adoptaron el IBI de Galitzine. En la primavera de 1945, sus prioridades estaban en otra parte. Pero en breve hallaría un destino para sí mismo que colocaría a los criminales de guerra nazis más firmemente bajo su control. La Oficina de Guerra, bajo la presión debida a las revelaciones de Belsen y Auschwitz, estableció tardíamente un equipo de investigación de crímenes de guerra, trabajando desde su oficina de la Eaton Square, en el exclusivo barrio londinense de Belgravia.

A tiro de piedra del Palacio de Buckingham, el edificio de la Oficina de Guerra del número 20 de la Eaton Square estaba ubicado en un grandioso edificio de fachada blanca y seis pisos de altura. No había nada en particular para distinguirlo de las propiedades vecinas, las cuales en su mayoría estaban habitadas por la clase adinerada de Londres. Oficialmente, Galitzine trabajaba ahora para la Rama 3 del General

Adjunto —Violación de las leyes y usos de guerra— o «AG3-VW (por sus siglas en inglés)», por brevedad.

En la AG3-VW verdaderamente hallaría su llamado.

Pero cuando se trataba de rastrear a los desaparecidos de la operación Loyton, todos los derroteros parecían haberse enfriado. Barkworth y Sykes habían hecho lo posible en el terreno de los Vosgos. Habían encontrado los cuerpos (los restos) de seis hombres y cinco habían sido identificados. Se les había escrito a cinco familias. Las noticias de la muerte de sus hijos o sus esposos proveyeron algún tipo de cierre. Pero para la mayoría no había nada: como lo decretó Hitler, a sus seres amados se los había tragado la noche y la niebla.

Las solicitudes de información sobre los desaparecidos estaban llegando en cantidad y rápidamente. Un señor J.R.H. Pinckney escribió al cuartel general del SAS, solicitando noticias de su hijo desaparecido, Philip Pinckney: «Estamos muy ávidos de cualquier artículo personal, de noticias o pertenencias que puedan estar disponibles o puedan hallarse con las autoridades... Se ha dicho muy poco sobre el trabajo de estos regimientos del SAS y tal vez algo esté próximo para los familiares en su debido curso».

El coronel Franks prometió hacer lo que estuviera en sus manos para descubrir lo sucedido, pero recibían solicitudes de información desesperadas provenientes de todos lados. El cabecilla de los maquis de Alsacia, el coronel Grandval, escribió desde los Vosgos en busca de noticias a nombre de M. de Bouvier, cuyo hijo, Henry, había sido combatiente maquis.

Henry de Bouvier «supuestamente huyó alrededor del 15 de octubre, junto al capitán V.A. Gough, del equipo Jacob de los Jedburghs», escribió el coronel francés. Sin embargo, M. de Bouvier «carece de cualquier noticia sobre su hijo, Henry, desde mediados de octubre».

Como el capitán Victor Gough era uno de los registrados como «desaparecido, posible PG», había poco que el coronel Franks pudiese decir al preocupado padre francés, a pesar de que ansiaba la verdad. Era lo mismo con todos: los amigos, familiares, amados y antiguos camaradas de los «desaparecidos» se habían quedado en un limbo terrible, imaginando lo que pudo haber sucedido.

Pero todo eso estaba a punto de cambiar con una carta enviada desde Francia.

El 8 de mayo de 1945, Día de la Victoria en Europa (Día VE), fue el día que terminó la guerra en el viejo continente. Pero ni Franks, ni Barkworth ni ningún otro de sus hombres estaban de humor para celebrar. Sus mentes se tornaron hacia asuntos más

oscuros: la suerte de los desaparecidos y la captura de aquellos que los habían torturado y asesinado.

Apenas una semana después del Día VE, Franks instruyó a Barkworth: encabezaría una fuerza para investigar «el asesinato del personal de este Regimiento, hecho prisionero en el este de Francia durante los meses de agosto, septiembre y octubre de 1944».

La iniciativa del coronel Franks en parte fue inspirada por la explosiva noticia que recién acababa de recibir acerca de los desaparecidos de la operación Loyton. Para ahora, la devastada Alemania estaba dividida en zonas de ocupación, cada una supervisada por uno de los poderes principales aliados. Había cuatro: una zona británica, una zona estadounidense, una zona rusa y una francesa. La zona francesa era por mucho la más pequeña, pero abarcaba esas áreas alemanas inmediatamente al este de los Vosgos.

Los franceses escribieron a la Oficina de Guerra sobre varios cuerpos que encontraron enterrados en un bosque cercano al campo de concentración de Gaggenau, el cual se situaba en la zona de ocupación francesa. Gaggenau mismo era un subcampo de Natzweiler y por eso había formado parte del área bajo el mando del *standartenführer* Isselhorst. Uno de los cadáveres había sido tentativamente identificado como un antiguo operador de la operación Loyton.

Así fue advertido el coronel Franks del próximo lugar donde debía buscar a los desaparecidos. Franks ordenó a Barkworth que llevara un equipo del SAS a Gaggenau. Junto a Sykes, Barkworth eligió llevar consigo al sargento Fred *Dusty* Rhodes, uno de sus tenientes más confiables. Rhodes era otro de los que le dieron al capitán Henry Carey Druce el informe de último minuto previo a su partida a la operación Loyton. Él también había optado por subirse en varios de los vuelos de reabastecimiento de Loyton, para ayudar a despachar paracaidistas y para patear los contenedores fuera de las bahías para bombas.

Un duro e inflexible hombre de Yorkshire, Rhodes (igual que Barkworth, Sykes y Franks) sintió una poderosa conexión personal con la operación Loyton y los desaparecidos. En tanto salían hacia Dover a bordo de uno de los Jeep originales del SAS, más un camión Bedford de una y media toneladas cargado de provisiones, no se imaginaban que completar su indagación les llevaría cuatro años y abarcaría muchos países distintos.

Tres años antes, Barkworth había reclutado a Rhodes en el SAS y ambos eran cercanos. Rhodes había servido en las Guardias Coldstream, peleando en el norte de África. Retirados de la línea del frente para un periodo de descanso, Rhodes y un amigo

suyo tropezaron con una noticia sobre una «unidad especial» que buscaba aspirantes. Sin tener una idea de lo que era el «SAS», los dos hombres se presentaron para una entrevista con el entonces capitán Barkworth.

«Luego de muchas preguntas que ahondaban muy, muy profundamente en tu pasado..., nos dieron 24 horas para empacar todo nuestro equipo», comentó Rhodes de su selección por Barkworth. El entrenamiento comenzó de inmediato. «Había una montaña que llamábamos El Jebel. Solías colocarte tu mochila y, para demostrar tu condición física, tenías que correr a la cima de esta montaña y cronometrar diferentes etapas desde abajo hacia la cima y desde la cima hasta abajo. Si fallabas de algún modo, estabas acabado en el Regimiento».

Rhodes fue reclutado en la recién formada sección de inteligencia de Barkworth. Al principio le preocupaba si esto era «trabajo militar verdadero», especialmente porque los hombres de la célula no tenían permitido desplegarse en operaciones para evitar la captura. «La unidad de inteligencia poseía mucha información. Cuando uno sabe que hay siete u ocho operaciones en marcha en algún lugar detrás de las líneas enemigas...», si un elemento de la célula de inteligencia era hecho prisionero, podía romperse bajo tortura y delatar todas esas misiones.

Pero cuando Rhodes vio cuán exitosas resultaban las misiones basadas en la información de inteligencia, entendió lo crucial que era su papel. Más tarde, él y sus amigos recibieron permiso para ir a operaciones del tipo golpear y huir, donde las probabilidades de ser capturados eran menores que en una misión detrás de las líneas enemigas. «Íbamos ya sea en un submarino o en un destructor y... atacábamos cierto edificio o cierto puente o golpeábamos un aeropuerto».

De muchas maneras, el Rhodes de cabello arenoso y ojos azules, y su comandante en jefe, Barkworth, eran tal para cual: inconformes, poco convencionales y audaces. Una anécdota de las últimas etapas de la guerra ilustra esto muy poderosamente. La sección de inteligencia de Barkworth se había desplegado en Alemania para ayudar a tomar la rendición de las unidades enemigas. Un grupo de tropas de élite estaba refugiado en un castillo de gruesos muros. El mayor Barkworth fue a negociar con su comandante.

«Ellos dijeron que no se rendirían ante nadie, excepto ante un miembro de las Guardias Brigadier», recordó Rhodes. Las Guardias Brigadier eran otro nombre de las Guardias Coldstream. La respuesta de Barkworth a la petición del oficial alemán fue la siguiente: «Está bien, acá tengo uno para usted». Miró a Rhodes. «Muy bien, vamos; aquí va: ¡muéstrales los que las Guardias Brigadier pueden hacer!».

«¡Toda la maldita unidad se rindió!», recordó Rhodes. «El oficial claudicó y puso la rendición de la guarnición completa en manos de un antiguo miembro de las

Guardias Brigadier, pero no lo haría ante nadie más porque las Guardias Brigadier [gozaban] de gran prestigio... entre el Ejército alemán de esa época».

Rhodes describió a Barkworth como «una persona muy excéntrica. Podía ser arrogante, podía ser entretenido, podía ser la persona más extraña que uno pudiera conocer. Pero al mismo tiempo era una persona muy leal... con la gente que trabajaba para él».

Rhodes y Barkworth formarían las piedras angulares de la unidad del SAS encargada de cazar a los asesinos nazis.

«Buscábamos hacer nuestro cuartel general en Gaggenau», declaró Rhodes, «posiblemente porque uno no pensaría que era central en el área en la que trabajábamos. Teníamos... buenas relaciones de trabajo con los franceses y los estadounidenses; nos hallábamos a unos 16 kilómetros de la zona estadounidense. Podíamos utilizar los especialistas de los estadounidenses (patólogos y por el estilo) para llevar a cabo autopsias en los restos que encontráramos».

Había cuerpos en los bosques alrededor de Gaggenau aguardando la exhumación para revelar sus oscuros secretos. Rhodes creía en un ojo por ojo. Les informaron a él y sus compañeros operadores del SAS que si alguna vez los capturaban y los amenazaban con ejecutarlos, ellos debían devolver la amenaza a sus captores. Cualquier posible asesino de hombres del SAS debía escuchar que, a su vez, él también sería cazado.

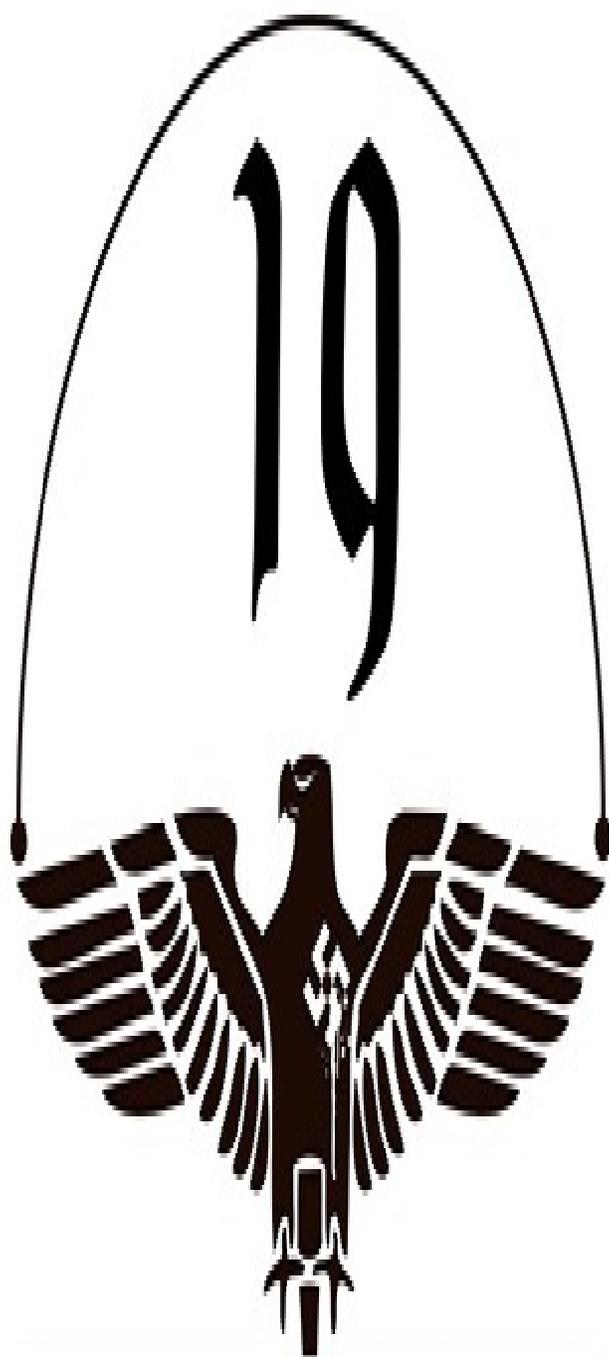
«Ya sabíamos el destino final de una persona capturada», dijo Rhodes. «Nos dijeron que informáramos a la gente que investigaríamos las causas de muerte y siempre pensé que esa era la intención del Regimiento de todos modos. No creo que haya sido una simple ocurrencia... Teníamos dos prioridades: una era hallar a todos nuestros camaradas del SAS; la segunda era asegurarnos de que nadie que hubiese matado a un soldado del SAS escapara de la justicia».

El Regimiento los cazaría; ese había sido siempre el plan. Y en cuanto concernía a estos hombres, debían cumplir esas promesas de venganza.

NOTAS

* La pequeña latosa. [N. de T.]

* British Airborne Corps. [N. de T.]



capítulo

En las postrimerías de la derrota, Alemania, la nación hacia donde se dirigían Barkworth, Rhodes, Sykes y los demás, se encontraba en un caos absoluto. Tanto así que para finales de mayo de 1945 los Aliados sintieron que tenían necesidades mucho más urgentes que cazar criminales de guerra. El país completo estaba en peligro de morir de hambre. En respuesta, los poderes aliados lanzaron la operación Barleycorn, en la cual todo alemán sano (cientos y miles de prisioneros de guerra en primer lugar) fueron enviados a los campos a sembrar y cosechar.

La nación entera parecía estar en flujo. Los refugiados escapaban del este (de la Rusia de Stalin) hacia las zonas de control occidentales. Los civiles alemanes habían estado escondidos en el campo para escapar del efecto devastador del bombardeo de los Aliados; ahora intentaban regresar a sus hogares en los pueblos y ciudades bombardeados y disfuncionales.

Más que nada, los poderes aliados temían una hambruna masiva, pues con ella vendrían la pestilencia y la enfermedad. A cada vuelta había hambre, sufrimiento y miseria. Cuando Barkworth y su equipo se detuvieron en el camino a comer sus provisiones, de la nada se vieron rodeados por una silenciosa horda de niños. Los pequeños se quedaron estupefactos, con sus ojos anormalmente abiertos por los marchitantes efectos del hambre, mirando cada migaja de comida desaparecer.

Era bien claro que los niños alemanes no tenían ninguna responsabilidad por los horrores que el régimen nazi había dejado caer sobre el mundo. Ellos también eran víctimas del oscuro mal y la megalomanía que habían tomado esta tierra. Los hombres del SAS entendieron esto instintivamente; terminaron lanzando su comida a los niños y marchándose rápidamente.

Para algunos, la presente búsqueda de Barkworth podría parecer obtusa e injustificable. Le daba prioridad a la suerte de unas pocas decenas de hombres del SAS sobre una nación entera en la agonía del colapso. Además, ¿qué hacía tan *especiales* a los desaparecidos de la operación Loyton? A cada rato los Aliados se veían confrontados con los horrores que había perpetrado la Alemania nazi; en la zona británica por sí sola había unos 80 campos de concentración, centros de trabajo esclavo e instalaciones de exterminio.

¿Qué hacía a los asesinos de la operación Loyton (discutiblemente, criminales de guerra menores si se comparan con aquellos que asesinaron a cientos de miles)

merecedores de venganza? ¿Aquellos quienes orquestaron la exterminación masiva de millones (en Belsen, Auschwitz, Buchenwald y Dachau, por nombrar algunos de los campos) debían constituir el enfoque primario de cualquier cacería?

Bueno, en efecto debían y lo serían. Los campos más famosos atraerían el grueso de los esfuerzos aliados para buscar justicia y venganza. Fue por esa razón que el coronel Franks tomó la acción unilateral de enviar a su pequeña fuerza del SAS en su presente misión *para que no olvidemos*.

Gaggenau está montado sobre el río Murg, un afluente del Rin, reposando apenas unas decenas de kilómetros al este de los Vosgos. Durante la guerra, el mayor empleador del área había sido la fábrica de vehículos de Mercedes-Benz, la cual atrajo hacia sí los inevitables bombardeos aliados. En septiembre y octubre de 1944 cientos de B-17 de la fuerza aérea estadounidense precipitaron la destrucción sobre el complejo automovilístico y, como resultado, alrededor de 70% de la ciudad fue destruida.

En el barrio de Bad Rotenfelds se construyó un campo que albergaba a 1 500 trabajadores forzados, quienes eran esclavos de la planta de Daimler-Benz. En la parte trasera de la fábrica de automóviles había un tramo boscoso conocido como el bosque Erlich. En verano era un lugar de espléndido follaje caduco; en la primavera de 1945 los árboles apenas volvían al renacimiento de sus hojas. Pero la animosa savia de la vida contrastaba espantosamente con lo que yacía enterrado debajo del suelo del bosque.

Antes de dirigirse a ese bosque, Barkworth necesitaba encontrar una base de operaciones. Eligió requisar una residencia modernista y angular estilo Bauhaus de la década de 1930, llamada la Villa Degler, la cual hasta muy recientemente había sido hogar de un prominente nazi local. Cuando los franceses tomaron control de la ciudad, arrestaron a Herr Degler, y en un limpio intercambio de roles, Barkworth metió a su equipo en la casa recientemente desocupada.

Barkworth instruyó a la esposa y las dos hijas adolescentes de Herr Degler para que cocinaran e hicieran la limpieza para su recién instalado equipo cazador de nazis. Escueta y cuadrada por fuera, la Villa Degler por dentro era puros candelabros dorados, persianas de madera pulida y decoración de buen gusto. Más importante aún, tenía un sótano grande y seguro que sería una perfecta celda de detención para lo que Barkworth pretendía encarcelar aquí: sus prisioneros.

Barkworth instaló sus importantes comunicaciones por radio en el tejado de la Villa Degler con la ayuda de un equipo Phantom, para poder hablar directamente con el cuartel general del SAS. Había muy pocas, si acaso había, tropas británicas con base en la zona francesa de ocupación, así que todas las provisiones debían enviarse desde el

Reino Unido o desde la zona británica, a 96 kilómetros al norte. La comunicación directa y eficiente sería clave.

Las únicas fuerzas angloparlantes en las cercanías eran un equipo estadounidense de investigación de crímenes de guerra, que había sido enviado a ese lugar porque suponían que la misma fosa común que atrajo a Barkworth también contenía estadounidenses. El equipo de EUA estaba encabezado por el coronel David Chavez hijo, y él y su equipo de expertos resultarían uno de los más grandes aliados de Barkworth en la búsqueda de los desaparecidos y la cacería de sus asesinos.

Temprano por la mañana del 10 de junio, los hombres de Barkworth y los del coronel Chavez se reunieron en el misterioso silencio del amanecer del bosque Erlich. La tarea que tenían frente a ellos consumiría cada momento de vigilia durante los próximos 10 días. Esta no sería la primera exhumación; los franceses habían hecho un esfuerzo (algo caótico) por desenterrar los cuerpos e identificarlos, lo que dio lugar a la carta original que recibió el coronel Franks sobre los elementos del SAS enterrados allí.

Poco después de que las tropas francesas tomaron Gaggenau, los lugareños les informaron sobre la fosa común en el bosque. Una cantidad de prisioneros del campo de trabajo de Rotenfels había sido llevada al cubierto de los árboles y fusilada. Echaron los cadáveres lado a lado en dos cráteres de bomba y allí los enterraron.

Los franceses habían ido a investigar. Cuando los exhumaron por primera vez, los 27 cuerpos estaban en buen estado de conservación. Habían enterrado a los muertos casi inmediatamente después de su ejecución y apenas habían comenzado a descomponerse. Pero desafortunadamente, luego de que los franceses los desenterraron, dejaron la pila de cadáveres a cocinarse bajo el sol de la primavera durante ocho días.

Cuando Barkworth, Sykes y Rhodes (más Chavez y su equipo estadounidense) llegaron para llevar a cabo la segunda exhumación, se encontraron con un conjunto de circunstancias menos agradables. El equipo de Chavez incluía a un par de patólogos expertos. Mientras comenzaba la excavación y el olor empezaba a permear la atmósfera, les explicaron al mayor Barkworth y a su coronel —un oficial británico y estadounidense en busca de un ajuste de cuentas para sus camaradas muertos— lo que podían esperar encontrar.

Enterrados minutos después de sus muertes y bajo una buena profundidad de tierra, los cuerpos (a pesar de tener casi seis meses al momento de su primera exhumación) habían sido casi momificados. Las condiciones bajo tierra eran secas y frescas (a 30 centímetros o más de profundidad la temperatura solo varía marginalmente) y la piel había pasado por un proceso de «bronceado», volviéndose café y similar al cuero. El

tejido corporal se convirtió en una cera grasosa llamada adipocira, la cual tiene la consistencia del barro húmedo.

Pero una vez que permitieron que el aire, el calor y los insectos primaverales llegaran a los cuerpos, se instaló la verdadera descomposición. Las moscas habrían puesto sus huevos, los cuales a su vez resultarían en la infestación de gusanos. Los tejidos blandos empezarían a decolorarse, desintegrarse y pudrirse, dejando solo las partes del cuerpo sólidas (los tendones y ligamentos) adheridos a las osamentas. En esta etapa de descomposición era posible hallar los cuerpos ahora.

Barkworth y sus hombres reunieron algunos prisioneros alemanes para que hicieran la excavación. Eran los antiguos directivos de la fábrica alemana de Mercedes-Benz, la cual había usado a los prisioneros del campo de Rotenfels para construir los autos y camiones que proveyeron a la Wehrmacht. La mayoría de los trabajadores forzados habían sido procesados vía Natzweiler (Rotenfels era una subestación del «campo madre») y los mantuvieron en el mismo estado terrible que a todas las víctimas de Natzweiler.

A pesar de sus protestas, los directores de la fábrica debieron saber sobre la crueldad infligida sobre sus trabajadores y que estaban simplemente muriendo de hambre, sin mencionar que trabajaban hasta caer muertos o cuando estaban listos para que los exterminaran.

«Sentimos que ellos eran los responsables por el fusilamiento y la muerte de esas personas», comentó Rhodes sobre los directores de la fábrica de Daimler-Benz. «Pensamos que nadie podía evadir esa responsabilidad. Entonces, muchos de ellos dijeron que no sabían nada al respecto. Bueno, yo no lo creo».

Con gruesos harapos alrededor de sus rostros para intentar filtrar el hedor, los antiguos directores de la fábrica se vieron forzados a excavar. Asqueados y desdichados, empezaron a descubrir el primero de los restos. Los patólogos del coronel Chavez habían levantado una «morgue» temporal en una capilla de descanso en un cementerio en el bosque. Llevaron el primero de los espantosos restos hasta la morgue improvisada para que los patólogos pudieran ponerse a trabajar.

Pocas semanas antes, Barkworth y Sykes habían develado los restos carbonizados de sus seis camaradas en los Vosgos. Eso había sido lo suficientemente malo. Pero lo peor que habían descubierto eran los remanentes carbonizados de osamentas humanas. Esta exhumación en el bosque Erlich resultaría infinitamente peor.

Mientras Barkworth, Sykes y Rhodes veían a los antiguos directores de la fábrica paleando la tierra, sentían la seguridad de que allí yacían los cuerpos de los hombres que habían conocido personalmente y peleado a su lado en los más desafiantes

escenarios de combate. Operando bajo condiciones tan extremas como las que experimentaron en la operación Loyton, habían forjado amistades en un nivel más profundo y más sentido que lo que jamás sería posible en la vida normal.

La tensión y las emociones estaban al máximo.

«A veces, solo había un leve parecido...», reflexionó Rhodes acerca de los cuerpos. «Podías deducir los rasgos de cierta gente que conocías muy bien. Podías decir: “Sí, este es el capitán tal y tal”. Pero no siempre podías hacerlo y esa forma de reconocimiento no era suficiente para las autoridades. Tenías que obtener una identificación formal».

Identificaron a varias víctimas comparando los dientes de los cráneos con registros dentales conocidos. Algunos de los cuerpos estaban vestidos con lo que todavía se podía reconocer como ropa civil, pero hallaron uno que llevaba la camisa y los pantalones con el patrón del Ejército británico. Sus dientes coincidían exactamente con la tarjeta dental del soldado del SAS Griffin. El número seis en la lista de desaparecidos de la operación Loyton había sido hallado e identificado.

Descubrieron que un cuerpo vestido con el suéter del Ejército británico usaba traje de baño azul. Sus dientes parecían corresponder a los registros dentales del paracaidista Ashe del SAS, otro de los desaparecidos de la operación Loyton, pero era solo una coincidencia parcial. El punto clave resultó ser el traje de baño azul.

En su reporte de exhumación, Barkworth escribió: «El examen que hizo el equipo estadounidense de crímenes de guerra reveló que el traje de baño tenía las siguientes marcas: “Nicol Brown & Coyle Ltd. Halifax” y “UMBRO” en etiquetas individuales». Un colega del SAS recordaba que Ashe se había desplegado en la operación Loyton usando ese mismo bañador azul.

El cadáver de Victor Gough fue el siguiente en ser identificado. Todo lo que quedaba de su ropa era un calcetín gris con el patrón del Ejército, pero los dientes en efecto parecían coincidir con los registros dentales del capitán Jedburgh. La clave fue el examen *post mortem* llevado a cabo por los estadounidenses: habían removido el apéndice al cuerpo, lo que coincidía perfectamente con los registros médicos de Gough.

El capitán Victor Gough, líder del equipo Jacob de los Jedburghs, quien a solas peleó heroicamente con los maquis de Alsacia luego de haber perdido a sus compañeros Jedburghs en manos de la muerte o la captura, había sobrevivido a tanto solo para que lo asesinaran en un bosque a las afueras de Gaggenau y lo desearan en una fosa común.

La cuarta víctima de la operación Loyton fue particularmente conmovedora.

Desenterraron un cuerpo que llevaba una chaqueta de salto de las que se abrochan entre las piernas para prevenir que se infle durante un salto en paracaídas. En la capilla convertida en morgue examinaron los dientes, pero no parecían coincidir con ninguna tarjeta dental disponible. Tendrían que hallar otros medios para identificar el cuerpo.

Barkworth notó que en la muñeca izquierda tenía un reloj proporcionado por el Ejército. Todos esos relojes tenían un número de identificación y había que firmar para obtenerlos. Barkworth decidió revisar. Halló que el número correspondía a aquel por el que había firmado el teniente David Dill, el oficial del SAS de cara de niño que se había mostrado a sí mismo impresionantemente fuerte y tranquilo bajo presión durante la operación Loyton.

El teniente Dill comandaba la retaguardia que se quedó en la última base del SAS en Moussey. Dill y su tropa de seis fueron rodeados por una enorme fuerza alemana y pelearon hasta la última bala. «Eres mi prisionero», le dijo el oficial alemán al teniente Dill. «Eres un soldado y yo también lo soy».

De una parcela de bosque arrasado por la guerra, el teniente Dill de alguna manera halló el camino a otra, pero en circunstancias mucho más oscuras. Su identificación fue confirmada más allá de cualquier duda cuando los patólogos estadounidenses descubrieron que el codo izquierdo se había fracturado previamente, lo que concordaba con los registros médicos de Dill. También descubrieron dos estrellas metálicas (las «alhajas» de un teniente) en uno de los hombros de su camisa y algunos chocolates ingleses en uno de sus bolsillos.

Otras identificaciones resultaron más francas. En los casos del mayor Dennis Reynolds y del capitán Andy Whately-Smith, hallaron que los cuerpos parcialmente descompuestos aún llevaban sus placas de identificación. En cierto punto, después de que la fuerza del coronel Franks llegara a las líneas aliadas, el mayor del SAS que estaba recuperándose de un tiro en el brazo y el capitán que había permanecido lealmente a su lado debieron abandonar su cueva en Pierre-Percée. Pero, cualquiera que fuese el camino que pretendían tomar, habían terminado aquí en este bosque sombrío.

Identificaron igualmente a otros dos cuerpos a través de sus placas. Se trataba de Curtis E. Hodges y Michael Pipcock, dos de los aviadores estadounidenses que el coronel Chavez y su equipo esperaban encontrar.

Cinco de estos hombres (Dill, Gough, Reynolds, Whately-Smith y el estadounidense Pipcock) estaban en la lista que envió la Cruz Roja al coronel Franks en noviembre de 1944. El 8 de noviembre de 1944 habían estado presentes y vivos, detenidos como prisioneros en el *sicherungs-lager* de Schirmek. De algún modo, habían terminado depositados en una fosa común aquí en el bosque Erlich.

Para el 20 de junio de 1945 las exhumaciones habían terminado. Dos cuerpos más habían sido identificados tentativamente como estadounidenses. Los restantes estaban vestidos con ropa civil y en su mayoría eran miembros de la Resistencia francesa. Pasaron a las autoridades francesas los detalles que los equipos fueron capaces de establecer.

Como resultado de las exhumaciones del bosque Erlich, encontraron a seis más de los desaparecidos de la operación Loyton. La lista de casos sin resolver se encogía: restaban 18. El reto para Barkworth ahora era descubrir cómo habían muerto esos seis hombres de la operación Loyton y quiénes eran los responsables, para luego rastrear a los perpetradores.

Unir las piezas de la historia de las muertes resultó menos problemático de lo que Barkworth había temido. Testigos (en su mayoría ex prisioneros del campo de Rotenfels, pero también algunos empleados del antiguo campo) se ofrecieron para contar a Barkworth la horrenda historia.

El 25 de noviembre de 1944 el jefe del campo de Rotenfels, el comandante Wunsch, recibió la orden de ejecutar a todos los prisioneros de guerra británicos y estadounidenses detenidos allí. Esas órdenes se habían originado en el *standartenführer* Isselhorst y esta era la primera mención con la que Barkworth se topaba acerca de su rol en la orquestación de estos asesinatos. El nombre y el papel de Isselhorst fueron puntualmente anotados.

El abate Alphonse Hett, un cura francés detenido en Rotenfels como sospechoso de ser maquis, relató a Barkworth lo que atestiguó aquel día fatal. Ordenaron a 14 prisioneros que se formaran afuera de sus barracas; incluían a 10 hombres que usaban uniformes militares británicos o estadounidenses, más cuatro vestidos de civil (incluyendo a dos compañeros sacerdotes, el abate Roth y el abate Claude).

El comandante de los guardias del campo, un teniente Nussberger, ordenó a los 14 prisioneros que subieran a bordo de un camión cerrado. Cuando intentaban montarse agarrando los magros bultos donde llevaban sus posesiones, los hombres de Nussberger (Ostertag, Ullrich, Zimmermann y Neuschwanger) les quitaron el equipaje. Debían dejar todo atrás. Al ver esto, el abate Hett supo instintivamente que se llevaban a esos hombres para asesinarlos.

El camión se fue. Sería la última vez que el abate Hett vería a los prisioneros. Albert Arnold, un prisionero de guerra francés forzado a trabajar como chofer en Rotenfels, retomó la historia. Él iba detrás del volante aquel día. Le dijeron que condujera hasta el lindero del bosque Erlich. Hizo un alto donde le ordenaron y se llevaron al primer

grupo de tres prisioneros. El conductor escuchó los disparos resonar, igual que todos a bordo del camión.

Los prisioneros restantes fueron llevados en grupos de tres. Aquellos a punto de morir eran forzados a pararse en el borde del cráter de bomba, donde claramente podían ver a sus camaradas muertos. Desnudaron parcialmente a los cadáveres; sus ropas y botas fueron ya sea robadas o quemadas, presumiblemente para ocultar la evidencia de sus identidades. En el último momento uno de los sacerdotes había intentado escapar. Alcanzó 90 metros dentro del bosque antes de ser tiroteado.

Una vez que los 14 estuvieron muertos, llevaron a un grupo de prisioneros de guerra rusos y los hicieron echar tierra sobre los cuerpos para rellenar los cráteres de bomba. Uno de esos prisioneros se las arregló para sacar una fotografía arrugada del bolsillo de una de las víctimas. Mostraba a los que debían ser sus seres queridos.

Con la liberación del campo de Rotenfels, esa foto fue entregada a un cónsul suizo que vivía en la zona, quien subsecuentemente la puso en manos de los Aliados. Fue entregada a Barkworth y a los que conocían al soldado Griffin del SAS y se confirmó que se trataba de él.

El abate Hett relató a Barkworth el tipo de trato que recibieron los hombres capturados durante sus oscuras semanas de cautiverio. Habían pasado el lapso más largo en el *sicherungslager* de Schirmek y solo los transfirieron a Gaggenau cuando las fuerzas de EUA superaron los Vosgos. En Schirmek un hombre en particular, el *oberwachtmeister* (teniente) Heinrich Neuschwanger, fue especialmente cruel con los prisioneros británicos. Los arrastraron hasta las duchas del campo, los colgaron de las manos y los golpearon tan severamente que sus huesos se veían a través de la piel.

Neuschwanger era un individuo particularmente sanguinario que nunca estaba más contento que cuando llevaba a cabo golpizas o asesinatos para «entretenerse». De acuerdo con lo que el sacerdote le contó a Barkworth, el mayor Reynolds había comentado que «no había pensado que el cuerpo pudiera soportar tanto dolor sin que ocurriera la muerte». En otras palabras, no podía entender por qué estaba vivo todavía.

Entre los prisioneros Neuschwanger se ganó el apodo de Stuka, que venía de su predilección por pisotear las figuras postradas de sus cautivos, como el bombardero del mismo nombre que se precipitaba en picada. El mayor Reynolds, los capitanes Whately-Smith y Gough, más el teniente Dill habían sido golpeados hasta el borde de la muerte durante su cautiverio, lo que explicaría por qué ninguno intentó escapar cuando los llevaron a sus muertes en el bosque Erlich.

Según testigos, el *oberwachtmeister* Neuschwanger argumentó que necesitaban

matar a todos los prisioneros de guerra británicos y estadounidenses, «pues cuando los Aliados vinieran matarían al personal del campo». Neuschwanger supuestamente fue el gatillero principal que fusiló a los cautivos cuando estaban de pie al borde de su fosa común.

El *oberwachtmeister* Heinrich Neuschwanger acababa de saltar a la cima de la lista de los más buscados de Barkworth, incluso por encima de Max Kessler, el oficial de la Gestapo que había supervisado los asesinatos y la quema de los cuerpos en los Vosgos.

Luego de sus investigaciones en Gaggenau, Barkworth comprendió más completamente el papel que jugaba el *sicherungslager* de Schirmek y su relación con Natzweiler. Escribiendo sobre Natzweiler, anotó: «Aquí estaba la maquinaria completa para la eliminación y la destrucción de prisioneros y era aquí en Schirmek desde donde los enviaban para ejecución». Generalmente, los prisioneros eran interrogados y torturados en Schirmek, pero eran enviados a Natzweiler para su muerte.

Otros nombres se añadieron a la lista de los más buscados de Barkworth, incluyendo más personas clave de los campos. Al principio de un reporte de Barkworth titulado «Criminales de guerra. Se han hecho reportes de búsqueda contra los siguientes», estaba el *hauptsturmführer* Karl Buck, el adicto comandante con una sola pierna del campo de Schirmek. Barkworth consignó a Buck como el responsable de «dar, transmitir o llevar a cabo órdenes de matar a 10 víctimas británicas y estadounidenses».

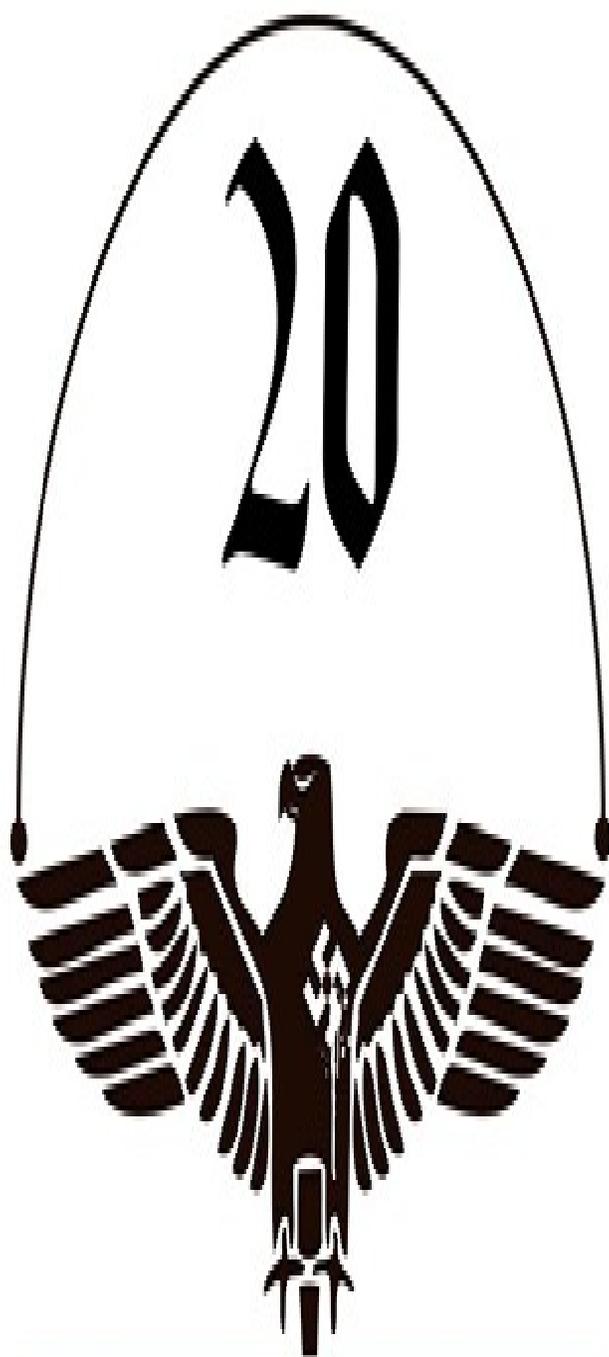
Entre aquellos registrados como responsables de «atrocidades improvisadas en el área de los Vosgos» estaba el *sturmbannführer* Hans Dietrich Ernst, el oficial de las SS que había enviado a 800 judíos franceses a sus muertes en Auschwitz y cuyo *einsatzkommando* Ernst había perpetrado las peores depredaciones de Waldfest. Había también un Julius Gehrum, el antiguo cabecilla de la fuerza de la guardia fronteriza y uno de los más brutales operadores de Isselhorst. Y por supuesto estaba el *standartenführer* doctor Erich Isselhorst mismo, el gran maestro de todos.

En algún lugar del fluido caos de Alemania, se escondían estos hombres (estos hombres culpables). La cacería estaba a punto de comenzar en serio. «Todos los detalles conocidos, que incluyen rango, nombre cristiano y dirección, se muestran cuando están disponibles, en los Reportes de Búsqueda», anotó Barkworth. Esos reportes de búsqueda debían hacerse circular vía Londres a todas las autoridades de los Aliados.

El reporte completo de Barkworth acerca de las atrocidades de Gaggenau se terminó el 15 de julio de 1945. Concluía: «Aquellos que han tenido la paciencia para leer

esto... se darán cuenta de la urgencia de llevar a los criminales alemanes ante la justicia».

Por fortuna, Barkworth pronto atraparía al primero de sus más buscados.



capítulo

En el verano de 1945 los sobrevivientes de las deportaciones de Waldfest habían regresado. De los 231 que habían sido tomados de Moussey, 178 no volvieron. De los que sí lo hicieron, algunos estaban tan débiles y enfermizos que también morirían por los efectos de lo que habían sufrido. A lo largo del valle de Rabodeau habían sido secuestradas alrededor de 1 000 personas, la mayoría de las cuales jamás volvió a sus hogares.

El valle de las mil lágrimas se había convertido en el valle de las viudas.

Mientras la oscura y amarga verdad sobre la «Orden Comando» de Hitler y su impacto sobre las víctimas aliadas comenzaron a emerger, la noticia llegó a la prensa mundial. El 7 de junio Reuters publicó una historia de primera plana titulada «Los 168 peldaños de la tortura». Revelaba que los restos de 48 paracaidistas asesinados por las SS habían sido descubiertos en el campo de concentración de Mauthausen, en Austria.

El reportaje de Reuters rezaba: «De acuerdo con prisioneros liberados, los obligaban a llevar rocas 168 peldaños arriba hasta la cima de la cantera, mientras los guardias los latigaban y amenazaban con dispararles si las rocas caían». Luego, los hacían tirar las piedras y repetir el proceso entero una vez más. La tortura terminó el 6 de septiembre de 1944, cuando «bajo las órdenes de Himmler, los hombres medio muertos fueron fusilados mientras subían penosamente los escalones».

En otras partes hubo reportes de cómo habían recuperado en Belsen los efectos personales de los hombres desaparecidos del 1^{er} SAS, dejando pocas dudas acerca de la suerte de los soldados. Pero la verdadera escala de las atrocidades y la cantidad de nazis involucrados seguían siendo impactantes. Era como si una avalancha de atrocidades se hubiese precipitado a través de Europa Occidental, sepultándola bajo el horror, y a pesar de los reportes de «Se busca» de Barkworth, muchos criminales de guerra estaban escapando a la red de los Aliados.

El 12 de junio de 1945, cuando Barkworth iba a emitir su reporte sobre las atrocidades de Gaggenau, el *standartenführer* doctor Erich Isselhorst fue capturado, o, más bien, se entregó. Irónicamente, fueron soldados del 7^o Ejército de EUA (quienes ayudaron a expulsar a sus fuerzas de los Vosgos) ante quienes Isselhorst decidió rendirse.

Junto a su esposa, Isselhorst pasó varias semanas ocultándose en una remota cabaña

de leñador en Sachenbach, un área montañosa al sur de Alemania cerca de la frontera austriaca. Hasta fechas recientes, siguió como un nazi incurable y aparentemente sin arrepentirse. Escribió una carta a su esposa, jactándose de cómo había demostrado ser un verdadero discípulo del *führer*, no como esos que hablaban «de dientes para afuera». Isselhorst describió su «fe incontrovertible en la naturaleza buena y pura del nacional socialismo [nazismo], el espíritu del Reich y su gente y la invulnerabilidad de nuestro líder».

Vestido con ropas civiles y usando documentos falsos bajo el nombre de Georg Horst, en un principio Isselhorst intentó escapar a la tormenta de la llegada de los Aliados permaneciendo oculto. Pero para junio de 1945, claramente había tomado la decisión de que tendría mejor fortuna si pudiera congraciarse con la más poderosa de las fuerzas de ocupación en Alemania: los estadounidenses.

A partir de los registros de sus subsecuentes interrogatorios, parece claro que los estadounidenses estaban divididos acerca de Isselhorst. En una mano, la Rama de Crímenes de Guerra del 7º Ejército de EUA sospechaba que el comandante de las SS y la Gestapo se hallaba involucrado en las atrocidades. En la otra, su equipo de contrainteligencia cayó en cuenta de que Isselhorst había peleado en el frente oriental y eso lo podría hacer útil.

«Las siguientes pistas sobre personalidades de contrainteligencia fueron proporcionadas por el *standartenführer* de las SS, doctor Erich Isselhorst, ahora bajo custodia», reza la carta «Confidencial» del Cuartel General, Fuerzas de Estados Unidos, Escenario Europeo. Esas pistas concernían a colegas de Isselhorst en las SS y la Gestapo que habían peleado contra el Ejército Rojo ruso o espiado al régimen de Stalin.

Isselhorst rápidamente dejó claras sus intenciones ante sus captores: «Isselhorst se ha ofrecido a trabajar para nosotros como informante», concluía un memorando estadounidense escrito a máquina. Una nota a mano en el margen declaraba: «CI no está seguro de él aún». CI significaba el «Centro de Interrogatorios» del 7º Ejército. Los intereses del Ejército de EUA en Isselhorst se anotaron como: «A. Organización y personalidades del Amt IV RSHA. B. La SIPO en Rusia».

«Amt IV» era la Gestapo y la «SIPO» era la policía de seguridad del Reich, pero el enfoque del interés estadounidense estaba claramente en las experiencias y el conocimiento que Isselhorst tenía sobre Rusia. Comentando el tiempo en que Isselhorst sirvió en el frente oriental, el reporte de interrogatorios manifestaba: «Policía política; medidas antimaquis en colaboración con anticomunistas locales, haciendo uso del añejo odio entre ucranianos y rusos blancos».

Para las fuerzas armadas estadounidenses que contemplaban una nueva guerra, la Guerra Fría, tales experiencias bien podrían resultar invaluable. En cuanto a la personalidad de Isselhorst, el oficial de interrogatorios declaró que aunque él «trató de dar una buena impresión... Tiene una personalidad desagradable y un carácter que parece cobarde. Está preocupado por su esposa y su madre, y obviamente inquieto acerca de su propia suerte».

Al mismo tiempo los estadounidenses establecieron un enlace con los británicos sobre Isselhorst. Un cable «secreto» de Londres recomendaba tener precaución con Isselhorst. «TODAVÍA NAZI CONVENCIDO», advertía. Incluso a pesar de esto, los estadounidenses claramente estaban tentados a trabajar con él.

«Cabello gris, ojos azul claro... muy inteligente, trabajador, buena apariencia», concluyó el análisis del 7º Ejército de EUA sobre las habilidades profesionales de Isselhorst. «Recomendamos que Isselhorst se use para guiar ubicaciones presentes», concluía un cable «secreto» del ejército que urgía que se le empleara para ayudar a acorralar oficiales valiosos de la Gestapo y extender el alcance de la inteligencia del 7º Ejército dentro de la zona soviética y de la Rusia de Stalin: el nuevo enemigo.

Hasta ahora, la detención de Isselhorst y su insinuante conducta hacia los estadounidenses habían escapado a la atención de Barkworth. Pero por obra del destino, otro de los más buscados había caído ya en manos del comandante del SAS: el *hauptsturmführer* Karl Buck, el excomandante de Schirmek, se encontraba instalado en el sótano convertido en celda carcelaria de la Villa Degler y cantaba como canario.

En esta etapa temprana de los procedimientos, aún tenía que esparcirse la voz de que la cacería de los criminales de guerra nazis estaba en marcha. Increíblemente, muchos de los «buscados» no parecían pensar que habían hecho algo particularmente malo. Karl Buck era uno de ellos. Al volver a su hogar familiar, él planeaba volver calladamente a la vida que había llevado como civil antes de la guerra. Eso fue hasta que Barkworth llegó a su puerta para llevárselo a la celda de interrogatorios de la Villa Degler.

Con su clase, su mirada imperturbable y su alemán fluido, Barkworth resultaría un interrogador casi sin igual, a pesar de que sus medios y sus métodos sorprenderían a algunos. Él ya había subrayado «la necesidad de llevar a los criminales alemanes ante la justicia». Él sentía esa necesidad muy personalmente. Estaba absolutamente urgido, e implacable alimentaba sus asenas y largas horas con bebida y drogas.

El equipo de Barkworth creció a 13 elementos para ayudar a enfrentar la agotadora carga de trabajo. En una carta dirigida al coronel Franks, uno de sus hombres explicaba lo intensivo que era su itinerario, en parte para disculpar su terrible garabateo.

«Son ahora alrededor de las dos de la mañana y he estado trabajando los últimos dos días en el sistema de Barkworth», escribió el capitán del SAS Henry Parker, «...una mezcla de *whisky*, benzedrina y falta de sueño; tampoco soy muy bueno mecanografiando en mis mejores momentos».

Los viejos hábitos difícilmente mueren.

La implacable rutina de trabajo alimentada con benzedrina de Barkworth y su equipo significaba que una visita a la Villa Degler podía suceder en cualquier momento del día o la noche. Pero aparte de eso, Barkworth trataba a sus prisioneros con notable cortesía y decencia, casi como si haciéndolo así pudiera convencerlos de simpatizar con él. Pero nunca les ofreció más que estas dos escuetas opciones: o confesaban y entregaban evidencias contra sus superiores, o debían esperar cero clemencia en los próximos juicios por crímenes de guerra.

«Pocos alemanes que él interrogó, incluso muchos que firmaron confesiones de culpa y hasta los más duros hombres de la Gestapo eran incapaces de criticar su cortesía y consideración», anotó el capitán príncipe Galitzine en un análisis escrito a mano acerca de los métodos de interrogatorio de Barkworth. «Algunos incluso lo confundieron con un exjefe de la Gestapo de esa área cuyo parecido físico y hasta el acento alemán son tan parecidos a los de Bill que asusta a los prisioneros».

Un miembro del personal de Rotenfels, Siegmund Weber, recientemente había enfrentado un interrogatorio de Barkworth. Weber había tenido un papel menor comparado con *Stuka* Neuschwanger o el comandante del campo Buck. Él había servido como oficial de intendencia, un almacenista glorificado. Su valor residía en que fue testigo de las golpizas y crueldades de Neuschwanger.

Pero se suicidó poco después de que Barkworth lo interrogara, testimonio de la dureza que el oficial del SAS era capaz de meter en sus interrogatorios. Los métodos de Barkworth igualmente hicieron maravillas con Karl Buck.

«Durante el verano de 1944 se construyó cierta cantidad de campos al este del Rin, que caían bajo mis órdenes», Buck relató a Barkworth sobre las atrocidades de Gaggenau. Uno de esos era el campo de Rotenfels. «Estos estaban conectados con... la compañía Daimler-Benz, con el fin de proveer mano de obra para sus fábricas».

Buck intentó pintarse más puro que el agua, colocando la culpa en la puerta de Isselhorst: «Deseo poner en el registro que durante todo el tiempo en que fui comandante de este campo no se mató a ningún prisionero por órdenes mías». Uno de los lugartenientes de Isselhorst lo había visitado ese verano, explicó Buck, con órdenes de que «cualquier aviador o paracaidista que fuese tomado prisionero y traído

a mi campo debía ser ejecutado. Sugirió que se podía llevar a cabo en el bosque circundante».

Buck arguyó que se rehusó a cumplir las órdenes de Isselhorst. Lo más que estuvo dispuesto a hacer era enviar a tales aviadores y paracaidistas a Natzweiler, donde el verdugo del campo, el *hauptscharführer* Peter Straub podría lidiar con ellos. Al describir a Straub, dijo que tenía «ojos extremadamente pequeños, cara pálida, cabello rojizo y un impedimento del habla que provocaba que jalara las orillas de su boca».

Buck habló de una de las últimas ejecuciones masivas de Straub: «El 18 de octubre [de 1944], una partida que estimo en 125 elementos que había llegado a Schirmek desde Estrasburgo fue enviada a Natzweiler». Este grupo fue asesinado sumariamente, confirmando el rol de Natzweiler como centro de liquidación para aquellos que ya no eran considerados útiles al Reich y el papel de Straub como ejecutor en masa.

En tanto que las fuerzas de EUA avanzaron dentro de los Vosgos, Buck condujo hasta Gaggenau y «arregló con la compañía Mercedes-Benz el abastecimiento de suficientes camiones para evacuar a los prisioneros al otro lado del Rin, de acuerdo con una orden secreta que yo recibí del doctor Isselhorst. Esta venía acompañada por las instrucciones verbales de fusilar a ciertos prisioneros que incluían a los prisioneros de guerra británicos y estadounidenses».

Buck desobedeció sus órdenes, porque «consideré que no sería sabio dejar atrás fosas comunes frescas». En su lugar, llevó a todos los prisioneros directamente al campo de Rotenfels, pero Buck confesó a Barkworth que «tuve miedo del doctor Isselhorst, pues sabía que no solo me mandaría ejecutar, sino que también atacaría a mi familia si actuaba en contra de sus órdenes».

Buck pasó la pelota:* le ordenó a Wunsch, el comandante del campo de Rotenfels, que fusilara a los prisioneros británicos y estadounidenses, llevando a cabo así las órdenes de Isselhorst. «Le dije que destruyera cualquier evidencia que pudiera llevar al descubrimiento de este crimen y que tomara las precauciones normales, como la destrucción de los documentos que llevaran sus nombres y cualquier uniforme u otro medio de identificación que pudiera encontrar en sus cuerpos».

Para el juicio de cualquiera, esta era una confesión explosiva. Lucía la firma de «Karl Gustaf Wilhelm Buck» y tenía una nota a máquina a un lado firmada por Barkworth: «Certifico que la declaración anterior fue leída al testigo, en su propia lengua, previo a su firma...».

Con el testimonio de Buck asegurado, el caso de las atrocidades de Gaggenau había sido resuelto en su mayor parte. Barkworth ahora sabía cómo las Fuerzas Especiales británicas y sus camaradas aviadores estadounidenses habían terminado en Gaggenau y

por qué. Sabía por órdenes de quién habían sido ejecutados esos hombres y quién había llevado a cabo la matanza. Además, con Buck en custodia, uno de los arquitectos clave de sus muertes estaba listo para ser juzgado.

Sin duda, rastrearían a más sospechosos. Pero Barkworth estaba interesado en acentuar el secreto para tener éxito en la captura de los más buscados y poder llevarlos a la celda de la Villa Degler. En una llamada telefónica a Londres urgía: «Se deben tomar precauciones extremas para asegurarse de que no llegue ninguna noticia de que el SAS está buscando a [Sospechoso X] a los oídos del hombre buscado».

La subsecuente carta del coronel Franks al brigadier Calvert, el comandante en jefe del SAS, reflejaba lo bien que lo habían hecho Barkworth y su equipo: «Tuve una larga charla con el coronel Chavez [el investigador de crímenes de guerra estadounidense] y me impresionó mucho su deseo de ayudarnos. Expresó sorpresa por que la investigación británica... deba dejarse en manos de un solo oficial. Mostró gran gratitud por la ayuda que recibió de Barkworth...».

La sorpresa de Chavez con el tamaño y el alcance del equipo británico reflejaba su propia impresionante configuración. Su unidad de Gaggenau incluía dos patólogos, varios interrogadores profesionales, dos expertos legales, más un puñado de mecanógrafos y fotógrafos para ayudarlos a documentar las escenas del crimen y para tomar las declaraciones de los testigos. En contraste, la unidad de Barkworth no contaba con especialistas de ningún tipo; era la célula de inteligencia del 2º SAS reconstituida como unidad de búsqueda improvisada, lo que solo hacía más impresionante que lo estuvieran haciendo muy bien.

Una vez asegurado el testimonio de Buck, la intención de Barkworth era buscar a los sospechosos a lo largo y lo ancho: el gatillero, *Stuka* Neuschwanger; el *hauptscharführer* Peter Straub, el verdugo de Natzweiler; Max Kessler, el oficial de la Gestapo y asesino de los Vosgos; el *sturmbannführer* Hans Dietrich Ernst, el oficial de las SS y comandante del escuadrón de la muerte de los Vosgos; Julius Gehrum, el brutal ejecutor de Isselhorst, y, principalmente, Isselhorst mismo.

Necesitaría inspeccionar gran cantidad de direcciones privadas y peinar los campos de prisioneros de guerra a través de cuatro zonas de ocupación, cada una con su propio conjunto de reglas y leyes. Los criminales de guerra incluso habían intentado esconderse entre las filas de los «ejércitos liberados», clamando ser soldados franceses, checos o polacos. Donde fuese necesario, debían revisarse sus números. La reticencia de Barkworth a sentirse intimidado por la burocracia rendiría pronto resultados, pero también le ganaría cualquier número de enemigos.

La próxima búsqueda llevaría a sus hombres a algunos de los más horrorosos lugares

de la tierra, que solo unos pocos podrían imaginar posibles. Uno de los primeros —y quizás el peor— fue un edificio ubicado bajo la prisión aledaña a Estrasburgo. El lugar necesitaba tacharse en la lista de Barkworth, así que enviaron al sargento Dusty Rhodes para que revisara que ninguno de los desaparecidos de la operación Loyton estuviese allí.

«Se habían llevado a cabo numerosos experimentos en cuerpos humanos», recordó Rhodes. «Había... un enorme cuarto absolutamente lleno de partes humanas, todas preservadas en formol, en frascos. Ahora... era nuestro trabajo dar la vuelta y ver cada uno de ellos... Había cabezas, rostros, brazos y piernas; si uno veía un tatuaje de escudos de regimientos o dichos ingleses en un brazo... había una posibilidad de que algunos de los nuestros pudieran haber estado allí».

Afortunadamente, en cuanto a Rhodes concernía, ninguno de los desaparecidos de la operación Loyton había sido cortado en pedazos por los nazis y preservado en toneles de formaldehído.

Entre las otras excursiones que Barkworth tenía planeadas estaba una visita de regreso a Moussey. Nuevas pistas de la investigación de Gaggenau necesitaban seguirse en el valle de Rabodeau y los alrededores. Más importante aún, él y Sykes estaban interesados en entregar personalmente una carta de agradecimiento del Regimiento del SAS. Titulada «Carta... a los ciudadanos de Moussey como una manera de agradecerles por su ayuda», rezaba:

Deseo expresar a ustedes algo de la gratitud que todos los oficiales y hombres de la brigada del Servicio Especial Aéreo... sienten hacia ustedes por su desinteresada devoción y el memorable valor con el cual ustedes los ayudaron a cumplir sus tareas. La ayuda que brindaron contribuyó en gran medida a cualquier éxito obtenido y estamos llenos de admiración por la indiferencia ante el peligro y la generosidad de espíritu con las cuales prestaron esa ayuda.

Todos los hombres que estuvieron involucrados en el amargo conflicto de 1939 a 1945 aprendieron a reconocer la importancia en la victoria de la lealtad, la firmeza y la determinación civiles. Somos conscientes de que en ningún país y en ninguna época la práctica de esas virtudes demandó mayor firmeza que en Francia bajo la ocupación alemana y en ninguna parte esa firmeza estuvo más abundantemente disponible.

Continuaba en un tono similar. Firmada por el brigadier Calvert, deseaba «toda la buena fortuna» a los lugareños de Moussey y a Francia, mientras ofrecía «el más

sincero agradecimiento» del Regimiento. Fue un tributo adecuado para los lugareños, uno que Barkworth y Sykes deseaban entregar en persona a muchos de sus más valiosos amigos de Moussey.

Pero, incluso cuando se preparaban para dirigirse al oeste hacia los Vosgos, el trabajo de esta naciente unidad de búsqueda estaba a punto de llegar a un final prematuro y dramático.

Cada vez en mayor medida ese verano, el Regimiento del SAS se vio forzado a librar una guerra inesperada, una batalla por su propia supervivencia. En tanto que la Segunda Guerra Mundial había llegado a un cierre, igualmente Winston Churchill había sido despojado del poder a fuerza de votos. La mente cansada del público británico viraba de los sombríos días de conflicto. Dos meses después del Día de la Victoria en Europa, se llevaron a cabo las primeras elecciones desde el inicio de la guerra, pues la democracia misma fue puesta en espera durante el conflicto. Resultó en una derrota impactante para Churchill y una victoria arrasadora que llevó al laborista Clement Attlee al poder.

Churchill fue el primero y el más abierto partidario de las operaciones de las Fuerzas Especiales y la guerra irregular. En las etapas más tempranas de la guerra había retado a sus comandantes militares a que pensarán lo impensable, utilizando guerra de guerrillas, tácticas de golpear y huir y medios de sabotaje para pelear con el enemigo de la manera más inesperada. Había desafiado a sus militares a «preparar tropas cazadoras para un reino de terror, de carnicería y retirada», llamando a «voluntarios para deberes especiales» para engrosar las filas de los incursores.

Churchill prometió a esos hombres poco más que una corta pero gloriosa carrera y una muerte casi segura, y apoyó hasta el final a aquellos que respondieron a su llamado. Una vez Simon Wingfield-Digby, el miembro del Parlamento para el oeste de Dorset, le hizo una pregunta en el Parlamento sobre las Fuerzas Especiales que peleaban en el sur de Europa: «¿Es verdad, señor primer ministro, que existe un cuerpo de hombres allá afuera en las islas del Egeo, peleando bajo la bandera de la Unión, que está a nada de ser una banda de matarifes sanguinarios y renegados?».

Churchill tenía una respuesta enteramente adecuada: «Si no toma su asiento y guarda silencio, lo enviaré allá afuera a unírseles».

Pero a finales del verano de 1945, Churchill ya no era el hombre en el poder y parecía que los días de su ejército privado de disidentes infractores estaban contados. El SAS fue advertido de que existía un inminente peligro de que fuera desintegrado. Los engranajes habían sido puestos en marcha por un poder militar establecido que realmente nunca fue cálido con los caballeros guerreros, excéntricos, forajidos y

bucaneros que conformaban el Regimiento, y estaba deseoso de deshacerse de ellos de una vez por todas.

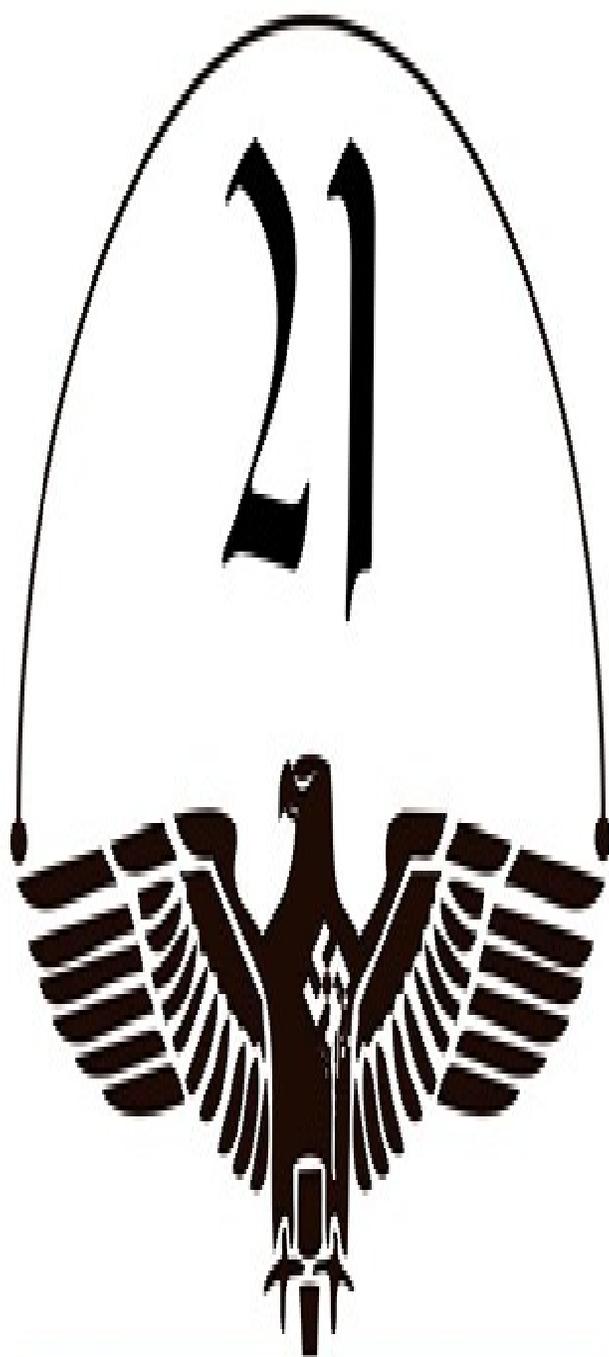
Con total conocimiento de esto, el coronel Franks escribió a su comandante en jefe, el brigadier Calvert, a finales de julio de 1945, expresando su frustración respecto al problema de los crímenes de guerra: «Estoy seguro de que entenderá mis sentimientos acerca de este asunto. Ahora, dudo mucho que siquiera un pequeño porcentaje de los perpetradores de estos crímenes serán llevados ante la justicia. Me siento personalmente responsable, no solo con las familias de estos oficiales y soldados, sino con los soldados mismos».

Franks rubricó su carta con esto: «No hay distancias a las que no iría para asegurarme de que se realice esta acción».

No hay distancias a las que no iría para asegurarme de que se realice esta acción: para el hombre que entonces comandaba al 2º SAS estas eran, en efecto, palabras fuertes.

NOTAS

* En el original: «*Buck passed the buck*». [N. de T.]



capítulo

La búsqueda de justicia del coronel Franks no era simplemente a nombre de sus propios hombres del SAS. El mismo día que le escribió al brigadier Calvert prometiéndole que no había *distancias a las que no iría para asegurarse de que se realice esta acción*, también escribió una carta al cuartel general de la SOE en Baker Street acerca de sus hombres desaparecidos.

«Adjunto una copia del reporte del mayor Barkworth, pues contiene una buena cantidad de información referente a la suerte del capitán V. Gough quien estuvo conmigo en los Vosgos y cuya muerte ahora está comprobada...; desafortunadamente desconozco la dirección de sus parientes cercanos y por lo tanto soy incapaz de escribirles».

Franks sentía cada pérdida y cada crimen de guerra muy personalmente. Sin embargo, ¿cómo podían obtener justicia para cualquiera de las víctimas y sus familias si el SAS estaba a punto de desintegrarse? El problema angustiaba mucho a Franks, pero parecía que había poco que él o cualquier otro pudiesen hacer para detener lo aparentemente inevitable, por más que lo intentaran.

El coronel Franks, el brigadier Calvert y otros tenían bastantes ideas sobre la manera en que el SAS podía utilizarse ahora que la guerra estaba ganada. Franks se había ganado la reputación de ser uno de los pensadores más originales del Regimiento. Había demostrado ser un líder inspirador y un hombre con valor, comprensión e iniciativa. También era intensamente leal, como se estaba constatando por sus obstinados esfuerzos en el asunto de los crímenes de guerra. Gozaba de gran respeto entre los círculos de las fuerzas de élite.

Franks y Calvert argumentaban que el papel de las Fuerzas Especiales en la posguerra podría incluir despliegues detrás de las líneas enemigas en caso de una tercera guerra mundial con Rusia, sofocando rebeliones en diferentes partes del imperio, así como dar caza a los criminales de guerra nazis. Debido a que el brigadier Calvert pronto sería asignado al Ejército indio, recaería sobre el coronel Franks intentar asegurarse de que el SAS sobreviviera de alguna forma. Estaba absolutamente decidido a ver que así fuera.

Pero los jefes militares británicos estaban igualmente decididos a ver la unidad marcharse. Habían sido reticentes acerca de crear las Fuerzas Especiales en primer lugar y argumentaban que ciertamente no había lugar para ellas ahora, en tiempos de paz. Las críticas hacia el SAS iban desde acusaciones de elitismo y del peligro de que los

ejércitos privados inculquen «actitudes inaceptables» entre las tropas, hasta cargos de que eran imposibles de controlar o de insertar en los planes operativos. El hecho de que las filas del Regimiento estuvieran compuestas de tantos extranjeros e incluso de civiles extraños era doblemente preocupante.

El alto mando argumentó que las Fuerzas Especiales tomaban una cantidad excesiva del tiempo de los comandantes de alto rango, tanto en términos de encajarlos en los planes operativos como en lidiar con las consecuencias del «comportamiento indisciplinado» y las «operaciones sin aprobación»; en otras palabras, de que los hombres en el terreno decidieran separarse y hacer las cosas a su manera. También acusaron al SAS de «desnatar» a la milicia regular de sus mejores oficiales y elementos e igualmente de absorber una desproporcionada cantidad de recursos.

En pocas palabras, el SAS se hizo de enemigos poderosos que en el verano de 1945 estaban decididos a ganar la batalla. Pero, de la misma manera, el coronel Franks estaba decidido a desbaratarlos. Si el SAS iba a caer bajo su espada, que así fuera. Públicamente, así sería. Pero en privado, Franks trabajaba en todos niveles para asegurarse de que el Regimiento sobreviviera, aunque en una forma completamente secreta y sigilosa.

El coronel del SAS tenía varias cartas en su mano. Primera, contaba con el respaldo absoluto de Winston Churchill. Tan cuidadoso había sido el exprimer ministro con el poder militar establecido que creó varias de sus primeras unidades de ataque relámpago enteramente fuera del aparato militar. La SOE era parte del Ministerio de Guerra Económica y muchas de las unidades de ataque de Churchill estaban constituidas por agentes de la SOE.

Segunda, el coronel Franks tenía un aliado tan bueno como podía desear entre las filas del 2º SAS: Randolph Churchill. El hijo del exprimer ministro había servido con el SAS en el norte de África y en los Balcanes, y era un aficionado al SAS sin igual. Con el padre y el hijo tan íntimamente involucrados, el coronel Franks se preparó para jugar la partida larga, reuniéndose para su causa con amigos políticos y cabildeando con los altos peldaños del poder establecido de Whitehall.

Entre tanto, el escenario estaba listo para que el SAS entrara en la clandestinidad y al frente de sus unidades secretas estarían los cazadores de nazis de Barkworth.

Mientras Franks peleaba sus batallas de alto nivel en Londres, Barkworth, Sykes, Rhodes y los demás estaban ocupados en el terreno. Entre la ardiente búsqueda de venganza, nadie se había olvidado del lugar que había sufrido más que todos: el pueblo de Moussey.

A principios de agosto de 1945, Barkworth llevó a su equipo de vuelta al valle de Rabodeau. Vinieron en busca de evidencia, pero igualmente vinieron en respuesta al llamado de los lugareños para honrar a los caídos. Llevarían a cabo un acto en memoria de todos aquellos que perecieron en los campos de concentración y para consagrar un cementerio militar para los que perecieron en combate.

El acto conmemorativo se llevó a cabo en el mismo sitio donde las SS acorralaron a los hombres del pueblo el 24 de septiembre de 1944 y donde el capitán Druce tiroteó la formación de las SS ese mismo día. Mientras Barkworth y sus hombres observaban la reunión solemne, el verdadero alcance de la tragedia que golpeó a este lugar se hizo claro. Las últimas llamas de esperanza parpadeaban hacia la oscuridad mientras los lugareños caían en cuenta de que los desaparecidos jamás regresarían.

Ninguna familia escapó a la pérdida y los pueblos aledaños estaban igualmente afligidos y despojados. Las viudas y los huérfanos atestaban las calles. Pero en ningún lado habían sufrido tanto como en Moussey y los pueblerinos no hubieran sido golpeados tan fuerte si no hubiesen albergado a la fuerza de la operación Loyton tan activamente y por tanto tiempo como lo hicieron.

A pesar de todo, los hombres del Regimiento (los que murieron en batallas en el bosque o asesinados en ese lugar por la Gestapo) fueron enterrados lado a lado con las víctimas francesas en el cementerio principal de Moussey. No había resentimientos aquí, más bien lo opuesto. Los lugareños pidieron un conjunto de banderas del SAS para colgarlo en su iglesia y quisieron saber los nombres de los que murieron para inscribirlos en los memoriales de guerra de Moussey y recordarlos para siempre.

Las calles estaban llenas de personas encorvadas vestidas de negro: mujeres y niños cargados con su tristeza y su pérdida. Hubo una sorprendente explosión de color. Para el acto conmemorativo, el sacerdote de Moussey, el abate Gassman, iba tocado con una boina roja del SAS que le envió el comandante de la misión que le había costado su preciada grey, el coronel Franks.

El abate Gassman sabía que le esperaba un rato muy atareado. En la tradición católica, es necesario realizar una misa de réquiem por cada una de las casas que perdieron a alguien. Se imaginó que le tomaría gran parte del año completar todas las que necesitaba officiar por los afligidos de Moussey.

Una lugareña que regresó de Rotenfels había estado encerrada allí junto al teniente David Dill. Barkworth llevaba consigo las fotos de los «desaparecidos». Le mostró la foto del teniente Dill a la pueblerina que había compartido su celda.

«Sí, es él. Indudablemente es él», confirmó la mujer. «Esa es definitivamente su sonrisa encantadora».

A lo largo de las extensas y terribles semanas de cautiverio, del 7 de octubre al 25 de noviembre de 1944, el teniente Dill se negó a saludar a sus captores de la Gestapo. Esto sirvió para enfurecerlos. Era la única forma de resistencia del teniente del SAS, pero le atraía crueles golpizas diariamente, aunque no fueron suficientes para quebrar su espíritu. En una ocasión Dill reposaba en un colchón de paja, luego de una agonía de tortura, cuando una mujer fue echada en la misma celda. Dill se puso de pie y le ofreció su cama, tomando para sí la piedra fría del suelo.

La pueblerina vio al teniente Dill por última vez poco antes de que fuese llevado al bosque Erlich, para enfrentarse a *Stuka* Neuschwanger. A pesar de todo, incluso entonces su encantadora sonrisa seguía con él.

Barkworth y su equipo dejaron Moussey cargados con un mayor sentido de la responsabilidad y con más evidencias para conducir sus investigaciones. Pero incluso mientras regresaban a Gaggenau, la proverbial espada de Damocles pendía sobre sus operaciones. La fecha planeada para la disolución de la Brigada del SAS se había definido para finales de septiembre de 1945, a menos de un mes.

Barkworth y su equipo estaban dolorosamente conscientes de que las arenas del tiempo se terminaban, pero, además de renunciar al sueño, había poco que pudieran hacer para acelerar el paso de sus operaciones, así que fueron afortunados porque su mayor aliado en la lucha por la supervivencia pronto arribaría a su cuartel de la Villa Degler.

El capitán príncipe Yuri *Yurka* Galitzine, investigador de crímenes de guerra en la rama de la Oficina de Guerra del 20 de Eaton Square, se dirigía a Gaggenau. Llevaba consigo 200 copias de las listas de los más buscados de Barkworth para distribuirlas entre las autoridades de los Aliados. Debido a que Galitzine había escrito el primer reporte sobre Natzweiler, despertaba más que un poco de respeto por parte de los huéspedes galos de Barkworth.

De especial interés para los franceses era Josef Kramer, quien estaba programado para ser juzgado por las atrocidades de Belsen. Como los franceses señalaron a Galitzine, Kramer había comandado Natzweiler durante tres años y medio, viviendo en la casa estilo Hansel y Gretel que se ubicaba a un lado de la cerca del campo. En contraste, había estado en Belsen cosa de unos meses antes de que el campo fuera liberado, pero Belsen había tomado todos los encabezados.

Comprensiblemente, los franceses querían que Kramer fuera juzgado por los crímenes que cometió en Natzweiler contra la Resistencia francesa. Subrayaron lo vital que era para la gente de los Vosgos ver a Kramer sometido a juicio, como un impulso

moral y para ver la justicia cumplida. Las autoridades francesas intentaron acercarse al Ejército británico del Rin (BAOR, por sus siglas en inglés), para solicitar que Kramer fuese entregado a custodia francesa luego de los venideros juicios de Belsen, pero tuvieron poco éxito.

Galitzine no estaba muy sorprendido. El equipo de Barkworth había recibido incluso menos ayuda del BAOR, la fuerza de la guarnición de la zona de ocupación británica. De hecho, el BAOR era activamente entrometido, especialmente sobre algunos de los métodos de rastreo de criminales de guerra menos ortodoxos de Barkworth. Galitzine estaba completamente de acuerdo con sus huéspedes: era necesario que Kramer fuese juzgado por los franceses. No importaba particularmente quién lo colgaría, franceses o británicos, mientras el sádico asesino en masa pendiera por sus crímenes.

Galitzine se reunió con Barkworth y su equipo de 12 elementos en la Villa Degler. Era inmediatamente obvio cuán cortos de personal y mal equipados se encontraban. Su único transporte para buscar a través de Alemania y Francia —así como muy posiblemente otras naciones más lejanas— eran cuatro Jeep que habían sido entregados por paracaídas en Francia en varias operaciones durante la guerra. Se mantenían unidos mediante cables, cuerdas y unas cuantas oraciones.

A pesar de esto, Galitzine halló la moral en la Villa Degler sorprendentemente alta y a Barkworth optimista sobre sus probabilidades de éxito, si solo le daban el tiempo y los recursos para terminar el trabajo adecuadamente.

«Se las ha arreglado para dar cuenta del asesinato y la tortura de todos excepto 18», anotó Galitzine sobre los desaparecidos de la operación Loyton. Galitzine escribió sobre el «muy buen trabajo que está haciendo este equipo», subrayando que «las probabilidades de... resolver los últimos casos rápidamente son buenas».

Galitzine también se dio cuenta de que, en contraste con lo que sus detractores pudieran argumentar, el equipo del SAS buscaba justicia a nombre de muchos más que simplemente los suyos: «El mayor Barkworth ha dado seguimiento a todos los crímenes de guerra contra personal británico o estadounidense descubiertos en el área..., tiene en sus manos unos 14 casos adicionales que no son del SAS».

Lo que Barkworth necesitaba ahora era más personal y más tiempo, y no enfrentarse a la amenaza de un cierre inminente. Para ayudar a que Galitzine comprendiera lo urgentes que eran sus necesidades, el mayor del SAS hizo una lista de las prioridades clave de sus investigaciones en marcha:

Obtener fotografías de la Gestapo de Estrasburgo para posible identificación por... testigos.

Ver a MALZOF, acerca del estadounidense desconocido supuestamente inhumado en Schutterwald.

Establecer evidencia de golpes previas a la muerte.

Cuerpos relevantes... aún no hallados o contabilizados...

Esto se divide en

(a) un grupo de ocho (la partida de BLACK, provisionalmente asignada de Schirmek a Estrasburgo).

(b) un grupo de ocho (la partida de DILL, provisionalmente asignada... a Schirmek...).

Evidencia referente a los perpetradores debe poderse obtener de miembros de la columna de la Gestapo activa en el área de Moussey en el periodo 20 de ago. de 1944 (al menos un prisionero detenido).

La lista seguía y seguía.

La única cosa de la que Galitzine se dio cuenta que el equipo de Barkworth no estaba haciendo —y ciertamente no era su especialidad— era usar los medios de comunicación. Él contactó al equipo de prensa y radio que había comandado cuando se hallaba adjunto al 7º Ejército de EUA. Todavía existía y estaba en el escenario.

«Su asistencia se inscribió en el lanzamiento de una campaña que buscaba testigos que pudieran ser valiosos», escribió Galitzine. Esa campaña de prensa fue disparada incluso antes de que él se preparara para dejar el área camino a Londres.

Pero, antes de su partida, había un asunto urgente que requería ser ventilado. Mientras que Galitzine sabía que el equipo de Barkworth estaba «100% interesado y realizando un buen trabajo», estaba igualmente consciente de que los días de esta extraordinaria empresa aparentemente estaban contados. «En un futuro cercano el equipo se enfrentará a muchas... dificultades», anotó, «y requerirá toda la ayuda que pueda dársele».

En la suntuosa sala de estar de la Villa Degler y con una botella de licor colocada sobre la mesa redonda de madera entre ellos, rumiaban el futuro. Esa mesa era sobre la que normalmente los hombres jugaban cartas durante sus escasas tardes libres. Una carabina estadounidense estaba recargada casualmente contra un lado de la mesa. Una débil vela reposaba en medio, las sombras parpadeaban conspiradoras a lo largo de los muros.

Uno de los hombres de Barkworth usó su cuchillo de combate Fairbairn-Sykes para rebanar un trozo de pan y se lo llevó a la boca mientras hablaba. Casi todos fumaban y una neblina de humo un tanto agradable espesó la atmósfera intensa y febril.

Galitzine confirmó los peores temores de los elementos. Ahora, el 2º SAS sería disuelto a más tardar a finales de septiembre. El cuartel general del 2º SAS, en la Casa Glebe en Colchester, sería cerrado poco después. La Casa Glebe proveía todas las comunicaciones y el respaldo logístico a Barkworth y sus hombres.

Como señaló Barkworth, perder la ayuda de la Casa Glebe «dislocaría seriamente» su operación entera, aunque, estrictamente hablando, no seguirían operando todavía para entonces, pues el SAS mismo estaría acabado. Barkworth delineó los requerimientos mínimos que le permitirían continuar su presente misión, si de algún modo eso pudiera sortearse.

Necesitaba mantener su equipo de 12 hombres. Idealmente, quería más. Necesitaba un cuartel general y una unidad de enlace en algún lugar del Reino Unido (en Londres, idealmente), sin lo cual muy poco sería posible en el terreno. Sobre todo necesitaba conservar sus especialistas en comunicaciones Phantom para proveerle un enlace directo vía radio con cualquiera que fuese su cuartel general. Como señaló Barkworth, no existían «otros medios para contactar con el mundo externo. Comunicaciones postales inexistentes».

A lo largo del tiempo que estuvieron juntos en la Villa Degler, Galitzine y Barkworth habían congeniado. A pesar de sus pasados algo diferentes, compartían varias cualidades: un riguroso e imperturbable sentido del bien y del mal; una actitud disidente y confiada en su capacidad para hacer las cosas; un intelecto fino; una sana indiferencia ante las reglas innecesarias y la burocracia. Y de esto nació una solución tan asombrosa como heterodoxa al problema que entonces enfrentaban.

La unidad de Barkworth se «oscurecería». Se deslizaría bajo el radar. Estos 13 hombres que usaban la boina del SAS y la daga alada mientras cazaban criminales de guerra nazis dejarían de existir oficialmente. En realidad, la organización de Galitzine del 20 de Eaton Square tomaría control de sus actividades, extrayendo presupuestos, equipo y personal de forma disimulada de la Oficina de Guerra, que se hallaba todavía en una especie de cataclismo posguerra.

Galitzine «ocultaría» a los cazadores de hombres del SAS entre el caos y la confusión del sistema de la Oficina de Guerra. Cuando el SAS fuese formalmente desintegrado, el equipo de Barkworth se volvería un anexo oculto y negable del AG3-VW. En Alemania, continuarían operando como si tuvieran todo el derecho de hacerlo; se esconderían a plena vista.

La convicción de Barkworth y Galitzine de que debían continuar con este trabajo vital, viniera lo que viniera, se fortaleció con sus experiencias recientes. A principios de agosto un equipo de investigadores de crímenes de guerra «oficiales» fue enviado del BAOR para «asistir» los esfuerzos de Barkworth. Habiendo completado sus investigaciones en Belsen, su oferta bien podía ser genuina. Los resultados fueron fútiles.

Galitzine y Barkworth hablaron durante la debacle. «La investigación no era reconocida como un trabajo de equipo», concluyeron. «No se hizo ningún intento por encontrar cuerpos o por excavar en busca de evidencia, sino que ellos fueron sobre territorio antes recorrido, o siguieron testigos cuya existencia era conocida».

El comandante del equipo del BAOR, el teniente coronel Genn, incluso le confió a Barkworth que: «Las dificultades de organización son tan grandes que solo estoy haciendo tiempo».

Cuando Genn sugirió que quizá lo mejor sería que él y su equipo dejaran la Villa Degler, Barkworth concordó de inmediato. Habían pasado menos de un mes allí. A manera de ilustración de cuán flojo fue su acercamiento, Barkworth citó las acciones del supuesto «patólogo» del equipo. En realidad, era un oficial médico del Ejército que había sido tomado prisionero de guerra y había completado un curso de patología sumamente breve después de la guerra.

Un caso que le presentó Barkworth involucraba un cuerpo cuya identificación estaba resultando difícil. El patólogo del BAOR sugirió que debían dejar el cadáver «al aire libre por un año», luego de lo cual su identificación de alguna manera resultaría más fácil. Barkworth llevó el caso con el hombre del coronel Chavez. Él se las arregló para identificar el cuerpo después de tres días de trabajo. Señaló que la propuesta del «patólogo» británico hubiera vuelto la tarea casi imposible.

Más pertinentemente, Barkworth no tenía un año para desperdiciar.

El teniente Genn redactó un reporte sobre su trabajo en Gaggenau. Concluía que los esfuerzos de Barkworth para rastrear a los 18 desaparecidos «habían alcanzado un punto muerto..., los... miembros del SAS desaparecidos aún siguen sin rastro y se considera que en cuanto a este equipo atañe no hay camino que pueda seguirse útilmente».

Inexplicablemente, Genn concluyó sobre los que estuvieron detenidos en Natzweiler: «Se puede presumir que el posible exterminio de personal aliado ocurrió. Se considera el caso demasiado vago para seguirlo. Se sabe que el personal aliado que estuvo en [Natzweiler]... está sano y salvo en Inglaterra».

Sano y salvo en Inglaterra. La mente se sobresaltó.

La recomendación final de Genn era por el «descarte final de cualquier otra investigación» sobre los desaparecidos de la operación Loyton.

Barkworth contraatacó las críticas del coronel con una línea concisa: «No está convenido que no hay camino posible; sin embargo, sí convenimos en que [el equipo de Genn] quizá sería más útil en otro lugar».

Hacia finales de septiembre de 1945, el BAOR alzó su retórica aún más alto. En términos de los 18 hombres desaparecidos, «solo un milagro» proveería la evidencia para resolver sus casos.

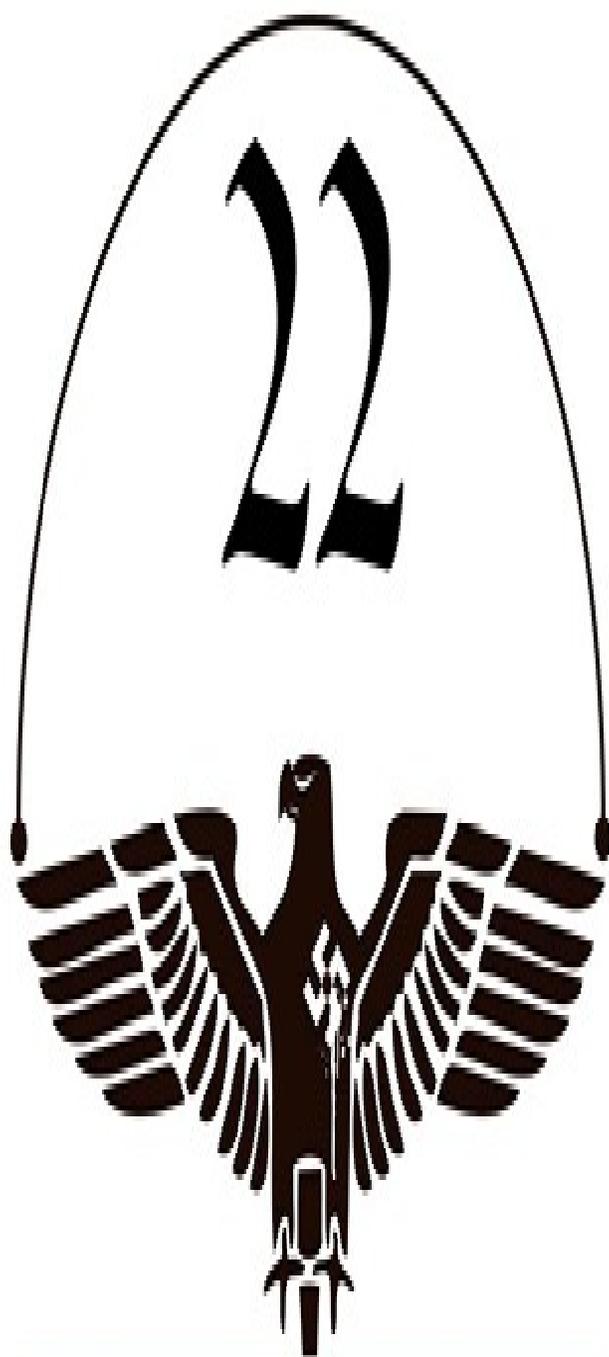
En un tono condenatorio, el BAOR declaró: «El material de Barkworth no cumple ningún estándar legal de prueba conocido y con frecuencia se basa en puros rumores... y no se podría utilizar para nuestros propósitos». En otras palabras, la evidencia de Barkworth no se sostendría en una corte judicial.

Galitzine no estuvo de acuerdo, lo mismo que los expertos legales bajo su supervisión. Las objeciones del BAOR parecían motivadas por el temor a que Barkworth no solo estuviera pisándoles los talones, sino también que su trabajo amenazaba con revelar su propia falta de entusiasmo, sin mencionar el compromiso con la obtención de resultados.

«El equipo del SAS son todos amigos personales de los hombres desaparecidos cuyos casos están investigando y también de sus familias», escribió Galitzine. «Además están inspirados por el *esprit de corps* de su Regimiento». Desde su punto de vista esta era una de sus grandes fortalezas y la fuente de su motivación incansable. El capitán Galitzine no iba a permitir que los frustraran ni el celoso BAOR ni el alto mando de la Oficina de Guerra.

Mientras Barkworth y Galitzine discutían los planes para su próxima operación encubierta, una frase salió de la lengua para describir su nueva fase de operaciones.

El equipo de Barkworth se convertiría en «los Cazadores Secretos».



capítulo

Oficialmente los Cazadores Secretos tomaron el nombre de Equipo de Investigación de Crímenes de Guerra del SAS (la SAS WCIT, por sus siglas en inglés). Si el nombre se refería al hecho de que los crímenes de guerra fueron perpetrados contra una unidad del SAS o que los investigadores eran del SAS sigue siendo poco claro. Tal vez lo dejaron ambiguo deliberadamente. De cualquier forma, su identidad «oficial» («SAS WCIT») debía promover sus intentos de esconderse a plena vista.

Con el cierre del SAS pendiente, Barkworth se enfrentó a más antagonismo de sus detractores principales; estaba haciendo pocos amigos entre las filas del BAOR.

«Se referían a él como muy heterodoxo», reflexionó Galitzine. «No preparado para brindar el respeto debido al rango ni al sistema, cualesquiera que fuesen los obstáculos en su camino. Entonces, tenías tremenda cooperación con la zona francesa y la zona estadounidense, pero en la zona británica tenías una antipatía absoluta. En cierto punto le prohibieron operar en la zona británica, lo que, en efecto, nos hizo la vida muy difícil».

Una buena parte de los problemas de Barkworth se derivaba de su insistencia en comportarse como lo haría un hombre del SAS, mientras se hallaba rodeado del poder establecido de la milicia regular en tiempos de paz. Luego de su temporada con el equipo de la Villa Degler, Galitzine fue a visitar a una de las personas clave a cargo de la zona británica de ocupación. Ese hombre, si bien consciente de las cualidades únicas de Barkworth, se lavó las manos: «Francamente, hay ocasiones en que simplemente no puedo ayudarlo, porque es su propio peor enemigo. De hecho, insultará generales o brigadieres, o hará cosas que sabe que están prohibidas en el Ejército. Asistirá a una comida vestido impropriamente o traerá a un sargento mayor a la mesa de oficiales; ese tipo de cosas».

A un sargento, como Dusty Rhodes, no se le permitía estar en la mesa de oficiales del Ejército británico, porque por definición estaba reservada solo para oficiales. Escasamente el SAS había tenido una mesa de cualquier tipo. Más seguido hacían uso de los bares o burdeles norafricanos, italianos o franceses en las áreas donde operaban: lugares donde les gustaba beber, donde los oficiales y los hombres podían codearse con poca distinción entre los rangos.

Según Barkworth, los hombres como Rhodes eran absolutamente iguales, sin importar su rango y debían ser tratados como tales. En efecto, el sargento Fred *Dusty*

Rhodes probaría su valía como cazador de nazis en jefe en 100 ocasiones más.

El sendero hacia el *hauptscharführer* Straub (el verdugo en jefe de Natzweiler) fue largo y complejo, incluso para los estándares de Barkworth. Comenzó en Londres, en la oficina de Eaton Square del príncipe Galitzine. A pesar de que le ordenaron que lo enterrara, el reporte de Galitzine de diciembre de 1944 sobre Natzweiler en buena medida había rolando. Uno de los escritorios sobre los que aterrizó fue el de Vera Atkins, una de las espías en jefe de la SOE.

Con la caída de Churchill del poder, la SOE también estaba programada para cerrarse. Pero igual que el coronel Franks y el mayor Barkworth, Vera Atkins (quien había trabajado dentro de la Sección Francesa «F» de la SOE reclutando y despachando agentes femeninas a Francia) sintió una ardiente responsabilidad hacia «su gente», que había enviado hacia el peligro.

De los alrededor de 100 agentes de la Sección F que fueron hechos prisioneros por el enemigo, solo 26 regresaron. Para un agente de la SOE lanzado en paracaídas dentro de la Francia ocupada en ropas de civil, la captura significaba tortura y muerte casi con certeza.

«Le debes algo a la gente que, después de todo, peleó por ti y arriesgó su vida por ti», declaró Atkins. Ella, como Barkworth, creía que debían rastrear a los desaparecidos y cazar a sus asesinos.

Ese verano, Atkins había leído en el reporte de Natzweiler de Galitzine sobre un prisionero británico llamado Brian Stonehouse, el hombre que hizo los dibujos a lápiz de sus compañeros internos de Natzweiler. Atkins reconoció a Stonehouse como un agente de la SOE que servía en su propia sección F. Más importante aún, supo que él había sobrevivido. Galitzine también escribió sobre un grupo de mujeres supuestamente ejecutadas en Natzweiler, quienes pudieron ser compañeras agentes del SOE.

Actuando con base en una corazonada, Atkins le mostró al devuelto Stonehouse fotografías de cuatro de sus agentes desaparecidas: Andrée Borrel, Diana Rowden, Sonya Olschanezky y Vera Leigh. Según los recuerdos de Stonehouse, en el verano de 1944 esas mismas mujeres fueron traídas a Natzweiler por sus captores de las SS, donde las llevaron al crematorio para asesinarlas.

Atkins sintió agudamente la pérdida de las cuatro, especialmente porque Andrée Borrel fue la primera mujer agente que la SOE lanzó en paracaídas dentro de la Francia ocupada. Visitó la oficina de Galitzine en Eaton Square para darle seguimiento al caso.

Fue allí donde Galitzine le pudo revelar quién era ahora el verdadero experto en Natzweiler y sus víctimas: el mayor Barkworth del SAS.

La opinión que de él tenía Galitzine era impresionante: «Este oficial, conocido por sus amigos como Bill, era un hombre de empresa y recursos, que conocía Alemania muy bien, hablaba la lengua como nativo y estaba dotado de una completa indiferencia hacia las autoridades superiores. Comenzó con la más escasa evidencia; persistió cuando otros se hubieran dado por vencidos, y finalmente tuvo éxito de una manera tan misteriosa que los británicos, los franceses y los estadounidenses por igual lo bautizaron como el “Lawrence de la Alemania ocupada”».

Al enterarse de Barkworth y su trabajo, Atkins decidió viajar a Gaggenau para reunirse con él. Ambos cazadores de nazis congeniaron de inmediato. De Barkworth, Atkins obtuvo las pistas que necesitaba: los sobrevivientes de Natzweiler que podían testificar lo que había sucedido con sus cuatro agentes desaparecidas.

La historia que emergió fue particularmente horrorosa. Inyectadas con lo que les dijeron que era la típica vacuna contra la tifoidea, las cuatro mujeres recibieron realmente algún tipo de dosis sedante, muy posiblemente ácido carbólico (Fenol), una de las drogas asesinas favoritas de los nazis. El médico del campo que administró las dosis fue un hombre de las SS llamado Werner Rohde. Las mujeres alimentaron una por una el crematorio de Natzweiler, los hornos donde el personal del campo quemaba los cuerpos de los muertos.

Pero el doctor Rohde debió de equivocarse con las dosis. Una de las mujeres recuperó la conciencia mientras la deslizaban hacia las llamas y logró arañar el rostro de su asesino con sus uñas largas. El hombre que procedió a lanzarla dentro del horno y quemarla viva era el verdugo en jefe de Natzweiler, *hauptscharführer* Peter Straub.

Por fortuna, Barkworth recientemente había recibido detalles de lo que podía ser la dirección del hogar del *hauptscharführer* Straub. Después de conocer a Atkins, el arresto del ejecutor de Natzweiler se convirtió en alta prioridad por obvias razones. No había evidencia de que Straub se encontraría «en casa», pero Barkworth pensó que valía la pena enviar un equipo a la dirección que tenían solo para estar seguros.

El equipo iba encabezado por su confiable mano derecha y lugarteniente de mucho tiempo en la Villa Degler, el sargento Dusty Rhodes. Viajando en los viejos Jeep desgastados por la guerra, Rhodes y compañía se dirigieron al noreste, hacia donde terminaba la zona de ocupación francesa. La dirección de la casa de Straub que tenía Barkworth se ubicaba en la ciudad de Mannheim, la cual estaba al otro lado de la frontera en la zona estadounidense.

Una de las mayores críticas dirigidas a Barkworth por el BAOR y otros detractores era

que él y sus hombres zumbaban por ahí en sus Jeep sin preocuparse por obtener los documentos adecuados para pasar a través de varias zonas de ocupación. Tenían razón. Francamente, Barkworth no podía ser molestado. No tenía tiempo de hacer el papeleo. Y, más importante aún, no quería avisar a nadie fuera de la Villa Degler a dónde iba o por qué.

Todos los sistemas tenían filtraciones. Si la noticia de que el equipo de Barkworth estaba en camino llegaba hasta el hombre que buscaban cazar, su presa desaparecería rápidamente. Era mejor llegar sin anunciarse y rodear u ocultar su paso por cualquier punto de control problemático. Pero el BAOR en particular lo detestaba. Nunca sabían dónde iba a aparecer Barkworth; esa fue la razón por la que quisieron prohibirle operar en la zona británica.

De la misma forma, Rhodes hallaría su camino hasta Mannheim.

Durante la guerra, unos 2 000 judíos de la ciudad habían sido despachados a los campos de exterminio. Y con el tiempo, la industria pesada de Mannheim atrajo a los bombarderos aliados, y durante varios bombardeos nocturnos el centro de la ciudad quedó destruido. Fue en ese tipo de paisaje destruido por la guerra donde Rhodes se halló conduciendo, rodeando pilas de escombros y cráteres de bomba (sin mencionar los cansados puntos de control franceses y estadounidenses), mientras buscaba la casa del verdugo de Natzweiler.

Mientras Rhodes subía los escalones que llevaban a lo que esperaba fuera la puerta de Straub, recordó cómo los nazis mandaron a mucha de su gente con documentos de identidad falsos al final de la guerra, con la intención de que continuaran luchando luego de que los Aliados tomaron Alemania, formando un ejército clandestino llamado «los Hombres Lobo». Straub bien podría tener esos documentos falsos. También había un floreciente mercado negro en la Alemania ocupada, así que también podía haberse comprado una nueva identidad.

Fue alrededor de la una en punto de la mañana cuando un Rhodes fuertemente armado golpeó la puerta. Una joven vino y abrió. Miró con asombro la llegada sorpresa del equipo del SAS. Había una persona sentada detrás de ella en la sala de estar, fumando un puro. Parecía decididamente menos perturbado. Ese hombre negó ser Peter Straub. Pero al estudiar sus rasgos de cerca, Rhodes se dio cuenta de que tenía un as bajo la manga.

Rhodes conocía bien la horrorosa historia de cómo cuatro agentes de la SOE habían encontrado su final. «Straub... estaba metiendo a las mujeres al crematorio después de que las inyectaron y se suponía que estaban muertas», recordó Rhodes. «Una de las mujeres, al ser empujada dentro del horno, recobró la conciencia y en ese instante le

arañó a Straub un lado del rostro. Todavía tenía las marcas de las uñas de esa mujer como cicatrices...».

Papeles falsos o no, Rhodes estaba seguro de que este era su hombre. Arrestaron a Straub y lo llevaron de vuelta a la Villa Degler a punta de pistola, donde sus interrogadores (Barkworth y Vera Atkins) aguardaban. Tan importante fue el arresto de Straub que un tercer interrogador, el teniente coronel Gerald Draper, un abogado astuto con amplia experiencia en crímenes de guerra, también estaba presente.

Al principio Straub intentó negarlo todo. Explicó que había estado de vacaciones cuando mataron a las cuatro agentes de la SOE. Culpó al médico del campo y compañero oficial de las SS Rohde, quien administró las inyecciones. «Nunca alcé un dedo contra un solo prisionero y nunca vi a nadie en uniforme», Straub intentó argüir. Pero nada pudo explicar las lívidas cicatrices en su mejilla.

Con el tiempo, sus interrogadores lo quebraron. Finalmente, Straub comenzó a hablar. Poco a poco reveló la verdad de lo sucedido, pero intentó deslindarse profesando que solo estaba «siguiendo órdenes». Una vez que estuvo clarificada la historia de las cuatro mujeres agentes (sucedió en la terrible forma que le habían dicho a Atkins), continuaron con otras ejecuciones en Natzweiler.

Straub habló sobre el principal medio para matar: la horca. Sus interrogadores llegaron muy lejos para establecer la altura del banco sobre el que hacían subir a los condenados antes de quitarlo de una patada. Straub no resultó tan astuto (o quizá simplemente no le importaba) para darse cuenta del derrotero de las preguntas. Al final sus interrogadores establecieron que el banco no era lo suficientemente alto para lograr un ahorcamiento «apropiado».

Las víctimas de Straub habían muerto de una lenta estrangulación, en oposición a una caída larga que rompería el cuello, causando una muerte casi instantánea. Straub ni siquiera resultó un verdugo muy eficiente. O tal vez todo esto fue adrede. Quizás habían dejado a las víctimas sufrir y luchar al final de la cuerda como una advertencia abominable.

Cuando el interrogatorio llegaba a su final, Straub mencionó, casi jactanciosamente, la cantidad de «piezas» que mataba en un día. En ese punto le dijeron lo siguiente al verdugo de Natzweiler: «Deja este cuarto sobre tus manos y rodillas como un animal. No eres apto para ponerte de pie y hablar con seres humanos».

Las cuatro agentes de la SOE fueron ejecutadas por órdenes directas de Berlín. Las clasificaron como prisioneras *Nacht und Nebel* (noche y niebla), razón por la que las enviaron a Natzweiler. Por ser *Nacht und Nebel*, las órdenes de Berlín disponían que debían ser «destruidas sin rastro». Bueno, sus restos físicos en efecto habían sido

reducidos a un montón de cenizas. Pero, en contra de todas las probabilidades, la verdad sobre su asesinato y quién era responsable había sido revelada por los cazadores de nazis.

Por eso era más preocupante que la misma unidad de Barkworth estaba a punto de enfrentar la horca.

A finales de septiembre de 1945, el SAS comenzaba a destruir archivos sensibles en preparación para su disolución. Al mismo tiempo, se levantaban preguntas sobre la legitimidad de las operaciones de Barkworth en la Villa Degler.

«Ha surgido la cuestión referente a la autorización y la acreditación de varios oficiales y equipos de investigación operando en Francia», declaraba una carta de la Oficina de Guerra del 29 de septiembre. «Deseamos que ningún malentendido... exista sobre oficiales y sus equipos... ¿Podría, por favor, decir en el caso del mayor Barkworth y su equipo cuál fue la autoridad que originó el despliegue y con qué cuartel o unidad están acreditados?».

Quién se suponía que debía responder esa pregunta, cuando el SAS mismo se hallaba en proceso de ser desintegrado.

El 4 de octubre de 1945 se dieron órdenes para la desintegración formal del SAS. El «Memorando urgente» decía: «Se ha decidido disolver el Regimiento del Servicio Especial Aéreo... La disolución comenzará el 5 de oct. de 45 y se completará para el 16 de nov. de 45... La atención... se dirige a las instrucciones contenidas en el panfleto “Desbande de unidades... 1945”, del cual enviamos copias... La disolución completa será reportada a la Oficina de Guerra...».

El 5 de octubre tuvieron lugar desfiles de gente saliendo de los cuarteles generales del 1º y 2º SAS, mientras los hombres se preparaban para volver a sus regimientos «hogar», para ofrecerse de voluntarios en otras unidades aeromóviles o para dejar la milicia de una buena vez. En medio de todo eso dejaron algún personal del cuartel del SAS para atar cualquier cabo suelto (papeleo, provisiones restantes y demás) antes del cierre final.

Eso dejó a la unidad de Barkworth de la Villa Degler como el grupo más grande del SAS que seguía «operativo» en cualquier parte del mundo. El coronel Franks estaba decidido a mantener la unidad de Barkworth en marcha, contra viento y marea.

Unos días antes del de la disolución formal, Franks puso en marcha la primera etapa de su «plan de supervivencia del SAS». Se fundó la Asociación Regimental del Servicio Aéreo y sostuvo su primera reunión el 12 de octubre en el cuartel del coronel Franks

en Wyvenhoe Park. Franks fue nombrado director con el teniente coronel David Stirling, el fundador original del SAS, como presidente.

Frente al rostro apático y esquivo de la Oficina de Guerra, Franks tomó una acción aún más decisiva. Luego de fundar la Asociación el SAS, reclutó a Winston Churchill como su mecenas. Churchill, uno de los políticos con más presencia de su época, estaba agudamente consciente de la amenaza soviética a Europa. En 1946 popularizaría la frase de la «cortina de hierro». Entendió que mantener viva una fuerza como el SAS (una de las pocas unidades creadas para causar caos detrás de las líneas enemigas) era vital para la habilidad de Gran Bretaña para combatir esa amenaza.

Trabajando de cerca con el exprimer ministro, más su hijo, Randolph Churchill, Franks puso en marcha la segunda parte de su plan de supervivencia del SAS: la formación de un «cuartel secreto». Había pocas dudas de que el coronel Franks era el principal promotor de la preservación del SAS. El Regimiento se encontraba en terapia intensiva, pero, gracias a los esfuerzos de Franks, al menos todavía respiraba.

Incluso David Stirling se atrevería a comentar: «Si no fuera por Brian Franks, hubiéramos sido condenados al olvido».

Durante los años de la guerra, la decisión de Stirling por hacer lo correcto, sin importar lo que las «fossilizadas capas de mierda» del alto mando determinaran, fue una de las características que definían al SAS. Él orquestó varios «trabajos de iniciativa privada» desafiando al alto mando, lo que condujo a las acusaciones de que el SAS era un «ejército privado».

Ahora el coronel Franks, con la ayuda de Stirling, se iba a embarcar en el mayor «trabajo de iniciativa privada» de todos. Antes de la guerra, Franks había trabajado en la alta gerencia del palaciego Hyde Park Hotel en Kensington, en el oeste de Londres. Fue ahí donde ahora estableció el cuartel secreto del SAS, «requisando» un par de habitaciones a manera de cuartel general de operaciones. El bar del hotel se convirtió en el salón de juntas no oficial del SAS y el lugar donde el coronel Franks se reuniría con su comandante de la Villa Degler durante las escasas visitas de Barkworth a Londres.

En una cosa Franks era absolutamente inflexible. A pesar de su estatus denegable, el equipo de Barkworth continuaría usando la característica insignia del Regimiento que tanto definía a la unidad. Seguirían usando la distintiva boina del SAS y orgullosamente lucirían la insignia de la daga alada que lleva el lema eterno: «Quien se atreve gana».

Decidido a ver a los criminales de guerra de la operación Loyton enfrentar a la justicia, el equipo de Barkworth cumplió otra función vital: serviría para mantener al SAS en funcionamiento en las sombras hasta que los vientos de la fortuna soplaran más favorablemente y el Regimiento pudiera ser reformado, como Franks estaba decidido a

que así fuera. Por supuesto, ciertos individuos dentro de la burocracia de la Oficina de Guerra ya habían sido advertidos para que asistieran silenciosamente esas operaciones encubiertas.

Cuando la orden de disolver el SAS fue publicada, el coronel Franks fue a hablar con el príncipe Galitzine. «Le voy a pedir un favor muy grande», le dijo. «¿Hay algún medio por el cual pueda mantener a este equipo en marcha?». Por «este equipo» Franks se refería a la operación más importante de la Villa Degler. Galitzine le dijo a Franks que vería lo que podía hacer.

Sin ningún permiso o autorización formal, Galitzine se las arregló para sacar partido de la confusión posguerra en la Oficina de Guerra y maquillar presupuestos, raciones, suministros y más. Incluso logró asegurar que Barkworth y sus hombres siguieran recibiendo su sueldo.

«No eran mercenarios», comentó Galitzine. «Les pagaba la Oficina de Guerra; les pagábamos bien...».

Oficialmente, Barkworth, Rhodes y todos en la operación de la Villa Degler estaban registrados como que habían vuelto a sus regimientos originales. Esto serviría de cubierta en caso de que surgiera alguna pregunta por parte de los inquisitivos mandarines de Whitehall, los políticos o la prensa. El equipo de Barkworth de la Villa Degler siempre fue semioficial.

Ahora, se habían deslizado completamente dentro de las sombras.



capítulo

En octubre de 1945, poco después de que el equipo de Barkworth se «ensombreciera», Galitzine redactó un documento titulado «Crímenes de guerra, equipos de “cazadores de hombres”». Su intención parece haber sido hacer resonar los éxitos de la unidad de Barkworth al más alto nivel, sin revelar que todavía se encontraban en operaciones.

En su artículo, Galitzine abogaba por la expansión de sus esfuerzos, basados en el modelo del SAS. En la «cuestión de cazar hombres... han resultado particularmente exitosos», declaraba. Hacía un llamado para la formación de varios «equipos de cacería de hombres», cada uno de 100 o más operadores. Esos equipos debían contener un «alto porcentaje de oficiales entrenados en inteligencia y trabajo de comunicaciones». Debían tener «gran movilidad» y «buen trabajo de comunicaciones en distancias muy largas», y tales esfuerzos debían considerarse una «operación de guerra».

En esencia, lo que Galitzine describía era la unidad de la Villa Degler. Sus artículos parecen haber sido un intento para ganar un poco de calidez para el equipo de Barkworth. Básicamente, decía: *necesitamos este tipo de unidades; ah, y aquí hay una que hice antes, así que empecemos aquí. Construyamos sobre este modelo y expandámoslo masivamente.*

Sin sorpresa alguna, el artículo de Galitzine atrajo mucha atención. El BAOR en particular estaba furioso. En una carta «confidencial» del 24 de noviembre, un tal A.G. Somerhough, del equipo legal del BAOR, escribió: «Es difícil criticar este artículo, pues es muy obvio que se basa en un malentendido». Sobre el trabajo del equipo de la Villa Degler, Somerhough comentó: «Si esta es la unidad del mayor Barkworth, tenía entendido que su propósito era descubrir los cuerpos del personal del SAS asesinado, no rastrear a los criminales; ya llevan meses allí y hasta hace poco no habían arrestado a nadie».

Somerhough era un adversario poderoso. Oficial legal militar con amplia experiencia, había ganado tres Menciones en Despachos durante la guerra. Sus comentarios cada vez más negativos llevaban peso. Incluso así, la crítica implícita en el artículo de Galitzine (que los cuerpos existentes no estaban haciendo suficiente) parecía haber encontrado su objetivo. A finales de noviembre el primer ministro Clement Attlee escribió una nota personal dirigida al secretario de Guerra: «Estoy

preocupado por los retrasos que han ocurrido en el manejo de estos asuntos... Es esencial que... las personas sobre quienes reposa la responsabilidad de la investigación de crímenes de guerra y de traer a los autores a juicio sean oficiales con ímpetu y energía, así como que la alta prioridad dada a los crímenes de guerra sea plenamente entendida».

En el invierno de 1945 parece que hubo una división en el corazón del gobierno británico: en una mano, las palomas querían desintegrar la maquinaria militar tan rápido como fuera posible y entregarle un dividendo de paz al fatigado público británico. En la otra, los halcones querían una maquinaria de crímenes de guerra decidida y robusta puesta en marcha para asegurarse de que se hiciera justicia.

Como no hubo una respuesta concreta al artículo de «Cazadores de hombres», parece que las palomas ganaron. O, mejor dicho, pudo ser simplemente un triunfo del pragmatismo puro. Gran Bretaña después de la guerra estaba muy cerca de la ruina. El costo del combate había sangrado al país, el tesoro se enfrentaba a la bancarrota y, para muchas mentes, las prioridades de reconstruir la despedazada economía triunfaron sobre las de cazar criminales de guerra, sin importar cuán relevantes eran sus crímenes.

De cualquier forma, la unidad de cacería de hombres de Barkworth sería dejada al margen.

* * *

Simplemente porque era la mejor y más secreta ubicación, la oficina de Galitzine de Eaton Square se convirtió en el soporte clandestino de abastecimiento y comunicaciones del equipo de Barkworth. Desde allí se mantendrían enlaces de radio directos entre Londres y Gaggenau. Un memorando del 30 de noviembre titulado «Investigación de crímenes de guerra, SAS», redactado casi dos meses después del de la disolución oficial del Regimiento, expuso los medios para mantener tales comunicaciones.

«Dos OR [“otros rangos”: hombres que no eran oficiales] están hospedados para trabajo en la habitación 404 como enlace de comunicaciones W/T de la retaguardia para el SAS... Esto implicará el trabajo de un pequeño equipo W/T transmitiendo y recibiendo desde el tejado de... Eaton Square. El equipo de transmisiones trabajará con baterías... y la intención es que el receptor trabaje con el circuito del edificio».

Los dos hombres que operaban este «enlace de radio de la retaguardia» eran los agentes del SAS Freddie Oakes y John Sumnall, miembros veteranos de la unidad de la Villa Degler.

En los niveles más altos, algunos hilos se movían para mantener a los Cazadores Secretos en acción. «El coronel Franks... estaba extremadamente bien conectado y conocía a un montón de gente...», comentó Galitzine. Franks usó esas conexiones para mantener en operación a la unidad de la Villa Degler. Galitzine no se sintió inclinado a preguntarle quiénes eran exactamente estos partidarios de alto nivel, «porque sentíamos que era tan poco oficial que entre menos habláramos al respecto era mejor».

Para finales del otoño de 1945 el equipo de la Villa Degler seguía activo, pero pendía de un hilo. Barkworth no tenía autoridad formal para operar; no contaba con un pasado o entrenamiento en su tarea; carecía de presupuesto oficial, y el Regimiento del SAS había sido formalmente disuelto, lo que significaba que su unidad en teoría no existía. Solo respondía al equipo de Eaton Square de Galitzine y al cuartel clandestino del coronel Franks en el Hyde Park Hotel. En otras palabras, no respondía a nadie.

Un hombre más apocado hubiera renunciado ante la mano que le barajó el destino, pero, en cuanto a Barkworth concernía, lo liberaba para hacer lo que le placía. Suelto al fin de las cadenas que lo limitaban (los trámites y la burocracia son difíciles de aplicar a una unidad secreta que simplemente no existe), Barkworth creía que todo era posible.

Barkworth era un hombre realmente notable, de acuerdo con Galitzine. Era «un místico..., un pensador; absolutamente dedicado al trabajo que tenía de buscar a su gente desaparecida». Ninguna medida era demasiado extrema para Barkworth, si podía ayudar a la causa de la cacería.

Para ahora, el caso de los asesinatos de Natzweiler (las cuatro mujeres de la SOE quemadas vivas en los hornos) había sido de verdad resuelto y bien. Habiendo atrapado a Straub, el equipo de Barkworth procedió a acorrallar a los principales arquitectos del mal. El médico del campo fue rastreado hasta su escondite en el sur de Francia. Rastrearon al doctor del campo, Werner Rohde, hasta la zona estadounidense de ocupación, igual que a Straub.

Pero donde parecía que Barkworth y su equipo habían alcanzado un callejón sin salida era en rastrear a los 18 «desaparecidos» que faltaban de la operación Loyton. Galitzine recibió una llamada de radio en su oficina de Eaton Square, lamentando que todas sus pistas parecían llevarlos a ninguna parte. Empacó sus maletas y salió para Gaggenau, volando a Frankfurt, donde Barkworth lo esperaba con un Jeep y un firme apretón de manos.

Juntos se dirigieron a la Villa Degler. En el camino Barkworth hizo un comentario casual, uno que impactó al muy imperturbable Galitzine.

—¿Sabes?, probamos la tabla anoche, ya sabes, la ouija.

Por un breve instante Galitzine se convirtió en el pomposo oficial de la Oficina de Guerra que con toda seguridad no era.

—¡No puedes estar diciendo en serio que hicieron esto! Es decir, es ridículo...

—¿Por qué no? —interrumpió Barkworth. Si fueron asesinadas personas durante la guerra, seguramente querrán comunicar lo que sucedió con ellas y por cualquier medio posible.

Galitzine guardó silencio.

No podía discutir con la lógica de Barkworth.

Esa tarde, se reunió con Barkworth y otros cuatro miembros de su equipo alrededor de la mesa de madera de la sala de estar de la Villa Degler. Una vela ardía suavemente; aún había poca electricidad en la bombardeada Gaggenau. La habitación le pareció a Galitzine ya no simplemente conspiratoria; había algo... de otro mundo acechando fuera de vista entre las sombras. Sintió su corazón golpeando mientras Barkworth preparaba las «herramientas» de la tabla ouija, y se alistaron para comunicarse con los muertos.

Colocaron sobre la mesa cartas numeradas, más todas las letras del alfabeto y las palabras *sí* y *no*. En medio, colocaron un vaso boca abajo. De pronto, surgió un nombre inglés. «El vaso deletreó “F-o-r-d-h-a-m. Sargento aviador RCAF”»,* comentó Galitzine. «Y luego: “Muerto en Cirey, en los Vosgos”».

El vaso reveló que la tripulación volaba en un bombardero Lancaster.

La ouija continuó «hablándole» a los reunidos alrededor de la mesa hasta bien entrada la noche. Todo el mundo estaba exhausto, pero se encontraban en un alto estado de emoción febril y no podían separarse.

La ouija reveló que tres miembros de la tripulación del Lancaster habían muerto en el choque-aterrizaje, pero dos habían sobrevivido. Aparentemente, Fordham y otro aviador fueron llevados a un huerto de limoneros, a las afueras del pueblo de Cirey, donde los obligaron a cavar sus propias tumbas antes de dispararles en la nuca.

Cuando el alba se cernía sobre ellos, los hombres de la Villa Degler hicieron una última pregunta a la ouija: «¿Sabe el nombre de algún alemán involucrado?»». El vaso deletreó un nombre.

La reunión se dispersó. Unos se apresuraron a preparar los Jeep para el viaje a Cirey, un pueblo situado a unos 15 kilómetros al norte de Moussey. Otros encendieron el equipo de radio y enviaron un mensaje urgente a Eaton Square, preguntando si la oficina de personas desaparecidas de la RAF podía rastrear al bombardero Lancaster supuestamente derribado.

Pidieron: «Detalles de aeronaves y tripulaciones de todos los aviones reportados

como desaparecidos, ya sea (a) sobre el área de los Vosgos, (b) en camino a o desde bombardeos que los llevarían a volar sobre la zona de los Vosgos y de los que no se sabe dónde se estrellaron. Considerar los bombardeos de Stuttgart como los más fructíferos. Periodo requerido del 20 de julio al 31 de agosto de 44. Otorgamos gran importancia a la presentación temprana de estos detalles, así que esperamos que sea posible».

Enviaron un segundo mensaje a CROWCASS (el registro central de búsqueda basado en París, formalmente «Registro Central de Crímenes de Guerra y Sospechosos de Seguridad») preguntando si ellos tenían a un prisionero de guerra alemán que llevara el nombre que había dicho la ouija. Hecho eso, Barkworth, Galitzine y los demás bebieron algo de benzedrina, saltaron a los Jeep y arrancaron con el sol naciente a sus espaldas.

«Salimos en un estado febril hacia Cirey», recordó Galitzine. Se ubicaba a unos 128 kilómetros, en el lado lejano del Rin, en Francia. Fue temprano en una mañana de invierno cuando los Cazadores Secretos alcanzaron el pueblo, y los lugareños salían para ir a labrar sus campos.

De la casa de uno de los habitantes de Cirey recuperaron un par de botas de vuelo. Tres tumbas sin nombre (las de los miembros de la tripulación del Lancaster que murieron en el choque-aterrizaje) fueron descubiertas en el atrio de la iglesia. Finalmente, hallaron a algunos pobladores que sabían de los fusilamientos. Los llevaron hasta el bosque, espeso de limoneros, y les mostraron el lugar de los asesinatos. Cuando excavaron hallaron dos cuerpos.

A su regreso a Gaggenau, los esperaba un mensaje de radio. CROWCASS había descubierto que los franceses tenían detenido a un prisionero alemán con el nombre que les mostró la ouija. Clamaba ser soldado de la Wehrmacht, pero, una vez que Barkworth fue allá a interrogarlo, el hombre se quebró pronto. En realidad, había servido en la Gestapo y se convirtió en el principal sospechoso de los asesinatos de Cirey.

Cuando Galitzine volvió a Londres, pasó los garabatos que hizo documentando la sesión de preguntas y respuestas alrededor de la ouija a su anciana secretaria de la Oficina de Guerra. Estaba acostumbrada a tomar notas de interrogatorios y comenzó a mecanografiar. Pero de pronto esta mujer recatada y propia alcanzó el momento donde la ouija deletreó: «Fui asesinado en Cirey en los Vosgos».

La secretaria de Galitzine dejó escapar un grito y salió del cuarto. Poco después llamaron a Galitzine ante tres oficiales de alto rango de la Oficina de Guerra para que se explicara.

«¿Cómo se atreve a hacer algo como esto?», requirieron de Galitzine. Lo acusaron

de conducta inapropiada para un oficial y caballero por «tratar con la ouija».

Galitzine defendió su territorio. Señaló que a pesar de los medios heterodoxos, habían desenterrado dos cuerpos en el bosque y arrestado a un sospechoso alemán.

Los jefes de la Oficina de Guerra se miraron los unos a los otros. Había cejas levantadas. «Bueno, si *no tuviera* dos cuerpos y un prisionero sería llevado a corte marcial».

Los dos hombres asesinados en Cirey no tenían nada que ver con el SAS. Habían servido en la Real Fuerza Aérea Canadiense. Sin embargo, Barkworth había perseguido a sus asesinos tan ávidamente como si fueran dos de los desaparecidos de la operación Loyton faltantes.

De *su* suerte y sus pormenores, todas las pistas parecían haberse enfriado. En su desesperación, Barkworth volvió a examinar algunos de los documentos clave que habían requisado en los primeros días de sus operaciones: los papeles que había hallado en el cuartel de Isselhorst en Estrasburgo, que detallaban los nombres y roles de sus unidades y sus hombres.

Le llamó la atención un nombre: Georg Zahringer. Zahringer sirvió en el *einsatzkommando* Ernst, la unidad comandada por el *sturmbannführer* Hans Dietrich Ernst. Barkworth conocía la desagradable reputación del *einsatzkommando*. Trabajando bajo el supuesto de que un tigre nunca cambia sus rayas (un escuadrón de la muerte es un escuadrón de la muerte sin importar dónde sea desplegado), Barkworth se imaginó que valía la pena hablar con Zahringer.

Mientras eso sucedía, un hombre con ese nombre recién acababa de ser arrestado. Cuando Barkworth fue a interrogarlo, rápidamente se dio cuenta de que aquí estaba su tan esperado avance. Era el invierno de 1945 y el testimonio de Zahringer cambiaría el juego. Lo que Zahringer le describió a Barkworth permitiría que una de las últimas piezas del rompecabezas cayera en su lugar.

El asesinato del teniente Dill ya había sido resuelto; había sido asesinado con los otros oficiales de las Fuerzas Especiales en la masacre del bosque Erlich. Pero la suerte del resto de su partida de retaguardia (los que se quedaron para vigilar la última base del SAS en Basse de Lieumont) permanecía en el misterio. Ahora Zahringer resolvería ese misterio, pintando una terrible imagen de las últimas horas del comando de Dill.

Después de que Dill y sus hombres fueron capturados, sus captores de la división Panzer los tuvieron durante 48 horas. Pero luego los entregaron al abrazo maligno del *sturmbannführer* Hans Dietrich Ernst. En su cuartel de Saales, situado a unos 9.5 kilómetros al sureste de Moussey, Ernst separó al oficial del SAS de sus hombres.

Mientras el teniente Dill se dirigía a Schirmek, los otros ocho soldados estaban destinados a un ajuste de cuentas mucho más inmediato y espantoso.

El 15 de octubre, nueve días después de su captura, los subieron a bordo de un camión, detrás de cuyo volante resultó ir Zahringer. Le ordenaron ir hacia La Grand Fosse, una granja ubicada al oeste de Saales.

«Llegamos a un punto donde había una espesa vegetación de abetos a mano izquierda», relató Zahringer a Barkworth. «Noté que no había nadie hasta que vi a Opelt... de pie junto a una desviación a la izquierda... Me hizo señas de que llevara el camión por ese camino, lo cual hice...

»Opelt me ordenó que abriera la parte trasera del camión e hicieron bajar al primer prisionero», continuó Zahringer. «Todos iban esposados... Schossig, quien hablaba inglés, le dijo que se quitara la ropa. El prisionero lo hizo. Luego fue llevado, tomado de los brazos por Wuttke y Gaede, dentro del bosque... Wuttke llevaba una... pistola, y Gaede también tenía un arma consigo. Prácticamente inmediatamente escuché un disparo.

»Los prisioneros ingleses que quedaban en el camión no dijeron nada, permanecieron en silencio», recordó Zahringer. Uno de los dos sacerdotes debió decirles a los hombres que se arrodillaran y comenzó a administrar los últimos ritos. Escucharon a los prisioneros rezando en un lenguaje que Zahringer presumía que debía ser inglés. Uno a uno se los llevaron, mientras más tiros resonaban entre los árboles.

Llegó el último hombre. «Justo antes de que se lo llevaran, le dijo algo a Schossig, en inglés», le dijo Zahringer a Barkworth. «Le pregunté a Schossig qué le había dicho y me dijo que el inglés declaró: “Éramos hombres buenos”. Seguí a este último prisionero y vi cómo lo hicieron pararse cerca del borde de una fosa abierta que contenía los cuerpos desnudos de sus camaradas muertos... Él no temblaba».

Mataron al último prisionero y lo empujaron a la fosa abierta. Juntaron las ropas desechadas y las quemaron.

Después de confesar tanto, Zahringer parecía asustado, al menos cuando se trataba de llevar a Barkworth y sus hombres al sitio de la fosa común. Tal vez temía terminar uniéndose a los cadáveres. Fingió olvido. Había sido un día de otoño húmedo y neblinoso, arguyó Zahringer, y no podía recordar exactamente cuál desviación había tomado dentro del bosque. Barkworth y sus hombres conocían más o menos la ubicación, pero eso era todo.

Barkworth envió a Dusty Rhodes a Saales, con la misión aparentemente imposible de registrar varios kilómetros cuadrados de bosque. Fue en la primera semana de noviembre de 1945, más de un año después de que tuvieron lugar los asesinatos. Sin

importar cuán grande era el claro de la fosa, el bosque ya lo habría reclamado para ahora.

Una amarga mañana de noviembre, Rhodes y otros tres salieron en automóvil hacia el oeste desde Saales. Tenía una idea general del tipo de lugar que buscaba, basado en el testimonio de Zahringer.

«Los llevaron por el bosque, bajando por esta carretera hasta el costado de un pequeño terraplén», recordó Rhodes. «Cavaron una fosa muy superficial... Uno a uno les ordenaron que salieran del vehículo, los condujeron a la cima de este pequeño terraplén y les dispararon en la nuca».

Rhodes necesitaba hallar un sendero que condujera al bosque lo suficientemente grande para llevar un camión del ejército alemán y con un pequeño terraplén al lado. Pero el terreno aquí era extremadamente difícil. El camino subía empinado a medida que se acercaba a La Grande Fosse. Era un subibaja de jorobas precipitadas y serpenteaba entre el oscuro bosque de pinos. El terreno estaba cortado por antiguos sistemas de trincheras de la Primera Guerra Mundial (los Vosgos también formaron la línea del frente de batalla en esa guerra), lo que hacía doblemente fatigosa la tarea de encontrar la fosa.

Había un aparente revés. El bosque que el camino dividía se extendía unos 600 metros, nada más. A pesar de que era excepcionalmente densa, era dentro de esa área relativamente pequeña donde debían reposar los cuerpos. Aquí y allá, por ambos lados, senderos de leñadores cortaban hacia la penumbra. Zahringer había estado seguro durante su interrogatorio de que había doblado a la izquierda para salir del camino principal.

Rhodes y sus compañeros miraban con atención mientras conducían por el camino. En cada sendero detenían el Jeep, pero ni la búsqueda de ese día ni la del siguiente rindieron frutos. Por fortuna, Rhodes era igual de tenazmente decidido que su jefe: «Nos parecía una tarea imposible, pero al final del día no nos rendiríamos hasta haber registrado cada centímetro cuadrado, si de eso se trataba».

Rhodes salió por otro intento más. Era horticultor profesional y había trabajado de jardinero en el parque municipal antes de la guerra. Conocía bien la vegetación. En un punto hizo un alto, pues había visto un parche de maleza notablemente más joven que la vegetación que lo rodeaba. Sacó una pala del Jeep y comenzó a excavar. Apenas hizo más que arañar la superficie cuando desenterró el pulgar de un pie.

«Supe que habíamos encontrado a los ocho soldados del SAS desaparecidos», comentó Rhodes. «El dedo que sacamos lo coloqué en una caja de cerillos y lo traje de vuelta conmigo a Gaggenau». Lo mostró a Barkworth. «Se lo entregué, con mis

felicitaciones, porque él estaba preocupado porque no avanzábamos lo suficientemente rápido con eso».

El 6 de noviembre de 1945 Rhodes volvió al sitio junto con uno de los patólogos estadounidenses y una partida de trabajo de prisioneros alemanes. Debían desenterrar los cuerpos de las víctimas de sus paisanos. La rápida inhumación de los cadáveres significaba que saldrían notablemente bien preservados. Para los que sirvieron con ellos, la mayoría serían reconocibles a simple vista.

Ellos eran los sargentos Hay y Neville; los soldados de primera clase Robinson y Austin, y los soldados Bennet, Weaver, Church y McGovern. El sargento *Jock* Hay era, por supuesto, el más confiable sargento que tenía el capitán Druce, el hombre que Druce insistió en llevar con él cuando le dieron las órdenes de último momento de tomar el mando de la partida de avanzada de la operación Loyton.

Encontraron una bala calibre 7.65 (el mismo calibre que utiliza la pistola alemana Luger) dentro de la cabeza del soldado Church, cuyo cuerpo fue el primero en caer dentro de la fosa. Encontraron casquillos de rifle usados dispersos entre los cuerpos, lo que sugería que más de un «tirador» había estado involucrado en el asesinato.

Apenas un mes antes, el investigador de crímenes de guerra del BAOR, el teniente coronel Genn, declaró que «solo un milagro» brindaría la evidencia para resolver los sobresalientes casos de los 18 desaparecidos de la operación Loyton. Bien, Barkworth había recibido su milagro (parcial). Habían encontrado ocho más y los 18 ahora eran 10.

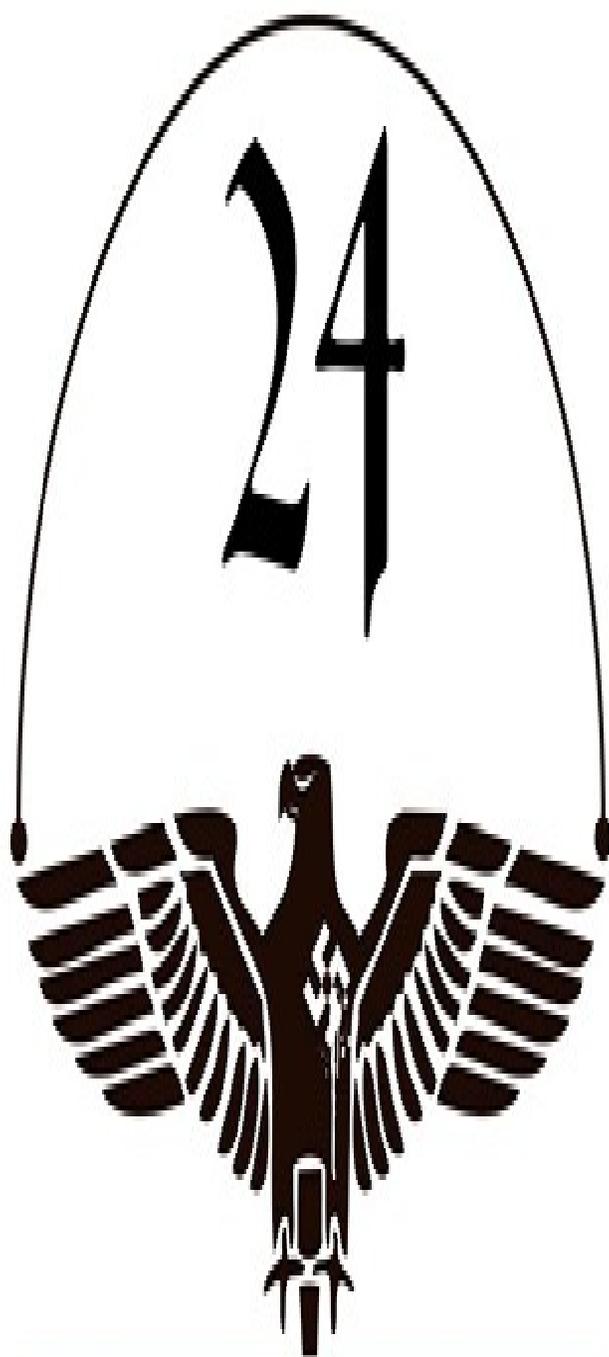
Barkworth notó un aspecto crucial con respecto a estos asesinatos. Ernst había enviado un mensaje de radio a su superior, Isselhorst, diciéndole que los ocho «paracaidistas» habían sido tiroteados «mientras intentaban escapar». Este claramente no era el caso; habían sido asesinados a sangre fría. Parecía como si Ernst hubiera actuado por su propia iniciativa al decidir fusilarlos, pues Isselhorst quería que los llevaran a Schirmek para «procesamiento».

Luego del descubrimiento de los asesinatos de La Grande Fosse, el *standartenführer* Isselhorst permaneció en la cima de la lista los de más buscados de Barkworth. Pero otro nombre se disputaba con él la primera posición: *sturmbannführer* Hans Dietrich Ernst, el hombre que había desobedecido las órdenes de un oficial superior para poder asesinar a ocho SAS en el bosque de los Vosgos.

Para ahora, el año de 1945 casi llegaba a su fin y cuantos más horrores Barkworth descubría más ansiaba justicia. A medida que el año volaba hacia 1946, hallaría que su hambre de justicia finalmente sería satisfecha.

NOTAS

* Real Fuerza Aérea Canadiense. *[N. de T.]*



capítulo

A pesar de los asombrosos resultados que habían logrado, enviar al equipo de Barkworth «en la oscuridad» tenía sus problemas. Difícilmente podían ocultar sus actividades de uno de sus grandes detractores, el BAOR. En el invierno de 1945, el BAOR sabía muy bien que la unidad de Barkworth se encontraba todavía en operación.

La reacción del BAOR fue intentar atraer a los operadores de la Villa Degler hacia sus propios engranajes. Si no podían desacreditar y eliminar a Barkworth y a su equipo, los atraparían y tomarían control de ellos. Un mensaje de radio de la unidad legal del BAOR resumía el tipo de presión a la que estaba sujeta la misión de la Villa Degler: «Mensaje a Barkworth. Cita uno. Su equipo para ADM es parte de esta unidad. Su ADM controlada solo por esta unidad, no, repito no por... Londres. Dos. Enviar solicitudes, quejas o ADM a esta unidad como se ha instruido. Tres. Enviar de inmediato lista nominal y arreglar vistas de intercambio con este CG. Cierre de cita».

«ADM» significa «administración». «Lista nominal» quería decir los nombres de los involucrados en la operación de la Villa Degler.

El equipo legal del BAOR estaba haciendo lo imposible para arrastrar al equipo de Barkworth fuera de las sombras. Eso haría sonar las marchas fúnebres, enterrando al equipo de la Villa Degler bajo una avalancha de burocracia imbécil y protocolos adúladores. Aún más importante, cortarían el mando y control directo de Barkworth vía Londres, lo que a su vez amenazaría con arruinar la capacidad de negación de los Cazadores Secretos.

Para ahora, y a pesar de que el Regimiento del SAS no existía más, Barkworth tenía trabajando bajo sus órdenes a tres oficiales y 21 hombres. En la búsqueda, tenía a sus «SAS» peinando los campos de prisioneros de guerra, donde ya habían encontrado sospechosos de crímenes de guerra escondiéndose entre los prisioneros. Pero rastrear decenas de campos ubicados a cientos de kilómetros de distancia unos de otros era una empresa masiva.

Galitzine resumió la enormidad de la tarea: «Todos los vehículos de la unidad promedian más de 320 kilómetros al día cuando están en el camino. Se hacen viajes todo el tiempo por las zonas francesa y estadounidense, de la frontera checa a Saar, desde Hanover hasta lago de Constanza, y ahora viajes a Holanda... Schleswig-Holstein y el Ruhr... El próximo mes hay visitas programadas al suroeste de Francia,

París y Austria. Casi todos estos viajes han resultado en la captura de al menos un acusado; ahora el total de “bajo arresto” es 51».

Al mismo tiempo, Barkworth supervisaba una investigación aparte en el lejano sur, en Italia. El capitán Henry Parker —el aficionado al sistema de Barkworth de *whisky*, benzedrina y no dormir— fue enviado a investigar la desaparición de varios agentes de las Fuerzas Especiales capturados durante una misión de sabotaje detrás de las líneas enemigas. Los tentáculos de Barkworth también llegaban tan lejos como Noruega, donde buscaba arrestar al personal completo del *einsatzkommando* Tanzmann, una unidad que parecía haber jugado un papel crucial en la operación Waldfest.

Permitir que todo eso cayera en el laberinto de la oficialidad del BAOR volvería tales operaciones casi imposibles. Hay poca evidencia de que Barkworth respondiera a alguno de esos comunicados del BAOR que buscaban enrollarlo, o al menos no hay evidencia escrita.

En su lugar, el 6 de diciembre de 1945 salió una misiva de la oficina del AG3-VW en Eaton Square, donde declaraban que «el mayor Barkworth concluirá la investigación durante diciembre [1945]». La sugerencia, que parece haber sido poco más que una cortina de humo, era que la unidad de la Villa Degler estaba siendo disuelta. En realidad, estaba siendo fortalecida.

El 8 de diciembre, por órdenes de Eaton Square, el soldado de primera clase Ratcliffe del SAS (un soldado de una unidad inexistente) fue despachado desde el puerto de Tilbury, en Londres, en un *ferry* con dirección a Amberes, para reunirse allí con Barkworth. Conducía un camión cargado con las siguientes provisiones destinadas a la operación de la Villa Degler:

- Dos motores de carga para equipos W/T
- Un amplificador
- Nueve bocinas Tannoy para el amplificador
- Un cubierta externa tipo Jeep
- Un motor Gasket (Ford)
- 34 galones de Jerricans (gasolina)

...y así continuaba la lista.

El camión conducido por el soldado Ratcliffe también llevaba: «una caja de lata que contiene documentos secretos, papeles... varios rollos de mapas», para la atención del mayor Barkworth.

Por un lado, AG3-VW enviaba mensajes de radio y telegramas que sugerían que la operación de la Villa Degler sería finalizada: «Confirmado acordamos la disolución del equipo del mayor Barkworth...», «Confirmado que acordamos retirada hacia el RU para la disolución del personal, transporte y equipamiento del equipo del mayor Barkworth».

Pero al mismo tiempo, Galitzine le escribía a todo el mundo (a aquellos que consideraba amigos cercanos e influyentes) buscando reforzar a capa y espada la operación de Barkworth: «Son una banda pequeña y aislada y cualquier ayuda que puedan brindar será muy agradecida».

En los días finales de 1945 había un sentimiento de urgencia con respecto al equipo de la Villa Degler, sustentado por una extraordinaria energía alimentada por la benzedrina. Mientras Galitzine, Franks y los demás luchaban para comprar tiempo para terminar sus operaciones de cacería de hombres bajo el radar, Barkworth iba a desencadenar su mayor retahíla.

El mayor del «SAS» se estaba quemando las pestañas como nunca antes, preparando un descomunal reporte de 90 páginas que le demostraría al coronel Franks que esta misión estaba casi completa. En mayo de 1945 Franks había encargado a Barkworth resolver los casos de los desaparecidos de la operación Loyton. El reporte de finales de año de Barkworth «Paracaidistas desaparecidos» sería la prueba de que esto (y mucho más) se había logrado.

Ese reporte sería impreso en el periódico oficial del 2º Servicio Especial Aéreo, con el emblema de la daga alada estampado en el frente (tres meses después de que el Regimiento fuera disuelto). Sería dirigido al «oficial al mando, Regimiento del Servicio Especial Aéreo», un puesto que oficialmente ya no existía. Y Barkworth incluiría una cita reveladora de Shakespeare en la primera página.

Pero en estos casos
aún tenemos el juicio aquí; que si damos
sangrientas órdenes, una vez dadas volverán
a atormentar a su inventor.

Macbeth, Acto 1, escena 7

En otras palabras, el SAS juzgaría a los asesinos de la operación Loyton, y aquellos que hubiesen consentido la tortura y el asesinato en masa cosecharían lo que sembraron.

En cierto sentido, el reporte de Barkworth era el mayor grito de desafío. Gritaba dos puntos seminales. Uno: no puedes matar tan fácilmente al Regimiento del SAS. Dos:

sin importar cómo, se haría justicia. Presentaba los argumentos de 14 casos individuales de crímenes de guerra que serían llevados a juicio y abarcaban unas 39 víctimas; el resto eran aviadores estadounidenses y canadienses derribados y otros militares aliados, hombres y mujeres, muertos junto a los soldados del SAS.

Tres meses antes, el equipo legal del BAOR había declarado que «solo un milagro» resolvería los casos de los desaparecidos de la operación Loyton. *Ahora esto*. El reporte de Barkworth resultaría un extraordinario testimonio de la absoluta tenacidad y brillantez del equipo de la Villa Degler, quienes lograron lo que parecía inalcanzable en una escala de tiempo que pocos hubieran imaginado posible.

El tráfico de radio de Barkworth a Franks reflejaba el frenético ritmo de las actividades, mientras que ambos hombres corrían hacia una línea de meta de algún tipo. O incluso mejor, como resultaron las cosas, sería una carrera hacia un nuevo comienzo.

«Uno. Reporte impreso completo sábado por la noche. Dos. Pocos testigos quedan de quienes se tomarán sus declaraciones juradas. Tres. Pedir Oxford en Frankfurt o Estrasburgo para volarme de vuelta a partir del domingo 18. Debo llevar copias del reporte impreso conmigo... Seis. Si hallamos el grupo de Black y el tiempo corto no desenterraremos».

El «Oxford» se refería a una aeronave ligera (un avión de entrenamiento Airspeed AS.10 Oxford) que Barkworth necesitaba para volar a Londres con sus reportes de «Paracaidistas desaparecidos» en la mano. «El grupo de Black» hacía referencia a otro grupo de ocho hombres del SAS que habían sido asesinados por órdenes del *sturmbannführer* de las SS Hans Dietrich Ernst. El tiempo era tan claramente escaso que Barkworth temía que no pudiera «desenterrar» los cuerpos del «grupo de Black», incluso si los hallaba.

Otro mensaje de radio reportaba un ligero resbalón en el itinerario propuesto: «Trabajo continúa a máxima presión. Espero estar listo el domingo si la impresión continúa turno nocturno. Lunes hará las cosas más fáciles».

El destino del grupo de Black fue revelado por uno de los sospechosos del *einsatzkommando* Tanzmann. Poco antes de que los Vosgos cayeran ante las fuerzas de EUA, los hombres del *einsatzkommando* Tanzmann habían sido enviados a Noruega en un esfuerzo para reforzar las defensas del Reich en el norte. En su debido tiempo la mayor parte de la unidad fue arrestada, bajo nombres falsos como la tripulación de un U-boot rendido.

Como Barkworth dejó en claro, quería poner sus manos sobre tantos hombres del *einsatzkommando* Tanzmann como fuese posible: «Los que no son buscados por

crímenes de guerra contra británicos deben ser detenidos como buscados por los franceses, pues el comando Tanzmann fue responsable de atrocidades». Entre sus filas estarían muchos de los opresores de los nativos de Moussey.

Cuando el veterano del *einsatzkommando* Tanzmann Walter Janzen fue entregado a Barkworth, su interrogatorio resolvió el caso de ocho de los 10 «desaparecidos» restantes de la operación Loyton. El 14 de septiembre de 1944, ocho SAS fueron capturados en el combate del aserradero en el valle de Celles. Tres eran aquellos que se separaron de la partida del teniente Karl Marx y fueron perseguidos a través de los cerros con perros de búsqueda alemanes. Los otros cinco eran una partida de sabotaje comandada por el teniente James Black.

Janzen era uno de los que formaban parte de la fuerza del *einsatzkommando* Tanzmann enviada para capturar a Black y sus hombres. La unidad del SAS consumió sus municiones y fue capturada, luego de lo cual los ocho fueron entregados a la unidad local de la Wehrmacht. Pero cuando Janzen volvió a su cuartel, el *sturmbannführer* Hans Dietrich Ernst (su comandante en jefe) tomó las noticias de mala manera.

«Ernst estaba furioso y nos maldijo a todos», Janzen le dijo a Barkworth. «Ernst había dado órdenes de traer a los ocho prisioneros de vuelta a nuestra unidad... Ernst nos dijo a mí y a Albrecht que existía una orden secreta del Reich de que los paracaidistas debían ser fusilados. Después nos dijo que ambos debíamos saber esto».

Janzen continuó relatando cómo llevaron a los ocho hombres al bosque en las afueras de St. Dié, los desnudaron y les dieron un tiro en la cabeza, una escena notablemente evocadora de aquella en la cual los pasados ocho hombres del SAS fueron asesinados. Janzen negó haber tenido algún papel en los asesinatos, pero describió cómo se aproximó a la fosa común al final «para palear la tierra adentro». Les quitaron las placas de identificación a los hombres del SAS y las enterraron aparte, para ocultar sus identidades lo más posible.

En cuanto a Barkworth concernía, el testimonio de Janzen era la bala de plata que estaba buscando. En dos ocasiones el *sturmbannführer* Ernst había pasado por alto las órdenes de su oficial superior, para llevarse a los cautivos para desnudarlos y fusilarlos en el bosque. En pocas palabras, el *sturmbannführer* Ernst era responsable por el asesinato a sangre fría de 16 miembros de la partida de la operación Loyton y en contra de toda orden.

Mientras Isselhorst pudo haber orquestado el mal, Barkworth tenía la seguridad de que podía argumentar que solo actuaba bajo las órdenes del *führer*, como declaró en su «Orden Comando». En contraste, el *sturmbannführer* Ernst había desobedecido

órdenes de un superior para perseguir algún tipo de venganza o sed de sangre personales.

En la víspera de Año Nuevo de 1945, Galitzine publicó una nueva lista de los más buscados a petición de Barkworth. En la cabecera se sentaba «El caso de La Grande Fosse - Asesinato de 8 PG británicos; Dr. Hans Dietr [sic] ERNST. *Sturmbannführer* i/c SD *Kommando*... tomó parte en operación Waldfest contra el 2º SAS en otoño 44».

«Descripción: cabello café oscuro, ojos cafés, divide cabello del lado derecho. Cicatriz estridente en la cara. Complejión lánguida y marchita. Usa lentes para leer... Doble exacto del investigador mayor E.A. Barkworth... Acusado de asesinato La Grande Fosse y también de ocho PG británicos en St. Dié en septiembre, 1944».

Quizá sin sorpresa, Barkworth reparaba cuando se sugería que el *sturmbannführer* Ernst era su viva imagen, a pesar de que claramente conservaba su sentido del humor entre todo el horror. En un reporte de la situación del 12 de enero enviado a Eaton Square, Barkworth comentaría: «Incluyo fotografías de Ganninger, el adjunto de Hartjenstein; Richard Schnurr, involucrado en los casos de Noailles y Pexonne; Dr. Ernst, quien para nada se parece a mí...».

Barkworth ya había resuelto todos menos dos casos de los desaparecidos de la operación Loyton y tenía una buena idea de lo que había pasado con los dos restantes. Era hora de concentrarse por entero en la cacería de los asesinos. Pero, al hacerlo, las limitaciones de operar como un equipo clandestino realmente empezaron a caer sobre el equipo de la Villa Degler.

Para ahora, Barkworth había elegido sus mejores medios para rastrear a los sospechosos de crímenes de guerra que no había logrado atrapar aún. Bajo el título de «El rastreo de alemanes», Barkworth escribió a Galitzine: «Tengo esto mapeado para intentar rastrear la máxima cantidad de alemanes con el menor kilometraje en los vehículos, y con suerte espero producir resultados satisfactorios».

Continuó delineando sus principales problemas. «Dos cosas, sin embargo, nos han detenido. La primera ha sido el corte del suministro de gasolina... La segunda son las malas condiciones de los cuatro Jeep... No creo que ninguno pueda continuar por mucho tiempo, pues tienen un kilometraje muy alto y dos están en su etapa final. Estoy seguro de que podrán apreciar que no es bueno enviar una partida en un viaje largo, bajo mal clima, en un vehículo que probablemente necesitará una partida de búsqueda para traerlo de vuelta».

Bajo el humor, es clara la frustración de Barkworth. Operando ahora fuera de todo registro, tenía libertad ilimitada. Pero al mismo tiempo no tenía ni vehículos ni combustible para permitirle a su equipo de la Villa Degler alcanzar su potencial. En

verdad, mientras el año nuevo despuntaba, las operaciones de Barkworth estaban algo limitadas.

Además, predeciblemente, los problemas que emanaban del BAOR estaban lejos de desaparecer. «Hay una o dos cosas, sin embargo, que no debo tomar con calma, como estoy seguro que se puede imaginar», continuaba la carta de Barkworth a Galitzine. «La asimilación en una unidad existente del BAOR o cualquier medida parecida».

Más aún, debido al despiadado ritmo de las operaciones y la presión, la salud de Barkworth estaba sufriendo. Por varios días había estado en cama, hospitalizado.

«Ha sido extremadamente desafortunado e incidentalmente muy doloroso», escribió Barkworth. «Me sacó un diente un dentista alemán que debió pensar que yo era un hombre lobo, porque tengo el rostro hinchado, una condición que los estadounidenses llaman celulitis».

Pero, de todos modos, Barkworth resultaría imparable. El 2 de enero de 1946 estaba de nuevo en acción, a pesar de su enfermedad.

«Karl HAUG del Gruppe Kieffer en 4 Campo de Internos Civiles RECKLINGHAUSEN», envió por radio a Galitzine. «Se le dio declaración sobre fusilar SAS... en lo que tomó parte. Los siguientes también estaban presentes: HSTUF SCHNURR (del caso PEXONNE)... y conductor del camión. HAUG testigo enterado y dispuesto...».

«Hstuf y KRIM. KOMM. ALBRECHT ARTHUR ahora anotado en prisión civil de ROTTERDAM. Considerar que este es el hombre del KDO. ERNST. He arreglado para interrogar... Le enviaré lo siguiente. Declaración de HAUG. Fotos de ERNST... Reportes de patología LODGE y DAVIS...».

Barkworth sentía ahora que la búsqueda del *sturmbannführer* Ernst lo llevaría hacia el este. Tenía evidencia asegurada que sugería que el asesino de los 18 hombres de la operación Loyton había huido hacia la zona rusa. Buscó la ayuda de Galitzine para suavizar el camino hacia el área de ocupación de Stalin, lo que nunca fue una cosa fácil de manejar.

Galitzine le escribió a uno de sus contactos en Berlín; entonces Berlín estaba dividido entre los Aliados y los rusos, pero situado bien adentro de la zona rusa.

«Bill Barkworth ha sugerido que le escriba unas líneas... Está averiguando la suerte de 33 integrantes del SAS asesinados en los Vosgos durante el otoño de 1944. Ha sido extraordinariamente exitoso y hasta ahora tiene 33 alemanes en la espuerta. Su presente solicitud es para que usted intente detener a un alemán que se cree que vive en la zona rusa».

El sentido de los números de Galitzine parece haber sido un poco fluido. De misiva en misiva las cantidades de alemanes «guardados» parecen variar. Pero sus esfuerzos

de cabildeo resultaron incansables y altamente efectivos. Necesitarían serlo. Se pensaba que un gran número de los «buscados» se hallaba bajo custodia del Ejército de EUA, pero hacer que los estadounidenses los entregaran era todo un reto. Barkworth hizo que Galitzine utilizara su influencia para intentar forzar las puertas que necesitaban abrirse.

En una carta del 5 de enero dirigida a la Sección de Crímenes de Guerra del Ejército de EUA, Galitzine escribió: «Una importante investigación británica de crímenes de guerra ha estado teniendo lugar... concerniente al asesinato de más de 50 aviadores y paracaidistas británicos... Parece que hay 136 alemanes involucrados...».

El número de hombres asesinados siguió elevándose a medida que Barkworth descubría más casos. «Se entiende que ya se han hecho solicitudes en varias ocasiones para la entrega de los alemanes bajo su custodia», continuó Galitzine. «Los oficiales concernientes están listos para hacer arreglos inmediatos para recibir a estos prisioneros de guerra».

Galitzine adjuntó un esbozo de los buscados supuestamente detenidos por los estadounidenses. Alistaba 12 nombres, incluyendo a Wilhelm Schneider, mano derecha de Isselhorst en la operación *Waldfest*, más el mismo *standartenführer* Isselhorst. Galitzine pidió que entregaran a la «docena sucia».

La pregunta seguía en el aire: ¿sería concedida su solicitud?



capítulo

Uno de la «docena sucia» en manos de los estadounidenses era el primer sospechoso añadido a la lista de Barkworth: Max Kessler. En agosto de 1945, se escribieron varias cartas al Ejército de EUA, averiguando los pormenores del *oberscharführer* Kessler.

En enero de 1946, la sospecha era que Kessler (más otro hombre requerido) había sido liberado por los estadounidenses. «El coronel Haley me dice que tiene una confirmación independiente del hecho de que estos hombres no pueden ser hallados», registró una nota del 22 de enero. «Puede ser que estos PG hayan sido liberados desde que hicimos nuestra solicitud». De cualquier forma, «no pueden ser rastreados».

Se dice que el primer corte es el más profundo. Barkworth, Sykes y Rhodes nunca olvidaron su primer encuentro con la horrible evidencia de los asesinatos de sus camaradas del SAS. Cuando exhumaron los tres cuerpos quemados en el granero de Le Harcholet y se enteraron del papel del *oberscharführer* Kessler, tuvieron los primeros presentimientos de la suerte que pudo haber caído sobre el resto de los desaparecidos de la operación Loyton.

Difícilmente Kessler era el peor de la lista de los más buscados, pero era el primero. Barkworth y su equipo de la Villa Degler estaban decididos a agarrarlo. Cuando una posible dirección de alguno de los parientes del *oberscharführer* Kessler fue descubierta, Rhodes se preparó inmediatamente para salir a investigar en uno de los apaleados y apenas utilizables Jeep.

Era un enero helado y estaba oscuro como boca de lobo cuando Rhodes golpeó la puerta, pasada la medianoche. Tomó un buen tiempo para que abrieran. Tal vez todos se encontraban en cama dormidos y les había llevado un buen rato levantarse. O quizás estaban escondiendo a alguien. Rhodes había aprendido a no asumir nada.

Se dirigió a la cocina: el corazón de cualquier hogar. Allí había un hombre y una mujer, con dos niños «dormidos en sus camas». Rhodes se dio cuenta de que el hombre sentado en la mesa de la cocina no era Kessler. Tenía una foto en su bolsillo y se había aprendido sus rasgos de memoria. Rhodes notó comida en la mesa y le dijeron que la familia había tenido una cena tardía.

«Creemos que Max Kessler se queda con ustedes», anunció Rhodes.

Hubo miradas en blanco. «No, no está con nosotros. No hemos visto a Max Kessler en mucho tiempo».

Rhodes y su equipo llevaron a cabo una búsqueda minuciosa. Los trajo de vuelta a la

cocina nuevamente. Dos cosas llamaron la atención de Rhodes. Primero, los niños estaban en la cama, pero en su opinión solo fingían dormir. Él sospechaba que alguien los había despertado hace apenas un rato para advertirles que guardaran silencio... sobre algo.

Segundo, había tres platos de sopa a medio comer sobre la mesa de la cocina.

Dos personas cenando: tres platos de sopa.

Max Kessler estaba en algún lugar de la casa.

Rhodes comenzó a buscar de nuevo, esta vez un poco más cuidadosamente. Descubrió lo que buscaba en la sala de estar. Empotrada en la pared, en una esquina estaba una pequeña puerta oculta. No medía más de un metro cuadrado y encajaba perfectamente en la pared.

Rhodes hizo palanca para abrir la puerta. Con la tenue luz que se filtraba desde la sala de estar pudo ver que unas escaleras de madera llevaban a un oscuro vacío allá abajo. Tomó una linterna, desenfundó su pistola y se preparó para descender. Se imaginó que, tan pronto como encendiera la linterna, «probablemente me volarían la cabeza», pero igualmente estaba convencido hasta la médula de que Kessler se encontraba allí abajo.

Comenzó a bajar los escalones. Todo estaba inmerso en un silencio quebradizo. La escalera de madera llevaba a un sótano. Rhodes iluminó con su linterna alrededor, sondeando las sombras llenas de telarañas. No había mucha basura: una caja vieja aquí, una pila de basura allá, algunos trapos y costales tirados en una esquina. Nada era lo suficientemente grande para ocultar a un hombre.

La linterna de Rhodes llegó a reposar sobre una silueta grande. Era larga y baja, y lucía como una vieja cesta para sábanas. A medida que se acercó, dejó que uno de sus pies rozara un lado de ella. No se movió ni un centímetro. Para una cesta de ropa era inusualmente pesada. Rhodes dio un paso atrás, alzó una pierna y pateó la cosa tan fuerte como pudo, golpeándola en uno de los lados.

Una persona salió trastabillando. El *oberscharführer* Max Kessler.

El hombre que había declarado de los cautivos del SAS: «Son fusilados como espías y saboteadores... No existen más», fue capturado escondiéndose como un perro asustado en una vieja cesta de ropa. Los Cazadores Secretos habían rastreado a su primer sospechoso de crímenes de guerra. Y aquellos en la cima de su lista de los más buscados también serían acorralados.

Mientras que el *sturmbannführer* Ernst tenía más sangre en sus manos, el *standartenführer* doctor Erich Isselhorst seguía siendo el arquitecto en jefe tanto de la

operación Waldfest como de los más amplios horrores de los Vosgos. En algún punto durante la primavera de 1946 (la fecha exacta es incierta) Isselhorst fue puesto bajo custodia británica (de Barkworth). Los medios de la captura de Isselhorst parecen no haber tenido precedentes y haber sido extremadamente complejos y laberínticos.

A principios de octubre de 1945 salió una pregunta de la oficina de Eaton Square en busca de lo que era aparentemente una extraña aclaración: «Hemos preguntado a los estadounidenses si tienen en custodia al doctor Isselhorst de la Gestapo». Debido a que el 7º Ejército de EUA tenía en custodia a Isselhorst desde junio de ese año y considerando el sospechoso de alto perfil de quien se trataba, parece extraño que durante cinco meses nadie hubiera escuchado nada sobre él.

Desde la carta de Galitzine del 5 de enero de 1946, los Cazadores Secretos claramente sospechaban que los estadounidenses tenían a Isselhorst. Fue nombrado uno de la «docena sucia» para la que el equipo de la Villa Degler estaba «listo para hacer arreglos inmediatos para tomar estos prisioneros de guerra». Hubo varias respuestas que sugerían que la Rama de Crímenes de Guerra de EUA se estaba preparando para entregarlo: «Aún no hay autorización; trasladándose al Campo núm. 78, autorización pendiente».

Pero mientras las autoridades de EUA claramente tenían a Isselhorst, no hay evidencia de que realmente se hubiese rendido.

En 2007 la CIA fue forzada, bajo la Ley de Revelación de Crímenes de Guerra, a liberar una cantidad de archivos sobre antiguos nazis. Unas 50 000 páginas de registros fueron desclasificadas, la mayoría pertenecientes a la relación operativa después de la guerra entre la CIA y antiguos nazis. Los archivos incluyen varios reportes acerca del *standartenführer* doctor Erich Isselhorst.

Esos registros de la CIA incluyen memorandos, telegramas, perfiles de personalidad, reportes de interrogatorios y más documentos secretos y confidenciales. A partir de ellos, es posible reconstruir un escenario de lo que pasó con el arquitecto de Waldfest inmediatamente después de la guerra y cómo los Cazadores Secretos de Barkworth vinieron a ponerle las manos encima.

Los archivos de interrogatorios de Isselhorst del Ejército de EUA que datan de finales de 1945 y principios de 1946 sugieren que estaba resultando muy cooperativo para las autoridades de EUA. Un memorando confidencial del 307º Cuerpo de Contrainteligencia cuenta con seis páginas a renglón seguido sobre el hombre más buscado de Barkworth.

Bajo la sección titulada «Comentarios del agente» registra: «El sujeto es un nacional socialista [nazi] abierto y convencido». El agente consignó que Isselhorst había sido protegido del general de las SS Reindhart Heydrich, el jefe de la Gestapo, uno de los arquitectos clave del Holocausto y el comandante en jefe de los *einsatzgruppen*. Bajo la protección de Heydrich, su «confianza en sí mismo» y su «ambición y habilidad» lo llevaron a un rápido avance y ascensos. Dándole una calificación marcadamente positiva, el agente de Contrainteligencia describió a Isselhorst como poseedor de una «naturaleza enérgica y dinámica», así como «demasiado inteligente para ser brutal, y con frecuencia alertó contra la severidad injustificada».

Acercas de sus experiencias en el frente oriental, Isselhorst se quejó de que el régimen nazi había tenido mucho éxito en convertir potenciales aliados en enemigos: «El aclamado entusiasmo original [por el régimen nazi] de la gente de Estonia, Letonia, Lituania y Ucrania se tornó en odio..., el gobierno militar intentó vanamente guiar los destinos de una población cuyos hábitos y costumbres eran desconocidos para el oficial alemán... Más bien, los oficiales alemanes eran considerados holgazanes».

En otro memo confidencial sobre Isselhorst, sus experiencias rusas de nuevo salieron de relieve: «Nov 1942-Ago 1943: estuvo adherido al personal del B.d.S. Riga... tomando el cargo de un comando especial para contraatacar a los muy activos maquis rusos. Aquí el sujeto mereció dos condecoraciones, la Medalla de Tapferkeit y la Eisernes Kreuz». La primera parece ser una medalla arcaica otorgada a la valentía; la segunda era el honor más cercano al corazón de Hitler: la Cruz de Hierro.

El mando de Isselhorst de «la lucha contra los guerrilleros rusos» era claramente de un interés considerable para el 307º Cuerpo de Contrainteligencia. Pero ¿qué era el Cuerpo de Contrainteligencia o CIC (por sus siglas en inglés)? Para el final de la guerra el CIC era la organización de acopio de inteligencia más importante en las zonas estadounidenses de ocupación, con más de 5 000 personas en el terreno. Los operadores del CIC usaban ya sea ropas de civil o uniformes desprovistos de insignias o rangos, y se identificaban solo como «agentes especiales».

Encarando un nuevo enemigo en la próxima Guerra Fría, el CIC montó «líneas de ratas» para alentar a los informantes y desertores a permanecer fuera de las zonas rusas. Provistos de nuevas identidades y empleados por el CIC como agentes, estos incluían una cierta cantidad de criminales de guerra nazis. Uno, exoficial de las SS, Klaus Barbie —el famoso asesino en masa conocido como el Carnicero de Lyons—, trabajó para el CIC desde 1947 hasta 1951. En 1988, el Departamento de Justicia de los

Estados Unidos investigó el sombrío pasado del CIC y concluyó que muchos nazis sospechosos de ser criminales de guerra habían sido empleados como informantes.

A finales del verano de 1945, el CIC ya había puesto las manos sobre el antiguo comandante de las SS y jefe de la Gestapo, el *standartenführer* Isselhorst. Sin embargo, no estaban destinados a quedárselo. De algún modo, para finales de abril de 1946, el CIC había perdido a su hombre. Una nota confidencial del CIC vale por una orden de arresto para Isselhorst. Se lee: «Nombre (con alias): Isselhorst, Erich, doctor. Se solicita aprehensión del sujeto. Se solicita notificación de la aprehensión del sujeto».

Para el 21 de mayo de 1946, la cacería del CIC detrás de Isselhorst parecía estar a toda marcha. Un memo secreto del cuartel del CIC declara: «La esposa del SUJETO, quien aún reside en WALCHENSEE... declaró que el 23 de agosto de 1945 recibió la visita de un soldado estadounidense, llamado REID, quien le dijo que traía saludos de su esposo, quien estaba, de acuerdo con REID, en NUREMBERG... Se sugiere que una revisión completa de los registros de los campos de internamiento podría revelar sus pormenores».

Sin embargo, en febrero de 1947 en el CIC escribieron a la División de Inteligencia del Ejército británico, buscando el regreso de Isselhorst de la custodia británica: «El sujeto *standartenführer* de las SS Erich Isselhorst... está actualmente detenido por crímenes de guerra británicos... El sujeto es requerido urgentemente en esta zona como testigo en un juicio ajeno a los crímenes de guerra... Agradeceríamos que el sujeto fuera prestado a este Cuartel General... tan pronto como esté disponible».

¿Así que Isselhorst fue reclutado por el CIC el verano de 1945? Si así fue, ¿qué pasó con él que lo llevó a su repentina desaparición en 1946 y a su subsecuente reaparición bajo custodia británica?

Otros de los compinches de Isselhorst en Waldfest fueron reclutados por la inteligencia aliada, algunos incluso antes del fin de la guerra. Un reporte confidencial del Cuerpo de Contrainteligencia revela que Alfonso Uhring (el antiguo jefe de inteligencia extranjera de Isselhorst y el cerebro detrás de Waldfest) se rindió ante los estadounidenses luego de su toma de Estrasburgo en octubre de 1944.

Poco después, le dieron a Uhring «una misión para los Servicios de Inteligencia Aliados». Entrenado en transmisiones de radio, Uhring fue «volteado» y despachado, vía Suiza, a Alemania. Allí, debía trabajar como agente doble durante las últimas etapas de la guerra, enviando reportes de inteligencia sobre los trabajos de la Gestapo. Supuestamente, los archivos de la Gestapo capturados en Estrasburgo revelaron el papel de Uhring en los crímenes de guerra y fue eso lo que ayudó a «inducir a Uhring para que aceptara la misión de los Aliados».

¿Isselhorst también se había volteado a finales del verano de 1945? Incluso mientras Barkworth lo buscaba, ¿trabajaba en secreto para el CIC? Casi desde el momento en que lo tomaron bajo custodia de EUA, Isselhorst ofreció su ayuda a los estadounidenses. En repetidas ocasiones intentó probar su valor ante quienes lo tenían detenido y ciertamente lo utilizaron para ayudar a rastrear a colegas de la Gestapo y las SS.

Y por cualquier razón, nadie parecía inclinado a entregarle a Barkworth al hombre que ocupaba la cima de su lista.

Es dentro de este contexto que el cazador de nazis más experimentado de Barkworth, Dusty Rhodes, fue despachado en lo que tiene que ser una de las misiones más extrañas y envueltas en misterio de la operación entera de los Cazadores Secretos. Hablando varias décadas después de la guerra (las transcripciones de su entrevista están guardadas en el Museo Imperial de Guerra), Rhodes solo estuvo dispuesto a hablar sobre su operación furtiva en términos muy velados.

El hombre que perseguía Rhodes nunca se nombra ni se especifica la fecha exacta de la captura. Pero lo que está claro es que este objetivo trabajaba para los estadounidenses y era considerado de su «personal clave».

Rhodes partió desde la Villa Degler y condujo hacia el este dentro de la zona estadounidense. Como acostumbraba, se dirigió primero a la casa del individuo misterioso. «Fui a entrevistarlo», recordó Rhodes. «Fui a su casa. La señora de la casa... dijo que estaría de vuelta en cinco minutos, pues ahora trabajaba para las fuerzas estadounidenses en su departamento legal. Así que salí y me senté en el Jeep».

Rhodes esperó. Tenía una fotografía del sospechoso y era un hombre paciente. Notó caminando por la calle a una persona que aparentemente no estaba preocupada por ver un Jeep de apariencia estadounidense estacionado afuera de su casa. ¿Por qué debería estarlo? Después de todo, había engañado a muchos trabajando con las fuerzas de EUA. Rhodes arrestó al hombre en el lugar, lo metió en el Jeep y lo llevó a toda velocidad hasta la seguridad de la zona francesa y al cautiverio.

La escala del enojo que sufrieron los estadounidenses por el impacto de la desaparición de su hombre puede juzgarse con base en sus subsecuentes reacciones (y las de Rhodes). Este se vio forzado a desaparecer durante un mes. «Las fuerzas estadounidenses buscaban por todas partes a este oficial de órdenes judiciales Rhodes, quien había arrestado a uno de los suyos», recordó Rhodes. «Rápidamente me sacaron del camino por un... periodo de tiempo».

¿Era el hombre que Rhodes arrestó el *standartenführer* doctor Erich Isselhorst? Isselhorst era abogado de profesión. «Trabajando para las fuerzas estadounidenses en su departamento legal» era la fachada perfecta si el CIC en efecto lo había reclutado. La

reacción —que uno de los Cazadores Secretos fuera a su vez cazado por los estadounidenses— no tenía precedentes. Ningún otro arresto de la Villa Degler provocó nada parecido a esa respuesta.

Si Isselhorst había sido reclutado por el CIC, sin duda esto se veía como «justificado» por la pragmática política. A finales del verano de 1945, los poderes occidentales apenas comenzaban a acostumbrarse a un nuevo orden mundial y a un nuevo enemigo. Pero sigue siendo profundamente censurable: Isselhorst tenía en sus manos la sangre de muchos miles.

Fue responsable del exterminio de innumerables judíos, guerrilleros rusos y otros «enemigos» del Reich en el frente oriental. Era culpable del asesinato de decenas de soldados de las Fuerzas Especiales británicas y aliados después de eso. Era procesable por crímenes de guerra contra miles de hombres y mujeres franceses en los Vosgos.

Pero, lo peor de todo en cuanto a las acciones del CIC —entonces el principal aparato de inteligencia de EUA en las zonas ocupadas—, es que Isselhorst era culpable de supervisar el asesinato de varios ciudadanos estadounidenses capturados, los aviadores Curtis E. Hodges y Michael Pipcock entre ellos, quienes fueron fusilados en el bosque Erlich.

Ni siquiera un año antes de que el CIC pareciera haber reclutado a Isselhorst, él había sido responsable de la cacería y el asesinato de otros ciudadanos estadounidenses. Sin importar cuán útil el *standartenführer* de las SS Isselhorst pudiera haber parecido en el verano de 1945, reclutarlo para la causa de Occidente no era aceptable. Escudarlo de la justicia lo era aún menos.

Como era de esperarse, durante su interrogatorio Isselhorst resultó ser tan escurridizo como una anguila, pero el jefe de la Gestapo y las SS encontró su rival perfecto en el mayor del SAS Bill Barkworth. Finalmente, Barkworth se las arregló para acorralar a Isselhorst sobre de un grupo de ocho «paracaidistas británicos» que fueron llevados a su cuartel de Estrasburgo.

Barkworth: «¿Dio a Schneider [lugarteniente de Isselhorst] alguna instrucción particular acerca de estos hombres?».

Isselhorst: «Le dije que se cerciorara de que trabajaban con terroristas».

Barkworth: «¿Qué resultados le reportó?».

Isselhorst: «Me dijo... que esos soldados se habían lanzado en paracaídas para trabajar con los maquis, a quienes entrenarían y guiarían. Por lo tanto, decidió que debían ser tratados como terroristas. Me mostró este punto con fuerza... y lo apoyó con extractos de los reportes de interrogatorios. Me sentí incapaz de discrepar con él y

decidí que estos soldados eran en efecto de esa clase a la que se refería la orden que recibí de Berlín».

Isselhorst se refería a la «Orden Comando» de Hitler, por supuesto.

Barkworth: «¿Le dio a Schneider alguna orden específica sobre su desecho?».

Isselhorst: «Le dije a Schneider que como estos soldados eran considerados terroristas debían ser tratados de acuerdo con las órdenes recibidas».

Barkworth: «Estas órdenes de las que habla, ¿se relacionan con la ejecución de tales soldados?».

Isselhorst: «Sí».

Barkworth: «¿Schneider reportó ante usted el cumplimiento de esta orden?».

Isselhorst: «Me dijo que se había llevado a cabo. Asumo que el método fue fusilamiento, pero el lugar lo desconozco».

Isselhorst era como un pez gordo retorciéndose en un gancho incapaz de liberarse.

En intercambios subsecuentes, Barkworth cuestionaría al *standartenführer* Isselhorst sobre varios otros casos de asesinatos en masa. Ya era clara la clase de defensa que Isselhorst (abogado por profesión) intentaría construir: *solo estaba siguiendo órdenes*. Pero como Barkworth bien sabía, era improbable que esa defensa se mantuviera en pie en las venideras audiencias británicas de crímenes de guerra.

Con Isselhorst bajo la custodia de Barkworth y listo para enfrentar juicio, el malicioso cazador de hombres ansiaba capturar a los operadores en jefe de la Gestapo, los asesinos brutales que aquel había comandado.

Dos nombres eran los más relevantes en sus pensamientos: el *sturmbannführer* Hans Dietrich Ernst y el *oberwachtmeister* Heinrich *Stuka* Neuschwanger.



capítulo

Barkworth se lanzó a la caza de Neuschwanger seriamente y en su propia manera inimitable. Describió las etapas tempranas de la persecución en una carta a Galitzine:

«El viernes 4 de enero [1946] Neuschwanger visitó a su primo, Ottmar Neuschwanger, en Göppingen. Usaba la gorra y el abrigo de los empleados ferroviarios alemanes; debajo de eso, un abrigo gris y unos pantalones de la Wehrmacht teñidos de azul... Esto lo escuché de un vecino inquisitivo de Frau Neuschwanger en Reutlingen... Conduje hasta Göppingen y contacté a la... policía local.

»Uno de los policías del lugar dijo que más o menos a las cuatro y media vio a un hombre en ropas de trabajador ferroviario con una mujer. Describió al hombre y a la mujer tan precisamente que no hay duda de que se trataba de Neuschwanger y su novia, Margarete Schneider. La casa... era vigilada discretamente (ya habíamos tenido la precaución de quitarnos las boinas rojas y ocultar los distintivos antes de entrar al pueblo)...

»Ojalá me hubiera visto», escribió Barkworth a Galitzine, «vagando por Göppingen en ropas de civil, con un par de pantalones pertenecientes al jefe de la policía local y que eran tan grandes como para yo caber dos veces..., después del atardecer, el primo Ottmar y la esposa de Neuschwanger fueron arrestados... y sacados por la puerta trasera».

El primo y la esposa de Neuschwanger admitieron que esperaban al antiguo *oberwachtmeister* en cualquier momento. Pero *Stuka* Neuschwanger no apareció. Algo debió alertarlo del hecho de que los británicos tenían el lugar entero bajo vigilancia. De cualquier forma, lo habían perdido por un pelo. El primo de Neuschwanger admitió que el antiguo *oberwachtmeister* había estado escondiéndose en la zona británica de ocupación y que había viajado al sur a Göppingen para conseguir ropas de civil nuevas.

Neuschwanger y su esposa estaban separados y Barkworth pensó que el *oberwachtmeister* también había venido a recoger a su novia. «Viaja bajo un nombre falso y tiene el pase otorgado a los empleados ferroviarios alemanes», informó Barkworth a Galitzine. «Me da la impresión de que vino desde la zona británica en Berlín. Sigo esperanzado en que en cuestión de poco tiempo obtendremos buenas noticias acerca de él».

Barkworth concluyó: «El primo Ottmar sabe el nombre falso bajo el que viaja Neuschwanger, pero lo encubre su renuencia a entregárnoslo diciendo que no

recuerda, así que con nuestros métodos democráticos me temo que debemos estar satisfechos. Como sea, está bajo arresto, con la promesa de liberación si confiesa, pues bajo la ley alemana existente puede estar detenido durante seis meses».

En la misma carta, Barkworth explicaba a Galitzine cómo se las arregló para atrapar a otro sospechoso, Karl Dinkel, quien, igual que Neuschwanger, era uno de los asesinos del bosque Erlich. Reciente y extrañamente, Dinkel se había unido a una compañía de teatro viajera. Quizá pensó que sería un buen lugar para esconderse. Estaba programado para actuar frente a las autoridades militares en Baden-Baden, en la zona francesa.

«Me temo que no será capaz de llegar a su cita», comentó Barkworth irónicamente. «Fui extremadamente cuidadoso de arrestarlo “*bei Nacht und Nebel*” y de hablar francés frente a su casera. Todas las piezas reconocibles de uniforme inglés se quedaron en el coche, así que si alguien pregunta sobre la desaparición de Dinkel, lo hallé mientras visitaba a su esposa en Stuttgart».

De Dinkel (ahora instalado en el sótano de la Villa Degler) Barkworth sabía los asquerosos detalles finales del comportamiento del *oberwachtmeister* Neuschwanger el día de los asesinatos del bosque Erlich.

«Noté que Neuschwanger había estado bebiendo», reveló Dinkel a Barkworth. «Había escuchado que era brutal y me habían dicho que cuando tomaba sucedían cosas. También escuché que había fusilado a varias personas en Schirmek».

Cuando el asesinato en masa del bosque Erlich estuvo hecho, Neuschwanger (impulsado por la bebida) volvió con un par de botas forradas de piel tomadas de uno de los muertos. «Esos eran ingleses», le dijo Neuschwanger a Dinkel, mientras agitaba las botas robadas. «No harán más ataques terroristas en nuestras ciudades».

Mientras las condiciones más amables y soleadas de marzo de 1946 desplazaban al frío invernal, lo que significaba que los Jeep descapotables podían usarse nuevamente para viajes largos sin riesgo de que los ocupantes se congelaran, Barkworth comenzó a tirar su red aún más allá. El ritmo de las operaciones puede sopesarse por los reportes diarios que enviaba de vuelta a Eaton Square.

«El programa es el siguiente: 15 de marzo a 3^{er} Ejército. 21 de marzo, terminar interrogatorios de los campos 70 y 90. 28 de marzo interrogatorios, París. 3 de abril, interrogatorios BAOR... Préstamo de Dakota para transportar Jeep este periodo. Podría tener base en Mannheim y haría menos difícil la formidable tarea contenida en su mensaje. Deseo dejar claro que el transporte, la escasez de conductores, etc., pueden hacer necesarias alteraciones al programa».

«Préstamo de Dakota» se refiere a la esperanza de Barkworth de obtener un aeroplano de carga DC3 Dakota para ayudarlo a llevar sus Jeep de lugar a lugar y así cumplir su fatigoso itinerario. Durante la guerra el SAS usó el DC3 para transportar sus vehículos hacia las pistas aéreas de la línea del frente, desde donde podían escabullirse hacia atrás de las líneas enemigas. No había razón para que tácticas similares no funcionaran con el objetivo de cazar hombres.

Otro mensaje de radio reflejaba cómo este intenso ritmo de operaciones lograba resultados: «Se sospecha que los siguientes están involucrados en caso de mujeres Natzweiler: Herberg, Boscher, Lehman, quizá también Hilker. Los primeros tres localizados. Añadir a testigos caso Natzweiler».

El «caso de las mujeres de Natzweiler» era el asesinato por inyección letal e incineración de las cuatro agentes de la SOE de Vera Atkins. El juicio por crímenes de guerra concerniente a su caso era el primero de más de una docena que Barkworth, Galitzine y los demás pretendían traer, comenzando a finales de la primavera de ese año.

Los preparativos eran ajetreados. Si Barkworth iba a asegurar toda la evidencia que permitiera que procedieran los juicios (sin mencionar detener a todos los sospechosos) su trabajo se acabaría. También estaban los problemas legales, de los cuales el nivel de conocimiento sobre la «Orden Comando» de Hitler que tenían los acusados no era el menor.

«Este es un punto muy importante», reportó Galitzine a Barkworth, «pues si se propone acusar a todos los que tomaron parte en la operación Waldfest de “conspiración para asesinar prisioneros de guerra británicos”, será esencial probar su conocimiento de la orden. Podría ser la forma más efectiva de acusar a aquellos que no dispararon un arma».

En respuesta a una promesa de Galitzine de enviarle un muy necesitado chofer y un mecanógrafo para apoyar a su equipo, Barkworth envió por radio una respuesta típicamente seca: «Le agradezco mucho. Al menos puedo esperar que me lleven a los interrogatorios y que alguien mecanografie por mí... Espero obtener evidencia suficiente contra los que dieron la orden de asesinato... de la gente de Natzweiler si no estoy muy apurado».

Con algunos prisioneros la identificación resultó inusualmente difícil porque todas las víctimas que podían haber testificado contra ellos habían sido asesinadas. En tales casos, Barkworth llevó a los acusados en un poco bienvenido viaje por el callejón de la memoria. Los llevó de vuelta a Moussey, donde invariablemente había lugareños que

habían sido testigos silenciosos de sus horrores. Los lugareños de Moussey eran confiables para desenmascarar a los asesinos de las SS y la Gestapo.

Pero el kilometraje acumulado en su camino apilaba presión sobre los destartados vehículos de la Villa Degler. El ritmo de la cacería y la escasez de conductores eran tan agudos que Barkworth se vio forzado a persuadir a su equipo de radio para colocarse al volante: «Debido a la escasez de conductores me veo impelido a utilizar a los dos mensajeros en corridas. Pretendo enviar itinerarios 09.00-10.00 cada día hasta nuevo aviso».

Sin embargo, su inventiva no podía arreglar su maltrecha flota de transportes. Ser una unidad que no existía ciertamente tenía sus lados negativos: «Llegué a Múnich ayer, pero tuve que regresar por refacciones para reemplazar el eje trasero... Vuelvo a Múnich mañana por la mañana... Este es un ejemplo típico de la imposibilidad de trabajar de acuerdo con el programa cuando no recibimos el apoyo adecuado... Ahora otro [vehículo] recibe un motor nuevo».

En otro reporte de radio de abril de 1946, Barkworth informa a Galitzine: «Me voy al este. Vuelvo el martes. Repetir el despacho de dos conductores al BAOR estrangulará todo movimiento en este extremo, así que no tomaré acción alguna... Espero que esto no suene arbitrario, pero usted y Hunt los mantienen a raya y por lo tanto no puedo parar mi trabajo aquí».

«Hunt» era el mayor Alastair Hunt, un juez abogado general (JAG), un abogado militar adjunto al equipo de Galitzine para ayudar a preparar los casos de crímenes de guerra para juicio y que ahora trabajaba desde Eaton Square. Su viaje planeado al «este» parece haber sido en busca del escurridizo *sturmbannführer* Ernst.

Hacia finales de abril de 1946, Barkworth envió un emocionante mensaje de radio a Galitzine y al mayor Hunt: «Se sabe con la mayor certeza que los siguientes acusados han sido tomados prisioneros por el 3^{er} Ejército de EUA: Hans Dieter [*sic*] Ernst en una celda en Voglau desde 8/6/45 hasta que sea transferido al campo de oficiales...».

En junio de 1945 el *sturmbannführer* Ernst fue puesto bajo custodia estadounidense. Apareció en un campo temporal de prisioneros de guerra, en Voglau, vestido de civil y por supuesto negando haber sido nunca un *sturmbannführer* de las SS o el comandante del *einsatzkommando* Ernst. Pero si pudieran rastrearlo hasta el «campo de oficiales» a donde lo mudaron o si hubiese pistas que a partir de allí dieran seguimiento a su liberación, Barkworth tendría un rastro que seguir.

El siguiente mensaje de radio de Galitzine a la Rama de Crímenes de Guerra de EUA muestra lo emocionado que estaba con esa pista: «Por favor, obtener lista completa de nombres de PG detenidos en el Campo de Voglau en la zona de EUA. Era un campo que

contuvo 1 000 PG durante 6/6 semanas mayo/junio 45, luego cerrado. Se sabe definitivamente que Ernst estuvo allí durante ese periodo. Si obtenemos la lista SAS, WCIT puede revisar el nombre falso que usa Ernst».

Le seguía una descripción de Ernst: «Nacido 3.18.08 [fecha en formato estadounidense]... 1.75 metros de altura, cabello oscuro, ojos oscuros, constitución delgada, usa anteojos para leer, cicatrices prominentes en el lado izquierdo del rostro (frente y boca), casado con cuatro hijos...».

La respuesta que llegó de vuelta de los estadounidenses fue que, luego de su transferencia al campo de oficiales, Ernst se había escabullido bajo el radar. Para el 9 de abril de 1946 se clasificó como «no localizado», lo que era equivalente a «perdido» en cuanto a Barkworth concernía.

El jefe de la Villa Degler tenía una última pista sobre su hombre. Barkworth obtuvo información de que Ernst podía haber ido al este para cruzar la frontera hacia la zona rusa. La familia Ernst tenía una cabaña de troncos en los bosques del este de Alemania a manera de casa de recreo. Había una posibilidad de que él pudiera haber estado escondiéndose allí.

«Estábamos muy cerca de atrapar a Ernst», recordó Dusty Rhodes. «Nos encontrábamos en la frontera y sabíamos... que la persona que buscábamos... se ocultaba en esta pequeña cabaña, que se ubicaba a 400 o 500 metros dentro de la zona rusa. Lo vigilamos durante dos o tres días, y después estuvimos preparados para hacer un esfuerzo para ir y llevárnoslo de allí».

Los Cazadores Secretos no tenían autoridad para cruzar dentro de la zona rusa, por lo que el arresto debía sincronizarse a la perfección. Si se equivocaban al capturar a alguien, sería un enorme incidente diplomático, sin mencionar un desastre para la operación de la Villa Degler. Una unidad clandestina constituida por individuos de un regimiento que ya no existía sería expuesta a los reflectores del público internacional. Pero el premio —el *sturmbannführer* Ernst de las SS— hacía que valiera la pena tomar los riesgos.

Barkworth, Rhodes y su equipo observaron de cerca el escondite de Ernst, registrando cada uno de sus movimientos en preparación para lanzar su ataque. Anotaron «la hora a la que salía, hasta dónde caminaba y cuánto tiempo nos tomaría llegar hasta allí», explicó Rhodes. «Cuando lo hicimos decidimos: “Sí, eso es. Así lo haremos exactamente”. Después llegó un automóvil y se lo llevó, así que lo perdimos de nuevo. Alguien lo estaba moviendo y no debía ser así».

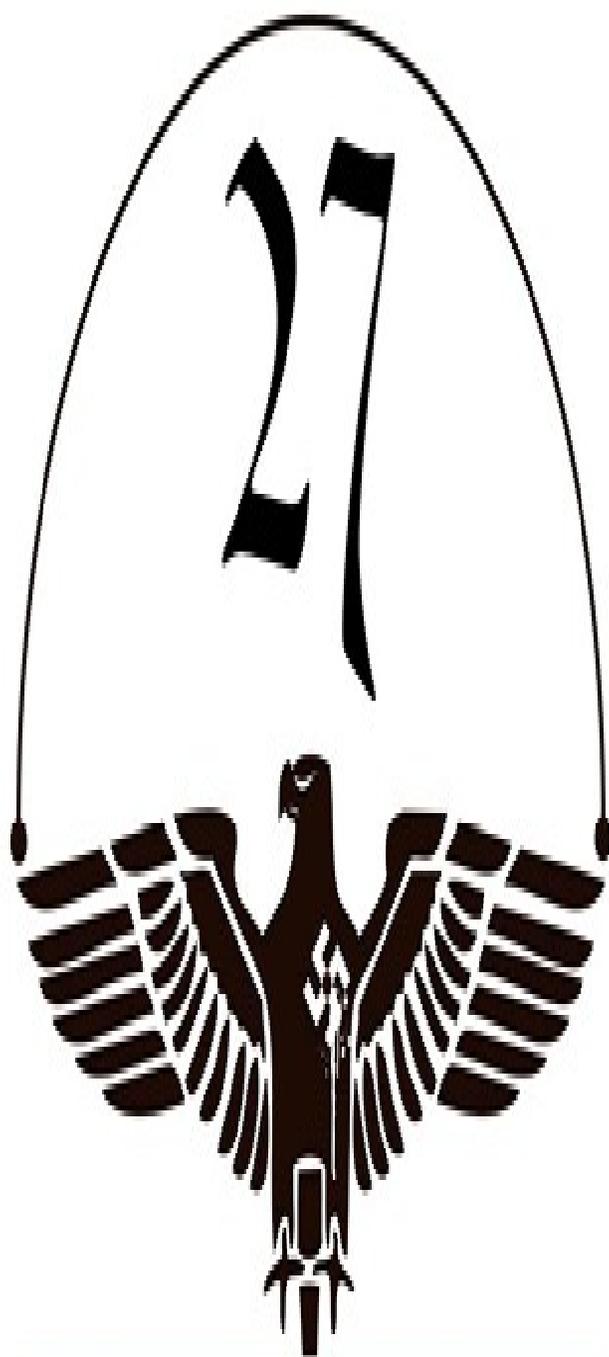
Durante sus repetidas vigilancias al otro lado de la frontera Rhodes tuvo varios encuentros con la igualmente objetable esposa y la suegra de Ernst. Las dos mujeres de

rostro afilado siguieron absolutamente libres de remordimiento sobre todo lo que había hecho Ernst durante la guerra. Rhodes se vio tentado a «ahorcar a las malditas en ocasiones, cuando sabía que ellas sabían dónde estaba él y que estábamos tan cerca de atraparlo, pero... no confesarían sin importar lo que les hiciéramos».

Rhodes subrayó que nunca trataron mal a la familia de Ernst ni les hicieron daño en nombre de la cacería: «No los maltratamos de ninguna forma. Quiero decir, eso no está bien. No haríamos eso. Pero haríamos todo tipo de trucos (ponerles trampas entre ellos o quitarles a los niños)... Pero eso no los quebraría ni haría que nos dijeran dónde se encontraba».

Barkworth y Rhodes decidieron seguir el largo juego de la cacería del *sturmbannführer* Ernst. «Era cuestión de tiempo antes de que los visitáramos y lo encontráramos en casa».

Pero, por cuestiones del destino, sería el *oberwachtmeister Stuka* Neuschwanger el primero sobre quien pondrían sus manos los Cazadores Secretos.



capítulo

Era una húmeda mañana de mayo de 1946 cuando Barkworth, Rhodes y su equipo llevaron a una persona rígida y renuente dentro del bosque Erlich, cerca del antiguo campo de trabajo de Rotenfels. Esa persona no había mostrado rastros de remordimiento por todo lo que había hecho. Ni una sola vez dejó su comportamiento de arrogancia bruta y supuesta superioridad —él era, después de todo, uno de los llamados *übermensch*, la raza aria— desde su captura.

Ahora, los Cazadores Secretos volvían con un sádico asesino en masa, un hombre que se deleitó causando en otros un dolor y un sufrimiento indecibles, a la escena de uno de sus muchos crímenes, para ver si eso lo hacía quebrarse. Superficialmente, no había nada que pareciera distinguir al *oberwachtmeister* Neuschwanger como un asesino brutal. Con su cabello peinado hacia atrás y ligeramente disminuido, rasgos finos y nariz prominente, casi puntiaguda, lucía como un típico oficial subalterno nazi.

Solo cuando mirabas dentro de sus ojos muertos podías leer los pozos sin fondo de crueldad que residían en las profundidades de su alma. Llevaron a Neuschwanger hasta la orilla del cráter de bomba donde los cuerpos de los hombres de las Fuerzas Especiales asesinados (el mayor Reynolds, el capitán Whately-Smith, el teniente David Dill, el capitán Gough, entre otros) habían sido sepultados.

Dusty Rhodes había conocido personalmente a la mayoría de los hombres asesinados. Pero, para él, traer a Neuschwanger hasta aquí era acerca de una sola cosa: agarrarlo por sus crímenes. «La venganza no era parte de ello en cuanto a nosotros concernía... Teníamos un trabajo que hacer y era traer a esta gente ante la justicia y, una vez que lo logramos, pensamos que habíamos cumplido nuestro trabajo. Pero venganza no. No buscábamos venganza».

Barkworth forzó al *oberwachtmeister* Neuschwanger a mirar dentro de la fosa dentro de la cual habían tropezado los cuerpos, uno después del otro: hombres indefensos, cada uno despachado con un balazo en la cabeza.

«Entonces, ¿cómo te sientes ahora acerca de los asesinatos que tuvieron lugar aquí, ahora que la guerra terminó?», demandó Barkworth.

Neuschwanger se encogió de hombros con indiferencia. Dejó claro que no sentía nada, ninguna culpa ni arrepentimiento. A Rhodes su descarada arrogancia le resultó motivo de furia.

«Cuando él... volteó y me miró, yo lo miré», recordó Rhodes, «pensando en la

gente que conocí personalmente... Allí fue cuando perdí el control».

Rhodes arremetió contra él y tiró un puñetazo que tumbó a Neuschwanger. El *oberwachtmeister* cayó por la pared del cráter hasta dentro de los 45 centímetros de agua sucia que reposaban en el fondo.

«Fue afortunado, porque iba a salir», comentó Rhodes. «Las personas que fueron antes que él, no. Le permitimos salir y lo llevamos de regreso a prisión...».

La vigilancia que Barkworth puso sobre Neuschwanger —observando cuidadosamente sus movimientos y desenmascarando su identidad falsa— finalmente rindió frutos. Pero, en su interrogatorio, el hombre dio una probada de su falta de remordimiento por todo lo que había forjado. En el recuento de los hechos que hizo el *oberwachtmeister* de los asesinatos del bosque Erlich estaba claro que no sentía que había hecho nada remotamente odioso o reprehensible: «Ostertag me preguntó cuántos prisioneros debíamos llevar cada vez. Sugerí que tres, así que él dio la orden para que bajaran los primeros tres... Recuerdo que mientras los conducíamos por el sendero uno de ellos sacó de su bolsillo una fotografía y la miró. Viramos dentro del bosque una distancia de 20 o 30 metros hasta que llegamos al cráter de bomba...; cada uno de nosotros disparó sobre el prisionero que tenía enfrente».

«Mi pistola se atascó», continuó Neuschwanger. «El prisionero frente a mí corrió entre los árboles... Lo detuvo un tiro de Niebel o Korb y lo matamos de un disparo en la cabeza cuando se encontraba herido en la tierra. Luego les quitamos la mayor parte de sus ropas... para volver los cuerpos irreconocibles».

Neuschwanger y sus compañeros regresaron al camión por otros tres: «Cada uno de nosotros le disparó a su respectivo prisionero en la nuca... Todos... tomaron ya sea algo de ropa o zapatos de vuelta con ellos. Sé que Ostertag tenía un anillo y un reloj de bolsillo de oro. Yo tomé un par de botas negras, y Dinkel, un portafolios de piel con cierre que contenía artículos de viaje... Una placa de identificación estaba tirada en el suelo..., la agarré y la aventé hacia la maleza».

Esas últimas palabras fueron una confesión crucial. Al hacer que Neuschwanger admitiera sus esfuerzos por ocultar las identidades de los hombres asesinados, Barkworth pensó que lo había atrapado quebrando la ley. Bien podría intentar usar la defensa de las «órdenes superiores» durante su juicio, pero sabía que lo que estaba haciendo estaba mal, o ¿por qué intentar ocultar la evidencia de las identidades de las víctimas?

Durante su interrogatorio Neuschwanger también admitió haber llevado a dos hombres, muy probablemente el soldado de primera clase Gerald Davis del SAS y el aviador estadounidense derribado oficial de vuelo Peabody, hasta las celdas

subterráneas de Schirmek. Una de las labores de Neuschwanger en Schirmek era transportar a los condenados de allí a Natzweiler para exterminio. Davis fue subsecuentemente asesinado en Natzweiler y su cuerpo tirado en la iglesia del abate Gassman a manera de advertencia. El aviador Peabody muy probablemente murió también en Natzweiler.

El testimonio de Neuschwanger tenía su firma adherida sobre las siguientes palabras: «Bajo juramento por el dicho deponente Heinrich Neuschwanger, voluntariamente, en Gaggenau, Alemania... ante mí, el mayor E.A. Barkworth...».

Finalmente, el mayor del «SAS» tenía a su hombre.

En el reporte definitivo «Paracaidistas desaparecidos» de Barkworth (el que citaba a Shakespeare) había registrado decenas de sospechosos de crímenes de guerra. En un solo caso, los asesinatos del bosque Erlich, había 16 «acusados y sospechosos acusados», incluyendo la galería de truhanes de Erich Isselhorst, Wilhelm Schneider, Robert Uhring, Julius Gehrum, Karl Buck y Heinrich Neuschwanger.

A finales de la primavera de 1946, todos estos hombres se encontraban detenidos y programados para enfrentar juicio. En muchos casos, fue el «efecto dominó» el que los atrapó: un prisionero lleva al siguiente. Por ejemplo, el lugarteniente de Isselhorst, Schneider, fue capturado como resultado de la evidencia que proporcionó Isselhorst.

Al ser tomado prisionero por el 7º Ejército de EUA, Isselhorst le dio a sus captores santo y seña sobre el comando que había liderado, permitiéndoles dibujar diagramas de flujo de la organización entera de la Gestapo y las SS. Isselhorst también les dijo los pormenores de su personal más importante. Sobre Schneider al final de la guerra escribió: «Schneider estaba retirado y se reunió con su familia, que vivía en un pequeño pueblo al norte de Baden». Esto fue suficiente para llevar a los Cazadores Secretos hasta él.

«Sorprendentemente... los mismos prisioneros eran más capaces de proporcionar información sobre los detalles de otros, por algún misterioso método de boca en boca», escribió Barkworth en su reporte «Paracaidistas desaparecidos». «Los alemanes más fáciles de encontrar fueron aquellos que se quedaron en casa...». Schneider fue uno de ellos, clamando que había jugado un papel «inocente» durante la guerra. «Schneider, por ejemplo, se describió a sí mismo como un simple “guardia fronterizo”».

En una de las operaciones de arresto más celebradas, al menos entre la diminuta comunidad que sabía de los Cazadores Secretos, un sospechoso —sigue poco claro quién exactamente— fue atraído con engaños a las garras de Barkworth por medio de una treta del mercado negro. En la Alemania de la posguerra todo escaseaba

extremadamente y el mercado negro bullía. Para aquellos buscados por crímenes de guerra y viviendo bajo nombres falsos, el mercado negro era una manera obvia de ganarse la vida sin atraer atención indeseable.

El contrabandista sospechoso finalmente cayó víctima de su ciega ambición. Barkworth se enteró de que este hombre se escondía en la zona rusa, en Leipzig, una ciudad en el este de Alemania.

Aprovechando su supuesto parecido con Schneider, el lugarteniente de Isselhorst, pues su alemán hablado sonaba exactamente igual al del antiguo jefe de la Gestapo, Barkworth hizo una llamada telefónica a la dirección en Leipzig donde se escondía el hombre que buscaba. Explicó que él, Schneider, estaba aún en libertad y que había entrado al mercado negro sacando partido de las zonas británica y estadounidense.

«Estoy en una cosa terriblemente buena», lo animó Barkworth. «Si nos reunimos bajo el reloj en la Estación de Trenes de Colonia a medianoche, te daré una porción del negocio y podemos compartir las ganancias».

Barkworth sugirió una fecha para la reunión. Su objetivo estuvo de acuerdo. Colonia se ubica al extremo lejano de Alemania desde Leipzig, cruzando el río Rin. Cualquiera que fuese el trato que Barkworth le ofreció, en efecto debió ser un fuerte aliciente, pues mordió el anzuelo. Barkworth y sus hombres esperaban bajo el reloj de la estación a medianoche. Agarraron a su hombre, lo subieron al Jeep y de allí a la celda de la Villa Degler.

El reporte «Paracaidistas desaparecidos» de Barkworth también consignaba decenas de testigos que estaban dispuestos a tomar partido y brindar evidencia contra los asesinos nazis. Los principales entre ellos eran, por supuesto, los habitantes de Moussey. Pero también había unos cuantos alemanes buenos, interesados en testificar en contra de sus paisanos, esos ciudadanos rectos quienes jamás compraron la mentira nazi. El más prominente entre ellos era Werner Helfen.

El mayor Dennis Reynolds y el capitán Victor Gough habían sido torturados horriblemente luego de su captura. Cuando Reynolds estaba golpeado tan severamente que sus huesos se veían a través de la piel, *Stuka* Neuschwanger pisoteó su estómago en repetidas ocasiones. Pero en algún momento después de su encarcelamiento en el *sicherungslager* de Schirmek, un prisionero alemán se unió a los presos británicos en su celda subterránea, uno que sería de gran ayuda para todos ellos.

Untersturmführer («teniente segundo») Werner Helfen comandaba una compañía de soldados que resguardaban varios edificios estratégicos. Enviados a los Vosgos en agosto de 1944, les proporcionaron escopetas recortadas para reemplazar su armamento estándar. Con la presión del avance estadounidense, el *untersturmführer*

Helfen ordenó a sus hombres tirar sus armas en el río. Su razonamiento fue que, bajo la Convención de la Haya, tales armas estaban prohibidas para la guerra. Si sus hombres eran capturados con ellas, renunciarían a su derecho al estatus de prisioneros de guerra y sus protecciones.

Con el tiempo, Helfen fue arrestado y sentenciado a muerte por un tribunal de las SS, por «destrucción voluntaria de propiedad gubernamental». Lo enviaron a Schirmek mientras se procesaba su sentencia de muerte. Como alemán, le dieron el trabajo de preparar y servir la comida a sus compañeros prisioneros, lo que le permitió alguna laxitud para moverse por el campo.

Helfen dio buen uso a esas libertades. Se las arregló para que un médico francés atendiera al aviador estadounidense Pipcock, cuyas heridas no habían sido tratadas, y contrabandear comida extra para los famélicos prisioneros aliados. Durante su deambular por el campo, Helfen notó un gran almacén de papas hecho de tablonos de madera. Le dio la idea de construir una escalera con la cual tratar de sortear la reja exterior que rodeaba al campo.

Compartió su idea con sus compañeros prisioneros ingleses y estadounidenses. El trabajo en la escalera comenzó de inmediato. El comité de escape estaba liderado por Helfen, asistido hábilmente por Gough, David Dill y el aviador estadounidense teniente Jacoby. Recolectando tablas robadas por la noche cuando había menos patrullas, amortiguaban el ruido de la construcción cubriéndose con sábanas mientras trabajaban. Con la escalera completa, el comité de escape estableció el 12 de noviembre como la fecha de su fuga hacia la libertad.

Pero durante el día del 12, los hombres podían oír el estruendo de los bombardeos aliados y los disparos distantes de pequeñas armas de fuego. Los bombarderos aliados rugían ola tras ola sobre sus cabezas. Dedujeron que la línea del frente no se hallaba a más de 15 kilómetros. El comité de escape trató de sopesar los riesgos de intentar fugarse contra las posibilidades de que el campo fuera liberado por los Aliados. El teniente Helfen se esforzó por hacerlos entender que los guardias de las SS no se rendirían sin pelear y muchos PG podrían ser asesinados.

Los sucesos superaron a esas deliberaciones agonizantes. El comandante del campo, Karl Buck, anunció que la población entera del *sicherungs-lager* debía prepararse para mudarse. Los llevarían en camión hacia el este, a un nuevo campo: Rotenfels, en Gaggenau. En su última noche en Schirmek, Gough le regaló a Helfen su mapa de escape de seda proporcionado por la SOE, a manera de recuerdo.

Gough solía intentar alegrar el día de sus compañeros prisioneros dibujando caricaturas de la «vida en el campo». Uno mostraba a un prisionero en uniforme

sentado ante la mesa, con mantel y todo, y con una burbuja de diálogo saliendo de su boca: «¿Qué no hay sopa de col?». Otro mostraba a un oficial británico bigotón dándose la vuelta sorprendido, mientras una persona salía de un túnel por el piso de su oficina, pico en mano. «¡Capitán Jones, reportándose desde Schirmek, señor!», rezaba la burbuja de diálogo.

Teniendo en mente cuán salvajemente habían golpeado a Gough, las caricaturas son testimonio de su increíble fuerza de espíritu. Siguiendo las órdenes de Buck de mudarse de campo, subieron a 10 prisioneros (Gough, Dill, Jacoby y Helfen incluidos) a bordo de un camión alemán. Partieron a primera hora de la mañana y para las seis horas se movían por las calles desiertas de Estrasburgo. Los dos guardias alemanes que conducían el camión bajaron la velocidad y permitieron que Helfen saltara y escapara.

Werner Helfen halló el camino de vuelta a su lugar de origen, donde se quedó hasta que los Aliados tomaron la zona. Con el tiempo, Barkworth lo rastreó. Helfen resultó estar muy interesado en fungir como testigo contra varios de los acusados de Barkworth. Hablando de uno de los sacerdotes ejecutados en el bosque Erlich, le dijo a Barkworth: «Sucedió que entre todas las personas el abate Claude, de quien guardo los mejores recuerdos —era la persona más tranquila, amante de Dios y desinteresada en toda la prisión—, sería cazado por estos monstruos».

Barkworth estaba tan conmovido por el gesto moral de Werner Helfen que escribió una carta de recomendación para el oficial alemán. Rezaba:

Durante el tiempo que pasó en las celdas del capo de Schirmek hizo lo mejor que pudo por mejorar las condiciones para los prisioneros de guerra ingleses y estadounidenses..., a pesar de que si hubiese sido descubierto lo habrían reprendido severamente. En asuntos más pequeños, como darles comida extra y permitir que hicieran ejercicio estos prisioneros —ambos prohibidos para ellos— y también en el desarrollo de un plan de fuga, mostró sus buenas intenciones.

Fue testigo clave un médico, el doctor Thomassin, quien establecería la verdadera suerte del teniente Silly del SAS. Llamaron al doctor Thomassin a las ruinas de un molino en el pueblo de Moyenmoutier, que había sido quemado en su totalidad. Encontraron restos humanos entre las cenizas, pero estaban demasiado calcinados para identificarlos. Lo que el doctor descubrió fue un par de espejuelos de acero con un estuche de metal al que se le había chamuscado la cubierta de piel.

Entre las cenizas negras, también se hallaban los botones de latón distintivos que un tipo de *garde forestier* (guardia forestal) llevaría en su uniforme. El teniente Silly había

estado cautivo junto a dos de ellos. Barkworth concluyó, a partir de la evidencia, que Silly había encontrado su fin aquí, en el molino de Moyenmoutier, y que los restos previamente identificados como suyos debían ser los del soldado de primera clase Donald Lewis del SAS, uno de los pocos casos de la operación Loyton que seguían sin resolver.

Ahora, los esfuerzos de los Cazadores Secretos contaban con el reconocimiento de Londres: «Esta se ha... convertido en una de las más importantes operaciones de crímenes de guerra». En la misiva escrita a mano enviada del Hyde Park Hotel a sus cazadores, puede detectarse la silenciosa mano del coronel Brian Franks en el timón.

Le dirigió a Yurka Galitzine una carta del capitán Henry Parker, quien se hallaba ocupado investigando crímenes de guerra perpetrados contra elementos del SAS en Italia. «El inconveniente ahora es que el fiscal general quiere enviarme a Austria, pero no se esfuerza mucho, así que pienso que puedo pelear para retrasarlo», escribió Parker a Franks.

Parker buscaba más tiempo para completar sus investigaciones italianas. Firmó su carta así: «Por favor, dele mis saludos a su buena esposa, y también el sargento (falso, actuando y sin paga) Morgan desea que usted lo recuerde». *Falso, actuando y sin paga*: tres palabras que pueden resumir buena parte del trabajo de los Cazadores Secretos en la primavera de 1946. El coronel Franks (el director general de las operaciones de cacería de nazis) entregó la nota de Parker al «apañador», el príncipe Yurka Galitzine, en su oficina de Eaton Square.

«Estimado Galitzine, creo que la petición de Parker se refiere a usted o a Bill B.; por lo tanto, envió el adjunto a usted. Ojalá vaya bien y Bill lo use en la forma descrita. Le prometí enviarle un... moño de medalla, pero fracasé, pero lo enviaré a Everitt para redirigirlo. Suyo, Brian Franks».

La conclusión de Barkworth de su reporte «Paracaidistas desaparecidos» encapsulaba lo desgastante que se había vuelto su cacería de los desaparecidos de la operación Loyton, de la verdad y de los asesinos, así como cuán ampliamente se habían visto forzados a extender su red él y sus hombres.

«Cuando esta unidad comenzó esta investigación en junio de 1945, lo hizo sin conocimiento de que se prolongaría o involucraría tanto como lo hizo». Caracterizó a Waldfest como «una política de brutalidad medieval» y describió a los que la diseñaron e implementaron como «alemanes cuya valentía y exhibición de crueldad eran... inversamente proporcionales a los riesgos que corrían...».

En otras palabras, estaban felices de exhibir su crueldad y supuesta valentía, siempre y cuando no enfrentaran peligro alguno al hacerlo.

Pero con el más elusivo de los asuntos —el ajuste de cuentas— casi en las manos de Barkworth, parece haberse hallado bajo una tensión creciente. A menos que tomaran la ley en sus propias manos, los Cazadores Secretos, junto a las víctimas de la operación Loyton, los habitantes de Moussey y las familias de todos quienes fueron asesinados, solo tendrían una oportunidad frente a la justicia: los próximos juicios. Sería terrible caer en la última valla.

A finales de la primavera de 1946 un mensaje de radio para Eaton Square reveló que incluso Barkworth estaba próximo a quebrarse, en tanto que el frenético trabajo de los preparativos de los juicios seguía adelante. Claramente, hasta ahora el *whiskey* y la benzedrina eran lo único que podía ayudar a los operadores de la Villa Degler.

«Si el juicio se adelanta 10 días no podríamos darnos abasto e intentar parar ahora. Su último acercamiento directivo raya lo imposible, pero, si consideramos trabajo día y noche, es posible lograrlo. La alteración de la fecha del juicio hace toda la situación imposible y ridícula. Si trabajáramos las mismas horas que la Oficina de Guerra este trabajo nos llevaría otros tres meses».

Y unos días después: «Intentamos preparar la evidencia tan minuciosamente como ha sido posible y estoy seguro de que apreciará que no quiero entregar un trabajo descuidado por las prisas...».

El primero de los juicios por los crímenes de guerra de la operación Loyton se hallaba a solo unas pocas semanas. Pero, de forma frustrante, mientras se acercaban los muy esperados juicios, los Cazadores Secretos se vieron forzados a aceptar que un hombre (tal vez su objetivo principal) los había eludido.

Como dejó claro una carta de un experto legal a Barkworth, era de máxima importancia capturar a todos esos individuos: los que sirvieron en posiciones de alto mando. «Muy esencial. Él es el único miembro del cuartel general que dio la orden para la ejecución. En su ausencia, la gente de poca monta puede atribuirle toda la culpa a él y escapar ellos mismos».

Pero el *sturmbannführer* Hans Dietrich Ernst seguía registrado como: «En libertad sin indicaciones de... posibles pistas». Preocupantemente, los más buscados de Barkworth lucían preparados para escapar de la justicia.



capítulo

El 6 de mayo de 1946, apenas un año después de que el coronel Franks despachara a Barkworth hacia Gaggenau a investigar los cuerpos hallados en el bosque Erlich, se abrió el primero de los «juicios por crímenes de guerra del SAS». Lo sostuvo la autoridad de una corte marcial británica instalada en el parque zoológico de Wuppertal, una ciudad ubicada al norte de Colonia, bien adentro de la zona británica de ocupación. Con deliciosa ironía, la «corte» se estableció en la antigua sala de banquetes del zoológico.

Galitzine escribió al mayor Alastair Hunt, el fiscal, poco antes del comienzo del juicio: «Aquí están las declaraciones juradas que he obtenido de Barkworth hasta la fecha... Haré que transporten a todos los acusados a las cercanías de Wuppertal, por lo que podría ser necesario que Bill B. se presente y acampe allí. De cualquier modo, pienso que sería mejor establecer allí nuestra base inmediatamente después de que usted llegue».

Con la primera audiencia a punto de empezar, los reflectores comenzaban a abandonar a los Cazadores para posarse sobre los expertos legales que seguirían los casos. Pero Barkworth, Rhodes y varios de sus hombres aún tenían un papel clave que interpretar. Se hospedaban en el edificio administrativo anexo a la sala de banquetes convertido en corte, mientras los que enfrentarían juicio estaban encarcelados en la prisión local.

Incluso ahora, *particularmente ahora*, el drama estaba lejos de acabarse. Barkworth dejó claro que quería a sus sospechosos vigilados de cerca a toda hora, especialmente cuando los traían de y hacia la corte. Cuando fuese posible, los prisioneros «no deben tener oportunidad [de] hablar con» otros sospechosos, para prevenir que tramaran sus historias, indicó Barkworth.

Todos los prisioneros debían ir acompañados de «escoltas armados» y ninguno debía quedarse «sin esposas o en camiones penitenciarios adecuados». «No deseo buscarlos de nuevo», escribió Barkworth irónicamente.

Un prisionero sí logró «escapar» a su juicio próximo. El oficial de las SS y sospechoso de crímenes de guerra Heinrich Ganninger se suicidó poco después de que el mayor Barkworth del SAS lo interrogara.

Se estableció una «orden mordaza» sobre las audiencias: no habría cobertura mediática. Esto por dos razones: una, para no causar más sufrimiento a los familiares

de los fallecidos al ver a sus seres queridos muertos mencionados en los periódicos, y dos, para que los que aún se hallaban en libertad (principalmente el *sturmbannführer* Ernst) no fuesen alertados del hecho de que la búsqueda de justicia continuaba.

Este primer juicio concernía a los asesinatos del bosque Erlich. Los 11 acusados (incluyendo al antiguo comandante de Schirmek Karl Buck, *Stuka* Neuschwanger y Karl Dinkel, el hombre secuestrado por Barkworth «*bei Nacht und Nebel*» de su compañía de teatro viajera) recibieron abogados alemanes en un esfuerzo por asegurar el «juego limpio». Los acusaron de los asesinatos del 25 de noviembre de 1944 de 14 prisioneros: seis soldados del SAS, cuatro aviadores estadounidenses y cuatro ciudadanos franceses.

Un francés, el capitán Bellet de la Fuerza Aérea, fue incluido en el panel de seis personas de la fiscalía, pues varios franceses habían perdido la vida en el asesinato en masa. El mayor Hunt (el abogado militar adjunto a la oficina de Galitzine en Eaton Square) encabezó la fiscalía y el príncipe Galitzine se trasladó desde Londres para unirse a la unidad de Barkworth durante las audiencias.

El argumento por la culpabilidad de los acusados era muy simple: los prisioneros de guerra están protegidos por la Convención de Génova de 1929 y no pueden ser asesinados así como así. Si la fiscalía lograba probar que los acusados eran culpables de tales asesinatos, «la corte tendría derecho a condenar a los acusados de violar las reglas de la ley internacional», explicó el juez defensor, el oficial militar que presidía las audiencias.

Como era de esperarse, los abogados alemanes de los acusados alegaron que habían «actuado bajo órdenes de un superior»; en otras palabras, solo hacían lo que les ordenaron. Citaron la «Orden Comando» de Hitler como «justificación» de sus acciones. Si la defensa de las órdenes superiores se mantenía, solo Hitler sería culpable y él se había suicidado en su búnker de Berlín en abril de 1945. Los juicios de Wuppertal resultarían un fiasco.

La defensa llamó al *standartenführer* Isselhorst entre los primeros testigos. El antiguo comandante de la Gestapo y las SS, él mismo abogado de profesión, argumentó que la «Orden Comando» incluía a toda la milicia alemana, incluyendo al personal de las SS y la Gestapo, para fusilar «miembros de los llamados destacamentos comando que se lanzaban en paracaídas... detrás de las líneas alemanas para llevar a cabo actos de sabotaje o interferencia».

Isselhorst clamaba haber *interpretado* la «Orden Comando» de tal manera que solo se aplicara a aquellos «paracaidistas» cuya colaboración con los «terroristas» maquis estuviese probada. Después, Isselhorst intentó culpar al *sturmbannführer* Ernst (el

único sospechoso de alto rango en libertad) por la masacre del bosque Erlich. Isselhorst argumentó que fue Ernst quien lo convenció de que los 14 hombres eran saboteadores y espías que operaban en cercana colaboración con los maquis y que su ejecución estaba justificada bajo la «Orden Comando de Hitler».

En otras palabras, bajo la defensa de las «órdenes superiores», solamente Hitler y el *sturmbannführer* Ernst eran culpables, y por su culpa serían exonerados los 11 acusados.

La fiscalía llamó al mayor Barkworth en un esfuerzo por aplastar los argumentos de Isselhorst. Señaló que en el programa de la operación Loyton no se encontraba organizar y apoyar a los maquis; esa tarea reposaba sobre «otras unidades», un eufemismo para los Jedburghs. Los miembros del SAS inevitablemente habían contactado a los maquis porque «la operación... en el área de los Vosgos se montó en un tiempo en el que los maquis se habían alzado contra los invasores alemanes».

En otras palabras, no hubo «colaboración» deliberada con los maquis, así que la «Orden Comando» de Hitler no aplicaba a los hombres del SAS.

Bajo examen cruzado los 11 acusados empezaron a tropezar el uno con el otro. Karl Buck intentó adjudicarle toda la responsabilidad a las «órdenes de Isselhorst». Los que llevaron a las víctimas al bosque Erlich acusaron a *Stuka* Neuschwanger de haber actuado como ejecutor, asegurándose de que los asesinatos se llevaran a cabo sin importar nada. Algunos clamaron no tener idea de que los prisioneros enfrentarían la ejecución y haber objetado tomar parte en cualquier fusilamiento.

En medio de sus recriminaciones mutuas, Neuschwanger intentó contragolpear a sus acusadores. Su abogado dijo (con derecho, como después se vio) que el sargento británico Fred Rhodes lo había maltratado cuando lo condujo de vuelta al lugar de los asesinatos del bosque Erlich. Rhodes lo golpeó y lo lanzó al fondo del cráter, se quejó el abogado alemán. A la luz de esa conducta, los soldados británicos eran casi tan malos como los acusados.

El juez defensor le echó a Rhodes una mirada penetrante. «¿Es verdad esta acusación?», demandó. Dusty Rhodes hurgó en su bolsillo y sacó un pase vacacional, «probando» así que había estado en Inglaterra en el momento del supuesto ataque, disfrutando un raro periodo de descanso. Era enteramente falso, por supuesto. El documento era un engaño y no el primero usado por los Cazadores Secretos. Pero romper las reglas era necesario y justificable.

Una vez que se arregló ese asunto, el juez volteó hacia la ley. El hecho de que un soldado haya recibido órdenes de hacer algo no significaba que sus acciones no constituían crímenes de guerra; igualmente, actuar bajo órdenes superiores no

significaba que el soldado era inmune al castigo. También señaló que los acusados debieron saber que lo que hacían estaba mal o, de otra forma, ¿por qué se esforzaron tanto en desnudar a las víctimas, quemar sus ropas y enterrar sus placas de identificación, para borrar sus identidades? Las ejecuciones legales no tienen lugar en medio del bosque, con entierros masivos en cráteres de bomba y con las marcas de identificación removidas de las víctimas. En esencia, los acusados estaban condenados por sus propias confesiones.

El juez avanzó al debate final, sobre si la ignorancia de la ley ofrecía alguna defensa: «La corte debe preguntarse: “¿Qué sabe cada uno de estos acusados sobre los derechos de un prisionero de guerra?”... La corte bien puede pensar que estos hombres no son abogados. Podrían no haber oído de la Convención de la Haya o de la Convención de Ginebra. Podrían no haber visto ningún libro de justicia militar...».

El juez hizo una pausa mientras su discurso se traducía al alemán. «Pero la corte debe considerar si los hombres que sirven como soldados o cerca de ellos saben como asunto... de la vida militar si un prisionero de guerra tiene ciertos derechos y si uno de esos derechos no es la seguridad de su persona en caso de captura».

Los 11 acusados salvo uno, Josef Muth, fueron hallados culpables. A cinco les dieron sentencias de hasta 10 años y se dieron cinco sentencias de muerte, incluyendo a Karl Buck y *Stuka* Neuschwanger. Incluso entonces, su ordalía estaba lejos de terminar. Buck y Neuschwanger en breve serían entregados a los franceses, para que ellos los enjuiciaran por los crímenes de guerra perpetrados contra civiles franceses.

Mientras que el resultado del juicio era muy gratificante, las sentencias de prisión parecían poco severas. Dos de los acusados recibieron solo dos y tres años respectivamente, pero con libertad condicional por buena conducta estarían libres antes del fin de la década. Barkworth siempre deseó que los juicios fueran vistos como «un ejemplo de estricta justicia imparcial y no de venganza». Pero el castigo necesitaba ajustarse al crimen.

En el siguiente caso, referente a la retaguardia del teniente Dill, quienes fueron capturados defendiendo la última base del SAS en Moussey, 14 acusados fueron imputados por los asesinatos de ocho elementos del SAS en los bosques sobre La Grande Fosse. El último de los soldados británicos les había dicho a sus ejecutores esta conmovedora verdad: «Éramos hombres buenos». Buenos hombres que no merecían morir en ese sórdido acto de asesinato, como, ojalá, el juicio lo iba a probar.

Todos los acusados —entre ellos Georg Zahringer, el hombre que le dio a Barkworth el testimonio que cambió el juego— eran miembros del *einsatzkommando* Ernst. Como era de esperarse, sus abogados defensores argumentaron que todos habían

llevado a cabo las órdenes de su comandante y por ello eran inocentes de cualquier crimen. Sin Ernst en el estrado para testificar o para examen cruzado, la fiscalía enfrentaba una batalla cuesta arriba.

Entre innumerables crímenes, estos hombres eran responsables de desnudar a ocho cautivos del SAS y de llevarlos a una fosa abierta en el bosque (donde podían ver a sus camaradas muertos) antes de dispararles en la cabeza. Pero, tristemente, las sentencias finales por el caso de La Grande Fosse eran casi risibles. Seis de los 14 acusados fueron hallados inocentes. De los ocho restantes, solo uno recibió sentencia de 10 años y otros dos recibieron solo dos y tres años respectivamente.

Para los que habían pasado tanto tiempo cazando a los acusados, esto era una injusticia atroz. Habían prometido un ajuste de cuentas a las víctimas de la operación Loyton y a sus familiares. En este caso ellos, o las cortes, habían fallado.

A la luz de la desesperanzada laxitud de las sentencias, Barkworth cambió de rumbo. Empezó a ofrecerles alicientes a los testigos clave para que entregaran evidencia contra sus antiguos colegas. Les ofreció a aquellos que debían saber que enfrentaban la pena de muerte la esperanza de que podría ser reducida a cadena perpetua si soltaban la lengua sobre sus compañeros. Los Cazadores Secretos estaban aprendiendo a «jugar el juego legal» y justo a tiempo, pues el juicio de Natzweiler era la próxima audiencia programada.

Justamente, hubo un escándalo público por la patética naturaleza de las sentencias de La Grande Fosse. Al menos esa parte de la historia (que los asesinos habían escapado de la justicia adecuada) llegó a la prensa. No podían permitirse las mismas fallas en la siguiente audiencia. El juicio sobre Natzweiler trataría acerca de las cuatro agentes de la SOE a quienes les inyectaron veneno y las quemaron vivas en los hornos del campo, pero en realidad su alcance sería mucho, mucho más amplio.

Unas 25 000 personas fueron liquidadas en Natzweiler y los acusados eran cómplices en todos esos crímenes. Cuando las tropas británicas y estadounidenses tropezaron con los campos de concentración, instintivamente recularon de los horrores que hallaron. Esos crímenes de guerra —el genocidio mecanizado, la liquidación bien ordenada de millones de hombres, mujeres y niños— transgredía toda norma de comportamiento humano.

Si el juicio de Natzweiler terminaba en una debacle, el escándalo resultante sería ensordecedor. La justicia debía cumplirse absolutamente.

Previamente a las audiencias de Natzweiler, Londres propuso un veto a la prensa sobre la difusión de los nombres de las víctimas. El 24 de mayo de 1946 la Oficina de Guerra

escribió a los familiares de Vera Leigh, una de las agentes de la SOE muertas, advirtiéndoles que «en ninguna publicación acerca de los juicios se mencionaría su nombre... En vista de las inquietantes circunstancias en las que Vera fue asesinada, estamos ávidos por evitarles a sus parientes mayor sufrimiento... que la publicidad podría acarrear».

Pero, en una respuesta del 27 de mayo, la familia de la difunta Vera Leigh dejó bien claros sus sentimientos: «Ya hice del conocimiento de todos los miembros de la familia las circunstancias en las cuales halló la muerte y creo inútil suprimir el nombre de la señorita Leigh en cualquier reporte público...; sería preferible que se publique la historia completa a que una versión incoherente aparezca en la prensa a través de una fuente indirecta».

El 28 de mayo se abrió el juicio de Natzweiler en Wuppertal y, a pesar de los deseos de los parientes, un veto mordaza se impuso sobre los medios para informar sobre este caso. En el estrado había nueve acusados. Incluían a Werner Rohde, el médico del campo que administró las inyecciones de ácido carbólico supuestamente letales. En un juicio por crímenes de guerra como este, un médico como Rohde era justificadamente desposeído de su respetado título de «doctor». Al lado de Rohde estaban Peter Straub, el verdugo del campo cuyo rostro sufrió el rasguño de las uñas de una de sus víctimas, y Fritz Hartjenstein, el comandante del campo.

Entre los primeros testigos en proporcionar evidencia para la fiscalía estaban la jefa de espías de la SOE, Vera Atkins, más Brian Stonehouse, el agente de la SOE cuya presencia detectó el capitán Galitzine en Natzweiler durante su descubrimiento del campo en el otoño de 1944. Sin embargo, desde el principio, los abogados alemanes argumentaron persuasivamente que los agentes de la SOE desplegados sin uniforme no podían gozar de ninguna de las protecciones del soldado en tiempos de guerra.

«La ley internacional permite la ejecución de combatientes irregulares», señaló el doctor Groebel, el abogado defensor en jefe. Sugirió que la corte debía «considerar este caso desde el punto de vista de que era una ejecución de espías simple y normal». Esto lo dijo en defensa de un hombre como Straub, quien, según su propia admisión, había «puesto cuatro millones de personas en la chimenea». Pudo no haber sido una exageración: antes de su tiempo en Natzweiler, Straub trabajó en Auschwitz.

El mayor Hunt, el fiscal, contestó señalando que bajo la ley internacional incluso los espías debían recibir un juicio previo a su ejecución: «Matar de esa manera en ese momento y en esas circunstancias levanta la sospecha de que no hubo juicio alguno... Si esta fue una ejecución legal, entonces ¿por qué tanto secreto?».

Groebel respondió declarando que «para nosotros los alemanes, nuestro gobierno

ha creado un enorme número de cortes especiales en los últimos años..., cortes que en todas partes decidían la suerte de seres humanos y normalmente pasaban sentencias de muerte... Nosotros los alemanes hemos sido sellados herméticamente del resto del mundo y ahora no sé cómo se llevan a cabo los procedimientos allí».

En otras palabras, todos los acusados eran ellos mismos pobres víctimas de un sistema de gobierno totalitario, sobre el cual nunca jamás tuvieron ni una opinión ni forma de control alguna. Era la defensa de las órdenes superiores con otro nombre e, increíblemente, en la corte de mayo de 1946 en Wuppertal parecía funcionar.

En un esfuerzo por hundir esos argumentos, Hunt sacó la evidencia de Barkworth. El mayor del SAS había asegurado una declaración de Georg Kaenemund, preso político e interno de Natzweiler. Kaenemund había escuchado el interrogatorio de una de las cuatro prisioneras. Ella había dejado claro que era «teniente del Ejército británico», y «demandó que la presentaran ante una corte marcial apropiada», y dijo «que como miembro de las fuerzas armadas ella no debía estar en prisión».

El problema era que varios testigos de la fiscalía, incluyendo a Brian Stonehouse, dejaron claro que las cuatro agentes aparecieron en Natzweiler vestidas de civil. Era difícil, casi imposible, pedir las defensas legales debidas a un soldado cuando las cuatro prisioneras se hacían pasar por civiles.

En su resumen, el juez sugirió que las cuatro mujeres habían sido ejecutadas sin juicio porque, en el otoño de 1944, los alemanes habrían tenido una «considerable aprensión sobre los resultados finales de la guerra». Sabían que estaban perdiendo y querían ocultar la evidencia de sus crímenes de guerra. Si podían probar la falta de un juicio, los acusados debían ser hallados culpables.

Esa era la esperanza en tanto el «jurado» (en realidad, tratándose de una corte marcial, un panel de oficiales militares) se retiró a considerar su veredicto. Luego de 40 minutos, estaban listos. El «doctor» de Natzweiler, Werner Rohde, enfrentaría la pena de muerte. Pero el *obersturmbannführer* («teniente coronel») Fritz Hartjenstein de las SS, el comandante del campo quien presidió la liquidación de decenas de miles en Natzweiler, solo recibió cadena perpetua.

Mucho peor para Barkworth, Rhodes y su equipo, Peter Straub, el hombre que metió a una mujer británica viva en el horno del campo, recibió una sentencia de solamente *13 años* de prisión. De los otros seis acusados, todos recibieron sentencias ligeras o fueron absueltos.

El juicio de Natzweiler resultó una burla.

El equipo de la Villa Degler registró Europa en una búsqueda incansable por los culpables. Trabajaron con un itinerario de locos y rompieron cada regla imaginable en

un esfuerzo por atraparlos, y cuando el SAS mismo fue desintegrado, se arriesgaron para entrar en la clandestinidad para continuar su lucha, viniera lo que viniera. Contra toda probabilidad habían alcanzado el éxito en lo que parecía imposible: rastrear a los asesinos.

Y ahora esto: las cortes —una arena en la que podían ejercer poco control o influencia— les estaban fallando. Esa falla forzaría a los Cazadores Secretos a tomar algunas de sus acciones más extremas.

* * *

Barkworth, Galitzine, Rhodes y los demás llamaron a un consejo de guerra. En Natzweiler cuatro indefensas agentes habían sido inyectadas con el mortal ácido carbólico y al menos una había sido quemada viva. Pero el lenguaje en el juicio fue tan limpio, civilizado y casi... mundano en su tratamiento del caso. Nada capturó el horror.

Nadie llegó al corazón del asunto, a comunicar las profundidades de la inhumanidad y el verdadero terror infligido a las víctimas. Y, debido al veto a la prensa, el gran público británico ni siquiera estaba consciente de lo que había pasado o de que los responsables en gran medida se habían salido con la suya.

En cuanto a Galitzine concernía, Natzweiler era el «Belsen de Francia» y aun por segunda vez su existencia había sido encubierta y enterrada. Así, Galitzine, él mismo experiodista, decidió romper el silencio. Redactó un artículo para el *Sunday Express*. Publicado el 2 de junio de 1946 —al día siguiente de la conclusión del juicio—, el encabezado gritaba: «Cuatro muchachas británicas quemadas vivas; un alemán morirá. Una muchacha peleó en la puerta del horno».

El artículo de Galitzine amplificó la historia al público. Comenzaba con una descripción de la escena de la corte: «Los alemanes, pálidos y temblando, se pusieron de pie para escuchar el veredicto. El hombre que será colgado, Werner Rohde, el médico del campo, gastó una broma a uno de sus compañeros mientras se pronunciaba la sentencia. Los tres absueltos se hundieron en sus asientos con sollozos de alivio. Así terminó el juicio de un grupo... que era culpable de “una brutalidad sin paralelo en la historia de la humanidad” en el campo de concentración de Struthof-Natzweiler en las montañas de los Vosgos».

La historia incluía testimonios vívidos de testigos oculares de cómo fueron asesinadas las agentes de la SOE y continuaba en un recuento de la oscura historia de Natzweiler desde sus más tempranos inicios: «Prisioneros rapados en ropas a rayas

llegaban a sacar granito de la montaña. El hotel se volvió una cámara de gas. Se construyó un crematorio. Nació un campo de concentración».

Sabiamente, bajo las circunstancias, Galitzine escribió el artículo de manera anónima. El hecho de que él era el autor se revela solo a partir de sus papeles personales, los cuales están afortunadamente archivados en el Museo Imperial de Guerra. Sobre su copia del artículo, el capitán príncipe Galitzine garabateó de su propia mano: «Escrito por Yurka». Su borrador original y manuscrito (mucho más largo) del informe noticioso se encuentra adjunto. El borrador concluye que en Natzweiler los alemanes diseñaron un proceso de «muerte tan inhumano que incluso los salvajes dudarían antes de voltear hacia esos métodos».

Sin duda Galitzine archivó sus documentos en el Museo Imperial de Guerra (incluyendo su seminal reporte de investigación original de Natzweiler, el que se vio forzado a «enterrar») para que esta pieza vital de la historia y su papel en ella pudieran preservarse para la posteridad. Y como sin duda quisieron los Cazadores Secretos, la publicación de ese artículo en el *Sunday Express* provocó una verdadera tormenta.

Los poderes existentes estaban petrificados. Londres llegó tan lejos como sugerir que se formara una corte de investigación para averiguar cómo fue que «asuntos que no salieron en la corte o probados mediante evidencia aparecieron en la prensa como una declaración de hechos». Había temores de que la filtración se hubiera originado en Alemania y de que «bien puede haber ideas de que las protestas de la prensa influyeran en la corte... No es necesario acentuar el efecto más lamentable de esto sobre los miembros de futuras cortes».

La «futura corte» mencionada era la próxima audiencia importante, en la cual los pesos pesados (Isselhorst, el más notable) enfrentarían un juicio.



capítulo

El juicio de Isselhorst y otros cinco (incluyendo a sus lugartenientes Wilhelm Schneider y Julius Gehrum) se abrió el 17 de junio de 1946. Le tomaría 22 días completarse, en buena medida debido a la astuta prevaricación de Isselhorst y a las intrincadas fechorías legales que empleó.

Los seis fueron acusados de «cometer un crimen de guerra en el cual ellos, en FRANCIA y en particular en los VOSGOS..., en violación de las leyes y usos de guerra estuvieron involucrados en el asesinato de cierta cantidad de tropas aerotransportadas y personal de tripulaciones aéreas». Los acusaron específicamente de manejar un «sistema de exterminio de 32 miembros del Regimiento del SAS... quienes tomaron parte en operaciones para perturbar las comunicaciones enemigas en los montes VOSGOS...».

Desde el principio, Isselhorst citó la «Orden Comando» de Hitler como si se tratara de su credencial para salir libre de prisión. La orden pedía lo siguiente, según le dijo a la corte: «“Todos los miembros de los llamados comandos, ya sea en uniforme o sin él, armados o no, llegados por agua o por aire o paracaidistas deben ser fusilados tras su captura”. La orden también brindaba un castigo para quienes no llevaran a cabo la orden o fallaran al pasarla a sus subordinados».

Increíblemente, Isselhorst argumentó desconocer las torturas y el maltrato infligido a los cautivos bajo su mando: «Nunca tuve conocimiento de tales sucesos, y... si me hubiese enterado, hubiera tomado medidas severas en su contra». También negó cualquier responsabilidad por y el conocimiento de Natzweiler: «Nunca he visto ni entrado en el campo. No tengo nada que ver con él... y no tenía razón alguna para ir allí».

Sobre sus compañeros acusados y antiguos lugartenientes, Isselhorst habló cariñosamente, describiendo amablemente personas «como tíos»: «Schneider era un camarada considerablemente mayor a quien respetaba por su edad. Siempre lo conocí como un compañero trabajador, a pesar de que, debido a su edad y su enfermedad, era un poco distraído. Les caía bien a todos por su camaradería».

Pero la opinión de Isselhorst sobre Schneider no era nada comparada con aquella que tenía del *sturmbannführer* Ernst: «El doctor Ernst era un hombre trabajador, inteligente y concienzudo, y siempre estaba profundamente interesado de manera

personal en todos los asuntos concernientes a su grupo. Me lo han descrito como uno de los mejores oficiales en Francia».

Incluso bajo el interrogatorio del fiscal, el mayor Hunt, la cubierta cuidadosamente manufacturada de Isselhorst mostraba pocos signos de quebrarse.

—¿Sabe usted que la ley internacional requiere que los captores protejan las vidas de los prisioneros de guerra? —preguntó Hunt.

—Generalmente, sí —respondió Isselhorst.

—¿A pesar de eso usted concuerda... en que transmitió órdenes que resultaron en la muerte de un número considerable de prisioneros de guerra?

—No de esta manera, porque estos cautivos no representaban prisioneros de guerra desde nuestro punto de vista...

—¿Sabía usted que cuando se cumplieron estas órdenes muchos hombres indefensos fueron llevados a cráteres de bomba, desnudados, fusilados y enterrados?

—Ya lo he dicho cuando mi propia defensa me preguntó lo mismo: no.

—¿Cómo pensó que se habían cumplido sus órdenes?

—Como un fusilamiento silencioso y normal, tal como lo ordené...

Hunt lucía cada vez más desesperado ante las respuestas de Isselhorst.

—Lo que quiero que explique es cómo fue que, si todos esos hombres fueron fusilados de forma irregular, usted no se enteró.

—No puedo responder esta pregunta.

—¿Por qué no? Parece una pregunta sencilla.

—Porque no lo sé.

Era aún más frustrante que, mientras el juicio avanzaba, Isselhorst trataba de desviar la responsabilidad de los asesinatos hacia el sospechoso usual: el *sturmbannführer* Ernst.

—Hemos oído del testigo Buck que... 125 maquis fueron enviados a Natzweiler. ¿Sabe quién dio las órdenes para eso? —requirió Hunt.

—Me parece que fue el comandante Ernst.

—¿Y qué supo acerca de los 125 hombres?

—Nada más de lo que me reportaron más tarde.

En otras palabras, Isselhorst no había tenido nada que ver con el asesinato en masa de los maquis. Solo el *sturmbannführer* Ernst tenía la culpa. Isselhorst parecía feliz de pararse en el estrado en Wuppertal diciendo que negro era blanco con su despreocupación descarada y arrogante.

Isselhorst solo admitiría haber ordenado que usaran a los maquis como fuerza de trabajo: «Los maquis... debían ser enviados a lugares de trabajo en la Alemania

misma... Todos los guerrilleros fueron enviados [a través de] Schirmek a la fábrica de Mercedes-Benz en Gaggenau».

Esta debió ser una visión agonizante para Barkworth, Galitzine y Rhodes. Isselhorst, el hábil abogado profesional, parecía esquivar cada ataque de la corte. Habían pasado casi dos años desde el asesinato de los hombres de la operación Loyton y de la deportación de miles de habitantes de los valles de los Vosgos hacia los campos de concentración nazis. ¿Saldría ileso el arquitecto de todo eso?

Galitzine sintió que las cortes eran «demasiado suaves». Imponían muy pocas cadenas perpetuas y sentencias de muerte. Los acusados cometieron «los crímenes más terribles y no podíamos entender por qué les daban un año, cuatro años, seis años de prisión».

El interrogatorio de Hunt volvió a la «Orden Comando» de Hitler: «Conociendo los mandatos de las leyes internacionales, ¿cómo pudo aceptar una orden de matar impresa como algo correcto?».

—Como lo dije antes, en el régimen nacional socialista la voluntad de la cabeza del gobierno era ley y por lo tanto esta orden era ley.

Cuando lo retaron acerca de por qué los elementos de la operación Loyton no habían recibido ningún tipo de juicio, Isselhorst hábilmente argumentó: «La razón es la orden del *führer*, que excluye cualquier tipo de juicio».

La terca y grosera circularidad del argumento de Isselhorst —no puedo tener ninguna responsabilidad debido a la «Orden Comando» de Hitler— causó escozor en la corte. Doblemente, de hecho, porque el interrogatorio original de Barkworth lo había atrapado en ese punto que ahora trataba de negar, argumentando el olvido como razón de cualquier inconsistencia.

—Dice ahora que su declaración anterior es inexacta, ¿no es cierto? —lo retó Hunt.

—No... —respondió Isselhorst—. No porque en el momento quisiera declarar algo erróneo, sino porque con el tiempo he recordado la verdadera secuencia de los sucesos.

Finalmente, el mismo juez parecía quebrarse. «No puedo creer que usted sea tan estúpido como nos quiere hacer creer», explotó. «La corte se está cansando de su constante retorno a lo que dijo bajo juramento en su declaración, con el resultado de siempre exonerar a alguien en el estrado». Y un poco más tarde: «Sugiero que Isselhorst no es tonto y que no pudo haberse confundido tanto».

Afortunadamente, los «incentivos» de Barkworth habían persuadido a dos testigos para entregar evidencia contra Isselhorst. Uno era Karl Buck, el antiguo comandante de Schirmek. Testificó la culpabilidad de Isselhorst en mandar centenares de

guerrilleros a sus muertes en Natzweiler, algo que Isselhorst por supuesto negó. El otro testigo contra Isselhorst era su antiguo lugarteniente en Waldfest, Julius Gehrum.

El juicio viró hacia la evidencia de Gehrum.

—Se considera usted un hombre muy humano, ¿no es así? —le preguntó el juez a Isselhorst.

—Sí.

—Gehrum piensa que usted es un hombre con ideas muy crueles, aparentemente.

—Creo que ha habido dos testigos que dijeron que esto es una tontería y una mentira.

—Le corresponde a la corte... decidir quién miente en este caso, pero escuchó a Gehrum decirlo en su declaración jurada, ¿no es así?

—Sí.

El juez citó la carrera de Isselhorst en el frente oriental para tipificar su crueldad y describir cómo había comandado uno de los escuadrones de la muerte de Hitler y cazado guerrilleros rusos. El testimonio de Gehrum difícilmente podía negarse a la luz de eso.

—Se hicieron cosas muy crueles en Rusia, ¿no es así? —preguntó el juez—. A excepción de un judío, supongo que un ruso era la persona menos importante a ojos de un alemán.

—No... No tuve oportunidad de cometer ningún acto de crueldad allí... Mis deberes allí con el *einsatzkommando* eran solo de naturaleza militar. No había partisanos ni guerrillas ni nada de ese tipo en esa área, pues era la zona del frente.

A pesar de la negación de Isselhorst (que eran puras mentiras, por supuesto) el juez se anotó un punto: había pintado a Isselhorst como un hombre con un largo historial de involucramiento en las atrocidades nazis.

Luego viró hacia el hecho de que los hombres de la operación Loyton llevaban uniforme cuando los capturaron. Isselhorst trató de argüir que ignoraba este hecho, o que no era un factor relevante al decidir ejecutar a los hombres. De nuevo, el enojo del juez comenzó a hervir.

—Pero ¿qué pasa con todos en el servicio alemán? —preguntó—. ¿No se dan cuenta de que hubiera sido una locura enviar a Alemania soldados británicos vestidos de civil?

—Yo era de la opinión... de que ese personal británico solo iba uniformado a fin de camuflar sus acciones ilícitas, en contra de la ley internacional...; la orden del *führer* habla bien claro sobre estas personas con o sin uniforme.

El juez presentó una copia de la «Orden Comando».

—La orden principal tiene al calce «firma ilegible», pero ¿entendemos que fue

Hitler quien publicó esta orden? —le preguntó a Isselhorst.

—Sí.

—¿Y termina con la amenaza escalofriante de: «Presentaré ante un tribunal de guerra a todo líder y oficial que no lleve a cabo estas instrucciones, ya sea por no informar a sus hombres o por su desobediencia a esta orden en acción»?

—Sí.

El juez estaba construyendo el argumento de que Isselhorst se involucró en actos ilegales (asesinato) debido a su miedo a la venganza del *führer* si no lo hacía. En otras palabras, que había cometido crímenes de guerra por miedo a que le hicieran daño. El juez se anotó otro punto clave.

Después de 22 días en sesión, la audiencia se unió al juez para clarificar los crímenes que le imputaban a Isselhorst y su cohorte. Ninguno de ellos había tomado parte directa en los asesinatos, pero habían dado las órdenes mientras comandaban la operación *Waldfest*. Los fusilamientos se llevaron a cabo por «rufianes» que llevaron a los hombres dentro del bosque, les dispararon en la nuca, los echaron dentro de un cráter de bomba, los enterraron y borraron cualquier rastro de los asesinatos.

El 11 de julio la corte pronunció sus veredictos: mientras que hubo sentencias de prisión para dos de los acusados, Isselhorst y Schneider fueron condenados a «morir en la horca». Uno más, Oberg (un oficial de alto rango de la Gestapo y las SS que servía en Francia en el momento de la campaña de los Vosgos), también fue sentenciado a morir en la horca.

Julius Gehrum fue absuelto. Hacia el final del juicio su abogado, el doctor Kohrs, pintó una estremecedora imagen de la vida en los últimos días del Reich.

«A lo largo de este juicio han escuchado de la orden del *führer*... que se publicó en cada oficina, en cada barraca de personal y cada mesa de oficiales. De acuerdo con esto, ningún soldado ni oficial tenía permitido recibir conocimiento de cosas que no debía conocer por razones oficiales.

»Esta labor de mantener en secreto incluso los asuntos banales fue una de las razones por las que el nacional socialismo fue tan exitoso en suprimir a la mayoría de la gente por un periodo tan largo. Era peligroso saber demasiado. Era aún más peligroso preguntar demasiado. Y más peligroso decir demasiado».

En la Alemania de Hitler, saber, preguntar o decir de más podía resultar un problema de vida o muerte. Pero en el verano de 1946 era del conocimiento de Isselhorst que serviría para posponer su ejecución por el momento. Cuando terminó la audiencia, Isselhorst volvió a la custodia de su némesis: Barkworth. Se le requería como testigo en otros tres casos británicos. Y los franceses también andaban tras de él para

enfrentar juicio en Francia por numerosos crímenes contra la humanidad en los Vosgos.

De igual forma, la aparente absolución de Gehrum solo proveía una prórroga momentánea. El 4 de agosto de 1946 Barkworth lo entregó a los franceses para que lo pudieran enjuiciar por crímenes de guerra. Con el tiempo, Gehrum se hallaría condenado por sus propias palabras durante el interrogatorio de Barkworth, en el cual admitió haber «liquidado a ciertos prisioneros» cuando estuvo a cargo de un comando especial de ejecución.

Los franceses lo sentenciarían a muerte en mayo de 1947.

Más o menos un mes después del juicio de Isselhorst y sus compañeros, Bill Barkworth y Dusty Rhodes viajaron a Hamelin, un pequeño pueblo en Alemania central, famoso por el cuento infantil de *El flautista*, quien tocando su flauta saca del pueblo una plaga de ratas. Era finales de septiembre de 1946 y los dos Cazadores Secretos se dirigían a la prisión de Hamelin para presenciar un ahorcamiento.

Barkworth y Rhodes recorrieron una serie de corredores desnudos, donde había eco, hacia el salón de ejecución. Ocuparon sus lugares junto a varios oficiales presentes. Una persona salió en manos del verdugo y lo condujeron al lugar de sus últimos minutos de vida en esta tierra.

El *oberwachtmeister* Heinrich *Stuka* Neuschwanger mantuvo su cabeza erecta mientras el verdugo deslizaba la cuerda alrededor de su cuello. Incluso ahora, en el momento de su muerte, no mostró ni el más mínimo signo de arrepentimiento por todo lo que hizo. «Hasta el momento en el que lo colgaron no creo que le preocupara ni un poquito», comentó Rhodes. «No creo que ese hombre haya guardado nada de pena ni remordimiento. Era cruel».

Al menos Neuschwanger recibió el lujo de una muerte rápida y limpia. La caída fue suficiente para romperle el cuello. Eso era más de lo que le dieron a cualquiera de sus víctimas en Natzweiler.

Después de haber visto colgar al *oberwachtmeister* Neuschwanger, Barkworth y Rhodes regresaron a su Jeep, sintiéndose extrañamente deprimidos y silenciosos. No hubo alegría real, ningún sentimiento de catarsis al presenciar su ahorcamiento, a pesar del hecho de que se trataba de uno de los criminales de guerra nazis que habían buscado más exhaustivamente. Ninguno de ellos presenciaría otra ejecución.

«Es algo que uno no quiere hacer más de una vez», recordó Rhodes. «Cuando salimos de esa prisión ambos estábamos contentos de haber salido. Creo que los dos éramos de la opinión de que no es agradable ver morir a alguien».

La misión de los Cazadores Secretos nunca se trató de venganza bruta. Siempre fue acerca de asegurarse de que la justicia fuese cumplida. Para el otoño de 1946 tenían el sentimiento de que alguna parte de la justicia que tanto ansiaban había sido cumplida. Neuschwanger estaba muerto. Isselhorst y Schneider estaban programados para ser colgados, igual que Werner Rohde, y Karl Buck enfrentaría la «muerte por fusilamiento».

Con el tiempo, Gehrum los seguiría a la muerte, lo mismo que Peter Straub, el verdugo de Natzweiler, luego de que él también enfrentara un juicio. Habían cazado a los arquitectos de Waldfest, los habían enjuiciado ante una corte y ahora enfrentaban la pena de muerte.

Todos excepto uno: el *sturmbannführer* Ernst seguía en libertad.



capítulo

Después de los juicios, pudo perdonársele a Barkworth y a su equipo el haber aflojado un poquito, pero no por completo. Su operación en la Villa Degler continuaba a todo vapor.

Para diciembre de 1946 Barkworth expandió la mira de su trabajo para cubrir una plétora de investigaciones nuevas: Kolbshein, crímenes de guerra contra soldados de EUA; Natzweiler IV, asesinato de oficiales de la RAF de Stalag Luft; capitán Gunston y siete OR (otros rangos) del SAS en Italia; Bennet y Claridge, nuevamente el SAS en Italia, y más o menos una docena de otros casos.

El foco ya no era la operación Loyton. La determinación del coronel Franks para rastrear a los 32 SAS desaparecidos en los Vosgos engendró por sí misma un fenómeno de investigación. En una carta para la Oficina de Guerra del 26 de diciembre, que resumía los éxitos y las presentes prioridades del equipo de la Villa Degler, Barkworth fue claro sobre la necesidad de expandir su fuerza y de reclutar de manera independiente.

«Se considera que esto brinda la ventaja de que podemos escoger uno a uno a nuestros hombres, algo esencial en una unidad tan pequeña que no puede llevar pasajeros». Resumió los esfuerzos gigantescos que presentaron los resultados alcanzados hasta el momento en la corte. «Desde el 1 de enero de 1946 los vehículos de este equipo han cubierto 394 672 kilómetros... Durante el año pasado, 105 personas involucradas como acusadas o testigos fueron localizadas en campos, y 44 arrestadas por miembros de este equipo».

Barkworth también escribió sobre los retos presentes para rastrear sospechosos y especialmente el hombre que buscaba sobre todos los demás: «Las dificultades para encontrar personas requeridas no han disminuido. Es bien sabido, por ejemplo, que Ernst, de los casos de St. Dié y Saales, fue liberado por los estadounidenses... Subsecuentemente visitó a su esposa en diciembre de 1945 y se cree que ahora se encuentra... en la zona británica, pues apareció allí dos veces... Esperamos llevar esta búsqueda a una conclusión exitosa en un futuro cercano».

Para principios de 1947, Londres tenía claro su reconocimiento de la habilidad y la experiencia sin rival que Barkworth tenía en asuntos de crímenes de guerra. A pesar de la «naturaleza peculiar de las investigaciones del SAS» —sin mencionar el estatus borroso del equipo—, «el conocimiento que tiene el mayor Barkworth sobre el amplio

panorama de los crímenes... es tan extenso y es tan detallada su apreciación del carácter de los varios sospechosos» que debía confiarse en él donde sea posible, declaraba una carta de la oficina del juez defensor.

Rastrear a los criminales de guerra nazis seguía siendo esencial para varias familias que buscaban un cierre, aquellos cuyos hijos e hijas aún estaban registrados como desaparecidos. Al menos algunos de los afligidos deseaban atestiguar que se hiciera justicia.

En la primavera de 1947, el padre del soldado del SAS y elemento de la operación Loyton Donald Lewis (muerto en Le Harcholet) escribió sobre la muerte de su hijo y el juicio pendiente: «Estaré muy agradecido si pudieran, de cualquier manera, ayudarme en mi solicitud de permiso para asistir al juicio de los responsables de su muerte y la de sus camaradas».

Para Barkworth y su equipo de la Villa Degler, la carga de la responsabilidad estaba lejos de aligerarse, especialmente a la luz de los nuevos casos que habían tomado.

En junio de 1944 un escuadrón del 1^{er} SAS se lanzó sobre Francia occidental, cerca de la ciudad de Poitiers. Establecieron su base de operaciones en un bosque al sureste de Poitiers y su misión era acosar y quebrantar a las fuerzas alemanas que avanzaban hacia el norte para repeler los desembarcos del Día D. Con el nombre clave operación Bulbasket, terminó en desastre, pues los 31 hombres fueron capturados. Al final de la guerra, ellos, como los de la operación Loyton, fueron registrados simplemente como «desaparecidos».

Con los casos de la operación Loyton concluidos en buena medida, el coronel Franks, Galitzine y Barkworth viraron su atención para hacer un trabajo similar para los desaparecidos de la operación Bulbasket. Barkworth escribió a Franks acerca de los asesinatos: «Unidad responsable de ejecuciones... identificada como Escuadrón de Reconocimiento de la 158^a División, 80^o Cuerpo, Ejército Alemán».

Seguía una lista de ocho nombres (los comandantes clave sospechosos de haber barrido a los 31 de Bulbasket). Para febrero de 1947, Barkworth tenía a tres de ellos bajo custodia y se aproximaban los interrogatorios. En abril de 1947 rastrearon a los principales culpables y los llevaron a juicio en Wuppertal. Dos hombres, incluyendo al general al mando del 80^o Cuerpo, recibieron sentencias de muerte en la horca.

Barkworth continuaría investigando una plétora de casos relacionados con la «Orden Comando». Incluían el asesinato del capitán Bill Blyth, un operador del Servicio Especial de Botes (SBS, por sus siglas en inglés),* quien sirvió con el legendario Anders Lassen. Mientras realizaba ataques en barco contra fuerzas alemanas, Blyth fue

capturado en la isla del Mediterráneo oriental de Alimnia, junto a varios de su tripulación. A todos se los tragó la *Nacht und Nebel*.

Barkworth también puso su atención en los llamados Héroes de Cockleshell, formalmente conocida como operación Frankton, una misión de 1942 en la que un grupo de comandos utilizó canoas para atacar el puerto de Burdeos ocupado por los alemanes. También investigaría las repercusiones de la operación Source, un ataque de 1943 en el cual comandos británicos a bordo de minisubmarinos X-Craft atacaron el acorazado alemán *Tirpitz*, que se hallaba anclado en un fiordo noruego.

Pero, mientras los imputados de la operación Loyton —y los de Bulbasket— eran arrastrados hasta la corte, muchas de las cacerías posteriores de Barkworth terminarían prematuramente. Sería la conveniencia y la hipocresía políticas las que hundirían estas investigaciones.

El 29 de abril de 1948, los franceses enviaron una copia del certificado de ejecución de Isselhorst a las autoridades británicas de crímenes de guerra. Luego de su juicio británico, Isselhorst fue enjuiciado en Francia y condenado a muerte dos veces más. El certificado registraba que un pelotón de fusilamiento se había armado en Estrasburgo para ejecutar a Isselhorst, en oposición a su ahorcamiento. Pero muerto era muerto.

El «Médecin-Colonel Bouchard» declaró muerto a Isselhorst y su crimen se registró como «*complicite d'assassinats*» («cómplice de asesinatos»). Los británicos registraron el veredicto de forma más prosaica: «Erich Isselhorst fue ejecutado en Estrasburgo el 23 de feb. 48, luego de la confirmación de la Corte de Cesación de la sentencia de muerte impuesta sobre él por un Tribunal Militar Francés».

Tristemente, Isselhorst sería uno de los últimos en enfrentar la justicia de las cortes de Wuppertal. En otoño de 1948, el gobierno británico ordenó un alto a todos los juicios por crímenes de guerra. Increíblemente, esto sucedió a la mitad de los juicios de Stalag Luft, que cubrían el asesinato de 70 fugados del campo de prisioneros de guerra de Stalag Luft en la primavera de 1944.

El primer juicio de Stalag Luft tuvo lugar en julio de 1947, con 18 imputados con cargos de asesinato. El segundo juicio de Stalag Luft sucedió en octubre de 1948, pero a la mitad el entonces secretario del Exterior, Ernest Bevin, anunció la decisión del gobierno británico de no perseguir más criminales de guerra nazis.

Mientras que permitieron que el segundo juicio de Stalag Luft alcanzara su veredicto, la búsqueda británica de justicia oficialmente había terminado. Había durado poco más de tres años. Esta fue una decisión motivada políticamente en una época en la que Occidente se preparaba para la Guerra Fría, pues Alemania Occidental

se veía como el nuevo aliado y el bastión crucial contra la amenaza rusa y el comunismo. A los ojos de muchas personas en el poder, cazar criminales de guerra nazis se había vuelto contraproducente y algo que Gran Bretaña no podía permitirse.

La sensibilidad de esta decisión y de los juicios de crímenes de guerra del SAS ya concluidos se reflejó en la decisión del gobierno británico de cerrar los pocos archivos oficiales que sobrevivieron sobre el tema durante 75 años. De hecho, si ese periodo se les hubiera adherido, los archivos seguirían cerrados hasta este día. Para Barkworth, por supuesto, significaba no solo el fin de una era (la operación clandestina de la Villa Degler llegaba a su fin), sino también el cierre más cruel de todos. Incluso después de dedicarle a su búsqueda más de tres años de su vida, Hans Dietrich Ernst aún no caía preso.

Mientras que todo el mundo quería un pedazo del famoso *sturmbannführer*, pues los estadounidenses y los franceses también lo buscaban por cargos de crímenes de guerra, nadie parecía capaz de obtener un rastro del hombre.

Pero para el coronel Brian Franks, el capitán príncipe Yurka Galitzine y el mayor Barkworth, los Cazadores Secretos habían alcanzado uno de sus objetivos más preciados. En su misma existencia, y usando la boina de la daga alada en sus operaciones, mantuvieron vivo el espíritu del SAS el tiempo suficiente para que se alzara, como un fénix, de sus propias cenizas.

En julio de 1947, el estimado regimiento de Artists Rifles (una unidad de voluntarios de infantería ligera formada en 1859) se fusionó con el «difunto» SAS para formar el 21º Regimiento del Servicio Especial Aéreo. Era una unidad de la segunda reserva, pero representaba la muy deseada (aunque parcial) resurrección del SAS. De modo acorde, el primer comandante en jefe del regimiento fue el teniente coronel Brian Franks DSO, MC, el hombre que había hecho tanto para mantener vivo al SAS desde su desintegración oficial en 1945.

Pero, incluso al final, permaneció el sentido de antagonismo desdeñoso que Barkworth y sus hombres habían atraído. Una carta de agosto de 1948 de un brigadier en la oficina del juez defensor en Londres es un típico ejemplo: «Pienso que cuando este oficial haya completado su tarea... y haya tenido la oportunidad de limpiar cada caso del SAS... lo que se debe obtener de él son los documentos que tiene... Si es necesario hacerlo, debe recibir la orden de entregar estos papeles. No son de su propiedad privada, sino que son propiedad de las autoridades militares».

Si hubieran permitido que la oficialidad tomara control, los muertos de la operación Loyton, las agentes de la SOE que perecieron en Natzweiler, los habitantes de Moussey y el más amplio valle de Rabodeau y las víctimas de los numerosos crímenes de guerra

relacionados hubieran seguido registrados sin duda alguna como «desaparecidos en acción». Hubieran enjuiciado a los criminales de guerra nazis de más alto perfil, pero no a los responsables de los crímenes que el equipo de la Villa Degler persiguió obstinadamente.

Si el SAS no hubiese montado sus investigaciones cada vez más secretas, los asesinos en masa —Isselhorst incluido— se hubieran salido con la suya. En efecto, el trabajo afectaba personalmente a cada uno de los Cazadores Secretos y dejó cicatrices que tomaría un buen rato sanar. Sumergirse profundamente en esos casos de impronunciable degradación humana era dañino psicológicamente. E incluso los resultados (los juicios y los veredictos, tal como eran) dejaron a varios insatisfechos y hambrientos de más.

Las atrocidades nazis fueron un crimen imperdonable contra la humanidad, argumentaba Galitzine. Se encontraba estupefacto ante la indulgencia que se estaba mostrando. Culpó de las fallas en los juicios a «la reacción natural contra el asesinato y contra todos los horrores de la guerra». La perspectiva de la corte parecía ser que estos hombres habían sido capturados, enjuiciados y marcados como criminales de guerra y una vez liberados seguirían siendo hombres marcados, lo que era suficiente castigo. Galitzine creía otra cosa. Sentía que estos hombres necesitaban servir de ejemplo para disuadir a cualquier criminal de guerra en el futuro.

Sin embargo, no dejó que su furia por los resultados del juicio oscureciera su percepción de todo lo que los Cazadores Secretos habían logrado. Resumiendo su trabajo en el ocaso de los días de la unidad, escribió: «Bill halló que sus camaradas fueron asesinados luego de ser tomados prisioneros de guerra. Halló casi todos los cuerpos y salió en busca de sus asesinos... Han rastreado o arrestado en Alemania, Francia, Italia y Austria a más de 100 alemanes involucrados... y finalmente llevaron a los... criminales ante la justicia».

Principalmente a través de los propios esfuerzos de Galitzine, el equipo de la Villa Degler alcanzó otro hito crucial en las investigaciones de crímenes de guerra: se aseguraron de que se rompiera el silencio sobre Natzweiler y sobre el problema más amplio de los criminales de guerra que eran exculpados de asesinato. Ese fue un logro seminal por sí mismo y solo podía llevarse a cabo por hombres como los Cazadores Secretos.

La energía, la motivación personal y el impulso bruto de Barkworth y sus compañeros le prestaron a su tarea una dedicación que nadie podría igualar. Su disposición a romper todas las reglas significó que muy raramente fallaban en aprehender a su hombre. Ninguna otra unidad hubiera logrado esto. El hecho de que

trabajaran bajo el más profundo secreto, con recursos escasos y peleando con frecuencia contra una burocracia militar anticuada y conservadora, es otro testimonio de su papel único.

Para cualquier propósito, el trabajo de los Cazadores Secretos terminó a principios de 1949. Barkworth y sus hombres completaron la misión que les habían dado en un principio: buscaron y entregaron un ajuste de cuentas total por la operación Loyton. Y mientras que una banda de cazadores moría, otra resurgía completamente: los Cazadores Secretos ayudaron a dar vida al SAS de nuestros días.

Haciendo un balance, el coronel Franks, Galitzine, Barkworth y Rhodes hubieran tenido todo el derecho de sentir una cierta satisfacción de no haber sido por una cosa: su fracaso para agarrar al *sturmbannführer* Hans Dietrich Ernst. Pero, tal como sucedió, la historia de la cacería de Ernst estaba lejos de terminar, a pesar de que el drama se vería en otro teatro enteramente.

Los que sirvieron en la unidad de la Villa Degler recibirían poco reconocimiento por sus logros. Tan secreta era la existencia de la unidad que incluso el diario de guerra oficial del SAS entre los años de 1941 y 1945 contiene solo una breve entrada de cuatro líneas sobre su crucial trabajo. Incluso, eso está contenido en una edición limitada publicada en 2011 y no está disponible al público en general.

Se lee: «En octubre de 1945, el SAS fue disuelto. Franks llegó a un acuerdo con un individuo de la Oficina de Guerra y la unidad (de crímenes de guerra) continuó. Operó abiertamente, como si fuera oficial. La unidad terminó su cacería en 1948, tres años después de que el SAS fuera disuelto».

Las palabras finales, quizá, deberían caer sobre el capitán príncipe Yurka Galitzine, sin cuya presencia los Cazadores Secretos jamás hubieran alcanzado el éxito. Gracias a él nunca olvidaremos lo que sucedió en los Vosgos, en Natzweiler y otros lugares. Él creía que la subsecuente cacería de los criminales de guerra nazis y su presentación ante la justicia eran de vital importancia, no lo olvidemos. Era crucial que «la gente joven de esta generación y la siguiente... sepan lo que pasó. Porque podría pasar de nuevo».

Tal vez no hay un epitafio más adecuado para los Cazadores Secretos.

NOTAS

* Special Boat Service. [N. de T.]

Palabras finales

Una gran cantidad de controversia y subterfugio rodea la suerte de dos de los acusados en cuyas cacerías Barkworth y sus hombres gastaron buena parte de su energía después de la guerra. El primero, como era de esperarse, es el *sturmbannführer* Hans Dietrich Ernst. El segundo, un poco menos predeciblemente, es el *standartenführer* Erich Isselhorst.

El 13 de junio de 1962, el jefe de la base de la CIA en Frankfurt envió a sus colegas un memorando secreto referente a «Hans Dieter Ernst». Debido a que el hombre en cuestión era, por la admisión del propio documento, «requerido por los cargos de haber asesinado a seis estadounidenses, 33 soldados británicos y cuatro mujeres británicas», parece inconcebible que no se tratara del *sturmbannführer* Hans Dietrich Ernst. En efecto, posteriores documentos de la CIA se refieren a él como Hans Dietrich Ernst, y registran su fecha de nacimiento en 1908, el año correcto para el hombre más buscado por Barkworth.

El memorando del 13 de junio de 1962, lo que parece ser una revisión de la inteligencia disponible acerca de Ernst, declara: «Hallamos que Caretina anotó a Hans Dieter Ernst como compañero interno en el campo de Vorkuta en la Unión Soviética y que hasta 1957 Caretina reportó que Ernst se hallaba en el Leer/Frisia oriental...».

Frisia oriental es un área costera del noreste alemán que hace frontera con Holanda. Esto significa que Ernst estaba encarcelado en un campo soviético (el gulag de Vorkuta era un gran campo de trabajos forzados de la era soviética) antes de hallar su camino a Leer, una región de la Frisia oriental, en Alemania (occidental), en 1957, ocho años después de que Barkworth y los demás se vieron forzados a abandonar la cacería. «Caretina» es el criptónimo de la CIA para su agente, cuya identidad no se revela.

Crucialmente, el memorando continúa: «Caretina categorizó a sus compañeros internos en los campos de la Unión Soviética bajo a) sospechosos de cooperar con los soviéticos; b) posiblemente sospechoso; c) “positivos”, es decir, más allá de la sospecha. Ernst caía en la categoría de “positivo”, lo cual se entiende si él era miembro de las SS y SD, teniendo así un pasado algo similar al de Caretina, un antiguo oficial del Amt IV y de la RSHA».

«Amt IV» era la Gestapo y la «RSHA» era la Oficina Principal de Seguridad del Reich, los servicios de inteligencia y policía secreta de los nazis, mejor conocida como la *Sicherheitsdienst* (SD). Por supuesto, el *standartenführer* Isselhorst encajaba con Caretina, pues fue oficial tanto en la Amt IV como en la RSHA, y sabemos por su juicio cuán positiva era su opinión de su antiguo lugarteniente Ernst: «Hombre trabajador, inteligente y concienzudo..., uno de los mejores oficiales en Francia».

Pero ¿tenemos la seguridad de que Caretina no podría ser Isselhorst porque Isselhorst fue ejecutado por los franceses en 1947? Quien fuese Caretina, su opinión «positiva» acerca de Ernst reposaba únicamente en la oposición de Ernst al régimen soviético. Bajo la premisa de que el enemigo de mi enemigo es mi amigo, cualquier enemigo de los soviéticos era presumiblemente amigo de la CIA y Occidente, especialmente en 1962, cuando se acercaba el punto más alto de la Guerra Fría. Como era de esperarse, los supuestos crímenes de guerra de Ernst tienen un lugar muy menor en el memorando.

Y lo que es más, a Hans Dietrich Ernst le fue asignado un «Archivo 201», más comúnmente conocido como el «Archivo de nombre». El memorando de 1962 se publicó bajo la Ley de Revelación de los Crímenes de Guerra Nazis de EUA. La CIA ha publicado pocos documentos concernientes al Archivo 201 de Ernst; son tres, a lo mucho cuatro páginas. El memo del 13 de junio de 1962 constituye el grueso del material liberado para su publicación. Pero hay una nota manuscrita en la cubierta del memorando: «Por favor, reclasificar para el 201 del sujeto arriba mencionado».

La CIA misma describe la apertura de un Archivo 201 como un medio para «proveer un método para identificar a una persona de interés específico para el Directorio de Operaciones y para controlar... toda la información pertinente sobre esa persona... Solo un pequeño número de personalidades son de interés suficiente para justificar la apertura de un *dossier* 201. Estas son normalmente sujetos de reportes e investigaciones extensivos, prospectos de agentes y fuentes, miembros de grupos y organizaciones que son objetivo continuo de interés...».

En otras palabras, un Archivo 201 solo se crea para lo que la Agencia considera un valor de inteligencia importante, un informante o agente, u otro individuo de alto interés.

Así que parece que en el verano de 1962 Hans Dietrich Ernst estaba sano y salvo, residenciado en Alemania Occidental y era de un interés notablemente alto para la CIA. No nos olvidemos de que este era un hombre que había sido condenado a muerte en ausencia por cortes francesas en cuatro ocasiones por los crímenes de guerra cometidos en los Vosgos y en otras partes.

Aquí es donde las cosas se vuelven incluso más extrañas.

El 22 de noviembre de 1957, la CIA también levantó una «Solicitud de archivo de personalidad» 201 (un archivo de nombre) para Erich George Heinrich Isselhorst. El Archivo 201 asentaba a Francia como su «lugar de residencia». ¿Cómo era eso posible? ¿En 1957? ¿Cómo podría la CIA abrir un Archivo 201 para un hombre que supuestamente llevaba 10 años muerto y registrarlo como avecindado en Francia, el país que supuestamente lo había ejecutado por crímenes de guerra una década antes?

El 28 de marzo de 1974 (unos 25 años después de la supuesta ejecución de Isselhorst) el archivo de la CIA recibió un grueso expediente con información nueva de la Unidad Central de Registros del Centro de Inteligencia del Ejército de EUA. El documento clave contenido allí es el reporte del 3 de julio de 1957 titulado: «Consolidación de Isselhorst, Erich (doctor)».

Es raro eso: «consolidar» a alguien que supuestamente fue ejecutado 10 años antes. El reporte comienza: «Descr: Nacido 5 de feb. 1906, altura 1.52 metros, complexión fuerte, cabello castaño, ojos azul-gris, tez fresca, rostro redondo y fresco, nariz grande». Qué descripción tan extraña de alguien supuestamente ejecutado una década antes. Con seguridad debía decir: «Fusilado por los franceses. Enterrado dos metros bajo tierra en Estrasburgo». O eso pensaría uno.

Bajo el subtítulo de «Carrera» registra las hazañas de Isselhorst en tiempo de guerra (escamoteando cualquier mención de sus crímenes de guerra) y luego su destino al final de la guerra.

«Supuestamente sentenciado a muerte por autoridades aliadas, pero liberado por el movimiento llamado el grupo Vechta. Pertenece a una organización encabezada por Martin Bormann. El objetivo del movimiento presuntamente era antirruso, pero posibles... conexiones soviéticas han sido observadas».

(Por ahora, olvidemos la referencia a «Martin Bormann». Bormann era una figura de alto rango en el régimen nazi, de quien se rumora que escapó a todos los esfuerzos para hallarlo después de la guerra. Investigar cualquier presunto nexo Isselhorst-Bormann ciertamente cae fuera del alcance de este libro).

Desempacando un poco ese párrafo, de acuerdo con el Centro de Inteligencia del Ejército de EUA, Isselhorst no fue ejecutado por los franceses. Sea lo que sea el grupo Vechta (y no he encontrado rastro de él) parece haber tenido el poder para «liberar» a Isselhorst de la custodia de los Aliados para salvarlo de la «muerte por fusilamiento» y la «muerte por ahorcamiento», las sentencias que le otorgaron los franceses y los británicos, respectivamente.

Tan seguro está el Centro de Inteligencia del Ejército de EUA que repite la

afirmación de 1957: «Supuestamente sentenciado a muerte por autoridades aliadas, pero liberado por el movimiento». A partir del estudio del Archivo 201 de la CIA sobre Isselhorst, no hay evidencia de que lo que declara el Centro de Inteligencia del Ejército de EUA no es verdad.

Entonces, ¿qué debe entender uno sobre todo esto?

Si debemos creerle a la CIA y al Centro de Inteligencia del Ejército de EUA, Isselhorst nunca fue ejecutado, ni por los franceses ni por nadie. En su lugar, fue rescatado por un grupo sombrío (Vechta), luego de lo cual la CIA levantó un Archivo 201 sobre él. Lo que a su vez sugiere que Isselhorst (avecindado en Francia en 1957, de acuerdo con la CIA) era un activo de inteligencia de algún valor para la Agencia mucho después de que presuntamente fuera ejecutado por crímenes de guerra.

Si esto es cierto, entonces tal vez Isselhorst *era* Caretina, el agente al que se refiere el memorando de 1962 sobre el antiguo *sturmbannführer* Ernst. Pero pongamos eso de lado. ¿Hay alguna evidencia que sugiera que algo de esto es verdad, que Isselhorst e incluso Ernst fueron de algún modo reclutados por la CIA?

Bueno, en realidad la hay.

El 10 de mayo de 1945 el Estado Mayor conjunto de EUA envió una directiva al general Dwight Eisenhower, comandante de las fuerzas estadounidenses en Europa, para arrestar y detener a todos los criminales de guerra nazis. Sin embargo, esa directiva iba atemperada por la siguiente indicación: «A su discreción puede hacer las excepciones que juzgue aconsejables para inteligencia y otras razones militares».

En junio de 1945, el general brigadier Reinhard von Gehlen, la antigua cabeza de la Fremde Heere Ost (FHO, o Ejércitos Extranjeros Este) de Hitler, la organización de inteligencia de la Wehrmacht para el frente oriental, hizo una jugosa oferta a la milicia estadounidense. Él entregaría intactos todos los archivos reunidos por su organización, incluyendo aquellos sobre agentes encubiertos operando a través de la Rusia de Stalin, si los estadounidenses le permitían trabajar para ellos.

El nombre de Gehlen rápidamente fue removido de cualquier lista de prisioneros de guerra capturados y se convirtió en el espía en jefe de EUA en Alemania durante las siguientes dos décadas. Bajo lo que se llamó oficialmente operación Rusty, pero que fue conocida como Organización Gehlen, Gehlen rearmó su equipo y sus archivos, y se puso a trabajar. Como era de esperarse, hicieron gran uso de antiguos oficiales de la Gestapo y las SS con experiencia en el Frente Oriental. Gehlen reactivó su antigua red de agentes a lo largo de Rusia, solo que ahora servían a un nuevo amo.

Naturalmente, la recién formada Organización Gehlen trabajaba de cerca con el socio obvio dentro de los círculos de inteligencia estadounidenses, los Cuerpos de

Contrainteligencia de EUA (CIC). En 1947, bajo la Ley de Seguridad Nacional, nació la Agencia Central de Inteligencia. Reinhard Gehlen y Allen Dulles, el director de la nueva organización, se hicieron amigos de inmediato.

En julio de 1948 la CIA tomó control total de la Organización Gehlen y el oficial de la CIA coronel James H. Critchfield la dirigió oficialmente, a pesar de que Gehlen mismo siguió siendo el verdadero hombre en el poder. Después de la guerra, el CROWCASS (el Registro Central de Sospechosos de Crímenes de Guerra y Seguridad) era el depósito de los registros de criminales de guerra nazis requeridos por la justicia. Al mismo tiempo que la CIA tomó control de la Organización Gehlen, los archivos del CROWCASS fueron entregados a Reinhard Gehlen y su unidad clandestina de inteligencia.

Los locos verdaderamente habían tomado el control del manicomio.

En marzo de 1959, EUA decidió nombrar formalmente a Reinhard von Gehlen como cabeza del Servicio de Inteligencia de Alemania Occidental. La Unión Soviética objetó en voz alta, sin sorpresas, pues Gehlen era requerido por los soviéticos bajo cargos de crímenes de guerra. En 1955, cuando Alemania Occidental recibió de vuelta su soberanía, la Organización Gehlen se convirtió en el servicio de inteligencia extranjera alemán, el BND.

Bajo la Ley de Revelación de los Crímenes de Guerra Nazis de EUA, la CIA se vio forzada a liberar una evaluación de sus lazos con antiguos nazis, marcada como «secreta» y titulada: «El perro guardián de América amarrado». El primer párrafo declaraba: «En 1949... La CIA asumió la responsabilidad del naciente Servicio de Inteligencia de Alemania Occidental. Más que cualquier otro proyecto, esta acción enlazó a la Agencia Central de Inteligencia con veteranos de los servicios de inteligencia de la Alemania nazi, algunos con célebres reputaciones ganadas durante la guerra».

El reporte de la CIA continúa: «La Organización Gehlen ha sido acusada durante mucho tiempo de actuar como refugio para los nazis y los que cometieron crímenes durante el Tercer Reich. Debido a su patrocinio del servicio de inteligencia alemán, el Ejército de EUA y la CIA están implicados en estas acusaciones. Desde los días más tempranos... la CIA reconoció esto como un problema y, de hecho, advirtió al Ejército sobre apoyar a Gehlen. Después de 1949, la CIA heredó estas mismas preocupaciones y, mientras que reprimía el punto de vista de Gehlen sobre el programa de crímenes de guerra estadounidense, la Agencia jamás lograría que los alemanes “limpiaran la casa”».

En 1972 Reinhard von Gehlen publicó sus memorias, denotando el nivel de «respetabilidad» y estatus que había alcanzado en la sociedad civilizada. Titulado *El servicio*, el libro proclama: «El servicio son las memorias del general Reinhard Gehlen, el legendario espía en jefe, el cabecilla del espionaje militar de Hitler en Rusia, quien, cuando terminó la guerra, transfirió sus colosales archivos y su red de espionaje a Estados Unidos, para finalmente convertirse en el jefe de la agencia no oficial de inteligencia de Alemania Occidental».

En 2006, se liberó un número limitado de archivos de la Organización Gehlen bajo la Ley de Revelación de los Crímenes de Guerra de EUA. A partir de su estudio, el Proyecto sobre Secreto Gubernamental de la altamente respetada Federación de Científicos Estadounidenses (FAS, por sus siglas en inglés) registró los nombres de los principales criminales de guerra nazis empleados por la Organización Gehlen y, por lo tanto, también por la CIA.

Estos incluían al antiguo *oberführer* Willi Krichbaum de las SS, responsable por la deportación de judíos húngaros, de los cuales unos 300 000 perdieron la vida; el *standartenführer* doctor Franz Six de las SS, quien en 1941 comandó un *einsatzgruppe* que exterminó a los judíos de la ciudad rusa de Smolensk; el *sturmbannführer* Alois Brunner, un oficial de la Gestapo que trabajó directamente bajo las órdenes de Adolf Eichmann y que «purgó» a París de sus judíos.

Y no concluyamos que este era un fenómeno puramente estadounidense; los británicos resultaron igualmente adeptos a reclutar criminales de guerra nazis, ya sea para espiar a los rusos o porque estaban familiarizados con los secretos tecnológicos y militares más buscados de la Alemania nazi. Si hubiese un equivalente británico a la Ley de los Crímenes de Guerra Nazis de EUA (la cual a la fecha tristemente no existe), sin duda alguna emergerían archivos que resultarían igualmente desconcertantes.

La lista de la FAS de los principales criminales de guerra nazis empleados por la Organización Gehlen y la CIA sigue y sigue. Incluye comandantes de las SS que sirvieron en Auschwitz, Treblinka, Buchenwald, Dachau y otros campos de concentración nazis.

También incluye la siguiente entrada:

SS *obersturmbannführer* doctor Erich Isselhorst, SS núm. 267313. Nacido el 5 de febrero, 1906. El sujeto era comandante de la policía y SD en Estrasburgo y también inspector de la SD, Stuttgart. También fue oficial en jefe del *einsatzkommando* 8 del *einsatzgruppe* A.

Isselhorst obtuvo el rango de *standartenführer* para el final de la guerra.

Por lo tanto, debemos hacernos la pregunta: ¿alguna vez ejecutaron a Isselhorst, como decían los franceses? ¿O, como la CIA y los documentos relacionados sugieren, su ejecución fue algún tipo de cubierta bajo la cual el antiguo *standartenführer* Erich Isselhorst sobrevivió, para trabajar para la Organización Gehlen y la CIA?

En los Archivos Nacionales está guardada una copia del registro francés de la ejecución de Isselhorst, junto con los varios artículos de correspondencia de las autoridades británicas que pedían pruebas de que la sentencia de muerte otorgada por las cortes francesas y británicas había sido llevada a cabo. Sin embargo, los documentos de la CIA alojados en los Archivos Nacionales de EUA sugieren que Isselhorst continuó con una carrera larga y útil con la Organización Gehlen y la Agencia.

Al final, ¿a quién creerle?

Ciertamente, el proyecto sobre el Secreto Gubernamental de la Federación de Científicos Estadounidenses tiene pocas dudas: Isselhorst está registrado como uno de la media docena de criminales de guerra nazis que trabajaron tanto para la Organización Gehlen como para la CIA.

De cualquier forma, quizás es afortunado que los Cazadores Secretos no cayeran en cuenta de la posibilidad de que Isselhorst escapara a la justicia y siguiera trabajando para la inteligencia occidental. Enterarse de que Isselhorst tal vez escapó a la justicia hubiera sido el golpe más cruel.

Por último, debemos volver al *sturmbannführer* Hans Dietrich Ernst. El 9 de marzo de 1977 un periódico alemán publicó el siguiente artículo breve:

Un exoficial de las SS acusado de participar en la deportación y el asesinato de numerosos judíos franceses ha sido despojado de su derecho de practicar las leyes por una corte en Oldemburgo, al norte de Alemania. La acción en contra de Hans Dietrich Ernst, comandante regional del Servicio de Seguridad Alemán y la Policía de Seguridad en Francia durante la guerra, siguió a varias representaciones del abogado francés antinazi Serge Klarsfeld.

Ernst fue sentenciado a muerte en ausencia en cuatro ocasiones por cortes francesas. Alemania Occidental no reconoció esas sentencias, pero el fiscal del Estado de Colonia está investigando la actividad de Ernst durante la guerra.

Increíblemente, durante tres décadas después de que los Cazadores Secretos fueran forzados a abandonar su búsqueda, Hans Dietrich Ernst llevó una vida silenciosa en su natal Alemania, trabajando como abogado y, muy probablemente, como agente de la

Gehlen/CIA/BND. A principios de la década de 1980 las autoridades alemanas aparentemente estaban listas para acusar a Ernst bajo cargos de crímenes de guerra.

Murió de viejo antes de que pudiera enfrentar un juicio.

En las décadas de 1940, 1950 y 1960, mientras Occidente se preparaba para la Guerra Fría, parece haber triunfado el pragmatismo amoral sobre lo justo y lo correcto. ¿Fue (es) esto justificado o, de hecho sensato? Dejando de lado el problema moral, la simple realidad del asunto es que la contratación de antiguos criminales de guerra nazis para manejar nuestro aparato de inteligencia fue una política fallida, en términos de los resultados obtenidos.

Esos «antiguos» nazis tenían un código moral insolvente, estaban permanentemente dañados por los crímenes de guerra y los inconfesables horrores que habían perpetrado, además de que no eran leales a nadie, con seguridad no a los poderes occidentales que habían borrado el sueño nazi y, una vez más, habían dejado a Alemania en una derrota abyecta. Solo debían fidelidad a ellos mismos y a su propia raza. Resultaron, a lo mucho, aliados cuestionables y su inteligencia de valor altamente dudoso.

Pero incluso si resultaban espías de clase mundial, ¿contratar a esos «antiguos» nazis era justificable moralmente? La respuesta sencilla es no. Si hubiera habido una encuesta al final de la guerra que preguntara a la gente de las naciones aliadas si respaldaban tal política, la respuesta hubiera sido abrumadoramente negativa. Hay ciertas líneas que nunca deben cruzarse. Contratar antiguos asesinos en masa, violadores, asesinos de niños y criminales de guerra racistas para poblar nuestro aparato de inteligencia estuvo mal y les negó a las víctimas de tanto sufrimiento la más crucial de las cosas: la justicia.

Cuando hablamos de los crímenes de guerra nazis, debidamente acentuamos que no debemos permitir que esas atrocidades sucedan de nuevo (aunque, en buena medida, hemos fallado en los Balcanes, Ruanda y Darfur). Pero también debemos cuidarnos en contra de que les permitan huir sin castigo a quienes cometieron crímenes terribles contra la humanidad simplemente porque se cree que podrían representar alguna ventaja para nuestra causa. Eso es igualmente inaceptable. Escudar a Gehlen, Barbie, Rauff (y posiblemente a Isselhorst y Ernst) de la justicia fue en extremo reprochable.

Nuestras instituciones democráticas (incluyendo a nuestra milicia y el aparato de inteligencia) nunca deben ponerse por encima de la ley.

Epílogo

Durante la guerra, el teniente coronel Brian Morton Foster Franks recibió la Cruz Militar (MC, por sus siglas en inglés) en 1943 y la Orden del Servicio Distinguido (DSO, por sus siglas en inglés) en 1944, luego de la operación Loyton. Después de la guerra le fue otorgada la Légion d'Honneur francesa y la Croix de Guerre. Alcanzó el grado de coronel honorario al mando del 21º SAS, el regimiento reservista que comandó hasta 1950 y el cual formaría las bases para refundar propiamente el regimiento del SAS, a principios de la década de 1950.

De 1959 a 1972 fue el director del Hyde Park Hotel, en Londres, y también trabajó para el grupo Trust Houses Forte. Convertido en el coronel honorario del 21º SAS, vendría luego a ser el coronel comandante del reformado regimiento del SAS. Se casó y tuvo dos hijos, y falleció en 1982, en Suffolk.

El mayor Bill Barkworth emigró a Australia, donde se construyó una nueva vida lejos de las oscuras realidades de los crímenes de guerra nazis. Se casó y se estableció en sus negocios. Murió de un ataque cardíaco en enero de 1986.

Luego de su temporada trabajando desde Eaton Square, el capitán príncipe Yurka Galitzine armó una compañía londinense de relaciones públicas en Mayfair. Le llevó mucho tiempo perdonar al pueblo alemán en conjunto por Natzweiler y los muchos otros horrores que atestiguó. «No distinguía la diferencia entre alemanes», comentó. «Para mí, todos los alemanes eran crueles y, como resultado, era muy vengativo... El tiempo es el gran ablandador».

Galitzine se casó en cuatro ocasiones; tuvo dos hijos y tres hijas, y se convirtió en un exitoso hombre de negocios internacionales. Se retiró al condado de Rutland, el más pequeño de Inglaterra, en Midlands del Este, donde se hizo gobernador y después presidente de la Sociedad Rutland. Siguió orgulloso de su herencia rusa y estuvo contento de regresar al país de sus ancestros después del colapso de la Unión Soviética. Algunos de sus documentos privados están archivados en «La sala príncipe Yuri Galitzine», en el museo del condado de Rutland. Murió en noviembre de 2002, después de una breve enfermedad.

El capitán y luego mayor Henry Carey Druce fue laureado con la Orden del Servicio Distinguido y la Croix de Guerre con Palma por su trabajo durante la operación Loyton, su mención en la DSO alababa su habilidad, arrojo y su completo desinterés en

su propia seguridad. En los Vosgos, Druce se ganó «la admiración no solo de todas las tropas británicas con las que tuvo contacto, sino también de los lugareños franceses entre quienes su nombre se volvió un proverbio».

Una vez que cruzó las líneas para reunirse con la fuerza del coronel Franks en la operación Loyton y no logró encontrarlos, cruzó las líneas entonces de vuelta por tercera ocasión y llegó a salvo hasta las fuerzas estadounidenses, a pesar de que ellas (temporalmente) lo arrestaron porque sospechaban que era un «espía alemán». Continuó para servir con distinción con el SAS en Arnhem, donde comandó una flota de 10 Jeep, que penetró detrás de las líneas enemigas para emboscar columnas alemanas y tomar poder de un aeródromo.

Después de la guerra se unió al MI6 (el servicio secreto de inteligencia británico) y sirvió en Holanda e Indonesia. Los franceses lo honraron una vez más en 1951, cuando lo invitaron a reencender la flama en el Arco del Triunfo. Ese año dejó el MI6; se mudó a Canadá con su esposa y sus tres hijos, y emprendió un negocio de transportes marítimos. Murió en 2007, a la edad de 85.

A lo largo de su vida después de la guerra, Druce visitaba Moussey regularmente. En una ocasión visitó el bar del que tuvo que escapar de los alemanes en una bicicleta de niño que robó. El hombre detrás de la barra se acordaba de él y le recordó ese episodio. Druce subsecuentemente le envió un modelo de una bicicleta infantil, la cual hasta este día conserva orgullosamente el dueño del bar sobre su barra.

El capitán del SAS y luego mayor Peter Lancelot John Le Poer Power sobrevivió a la guerra y mereció una Mención en los Despachos y una Cruz Militar. Trabajó como plantador de té en su vida civil y murió en febrero de 1998, a los 86 años.

El capitán John Hislop (excelente *jockey* aficionado y Phantom de la operación Loyton) sobrevivió a la guerra y se volvió un exitoso periodista deportivo, escritor y criador de caballos de carreras. Igualmente, ganó 102 carreras en la pista y como jinete aficionado fue campeón durante 13 temporadas consecutivas. Hislop fue corresponsal del *Observer* por 16 años y escribió varios libros sobre carreras, incluyendo sus excelentes memorias entre las carreras de caballos y los tiempos de guerra, *Anything but a Soldier*. Se casó y tuvo dos hijos. Murió en febrero de 1994, en Suffolk.

El capitán Chris Sykes, el oficial de inteligencia de la operación Loyton, ganó una Mención en los Despachos y una Croix de Guerre. Sobrevivió a la guerra y se convirtió en novelista y biógrafo en su vida civil; fue investido como Miembro de la Real Sociedad de Literatura. Escribió más de 12 libros, incluyendo *Four Studies on Loyalty*, cuya parte final trata —algo tangencialmente— sobre sus experiencias de la operación Loyton.

Contaba entre sus amigos cercanos a la escritora Evelyn Waugh y, antes de la guerra, a Robert Byron. Trabajó como reportero extensivamente para la radio de la BBC y también escribió para revistas británicas y estadounidenses, incluyendo el *New Republic*, el *Spectator* y otras. Se casó dos veces y tuvo un hijo. Murió en diciembre de 1986.

Ralph *Karl* Marx (el extraordinario combatiente de la operación Loyton) fue laureado con una Cruz Militar por su parte en la operación Loyton. Las repercusiones de las misiones en los Vosgos sobre su salud resultaron con una pensión por discapacidad de 100% al final de la guerra. Luego de eso, Marx fue a Cambridge a estudiar ingeniería y ganó un Azul* en boxeo; insistió en devolver su pensión por discapacidad. Forjó una exitosa carrera de ingeniero. Se casó, tuvo un hijo y dos hijas, y murió en diciembre de 2000, a la edad de 78 años.

Lou Fiddick, aviador canadiense derribado y operador honorario del SAS en la operación Loyton, sobrevivió a la guerra y regresó a su natal Canadá, desde donde se mantuvo en contacto con sus camaradas del SAS, el capitán Druce principalmente, quien se hizo residente canadiense.

El guía francés y hombre honorario del SAS, Roger Souchal, sobrevivió a la guerra para volverse un abogado exitoso en la ciudad francesa de Nancy.

El sargento Fred *Dusty* Rhodes regresó a su natal Barnsley luego de su temporada con los Cazadores Secretos, y retomó su trabajo en el consejo local del departamento de parques. En 1985 retornó a Moussey y dejó coronas en el cementerio a nombre de sus camaradas, para honrar a los sepultados allí. Volvió a La Grande Fosse y dejó una cruz negra con la inscripción: «En este lugar, fueron asesinados ocho miembros del Regimiento del 2º SAS, el 15 de octubre de 1944».

Rhodes fue uno de los que se negaron a guardar silencio sobre el trabajo de los Cazadores Secretos. Después de la guerra concedió varias entrevistas, algunas de las cuales están alojadas en el Museo Imperial de Guerra. En una de ellas, Rhodes dejó claros sus sentimientos sobre la restricción durante 75 años de los archivos oficiales concernientes al trabajo de crímenes de guerra del SAS: «Lo que constituyó el registro de Loyton..., ¿por qué lo pusieron bajo una restricción de 75 años?, realmente no lo sé. Me pregunto si esos 75 años aplican también para otros [archivos]».

Rhodes concedió las entrevistas que consideró necesarias en un esfuerzo por ayudar a romper el silencio.

Hoy Moussey, la operación Loyton y sus secuelas forman parte de la leyenda del Regimiento del SAS. Para los que saben de ella, la operación Loyton es conocida como

«el Arnhem del SAS». Las operaciones de cacería de los Cazadores Secretos se estudian en el Regimiento hasta el día de hoy, a manera de modelo para las operaciones modernas contra crímenes de guerra como las que siguió el SAS luego del conflicto en los Balcanes.

Miembros del Regimiento aún regresan regularmente a ese pequeño pueblo de los Vosgos para honrar a los caídos: tanto a sus camaradas del SAS como a los cientos de civiles franceses que perecieron junto a ellos. El último domingo de septiembre de cada año, el pueblo de Moussey los recuerda. Después de la misa en la iglesia —donde cuelga un pendón oficial del Regimiento del SAS— se dejan coronas sobre las tumbas de los hombres del SAS que están sepultados en el atrio, y en el memorial de los lugareños que fueron deportados para nunca regresar.

Uno del menguante grupo de los sobrevivientes lee en voz alta la larga lista de los desaparecidos y después de cada nombre otro veterano pronuncia las palabras: «*Mort pour la patrie*».

NOTAS

* *Blue*. Galardón que pueden obtener los atletas universitarios de ciertos países angloparlantes. [N. de T.]

Nota Final

Varias décadas después de que terminara la guerra, un hombre llamado Peter Mason publicó un libro llamado *Official Assassin*. En él clamaba ser un antiguo soldado del SAS que trabajó para un brazo clandestino de esta organización, asesinando a los criminales de guerra que, por cualquier razón, no pudieron ser llevados ante la justicia. Las supuestas aventuras de Mason recibieron cierta cobertura de los periódicos de la época: «Escuadrón sicario británico “ejecutó” nazis» rezaba un encabezado de diciembre de 1977 en el *Sunday Times*.

Mason dijo que trabajaba desde un establo adaptado en las cercanías de Stuttgart y que sus actividades contaban con el apoyo secreto de la Oficina de Guerra. Clamaba haber ejecutado a 16 nazis que de otro modo hubieran escapado a la «justicia». Mason relató cómo recogían a un hombre en un campo de prisioneros de guerra, lo ejecutaban en secreto y luego afirmaban que se había suicidado o que lo habían matado al intentar escapar.

No hay ninguna documentación en ninguno de los archivos que apoye esas declaraciones. Esto no significa que sean falsas. Había un paracaidista P. Mason registrado como uno de los hombres del SAS en la operación Loyton. Era parte del grupo de 14 hombres que se lanzaron sobre los Vosgos la noche del 21 al 22 de septiembre de 1944. P. Mason también era el «ajustador» en el Jeep del coronel Franks que atravesaba los Vosgos tiroteando objetivos alemanes.

Por supuesto, eso no significa que el P. Mason de la operación Loyton y el Peter Mason que escribió *Official Assassin* sean la misma persona. Pero uno de los supuestos asesinatos de Peter Mason es el de Fritz Opelt. Un Fritz Opelt sirvió bajo las órdenes del *sturmbannführer* Hans Dietrich Ernst en los Vosgos. Opelt era uno de los que constituían el grupo de asesinos que fusiló a los ocho hombres de la operación Loyton en los bosques de La Grande Fosse.

En 1946, Opelt estaba registrado como requerido por los británicos por el asesinato de 16 paracaidistas británicos: 16 de los desaparecidos de la operación Loyton. Parece no haber evidencia de que el Fritz Opelt buscado por crímenes de guerra haya sido llevado a juicio jamás.

Bibliografía

- Asher, Michael, *The Regiment*, Viking, 2007.
- Bloxham, Donald, *Genocide on Trial*, Oxford University Press, 2001.
- Bonn, Keith E., *When the Odds Were Even*, Presidio Press, 1994.
- Breitman, Richard; Norman J.W. Goda; Timothy Naftali y Robert Wolfe, *US Intelligence and the Nazis*, Cambridge University Press, 2005.
- Brun Lie, Arne y Robby Robinson, *Night and Fog*, W.W. Norton, 1990.
- Burbidge, Colin, *Preserving the Flame*, YouWriteOn.com, 2008.
- Clutton-Brock, Oliver y Raymond Crompton, *The Long Road*, Grub Street, 2013.
- Cookridge, E.H., *Gehlen, Spy of the Century*, Corgi Books, 1972.
- Cowburn, Benjamin, *No Cloak, No Dagger*, Pen & Sword, 2009.
- Farran, Roy, *Winged Dagger*, Cassell, 1948.
- Fiennes, Ranulph, *The Secret Hunters*, Little Brown, 2001.
- Ford, Roger, *Fire from the Forest*, Cassell, 2003.
- _____, *Steel from the Sky*, Cassell, 2004.
- Gehlen, Reinhard (David Irving – traducción inglesa), *The Service*, World Publishing, 1972.
- Grehan, John y Martin Mace, *Unearthing Churchill's Secret Army*, Pen & Sword, 2012.
- Hislop, John, *Anything but a Soldier*, Michael Joseph, 1965.
- Hunt, Linda, *Secret Agenda*, St. Martin's Press, 1991.
- Jones, Benjamin F., *Freeing France: The Allies, the Résistance and the JEDBURGHs*, University of Nebraska-Lincoln, 1999.
- Jones, Tim, SAS: *The First Secret Wars*, I.B. Tauris, 2005.
- Kemp, Anthony, *The SAS at War 1941–1945*, Penguin Books, 1991.
- _____, *The Secret Hunters*, Michael O'Mara Books, 1986.
- McCue, Paul, SAS *Operation Bulbasket*, Leo Cooper, 1996.
- Millar, George, *Maquis*, Cassell, 1945.
- Mortimer, Gavin, *Stirling's Men*, Cassell, 2004.
- O'Connell, Brian, *John Hunt*, O'Brien Press, 2013.
- Russell, Lord, of Liverpool, *The Scourge of the Swastika*, Cassell, 1954.
- Scholey, Pete, *Who Dares Wins*, Osprey Publishing, 2008.

Seel, Pierre, *I, Pierre Seel, Deported Homosexual*, Perseus Books, 2011.
Stevenson, William, *Spymistress*, Arcade Publishing, 2007.
Sykes, Christopher, *Four Studies in Loyalty*, William Collins, 1946.
Walker, Jonathan, *Operation Unthinkable*, History Press, 2013.
West, Nigel, *Secret War*, Coronet Books, 1992.

Índice

168 peldaños de la tortura, Los
19º Ejército

A

ácido carbólico
África del Norte (norte de África)
AG3-VW (Rama 3 del General Adjunto-Violación de las leyes y usos de guerra)
agentes nerviosos (gas)
ahorcamiento
Airspeed AS.10 Oxford
Alastair (equipo Jedburgh)
alcalde de
 Moussey
 Pierre-Percée
Alimnia, Grecia
Alsacia
Alsacia, maquis de
Allarmont, Vosgos
Amberes, Bélgica
amigdalitis
anfetaminas
Antitanques
Anything but a Soldier (Hislop), x
Appleyard, Brian
Arco del Triunfo de París
Archibald (equipo Jedburgh)
Archivos Nacionales (Kew), xviii
Archivos Nacionales de EUA, Washington, DC
aria, raza superior
armas químicas
Armstrong Whitworth-Whitley, bombarderos
Arnhem, Holanda, xiv
Arnold, Albert
artilugios
Artists Rifles
Ashe, paracaidista
Astor, John *Jackie*
ataques de golpear y huir (relámpago)
Atkins, Vera
Attlee, Clement
Auschwitz, campo de concentración de
Austin, Fred
Australia

Austria
Ayrshire

B

B-17, *véase* Boeing B-17
Baccarat, Lorraine
Baden-Baden, Alemania
Badonviller, Lorraine
BAFTA (Academia Británica de las Artes Cinematográficas y Televisivas), xiii
Baker Street, Londres
Balcanes
baliza
Bamboula
bandidos
BAOR (Ejército británico del Rin)
Barbie, Klaus
Barce, Libia
Barkworth, Eric *Bill*, xvii
Basse de Lieumont, Vosgos
Bastilla, Día de La
Bauhaus
bazucas
BBC (British Broadcasting Corporation)
Bedford, camiones
Bélgica
Belsen, campo de concentración de
Belval, Vosgos
Bellet, capitán
Beneit, *madame*
Bennet, Jimmy
benzedrina
Bergen, mochilas
Bergeron, *mademoiselle*
Berkeley de Piccadilly, hotel
Berkshire, Inglaterra
Berlín, Alemania
Bevin, Ernest
Black, James
Blyth, Bill
BND (*Bundesnachrichtendienst*)
Boeing B-17
boinas
Bois de Bon Repos, Lorena
Bois Sauvages, Les, Vosgos
Boisarrrie, Guy
bolsas de pierna
Boris King, véase Kasperovitch, Boris
Bormann, Martin
Borrel, Andrée

Boscher
Bosques Salvajes, *véase* Bois Sauvages
Bouchard, Médecin-Colonel
Bouvier, Henry de
Bren, ametralladora
Bristol, Inglaterra
BRO (Organización de Resistencia Británica)
Brown, Oliver
Brown, soldado
Browning 9 mm Hi-Power
brújula de botón
brújula de pluma fuente
brújulas
Brunner, Alois
Buck, Karl
Buckingham, Palacio de
Buchenwald, campo de concentración de
Burdeos, Francia
Burt, T.
Byron, Robert

C

C, contenedores tipo
Cairo, El, Egipto
Calvert, *Mad* Mike
cámaras de gas
Cambridge, Universidad de
Cambridgeshire, Inglaterra
camión todoterreno
campos de concentración
 Auschwitz
 Belsen
 Buchenwald
 Dachau
 Mauthausen
 Natzweiler-Struthof
 Rotenfels, campo de trabajos de
 Schirmek
 Sicherungslager
 Treblinka
Canadá
Caretina
Carnicero de Lyons, véase Barbie, Klaus
carreras de caballos
catolicismo
Cazadores Secretos, *véase* Villa Degler, xv-xix
Celles-sur-Plaine, Vosgos
cerillos de seguridad
Ceylán

CIA (Agencia Central de Inteligencia), xix
CIC (Cuerpos de Contrainteligencia)
Cirey, Vosgos
cirugía plástica
Claridge
Claude, abate
Cockleshell, Héroes de
Col de la Chapelotte, Vosgos
Colchester, Essex
Coldstream, Guardias
Colin, Clement
Colmar, Alsacia
Colonia, Alemania
Colt .45
Comisionados de Aduanas y Hacienda de SM
Compo, raciones
comunismo
Connaught, *véase* Boisarrie, Guy
Consejeros militares
Consolidated B-24 Liberator
Convención de Génova (1929)
Convención de La Haya
Conway, John
Cortina de Hierro
Côte des Chênes, Vosgos
Côte du Mont, Vosgos
Crímenes de guerra, equipos de “cacería” de (Galitzine), xvi, xviii
cristales
Croix de Guerre
Crossfield, Ron
CROWCASS (Registro Central de Sospechosos de Crímenes de Guerra y Seguridad)
Crozier, soldado
Cruz de Hierro
Cruz Militar (MC)
Cruz Roja
Cruz Victoria, xiii
Cuartel General de la Brigada Táctica
Cuartel General de las Fuerzas Especiales (SFHQ)
cuarto brazo armado
Cuerpos Aeronáuticos Británicos
Cuerpos de Contrainteligencia (CIC)
Champanay, Alsacia
Chapelotte, La, Vosgos
chaqueta
chaquetas de paracaidismo
Charmes, Vosgos
Château de Belval, Vosgos
Châtenois, Alsacia
Chavez hijo, David
Cheam, Surrey

checos
Cheltenham, hipódromo
Church, Soldado
Churchill, Randolph
Churchill, Winston, xiii-xiv
Churchill's Secret Warriors, xiii-xiv,

D

Dachau, campo de concentración de
Daimler-Benz
Darfur
Davis, Gerald
DC3 Dakota
de Gaulle, Charles
defensa de las órdenes superiores
Degler, Herr
Denison, chaqueta
Denning, Arthur *Denny*
Departamento de Justicia (EUA)
Detroit Electric, berlina
Devon, Inglaterra
Día D
Día de la Victoria en Europa (VE)
diarios de guerra, xvii
Dill, David
Dinkel, Karl
Dirección de Guerra Política (PWE)
Dirección de Operaciones Especiales (SOE), xi
docena sucia
Dorset, Inglaterra
Doryphores
Dover, Kent
Draper, Gerald
Druce, Henry Carey
Dunkirk (1940), evacuación de
Dunning, Henry W.

E

Eaton Square, Londres, xv
eau de vie (agua de vida)
Egeo, islas del
Egipto
Eichmann, Adolf
einsatzkommando Tanzmann
einsatzgruppen
Eisenhower, Dwight David
Eisernes Kreuz, *véase* Cruz de Hierro
ejercicios de acondicionamiento físico
Ejército británico

Coldstream, guardias
Granaderos, Guardias
Infantería Ligera de Somerset
Real Cuerpo de Señales
Regimiento de Paracaidistas
Regimiento de Pilotos de Planeadores, 8
Ejército de EUA
Ejército francés
Spahis
Ejército indio
Ejército Rojo
El Alamein
«El perro guardián de América amarrado»
Elliot, John
emblema de gorra, xv
emblema de la daga alada, xv
Equipo Alastair
Equipo Archibald
Equipo Jacob
Erlich (Gaggenau), bosque
Ernst, Hans Dietrich
Escocia
escopetas recortadas
Essex, Inglaterra
Estados Unidos de América, ix
Estafa, La
Estonia
Estrasburgo, Alsacia
Etienne (maquis)
Eureka, baliza aérea
explosivos plásticos (EP)
Expreso Bola Roja (Red Ball Express)

F

F, Escuadrón
F, sección
Fairbairn-Sykes, cuchillo de combate
Fairford, Gloucestershire
FAS (Federación de Científicos Americanos)
Fenol
Ferrandi, soldado
Fey, Auguste
Fey, Madeleine
FHO (Fremde Heere Ost)
Fiddick, Lou
Fischer, Karl
Fitzpatrick, sargento
Flautista
Fordham, sargento aviador

Forêt de Reclos, Lorena
Fouch (espía alemán)
Four Studies in Loyalty (Sykes), x
Frankfurt, Alemania
Franks, Brian, xv-xvii
Freine, Albert
Freine, *Madame*
Friedlaender, Rudolf, véase Lodge, Robert
Frisia oriental, Alemania
Fuerza Aérea Canadiense
Fuerza Aérea de EUA
Fuerza Aérea Italiana

G

Gaede
Gaggenau, Alemania, xvii
Galena
Galitzine, Yuri *Yurka*, xvi, xix
Gammon, bombas
Ganninger, Heinrich
garde de forêt
Garth, soldado de primera clase
gas venenoso
Gassman, abate Achilles
Gehlen, Organización, xix
Gehlen, Reinhard von
Gehrum, Julius
Genn, teniente coronel
Gestapo, xiv-xv
Glebe (Colchester), Casa
Gloucestershire, Inglaterra
Goodfellow
Göppingen, Alemania
Gough, Victor
GP (propósito general)
GP35
gran escape, El
Gran Ballon, Vosgos
Grandval, Gilbert
Grecia
Green Park, Londres
griff
Griffin, soldado
Groebel, doctor
Grupo del Desierto de Largo Alcance (LRDG)
Gruppe Kieffer
guardabosque
Guardias Granaderos
guerra de guerrillas

Guerra Fría
guerrero del sombrero de copa
gulag
Gunston, capitán
gusanos de papas

H

H, contenedores tipo
hachete (smatchet)
Haley, coronel
Halifax, bombarderos, *véase* Handley Page Halifax
Hall, Wally *Ginger*
Hamelin, Alemania
Handley Page Halifax
Hansel y Gretel, casa tipo
Haouy, Renée
Hartjenstein, Fritz
Haug, Karl
hauptsturmführer
Hay, David *Jock*
Helfen, Werner
Herberg
Herring, Pastor
Hertfordshire, Inglaterra
Hett, abate Alphonse
hexamina, estufa de
Heydrich, Reinhard
Hilker
Himmler, Heinrich
Hislop, Arthur
Hislop, John, x
hiwis (Hilfswilliger)
Hoare, Henry
Hodges, Curtis E.
Hohneck, Vosgos
Holanda, *véase* Países Bajos
Holocausto, *véase también* campos de concentración
Hombres Lobo, los
homosexualidad
hongos
Hughes, Quentin
Hunt, Alastair
Hutchinson, Jim
Hyde Park Hotel, Kensington

I

ictericia
India
Indonesia

Irán
isla de Wight, Inglaterra
islas del Canal (Sark)
Isselhorst, Erich
Italia, xvi
Iveson, soldado

J

jabalí, cacería del
Jacob (equipo Jedburgh)
Jacoby, Garis
Janzen, Walter
Japón
Jaula, La, *véase* RAF Fairford
Jean (líder maquis)
Jebel, El
Jed Set
Jedburghs
Jeep vehículos
JODI, contenedores
Johnsen, Peter
Johnston, *Jock*
Jolie, Angelina, xiii
Joubert (maquis)
Juana de Arco
judíos
juez abogado general (JAG)
Juicios por Crímenes de Guerra
Junkers, aeronave
Juventudes Hitlerianas

K

Kaenemund, Georg
Kasperovitch, Boris
Kensington, Londres
Kent, Inglaterra
Kessler, Max
Kiev, Ucrania
Klarsfeld, Serge
Kohrs, doctor
Kolbshein
Korb
Kramer, Josef
Krenzer, Ernst
Krichbaum, Willi
Kubiski, cabo

L

La Fosse, Vosgos

La Grande Fosse, Vosgos
Lac de la Maix, Vosgos
lago de Constanza
Lancaster, bombardero
Lancers
Lassen, Anders, xiii
Launay, Victor
lavado de cerebros
Le Harcholet, Vosgos
Le Puid, Vosgos
Le Roitelet, Vosgos
Le Rolland, Freddy y Myrhiam
Le Saulcy, Vosgos
Le Vermont, Vosgos
Leclerc de Hauteclocque, Philippe
Lee-Enfield
Leer, Frisia Oriental
LeFranc, Félix
Legion d'Honneur
legión extranjera
Lehman
Leigh, Vera
Leipzig, Alemania
Lesseps, capitán
Letonia
Lewes
Lewis, Donald
Ley de Divulgación de los Crímenes de Guerra Nazis (1999), xix
Ley de Seguridad Nacional (1947)
Liberator, bombardero *véase* Consolidated B-24 Liberator
Libia
«libre de impuestos»
Lista olvidada
Little Pisser
Lituania
Lodge, Robert
logia del *turf*
Londres, Inglaterra, xv
Lorena, Francia
Luftwaffe
Luger, pistola
Lunéville-St. Dié, Vosgos

M

M1-A1, carabina
Macbeth (Shakespeare)
Macmillan, Maurice
Maison Quiren, Le Harcholet
Malicoco

Mannheim, Alemania
mapa de pañuelo
mapa de seda
maquis, xi
Marcel (comandante maquis)
Mark II, cuchillo de combate
Marx, Ralph *Karl*
Maschinengewehr
Mason, Peter
Mason, soldado
Mauthausen, campo de concentración de
Máximo *véase* Grandval, Gilbert
Mayfair, Londres
Mayne, Blair *Paddy*
McGovern, soldado
McGregor, J.
McLeod, Roderick
McVean-Gubbins, Colin
medalla al Comportamiento Distinguido
Medalla al Servicio
Medalla de Tapferkeit
Medalla del Rey por el Servicio a la Causa de la Libertad
Mediterráneo, Mar
Mención en los Despachos
mercado negro
Mercedes-Benz
Mere, Somerset
mérito sobre el rango
Meurthe, río
Meurthe-et-Moselle, Lorena
MI6
Michel (alcalde de Pierre-Percée)
milicianos
Milk Bar (caballo)
Milton Hall, Cambridgeshire
Ministerio de Guerra Económica
Modelo X, mochila de salto
Moor (Hertfordshire), parque
morfina
Morgan, sargento
Moscú, Rusia
Moselle, río
Mousse, Vosgos, xiv-xix
Moyenmoutier, Vosgos
Muller, Leon
Múnich, Alemania
Murg, río
Museo Imperial de Guerra, xviii
Muth, Josef
Mutzig, Alsacia

N

Nacht und Nebel, xiv
nachtschirmfalljäger
Nancy, Francia
Napoleón III, emperador de Francia
Natzweiler-Struthof, campo de concentración
Neufmaisons, Lorena
Neuschwanger, Heinrich
Neuschwanger, Ottmar
Neville, sargento
New Republic
Nicol Brown & Coyle Ltd.
Nicole, M.
Niebel
Niven, David
Niza, Francia
Noailles, Francia
Nomexy, Vosgos
Normandía, desembarcos de (1944)
Noruega, xvi
Nuremberg, Alemania
Nussberger, teniente

O

O'Leary, Patrick
Oakes, Freddie
Oberg
oberscharführer
Observer
Official Assassin (Mason)
Oficina de Guerra, xvi-xvii
Oficina de Investigación Interservicios
Oficina de Servicios Estratégicos (OSS)
Oficina Extranjera
Oficina Internacional de Información (IBI)
Oficina Principal de Seguridad del Reich (RSHA)
Oldemburgo, Alemania
Olschanezky, Sonya
Opelt, Fritz
operación Barleycorn (1945)
operación Basalt (1942)
operación Buick (1944)
operación Bulbasket (1944)
operación Cadillac (1944)
operación Caravan (1942)
operación Frankton (1942)
operación Grassy (1944)
operación Impensable (1945)

operación Loyton (1944), xiv-xv, xix
operación Rusty, *véase* Organización Gehlen
operación Source (1943)
operación Waldfest (1944)
operación Zebra (1944)
Orama (caballo)
Orden Comando
orden de ejecución, *véase* Orden Comando
Orden del Servicio Distinguido (DSO)
Ostertag
Ouija
Overseas (caballo)
Owens, Joe
Oxford, aeronave ligera

P

P51 Mustang
Países Bajos
Panther, tanque
Panzer
Panzer
paracaídas, paracaidismo, xiv
 contenedores
 entregas por paracaídas
París, Francia
Parker, Henry
Partido Laborista
Patton, George
Peabody, oficial de vuelo
Pedal (zona de salto)
Père Georg
pesca
Petite Raon, La, Vosgos
Pexonne, Lorena
PG (prisioneros de guerra)
Phantoms (Regimiento de Enlace del CG)
Piccadilly, Londres
Pierre-Percée, Vosgos
Pinckney, Philip
piojos grises
Pipcock, Michael
Poitiers, Francia
polvo purificador de agua
ponchallantas
Power, Peter
Prestwick, campo de golf
Primera Guerra Mundial (1914–1918)
Pritchard, soldado de primera clase
propaganda

prusianos
Puttick, Fred
Py, Jules

Q

queso
Quetta, India
Quien se atreve gana

R

Rabodeau, valle de
raciones
radar
radio
RAF Fairford
Raon-l'Étape, Vosgos
rata explosiva
Ratcliffe, soldado
Rauff, Walter
RD (radio dirección)
Real Colegio Militar (Sandhurst)
Real Cuerpo de Señales
Real Fuerza Aérea (RAF)
Real Fuerza Aérea Canadiense
Real Sociedad de Literatura
Rebecca/Eureka, radar de respuesta
Regimiento de Enlace del CG (GHQ)
Regimiento de Pilotos de Planeadores
reichsführer
relève, política
Renania, Alemania
Resistencia francesa *véase* maquis, ix, xi, xiv, xviii
Reuters
Reutlingen, Alemania
Revolución francesa (1789)
Reynolds, Dennis
Rhodes, Fred *Dusty*
Riga, Letonia
Right Club
Rin, río
Robinson, George
Rohde, Werner
Rolls-Royce Merlin, motores
Rommel, Erwin
Roosevelt, Franklin Delano
Rossi, *Madame*
Rossi, Odette
Rotenfels, *véase* Rotenfels, campo de trabajos
Roth, abate

Rotterdam, Países Bajos
Rowden, Diana
Ruanda
Ruhr, Alemania
Rusia, xix
Rusos blancos
Rutland, Inglaterra

S

Saales, Alsacia
Saar, Alemania
saboteadores
Sachenbach, Alemania
Salón de la Mesa Redonda, El
Salthouse, soldado
San Egidio (Italia), base aérea
Sandhurst, Berkshire
sarín
Sark (Islas del Canal)
SAS, juicios por crímenes de guerra del
Scierie de la Turbine, Vosgos
Scinde Horse
Scratchely, Sandy
Schirmek, *sicherungslager* de
Schleswig-Holstein, Alemania
Schmeisser, subametralladora
Schneider, Margarete
Schneider, Wilhelm
Schnurr, Richard
Schossig
Schwarz, Heinrich
SD (Sicherheitsdienst)
seda, mapa de
Sélestat, Alsacia
Sennones, Vosgos
señales de niebla
SERA, contenedores
Service, The (von Gehlen)
Servicio de Inteligencia de Alemania Occidental
Servicio de Trabajo Obligatorio
Servicio Especial Aéreo (SAS)
1^{er} SAS
21 SAS Artists Rifles
2^o SAS
armas
Asociación Regimental
ataques de golpear y huir (relámpago)
boinas
diario de guerra, xvii

disolución (1945)
equipamiento
Equipo de Investigación de Crímenes de Guerra del SAS (SAS WCIT)
formación de (1941), xiii
Hereford, base de, xiii
insignia de la daga alada
«Quien se atreve gana»
restitución
Servicio Especial de Botes (SBS)
Seymour, Kenneth
SHAEF
Shakespeare, William
Sherborne, Escuela, Dorset
sicherungslager
Sidmouth, Devon
Silly, teniente
Simone (maquis)
SIPO
Six, Franz
Skye, véase Seymour, Kenneth
Smolensk, Rusia
Solución Final
soman
Somersough, A.G.
Somerset, Infantería Ligera de
Somerset, Inglaterra
Souchal, Roger
Spahis
Spandau, ametralladora
Spectator
Sri Lanka
SS (*Schutzstaffel*), xiv
St. Dié, Vosgos
St. Dié–Saales, vía ferroviaria
St. Prayel, Vosgos
St. Tropez, Francia
Stalag Luft
Stalin, Joseph, xix
standartenführer
Stanley
Ste. Marie-aux-Mines, Vosgos
Sten, subametralladora
Steve (soldado del SAS), xiii-xiv, xvi
Stirling, bombardero
Stirling, David, xiii
STO (Service du Travail Obligatoire)
Stonehouse, Brian
Storch, avión de reconocimiento
Storkenkopf, Vosgos
Stourhead, Casa, Mere

Straub, Peter
Stuka véase Neuschwanger, Heinrich
sturmbannführer
Stuttgart, Alemania
Suffolk, Inglaterra
Suiza
Sullivan
Sumnall, John
Sunday Express
Sunday Times
Surrey, Inglaterra
Swayne, teniente
Sykes, Chris, x

T

tabún
tanques
Teherán, Irán
Temple Technical College, Bristol
terroristas
Terry-Hall, sargento
Thomassin, doctor
Thompson subametralladora
tifoidea
Tiger, tanque
Tilbury, Londres
tinta invisible
Tirpitz
Tito, Josip Broz
tocar la campana
Todt, organización
Tomb Raider, xiii
Tommy, ametralladora
Torpedo A3, señal de niebla
Treblinka, campo de concentración de
tricolor, bandera
Trust Houses Forte, grupo
Typhoon, aeronave

U

Übermensch (raza superior)
U-boot
Ucrania
Uhring, Alfonso
Uhring, Robert
Umbro
Unión Soviética
Untermensch (subhumanos)

V

Valiano, Elaine
valle de lágrimas, xv
Vancouver, Canadá
Vechta, grupo
vehículos
Veney, Lorena
Vexaincourt, Vosgos
Viambois, Lorena
Vickers K, ametralladora
Vieux-Moulin, Vosgos
Villa Degler, unidad de la
Vincey, Vosgos
Voglau, Austria
Vorkuta, Unión Soviética
Vosgos, Montes
Allarmont
Basse de Lieumont
Belval
Bois Sauvages, Les
Celles-sur-Plaine, valle de
Charmes
Château de Belval
Cirey
Col de la Chapelotte
Côte des Chenes
Côte du Mont
Gran Ballon
Hohneck
La Chapelotte
La Fosse
La Grande Fosse
La Petite Raon
Lac de la Maix
Le Harcholet
Le Puid
Le Roitelet
Le Vermont
Lunéville-St Dié
Mousse, xiv-xix
Moyenmoutier
Nomexy
Pierre-Percée
Rabodeau, valle de
Raon-l'Étape
Saulcy
Scierie de la Turbine
Senonnes
St. Dié
St. Prayel
Ste Marie-aux-Mines

Storckenkopf
Vexaincourt
Vieux Moulin
Vincey

W

Warner, Philip, xvii
Washington, DC (EUA), xix
Waugh, Evelyn
Weaver, Edwin
Weber, Siegmund
Wehrmacht
Whately-Smith, Anthony *Andy*
White, mayor *Chalky*
Whitley véase Armstrong Whitworth Whitley
Wildersbach, Alsacia
Winchester M1-A1, carabina
Winchester Repeating Arms Company
Wingfield-Digby, Simon
Wunsch, comandante
Wuppertal, Alemania
Wuttke
Wyvenhoe Park, Colchester

X

X-Craft, minisubmarinos

Y

Yugoslavia (líder yugoslavo)

Z

Zahringer, Georg
ZD (zonas de descenso)
Zimmermann
Zoológico (Wuppertal)

Acerca del autor

DAMIEN LEWIS es un periodista, escritor y documentalista británico nacido en 1966, cuyo trabajo abarca los temas militares, la violación de los derechos humanos y la ficción. Desde principios de los años 90 hasta el año 2005 fungió como corresponsal de guerra en África (Sudán, Sierra Leona, Nigeria, Zimbabwe, Eritrea) y en Asia (Afganistán, Siria, Irak, Myanmar), experiencia que plasmó en una veintena de documentales, algunos de ellos premiados, que ha realizado para la BBC, Channel 4, Discovery y National Geographic. A principios de la década de 2000 publicó el primero de sus más de quince libros, entre los cuales se pueden nombrar *Churchill's Secret Warriors*, *Zero Six Bravo*, *Operation Certain Death*, *Bloody Heroes* y *Apache Dawn*, referentes todos ellos al mundo militar; las novelas *Cobra Gold* y *Desert Claw*; y las biografías *Homeland* (escrita junto a George Obama) y *Slave* (junto a Mende Nazer); esta última traducida a 21 idiomas. Sus trabajos escritos han sido reseñados en *The Economist*, *The Washington Post*, *Daily Mail* y *Sunday Times*.

Título original: *The Nazi Hunters*

Publicada originalmente por Quercus Publishing Ltd en Gran Bretaña en 2015

© 2015, Damien Lewis

Edición publicada mediante acuerdo con Omega Ventures Limited c/o Peters, Fraser & Dunlop Ltd., Drury House, 34-43 Russell Street, Londres WC2B 5HA

© 2017, Traducido por Arturo Sandoval Portillo

Derechos mundiales exclusivos en español

© 2017, Ediciones Culturales Paidós, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial CRÍTICA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2

Colonia Polanco V Sección

Delegación Miguel Hidalgo

C.P. 11560, México, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

www.paidos.com.mx

Diseño de portada: Domingo Martínez / Estudio La fe ciega

Diseño de Interiores: Eduardo Romero Vargas

Primera edición: agosto de 2017

ISBN: 978-607-747-388-6

Primera edición en formato epub: agosto de 2017

ISBN: 978-607-747-389-3

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Libro convertido a epub por Grafía Editores, SA de CV

TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma
de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros
México, donde podrás:

- ∞ Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- ∞ Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- ∞ Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- ∞ Votar, calificar y comentar todos los libros.
- ∞ Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

Planetadelibros.com

 Planeta



EXPLORA

DESCUBRE

COMPARTE